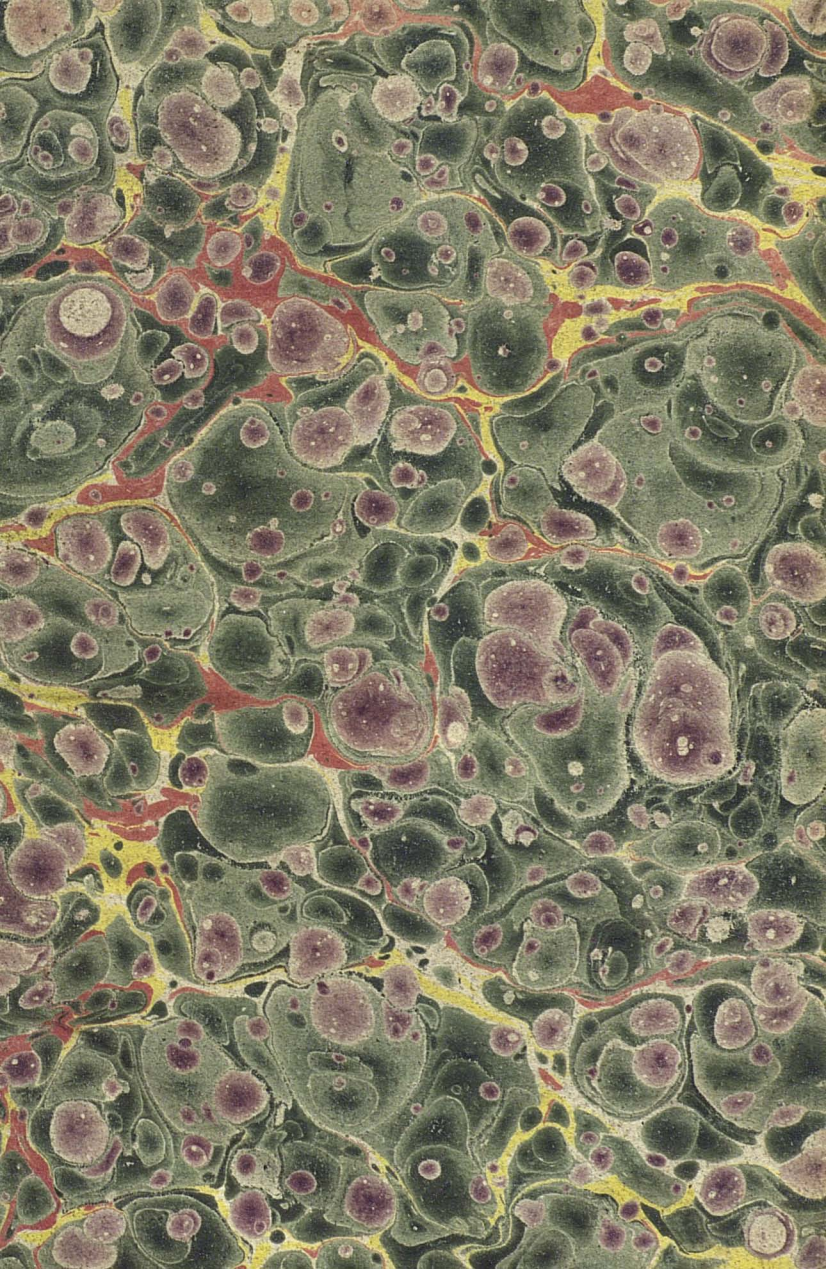


JOSE LUIS ESTRADA
MALAGA

N.º 3.814



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA

B/271 R. 3701

PLATICAS PARROQUIALES

PARA LOS DOMINGOS Y FESTIVIDADES

DE CUATRO AÑOS CONSECUTIVOS,

A QUE ACOMPAÑAN

OTRAS SESENTA DOGMATICAS, HISTORICAS Y MORALES

sobre el santo sacrificio de la Misa,

PREDICADAS

POR EL DR. PEDRO BADORRE,

Cura párroco que fue de la iglesia de S. Roque de Paris;

Y TRADUCIDAS CON TODO ESMERO EN CASTELLANO.

Ramón Alfaro

TOMO IV.

UNIVERSIDAD DE MALAGA BIBLIOTECA GENERAL

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

MADRID: 1847.

Imprenta de D. José Felix Palacios, *editor.*

temas de la iglesia contra los que la quebrantaban ofreciendo vino puro ó agua sola.

Mas fuera de esta razon natural y necesaria han creido los padres que se debia poner agua en el caliz por una razon misteriosa, que os ruego comprendais bien. ¿Cuál es esa razon misteriosa de la mezcla del agua y del vino en el caliz? Es para representar la union del pueblo fiel con Jesucristo, la union de su iglesia, de suerte que Jesucristo y la iglesia no hagan mas que una sola y misma víctima ofrecida á Dios, asi como el agua y el vino mezclados no hacen mas que un sólo y mismo licor. Segun san Cipriano el fundamento de esta figura es que el agua representa al pueblo fiel, como lo dice expresamente san Juan en el Apocalipsis: *Aquæ populi sunt*: las aguas son los pueblos. De donde infiere aquel santo padre que asi como el agua y el vino son inseparables en el caliz por esta mezcla, asi tampoco puede ser separada de Jesucristo la iglesia en el sacrificio.

La union del pueblo con Jesucristo para hacer una sola y misma víctima es una verdad cuya aclaracion disipa las dificultades que producen los signos de cruz sobre la hostia despues de la consagracion, y las oraciones en que se pide á Dios que se digne de admitir el sacrificio que se le ofrece, y le mire con ojos propicios. Conocese que todo esto no recae sobre el cuerpo real de Jesucristo, el cual no puede ser bendecido, ni desagradar á Dios, sino sobre su cuerpo místico, es decir, la iglesia, el pueblo fiel. Voy á explicaros esta union con la mayor claridad que me sea posible.

El hombre como criatura debe cumplir un deber indispensable para con Dios su criador, que es ofrecerse á sí mismo en sacrificio. Pero despues del pecado que nos manchó é hizo indignos de ser ofrecidos, no puede ofrecerse él, porque Dios solo recibe hostias puras y sin mancha. Estando todo corrompido en nosotros, no podiamos ser víctimas agradables á Dios, y asi nos hallabamos en la imposibilidad de tributarle el supremo

homenaje que le debemos como cualesquier otras criaturas inteligentes. Mas Jesucristo se sustituyó á las víctimas de animales y al hombre mismo, y asi nos dió el medio de satisfacer un deber antes imposible de cumplir, que es ofrecer un sacrificio capaz de reparar el pecado. Jesucristo sustituyendose al hombre y poniendose en lugar de este es á la verdad una víctima igual á Dios, capaz de darle el supremo honor que le es debido; pero ¿continuará siendo siempre el hombre incapaz de ofrecerse á sí mismo? Jesucristo se ofreció por nosotros; pero ¿nos dispensa de ofrecernos con él? No, hermanos, haciendose nuestra víctima no nos absuelve por eso de la obligacion que tenemos segun la condicion de nuestra naturaleza, de ofrecer á Dios en sacrificio nuestro cuerpo, alma, vida y todo cuanto somos. ¿Y cómo nos hemos hecho dignos de serle ofrecidos? Jesucristo carga primeramente con nuestras iniquidades para expiarlas y dar por su muerte á su padre un honor mayor que la injuria que le habiamos hecho por nuestra desobediencia: despues nos lava y nos limpia con su sangre á fin de que nos mire Dios con una especie de complacencia y seamos hostias dignas de serle presentadas. Asi lo dice san Pablo: Cristo se dió á si mismo para redimirnos de toda iniquidad y purificar á un pueblo que le fuese aceptable: *Dedit semetipsum, ut nos redimeret ab omni iniquitate et mundaret sibi populum acceptabilem.*

Pero no basta que haya santificado á la iglesia y que despues de haberla purificado en el agua del bautismo por la palabra de vida se halle ella en estado de comparecer llena de gloria sin mancha ni arruga: es preciso que él mismo la presente á su padre en tal estado, y para presentarla la une é incorpora á sí. De él y de la iglesia no hace mas que un todo y le consuma en la unidad. Asi lo dijo á su eterno padre en aquella admirable oracion que le dirigió despues de la cena: Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en uno: *Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum.* Jesucristo pues habita en los fieles, y los fieles habitan

corporalmente en él por la carne que tomó de ellos: todos son sus miembros y forman con él un mismo cuerpo, cuya única cabeza es para regirle y amarle y revestirnos de su gloria dandonos por alimento la carne gloriosa que nos convierte, nos mezcla con él y nos hace una misma carne, una misma sangre y un mismo espíritu. Al ofrecerse pues á su padre ofrecen el sacrificio los fieles con él, pues que él es la cabeza, la iglesia su cuerpo y los fieles sus miembros. De donde se sigue: 1.º que no puede ofrecerse á Dios sin que ofrezca al mismo tiempo toda la santa sociedad que compró á precio de su sangre; y ve ahí el sacrificio universal en que hace el oficio de gran sacerdote, como dice san Agustin: 2.º que la iglesia no puede ofrecer el cuerpo de Jesucristo en la misa sin que se ofrezca al mismo tiempo con él, pues que él es su cabeza: 3.º que la iglesia y los fieles que la componen no pueden ofrecerse á Dios sino en Jesucristo y por Jesucristo segun la observacion de san Agustin, porque siendo él la cabeza del mismo cuerpo, y ella, esto es, la iglesia, el cuerpo de la misma cabeza, acostumbra ofrecerse ella por él tanto como él por ella: *Qui cùm ipsius corporis ipse sit caput, et ipsius capitis ipsa sit corpus, tam ipsa per ipsum, quàm ipse per ipsam suevit offerri.*

Cuando asistis pues al santo sacrificio, la primera víctima que debeis ofrecer al eterno Padre es la persona de su hijo, porque es la única ofrenda digna de él, y sin la cual no puede recibir de los hombres nada que le sea grato; pero debeis tambien ofreceros al mismo tiempo con este hijo, porque siendo miembros suyos debeis uniros con él como con vuestra cabeza en la ofrenda que hace á Dios de sí mismo y de todo el cuerpo de su iglesia.

Este es el sacrificio de los cristianos, dice san Agustin: somos muchos y formamos un solo cuerpo en Jesucristo: *Hoc est sacrificium christianorum: multi unum corpus sumus in Christo*; porque no siendo todos los fieles mas que un solo cuerpo en Jesucristo y con

Jesucristo, al ofrecer este su cuerpo por el ministerio de los sacerdotes ofrece tambien al mismo tiempo su iglesia y todos los miembros que la componen. Y cuando los fieles ofrecen el cuerpo de Jesucristo por las manos del sacerdote, se ofrecen tambien á sí mismos con Jesucristo, porque son sus miembros; lo cual practica con frecuencia la iglesia (añade el mismo santo doctor) en el sacramento del altar conocido de los fieles, donde se le demuestra que es ofrecida ella en la misma oblacion que ofrece: *Quod etiam in sacramento altaris fidelibus noto frequentat ecclesia, ubi eidem demonstratur quod in ea oblatione quam offert, ipsa offeratur.*

Pues esta union de la iglesia con Jesucristo, esta incorporacion del pueblo fiel en Jesucristo, necesaria para ser ofrecido con él en el mismo sacrificio, es la que se representa por la mezcla del agua y del vino en el caliz; porque asi como el agua unida al vino no hace mas que un mismo cuerpo, un mismo licor, asi el pueblo fiel representado por el agua y unido á Jesucristo á quien representa el vino, no hace mas que una misma víctima en el sacrificio de la misa. En él se hace á Dios la oblacion de Jesucristo todo entero, asi de su cuerpo verdadero y natural como de su cuerpo místico que es la iglesia, cuyos miembros son los fieles; misterio expresado y significado por el agua y la sangre que manaron del costado de Jesucristo en la cruz. De este costado atravesado con la lanza salió la iglesia, y en la cruz fue sacada de Jesucristo durante el sueño de este, como Eva fue sacada de una costilla de Adam mientras dormia. De aquel costado traspasado con la lanza salió lo que se pone en el caliz, dice san Agustin; luego la iglesia es puesta y ofrecida allí con Jesucristo cuyo cuerpo es. Para tener presente esta verdad ciertas órdenes religiosas y muchas iglesias dicen estas palabras del Evangelio al echar el vino y el agua en el caliz: Del costado de Jesucristo salió sangre y agua: *De later Christi exivit sanguis et aqua.*

Esta verdad es el principio de la ceremonia y ora-

ciones que se hace y dicen en todas partes al mezclar el agua con el vino. 1.º El sacerdote no bendice el vino; ¿y por qué? ¿No es capaz de bendicion como el agua? Sí; pero en esta ceremonia representa á Jesucristo que es el origen de todas las bendiciones. 2.º Bendice el agua, porque solo el pueblo debe ser bendecido, y no puede serlo sino uniendose á Jesucristo, y debe serlo antes de incorporarse con Jesucristo. 3.º No bendice el agua en las misas de difuntos, porque aunque se conserven despues de la muerte la union é incorporacion de las almas del purgatorio con Jesucristo, de que se trata entonces, no estan ya en camino de ser bendecidas por el sacerdote, ni pueden ya merecer. 4.º Solo echa un poco de agua y en menor cantidad que el vino para que la majestad de la sangre de Jesucristo sea mas abundante que la fragilidad del pueblo representado por el agua, como dice el concilio de Tribur.

La oracion que acompaña á esta ceremonia, no tiene otro objeto que esta union é incorporacion con Jesucristo: la iglesia pide á Dios la gracia de unirse estrechamente con él para hacer una sola víctima. Como por la mezcla del agua y del vino no resulta mas que un solo y mismo licor, pide la iglesia que á la manera que el agua mezclada con el vino se convierte en vino y toma todas las cualidades de él, seamos nosotros como convertidos en Jesucristo, nos hagamos miembros de su cuerpo místico y merezcamos asi ser ofrecidos con él.

Tal es el espíritu de esta oracion: *Deus, qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti*: O Dios, que fundaste admirablemente la dignidad de la naturaleza humana, formaste al hombre la última de tus obras como el fin de todas las criaturas corporales, para que no tuviese otro fin que tú, que le compusiste admirablemente de cuerpo y alma, y por esta union de ambas sustancias hiciste una maravilla siempre nueva é incomprensible, porque esta union consiste por una parte en que el alma tiene la facultad de mover las partes de su cuerpo segun su voluntad, y por

otra en que tiene ciertos sentimientos, percepciones y pensamientos ocasionados de los movimientos que ocurren en el cuerpo; lo cual parece admirable é incomprensible viendo cómo un espíritu que no tiene mas que acciones espirituales, puede mover y hacer mudar de lugar á un cuerpo, y cómo los movimientos de un cuerpo pueden excitar pensamientos y sensaciones en un espíritu. Pero la manera con que fue criado el hombre es tambien otra maravilla. Dios no le quiso criar como á las demas criaturas por una palabra de mandato: *Fiat, hagase ó sea*; sino por una palabra de consejo: *Faciamus*, hagamos. Dios tomó consejo de sí mismo como que va á hacer una obra de la mas sublime perfeccion, donde resplandeciese con mas excelencia su sabiduría y apareciese su imagen y semejanza. Quiso que se viesen todas sus facciones en esta bella criatura en cuanto podia permitirlo su condicion, y asi expresó todas las bellezas de la naturaleza racional y todas las riquezas que le dió por su gracia, á saber, entendimiento, voluntad, rectitud, inocencia, conocimiento claro y amor infuso de la divinidad y seguridad de gozar de una felicidad eterna si hubiera perseverado en la justicia en que habia sido criado. El hombre en un estado tan noble, perfecto, puro é inocente era bien digno de ofrecer sacrificios á Dios, y la oblacion de sí mismo era una ofrenda agradable á los divinos ojos.

Pero se degradó de su nobleza por el pecado, y decayó de la dignidad de su estado por la desobediencia. Su alma y su cuerpo lejos de mantener una concordia mutua se rebelaron el uno contra el otro. Su entendimiento se obscureció y perdió los mas de los conocimientos con que era iluminado; su voluntad se depravó. Para llenar el vacío que sentia por haberse separado de Dios, se enredó en el amor de las criaturas, y principalmente de las que son sensibles. Este amor produjo en él la guerra de las pasiones: sintió en su espíritu y su cuerpo una rebeldia terrible contra la razon: su voluntad se volvió impotente para resistir: por el vínculo

inflexible con que se ligó á las criaturas, contrajo una especie de necesidad de pecar; pero una necesidad enteramente libre, pues no es otra cosa que una voluntad firme y tenaz de gozar de las criaturas y de sí mismo. Ve aquí pues la indignidad del hombre para ofrecer sacrificios á su Criador y todavia mas para ofrecerse él mismo, porque está manchado con el pecado y es objeto de la ira divina.

Pero, Dios mio, vos por vuestra infinita misericordia reformasteis al hombre de un modo mas admirable y sorprendente que en la creacion, haciendo resplandecer mas vuestro poder, sabiduría y bondad en esta restauracion: *Et mirabiliùs reformasti.* ¿Y quién es este hombre nuevo mas admirable que el primero? Jesucristo. En él es mas perfecta la naturaleza humana por su union con la divina que en Adam inocente al salir de la mano de Dios. La persona del Verbo eterno, igual y consustancial á su Padre, se une sustancialmente á una naturaleza humana, se la apropia, no por un derecho exterior, sino insinuandose en ella, comunicandose á ella, penetrandola, sumiendola en sí, llenando toda su esencia y sus facultades, y uniendola á sí de un modo íntimo y sustancial. Toda la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Jesucristo: Dios no le da su espíritu por medida: en él estan todos los tesoros de la ciencia y de la majestad divinas: su sagrada humanidad posee la gloria, la inmortalidad, la ciencia, el poder, la santidad, el imperio y la dominacion sobre todas las cosas: en virtud de esta union entró el hombre en participacion de todas las grandezas de Dios. Todas las acciones y movimientos de la sagrada humanidad de Jesucristo son divinamente humanos, tanto por ser actos de un Dios, que recibian una dignidad infinita de la persona del Verbo que los obraba por su humanidad, cuanto porque esta no obraba nada sola y separadamente, sino que siempre era gobernada, movida y dirigida por la impresion del Verbo á quien servia de instrumento.

Aquí pues tenemos en Jesucristo al hombre, infinitamente mas perfecto, santo, puro é inocente que era Adam antes de pecar: *mirabiliùs reformasti.* ¡Cuán agradable debe ser á Dios la oblacion que hace de sí mismo! Tiene en sí un adorador digno de su grandeza y capaz de reparar todos los ultrajes hechos á su gloria. Todo lo que está unido á él, todo lo que es presentado y ofrecido por él á su Padre, es recibido propiciamente. Por eso pide la iglesia á Dios que nos una íntimamente á Jesucristo y no hagamos mas que una misma cosa con él.

Da nobis per hujus aquæ et vini mysterium. Por el misterio de esta agua y este vino haced que esta mezcla, mirada siempre como el signo y la representacion secreta y misteriosa de la union del pueblo fiel con Jesucristo, no sea un signo y representacion vana é imaginaria, sino que le acompañe la union representada por ella para ser digna de ofrecerse y formar una misma víctima con el Señor, mereciendo asi nosotros ser participantes de su divinidad: *ejus divinitatis esse consortes.* Pero ¿cómo podemos unirnos á la divinidad y participar de ella? Por los grandes y preciosos dones que nos comunica Jesucristo, como dice san Pedro, de quien estan sacadas aquellas palabras: 1.º por la permanencia de su espíritu en nosotros, que dirige todos nuestros deseos y movimientos y nos hace participar asi de la santidad y pureza de la esencia divina; porque recibiendo Jesucristo en su humanidad la plenitud de la divinidad, esta humanidad comunica á los hombres la vida divina y les da á todos la facultad de llegar á ser por adopcion lo que él es por naturaleza, es decir, hijos de Dios. Por manera que el cristiano participa desde esta vida de la naturaleza divina y vive de la misma vida de Dios por aquella adopcion; porque como dice san Pablo, el que está unido al Señor, es un solo espíritu con él: *Qui autem adhæret Domino, unus spiritus est.*

2.º Participamos de la divinidad mas particularmente por la divina Eucaristía, el don mas grande y precioso de todos, que haciendonos entrar en comu-

nion con la sagrada carne de Jesucristo que es Dios, nos hace comunicar del mismo Dios. Por la carne que nos da en la Eucaristía, nos restituye todo lo que tomó de nosotros, y nos da al mismo tiempo la divinidad que recibió de su Padre. Su divinidad pues es de nosotros tanto como su humanidad, pues que en la humanidad que es de nosotros y está en nosotros, hallamos la divinidad que está unida á ella, y podemos gozarla como de nuestro bien; asi como no se desdeñó él de hacerse participante de nuestra humanidad: *Qui humanitatis nostræ fieri dignatus est particeps Jesus Christus filius tuus, Dominus noster.*

De esta explicacion de la mezcla del agua y del vino y de la union de Jesucristo con el pueblo fiel figurado por dicha mezcla se sigue una verdad muy importante respecto de las disposiciones con que debeis asistir á misa. El fin primero y principal que debeis tener cuando asistís á ella, es ofrecer á Jesucristo y ofreceros vosotros con él haciendo una misma víctima con él, la única por la cual puede Dios ser honrado dignamente. Mas para gozar de este gran privilegio es preciso traer un corazon puro y limpio de toda mancha de pecado y presentar una vida santa é inocente. Sin esa pureza é inocencia de vida ¿cómo hemos de ser víctimas dignas de comparecer delante de Dios, que no recibe las que no son santas y sin mancilla? ¿Cómo nos hemos de asociar á Jesucristo, fuente de toda santidad? Es preciso pues venir al santo sacrificio de la misa con las mismas disposiciones que para recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo en la sagrada comunion; porque asi como solo los que son miembros vivos de Jesucristo, reciben dignamente la carne de este en la Eucaristía, porque esta carne que es la vida de nuestras almas, no vivifica ni anima, segun dice san Agustin, mas que á los miembros del cuerpo de Jesucristo, á la manera que nuestra alma no da la vida mas que á los miembros que estan unidos á nuestro cuerpo; asi tambien solo los miembros vivos de Jesucristo pueden ofrecerle y ofrecerse

con él, porque para esto es preciso estar unido á él y no hacer mas que un mismo cuerpo con él. Mas para ser miembro del cuerpo de Jesucristo hay que estar animado de su mismo espíritu y vivir la vida de la gracia; luego tambien hay que estar animado de ese mismo espíritu y vivir esa misma vida ya para comer su carne en la Eucaristía, ya para asistir dignamente á la ofrenda que de ella se hace en nuestros altares.

Pero que esta mezcla del agua y del vino no sea solamente una imagen de nuestra union con Jesucristo en el sacrificio, sino ademas una representacion viva de nuestra consumacion en Dios que se hará por la gloria. Asi os lo deseo &c.

PLATICA XXVII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

La importante verdad que os expliqué el domingo anterior, servirá de principio para penetrar el espíritu de las oraciones y ceremonias que trato de exponeros hoy. El misterio de la mezcla del agua y del vino os manifiesta que para cumplir dignamente la obligacion que teneis como criaturas de ofrecer á Dios un sacrificio agradable, debeis uniros é incorporaros á Jesucristo y formar una sola y misma víctima con él: que esta union é incorporacion requiere que seais miembros vivos de su cuerpo, animados y vivificados por su espíritu; y que para corresponder á la santidad de tal sacrificio deben ser perfectas las disposiciones y preparaciones del corazon. ¿Y quién puede obrar una conversion tan maravillosa en el pan y el vino? ¿Quién puede obrar en nuestros corazones para hacerlos puros y dignos de asociarse á Jesucristo, sino el Dios eterno, omnipotente y misericordioso? Para alcanzar de él que el vino se convierta en la sangre de Jesucristo eleva el sacerdote el caliz como elevó el pan para ofrecerle á Dios.

Mas despues que el pueblo ha sido bendecido y re-

presentado en el caliz por la mezcla del agua, el sacerdote que habia hablado solo en su nombre en la oracion, *Suscipe, sancte Pater*, al ofrecer el pan, habla aquí en plural y dice: *Offerimus*, ofrecemos. El pueblo pide y ofrece con él. En las misas solemnes el diácono que representa mas particularmente al pueblo y es un diputado cerca del sacerdote, asi como este lo es cerca de Dios, habla con el sacerdote, eleva el caliz y dice con él la oracion: *Offerimus tibi.* Luego el sacerdote no ofrece solo, sino que ofreceis todos con él, ni habla solo, sino que hablais todos con él por el ministerio del diácono, que es el primer testigo y el cooperador del sacrificio. La iglesia os manda que tomeis secretamente parte en cuanto hace y dice por vosotros, y por eso el diácono vuestro representante habla con el sacerdote en una de estas primeras oblaciones. Veamos qué es lo que contiene la oracion de que vamos tratando.

Offerimus tibi, Domine, te ofrecemos, Señor. Asi lo que se ofrece, se ofrece á Dios, como dice san Agustin en su libro contra Fausto. ¿A quién le ocurrió jamas decir: Te ofrecemos á ti, Pedro, á ti, Pablo, ó á ti, Cipriano? Estos son siervos del mismo Dios como nosotros, hacen parte de la misma víctima que es Jesucristo, como nosotros, y en el cielo estan debajo del altar y se inmolan incesantemente á Dios con el cordero sin mancilla. Seria pues un error enorme y grosero condenado en las primeras palabras de la oracion: *Tibi, Domine*; el atribuir otra cosa á los santos en el sacrificio de la misa que una intercesion poderosa para con Dios.

Te ofrecemos, Señor, el caliz de la salud, *calicem salutaris*, no porque lo sea ya, sino porque va á serlo mediante la conversion del agua y del vino en la sangre de Jesucristo. La iglesia atenta enteramente á esta sangre que va á ofrecer, habla ya como si la ofreciera, y da de antemano al caliz el título de caliz de la salud, asi como llamó al pan hostia inmaculada, *hanc immaculatam hostiam.* No presume ofrecer otra cosa que esta

sangre preciosa, que es la salud del mundo, que nos lavó de todas nuestras manchas y pacificó el cielo y la tierra. Esto es lo que expresa diciendo á Dios que le ofrece este caliz.

Por nuestra salud y la de todo el mundo, *pro nostra et totius mundi salute.* No basta que el sacerdote y los asistentes pidan por sí: la caridad cristiana se extiende á mas y tiene por objeto la salud de todos nuestros hermanos que estan esparcidos por el mundo. El apostol Santiago lo manda asi diciendo: Orad unos por otros para que os salveis: *Orate pro invicem ut salvemini.* ¡Qué copia de gracia y misericordia debe caer sobre unos corazones que presenta Jesucristo mismo á su Padre, y por los cuales exhala toda la iglesia sus gemidos con él! Este es el sacrificio no solo del sacerdote y los asistentes, sino de toda la iglesia, el sacrificio que san Epifanio llama la salud contínua de la sociedad de los fieles. Asi vuestra intencion debe ser uniros á Jesucristo y á la iglesia y ofrecerle por todos los cristianos. ¡Qué gloria para vosotros que se digne de haceros en cierto modo participantes de su calidad de salvador de las almas, asociandoos á él para que formeis con él una sola y misma víctima de un sacrificio ofrecido por la salud de todo el mundo.

Es verdad que principalmente se ofrece por la de los fieles; pero la iglesia no pide de tal modo por ellos, que no desee tambien que se salven todos los hombres y vengan al conocimiento de la verdad. En estas palabras *pro totius mundi salute* tiene presentes á todos los hombres, sean quienes fueren, y expresa en globo lo que dice por partes en las oraciones que eleva el viernes santo en favor de los herejes, judios y paganos diciendo: Dios omnipotente, que no deseas que nadie perezca, ni quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, sacalos de sus tinieblas y hazlos entrar en tu santa iglesia para alabanza y gloria de tu nombre. Este es el sentido de la oracion en que pide por la salud de todo el mundo fundandose en estas pa-

labras del apostol san Juan: Jesucristo es la víctima de propiciacion por nuestros pecados, y no solo por los nuestros; sino tambien por los de todos.

Si lo que ofrecemos á Dios es el caliz de la salud, la sangre de Jesucristo, la víctima de propiciacion por los pecados de todo el mundo; ¿qué oracion mas eficaz y poderosa para con Dios que la ofrenda que se hace de este caliz? Pues ¿por qué pide la iglesia que suba en presencia de la divina majestad con agradable olor? *Tuam deprecantes clementiam, ut in conspectu majestatis tuæ cum odore suavitatis ascendat.* La sangre de Jesucristo no puede menos de ser agradable al padre celestial: es una víctima digna de su majestad porque es la sangre de un Dios; pero esta oblacion de la sangre de Jesucristo que es agradable por sí, ¿lo es siempre por parte de los que la hacen? ¡Ah! Hermanos, esos innumerables pecados, esas ofensas y negligencias de que nos hemos confesado reos en la oracion *Suscipe, sancte Pater*, nos dan á conocer demasiado nuestra profunda miseria é indignidad: por eso imploramos la divina clemencia, para que nos trate segun la multitud de sus misericordias, olvide nuestros pecados, mire solo á este caliz de la salud y no escuche mas que la voz de esta sangre que clama con mas eficacia que la de Abel. Por la mezcla del agua y del vino somos ofrecidos á Dios en el caliz en Jesucristo y con Jesucristo; pero ¿somos tan santos como él? ¡Cuánta necesidad tenemos de suplicar á su clemencia que reciba propiciamente la ofrenda que le hacemos! ¡Cuánto debemos temer que nuestra indignidad mezcle en la oblacion que va á hacerse, algo que no sea digno de él, y que este sacrificio de propiciacion se convierta para nosotros en un sacrificio de ira! Antes de ofrecer el pan y el vino que han de convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y antes de poner delante de los ojos de Dios esta divina víctima á la que vamos á unirnos y con la que hemos de hacer una misma hostia, es preciso que nos ofrezcamos nosotros mismos; ¿y qué ofrenda podemos hacer? La de un espí-

ritu humillado y un ánimo contrito. Esto significan la postura del sacerdote, profundamente inclinado delante del altar y con las manos juntas, y la oracion que dice: Con espíritu de humildad y corazon contrito seamos acogidos por ti, Señor, y de tal modo se haga hoy nuestro sacrificio en tu presencia, que te sea agradable, Señor Dios: *In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur à te, Domine, et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus.*

Como el pan y el vino no se convierten en el cuerpo y sangre de Jesucristo sin que hayan sido preparados á esta conversion por una oblacion particular previa; asi tampoco nos incorporamos á Jesucristo para hacer una sola y misma víctima con él, sin que preceda á esta incorporacion una oblacion de nosotros mismos. ¿Y qué otra tenemos que hacer que la de un espíritu humillado y un corazon contrito? Tales deben ser vuestros sentimientos, hermanos mios, asi como los del sacerdote: *suscipiamur*, seamos recibidos. Esta palabra os da á conocer que no solo el sacerdote, sino todos los asistentes se ofrecen aquí juntos; ¿y con qué disposiciones? Con las de los tres mancebos hebreos cautivos en Babilonia, de quienes habla el profeta Daniel, porque la iglesia copia aqui las palabras de este. A la vista del horno ardiendo donde iban á ser arrojados por no haber querido adorar el ídolo, se ofrecieron con valor y zelo en holocausto por la gloria del verdadero Dios á quien adoraban, y dijeron: Recibenos, Señor, con la ofrenda de un corazon contrito y un espíritu humillado, como si nos presentaramos con holocaustos de carneros, toros y miles de corderos gordos. Consumese hoy nuestro sacrificio delante de ti de modo que te sea agradable, porque los que ponen su confianza en ti, no serán confundidos. Y ahora te seguimos de todo corazon, te tememos y tratamos de hacernos propicia tu presencia.

Nosotros no vamos á ofrecernos á Dios en un horno ardiendo como aquellos tres mártires, que le suplicaron aceptase el sacrificio de su vida, sino en Jesucristo,

con Jesucristo y por Jesucristo; luego es preciso estar ya purificados y ser miembros vivos de su cuerpo y para eso presentarse en el altar con espíritu humillado y corazon contrito. Este es el primer sacrificio que nos pide Dios, como dice el real profeta: El sacrificio para Dios es un espíritu atribulado. ¿Qué entendemos por un espíritu humillado y por un corazon contrito? Un pecador que se sonroja de sus culpas, y avergonzado de sus pecados se mira como la criatura mas vil de todas; un pecador cuyo corazon está traspasado de dolor por haber ofendido á un Dios que debe ser el único objeto de su amor.

A no hacerse indigno del sacrificio no puede uno menos de penetrarse de estos sentimientos. Jesucristo nuestra cabeza va á presentarse en el altar en estado de penitente para aplacar la ira de Dios enojado contra nosotros: vamos á hacer una misma víctima con él; ¿y podremos unirnos á él como sus miembros y presentarnos á Dios con él si no estamos en el mismo estado de penitencia? ¡Cómo! Ese cordero sin mancilla se halla en tal estado porque cargó voluntariamente con nuestras deudas; ¿y podremos nosotros dejar de confesar que somos los verdaderos culpados, y cubrirnos de una santa confusion al ver esa víctima inocente manchada, por decirlo asi, con nuestros pecados? ¡Cómo! Jesucristo continúa ofreciendo su muerte en los altares á su eterno Padre y le expone las llagas de su cuerpo; ¿y no despedazaremos nosotros nuestro corazon con una verdadera compuncion, ni ofreceremos las llagas que nos hagamos nosotros mismos por la mortificacion de nuestra carne y espíritu? ¡Ah! Hermanos mios, eso es renunciar la calidad de víctima con Jesucristo y no querer participar del cuerpo de Jesucristo, nuestro gran sacerdote, como dice san Agustin.

Sí, Señor, el sacrificio que vos pedís y no despreciais, es un corazon contrito y humillado; pero estos sentimientos son obra de vuestra gracia, efecto de vuestra misericordia y un don que no concedeis á todos por

un justo é impenetrable juicio, sino á quien quereis por una voluntad gratuita. Nosotros lo deseamos, lo pedimos y lo esperamos, Señor, de vuestra liberalidad. Venid, santificador omnipotente, Dios eterno, y echad en nuestra alma este primer fundamento, sobre el cual debe levantarse el edificio de nuestra salvacion: *Veni, sanctificator omnipotens, æterne Deus.*

Hemos ofrecido el pan que debe convertirse en el cuerpo de Jesucristo, y el vino mezclado con agua que debe convertirse en su sangre; y acabamos de manifestar nuestros deseos de ser convertidos nosotros mismos para poder ser ofrecidos á Dios como una hostia que le sea agradable. Mas todo esto no puede hacerse sino por la operacion del espíritu santificador. Le invocamos pues, á fin de que se digne de convertirnos al mismo tiempo que es invocado para convertir el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo. No hay cosa mas importante ni digna de nuestra atencion que esta oracion para invocar el Espíritu Santo, ya por su antigüedad, ya por su universalidad. Hállase en las liturgias mas antiguas y la han rezado todas las iglesias si no en los mismos términos, en el fondo y la esencia.

Las ceremonias de que va acompañada, dan bien á entender que se trata de alcanzar de Dios una gracia muy esencial. El sacerdote extiende las manos, las levanta al cielo y las junta para expresar por este ademan que desea el auxilio de arriba: tambien levanta los ojos, en lo cual imita á Jesucristo que los levantó al cielo invocando la omnipotencia de su Padre antes de la consagracion de su cuerpo y sangre; y pide á Dios que bendiga aquel sacrificio preparado á su santo nombre: *Veni, sanctificator omnipotens, æterne Deus, et benedic hoc sacrificium, tuo sancto nomini præparatum.* El sacerdote se eleva á Dios como omnipotente y autor y fuente de toda santidad, y le suplica bendiga el sacrificio que reconoce no poder ofrecerse sino á él solo.

Aunque muchas palabras de esta oracion señalan al parecer á Dios padre ó indistintamente á las tres per-

sonas divinas; las liturgias y los autores mas antiguos nos manifiestan que se dirigen al Espíritu Santo: asi es que casi hasta nuestro tiempo se añadia el *Veni, Creator*, ó el *Veni, Sancte Spiritus*. Sin nombrar al Espíritu Santo la sola palabra *veni*, ven, muestra que la iglesia no se dirige aquí al Padre eterno; porque segun el lenguaje de la Escritura no ruega asi mas que á una de las dos personas que fueron enviadas, el Hijo ó el Espíritu Santo; en vez que cuando nos dirigimos al Padre decimos: Envianos tu Espíritu Santo; ó si es respecto del Hijo: Envianos el redentor, el cordero que borra los pecados del mundo. Luego las palabras *ven, santificador omnipotente*, designan necesariamente al Espíritu Santo.

Tal vez os parezca poco importante esta explicacion; pero la iglesia antigua juzgó de otra manera; y para conocer toda la trascendencia de ella me basta deciros que de esta invocacion para la conversion de las sustancias se han inferido siempre la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo y la presencia verdadera de esta divina víctima en el sacrificio de nuestros altares. En efecto ¿por qué en todas las liturgias y sobre todo en las de los griegos se pide la venida del Espíritu Santo? Para que anime, vivifique y santifique el sacrificio. ¿Y cómo? Convirtiendo el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Todas las expresiones de estas oraciones muestran una accion verdadera del Espíritu Santo, pues que se pide que este espíritu santificador, que es la virtud de Dios, obre una conversion muy real haciendo del pan y del vino el propio cuerpo y la propia sangre de Jesucristo. Estos son los términos de que se valen los griegos en su liturgia; por lo cual dice san Cirilo de Jerusalem (despues de citarlos como admitidos por la práctica comun de las iglesias) que lo que el Espíritu Santo toca es convertido y santificado, mostrando por aquí una conversion tan real como poderosa y eficaz es la accion. De aquí infirió san Isidoro, discípulo de san Juan Crisóstomo y una de las lumbre-

ras del siglo IV, que el Espíritu Santo es Dios, pues que en el bautismo es igualmente invocado con el Padre y el Hijo, y en la mesa mística convierte el pan comun en el cuerpo mismo del hijo de Dios.

Importa notar el fundamento de esta invocacion en el sacrificio practicada en todas las iglesias. Pidese que este fuego divino venga á consumir el pan y el vino para convertirlos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, porque asi como este cuerpo y esta sangre fueron formados la primera vez por virtud del Espíritu Santo en el seno de Maria segun la expresion del símbolo, *conceptus de Spiritu Sancto*, concebido del Espíritu Santo; tambien debe ser producido en el altar por la operacion del mismo Espíritu; lo cual nos da á entender no una accion impropiamente dicha, sino tan real como aquella por la cual fue formado el cuerpo del Salvador la primera vez. El Espíritu Santo pues es quien hace la transustanciacion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y anima y vivifica este sacrificio; y asi como la Virgen no hubiera podido concebir á Jesucristo sin el Espíritu Santo, tampoco podria hacerse el sacrificio sin él. Asi debe atribuirsele la bendicion ó santificacion de los dones que ofrecemos á Dios, del mismo modo que el cumplimiento del misterio de la Encarnacion y la efusion de los dones sobrenaturales sobre la iglesia; y como estos efectos solo pueden ser producidos por la omnipotencia, que de ordinario se atribuye al Padre, por eso añade la iglesia á este caracter de santificador: *Omnipotens, æterne Deus*, omnipotente, eterno Dios.

Asi la bendicion que se espera del Espíritu Santo cuando se dice: *Benedic hoc sacrificium*, bendice este sacrificio; no es una simple santificacion de los dones ofrecidos que los conserve en su naturaleza y sustancia, y apareje solamente alguna gracia á ellos, sino como lo manifiesta la iglesia en muchas secretas, una efusion de su gracia omnipotente, que convierta estos dones al tiempo de la consagracion, y para conseguir esta con-

version añade que el sacrificio está preparado para el santo nombre de Dios, *tuo sancto nomini præparatum*; con lo cual le interesa por decirlo asi para que le bendiga, porque es ofrecido á las tres divinas personas, y por consiguiente al Espíritu Santo lo mismo que al Padre y al Hijo para prestar homenaje á la divinidad que está en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo.

Pero no pedimos á este solamente la santificacion de los dones ofrecidos, sino tambien la de nuestro corazon, suplicandole que le convierta y bendiga para hacerle digno de ser ofrecido á Dios. Como debe unirse é incorporarse á Jesucristo y hacer una misma víctima y un mismo holocausto con él, es preciso que sea animado y abrasado del mismo zelo. Mas el apostol san Pablo nos dice que Jesucristo se ofreció á sí mismo sin mancilla por el Espiritu Santo: *per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum*; es decir por el impulso de una caridad y misericordia infinitas hácia los hombres. Pues del mismo modo es necesario que el Espíritu Santo nos inspire el amor y las demas disposiciones con que debemos acompañar el sacrificio interior que hacemos de nosotros mismos y de cuanto hay en nosotros: que ardamos y nos abrasemos en este fuego divino como dice san Agustin; y que este incendio nos consuma hasta lo íntimo de las entrañas. ¿Y qué fuego y ardor es este sino el que recomienda el Apostol cuando dice: *Spiritu ferventes*, fervorosos en el espíritu? Esta caridad es la que comienza el sacrificio en la tierra y le perfeccionará y consumará en el cielo: por ella seremos unidos eternamente en Jesucristo como los miembros en un mismo cuerpo, unidos á Jesucristo como los miembros á su cabeza y unidos á Dios por Jesucristo como un mismo espíritu. Consumandonos esta caridad con Jesucristo en la unidad no seremos mas que una víctima y un holocausto con él, que arderá y se sacrificará sobre el altar de Dios en la eternidad. Asi os lo deseo &c.

PLATICA XXVIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Nada es pequeño ni indiferente en las oraciones y ceremonias del santo sacrificio; antes todo merece nuestro respeto y atencion, porque se trata del fondo de la religion y de lo que constituye la esencia del culto divino. Cuando una ceremonia es antigua y universal, es respetable, porque debe mirarse como instituida por la iglesia á quien anima, dirige y gobierna el Espíritu Santo; y es edificante, porque contiene fines, motivos y significaciones que elevan y santifican á los que procuran descubrirlos y comprenderlos. Tal es la ceremonia de la incensacion que voy á explicaros.

En la misa solemne ó mayor, despues que se ha colocado la ofrenda en el altar, se hace la incensacion; ceremonia que previenen todas las rúbricas y observan y practican todas las iglesias. A la verdad no tenemos pruebas de que se usase incienso en las iglesias durante los tres primeros siglos, y Tertuliano nos dice claramente que no se usaba. Estaba entonces demasiado profanado el incienso por ofrecerse á los ídolos, para que se fuese á emplear en el culto del verdadero Dios; pero luego que se desvanecieron las nubes de idolátricos aromas que circuian á los fieles en sus congregaciones, y pudieron facilmente distinguirse las incensaciones detestables de las que conviene hacer en honra de nuestro Dios, la iglesia empleó el incienso en sus santas solemnidades. Encuentrase establecido su uso desde el IV siglo por los testimonios constantes de los cánones apostólicos, de san Efrem, de san Ambrosio, de las liturgias, de san Basilio, san Juan Crisóstomo y san Dionisio. De la iglesia griega pasó á la latina, y ahora es la práctica universal de la una y la otra.

¿Cuál es el principio y la causa del uso del incienso en las juntas de los fieles? ¿Es solamente por disipar

los malos olores como han dicho algunos en estos últimos tiempos? El incienso hubiera sido necesario en las épocas de persecucion cuando se congregaban los fieles en subterraneos y solo concurrian pobres. Pero el uso del incienso no empezó hasta despues de la paz de la iglesia cuando hubiera sido inutil, porque las iglesias eran espaciosas, magníficas, bien ventiladas y sin vidrieras, y el maderamen de cedro, como lo dice Eusebio de la iglesia de Tiro. Si el incienso se hubiese empleado solo para disipar los malos olores, hubiera bastado poner braserillos con aromas en diferentes parajes de la iglesia sin mas ceremonia; pero la de la incensacion es de las mas solemnes y brillantes. Dicen san Ambrosio y san Dionisio que el obispo mismo, el presidente de los fieles congregados ponia el incienso, le bendecia é incensaba por su mano el altar y la ofrenda. Asi pues la iglesia tiene fines mas altos, espirituales y misteriosos, y el incienso no puede ser mas que un símbolo, un signo empleado por ella para representarnos algunas verdades importantes y las disposiciones esenciales que debemos tener y se expresan por esta ceremonia religiosa.

Veamos lo que nos enseña la antigüedad. 1.º Se quema el incienso en el altar para denotar que en este lugar santo deben emplearse y consumirse las criaturas en el servicio y gloria divina y en testimonio del supremo dominio de Dios sobre ellas. Por eso habia mandado Dios á Moisés que se le ofreciese incienso en el altar de oro, y el cuarto canon apostólico pone el incienso entre las cosas que convenia ofrecer durante la santa oblacion. San Ambrosio estaba tan persuadido de que la incensacion era una ceremonia religiosa y que la presidia un angel, que exclamaba con motivo de la aparicion del angel al patriarca Zacarías, padre de san Juan Bautista: ¡Ojalá que esté presente un angel ó mas bien se haga visible cuando incensamos los altares y ofrecemos el sacrificio! El incienso pues se quema en nuestros altares para gloria de Dios, como claramente

lo expresa la iglesia griega; ¿y cómo puede servir á la gloria divina sino porque es el signo de los sentimientos de un corazon que quisiera destruirse y aniquilarse á sí mismo, si le fuera posible, para reconocer la suprema majestad de Dios y su completa dependencia, y que por lo menos se consagra á él por amor ardiendo en el fuego de la caridad? Ve aquí el único incienso que le es agradable y recibe, y con el que se le tributa el culto verdadero como dice san Agustin: *Ei suavissimum adolemus incensum, cùm in ejus conspectu pio sanctoque amore flagramus.* Asi lo pide la iglesia por la oracion que dice el sacerdote al entregar el incensario al diácono: El Señor encienda en nosotros el fuego de su amor y la llama de la caridad eterna: *Accendat in nobis Dominus ignem sui amoris et flammam æternæ charitatis.*

Cuando examinamos las oraciones y ceremonias de la iglesia, sus expresiones, acciones y símbolos; vemos que todo respira en ellas el amor de Dios é inspiran la caridad; pero advertid bien, hermanos mios, no como una disposicion mejor y que forme el caracter de los perfectos, sino como una disposicion necesaria y esencial, sin la cual todas las ceremonias no son mas que un signo vano, todas las oraciones palabras huecas y todas las acciones cosas inútiles, porque toda la religion consiste en amar á Dios, á quien no se da verdadero culto sino por el amor: *Non colitur nisi amando.* Y este amor no es una idea, una reflexion, un pensamiento pasajero y un deseo vago, sino un sentimiento del corazon, una voluntad recta y sincera de agradar á Dios en todo, una relacion, una consideracion de Dios en todas las obras. Con arreglo á estos principios decidme: ¿qué es lo que vienen á hacer á la iglesia las mas de las personas mundanas? Si su corazon no ama, todo es mudo en ellas, aunque hagan las oraciones mas fervorosas; y nuestras ceremonias mas magníficas y solemnes son un espectáculo del que salen tan vacíos, pobres é indigentes como entraron.

2.° La antigüedad nos enseña á mirar el incienso

que se quema en el altar, desde donde se esparce el aroma por la iglesia, como una señal del buen olor de Jesucristo que pasa del altar al alma de los fieles, como el símbolo de su gracia y el signo de su misericordia. Este es el sentido misterioso que expusieron san Dionisio, san German, patriarca de Constantinopla en el siglo VIII, y Simeon de Tesalonica. San German y san Agustin nos dicen que el incensario representa la humanidad de Jesucristo, el fuego su divinidad y el vapor de los aromas su gracia. Esto expresa la iglesia en las oraciones que acompañan á esta ceremonia. El diácono al presentar la naveta al preste le pide que bendiga el incienso: *Benedicite, pater reverende*; es decir que alcance de Dios por sus oraciones que nuestro incienso sea agradable á la divina majestad y nos atraiga sus gracias: asi lo hace el sacerdote al poner el incienso en el incensario. Deseando ser oido y alcanzar para sí y los fieles las gracias que se simbolizan por el humo del incienso, empieza por recurrir á la intercesion del santo angel que estaba á la derecha del altar de los aromas cuando Zacarías ofreció el sacrificio, y añade la intercesion de todos los escogidos de Dios. Con estos sufragios pide al Señor que se digne de bendecir el incienso, y lo pide haciendo la señal de la cruz, porque esta es nuestro recurso y nuestra esperanza para conseguirlo todo. Pide á Dios no solo que bendiga el incienso, sino que le reciba en olor de suavidad diciendo asi: Por la intercesion del bienaventurado arcangel que estaba á la derecha del altar de los aromas, y de todos sus escogidos, dignese el Señor de bendecir este incienso y recibirle en olor de suavidad por Cristo nuestro señor: *Per intercessionem beati archangeli, stantis à dextris altaris incensi, et omnium electorum suorum incensum istud dignetur Dominus benedicere et in odorem suavitatis accipere. Per Christum Dominum nostrum.*

¿Por qué pide el sacerdote á Dios que se digne de bendecir el incienso? Para que este incienso bendecido

por el Señor suba á él, y baje sobre nosotros la divina misericordia: *Incensum istud à te benedictum ascendat ad te, Domine, et descendat super nos misericordia tua* (1). Ve aquí pues el sentido misterioso de esta ceremonia y lo que representa: las gracias que van á derramarse sobre nosotros como el fruto del sacrificio que ofrecemos, y el efecto de la víctima pura y sin mancilla que vamos á inmolar. Este sentido espiritual y religioso de que estaban informados los fieles del siglo X, los hacia mirar con tanta veneracion el incienso quemado en las iglesias, que procuraban llevarse á la boca y á la nariz el olor de él con la mano como símbolo de la gracia que se disponian á recibir; y estaba mandado que dijesen todos al recibir este olor lo que dice todavia el sacerdote: El Señor encienda en nosotros el fuego de su amor y la llama de la caridad eterna.

3.° Siempre se ha considerado el incienso como una viva expresion de las oraciones que dirigimos á

(1) No debe olvidarse advertir al pueblo que al hacer el sacerdote tres cruces con el incensario sobre la oblata significa que en Cristo se contienen tres cosas que fueron ofrecidas en la cruz á Dios Padre y le sirvieron de infinita complacencia: la primera la persona de Jesucristo ó su divino supuesto, la segunda su alma y la tercera su santísimo cuerpo. En seguida se forman tres círculos ya en honor de la santísima Trinidad, ya para significar que este sacrificio de infinito valor se ofrece á la misma y que á ella sola y á nadie mas puede ofrecerse. Pero se ha de notar que en el círculo se representa la eternidad de las divinas personas, y se repite tres veces para significar que todas tres son eternas. Debe observarse tambien que los dos primeros círculos se forman de un mismo modo y el tercero se hace de distinta manera. El primero nos declara el Padre eterno que existe eternalmente. El segundo demuestra al Hijo eterno en un todo semejante al Padre. El tercero nos manifiesta el Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo.

Dios, y del deseo que tenemos de que suban á él como sube hácia arriba este suave aroma: asi lo vemos en las liturgias de san Basilio y san Juan Crisóstomo. Asi el incienso se ha mirado siempre como una imagen de nuestras disposiciones interiores. Componemos un buen incienso de aromas, dice san Gregorio el Grande, cuando traemos al altar el buen olor de las virtudes, que es tanto mas suave cuanto mas y mayores son aquellas.

No puede hallarse un símbolo que mejor nos manifieste lo que deben ser nuestras oraciones. Si el incienso sube hácia arriba, es por la accion del fuego, y nuestras oraciones que no son realmente otra cosa que los deseos de nuestro corazon, no pueden subir hasta Dios si no son animadas por el fuego del amor divino. Lo que sube del incienso, es de buen olor, y nosotros debemos pedir á Dios que prepare de tal modo nuestro corazon, que cuanto suba de él le sea agradable. Todo el incienso se consume y no queda ninguna parte que no suba en vapor; y todos los deseos de nuestro corazon deben dirigirse á Dios sin que ninguno se apegue á la tierra. Asi nos advierte la iglesia por este signo que hagamos oraciones que suban á Dios; lo cual expresa distintamente el sacerdote cuando al tiempo de incensar el altar dice estas palabras del salmo CXL: *Dirigatur, Domine, oratio mea, sicut incensum in conspectu tuo*: Suba, Señor, mi oracion como el incienso en tu presencia. Como el humo del incienso que se quemaba todas las mañanas en el tabernáculo, no podia ménos de agradar á Dios porque era ofrecido de orden suya; nuestras oraciones subirán como aquel, si nuestros deseos son de buen olor y estan animados por el fuego de la caridad; pero rastrean por la tierra cuando el corazon es terreno. ¿Qué hemos de hacer para que no rastreen? No desear mas que á Dios solo, y no pensar mas que en los bienes eternos ni buscar sino las cosas celestiales.

La elevacion de mis manos sea como el sacrificio vespertino: *Elevatio manuum mearum sacrificium ve-*

spertinum. Todo lo que hay en mí, mis obras, mi porte sean un signo sensible de la elevacion de mi alma y mi corazon hácia vos, Dios mio, y esta elevacion os sea agradable como el sacrificio de la tarde que habiais ordenado, y en el cual se quemaba incienso como por la mañana. Mas para conservar su espíritu y su corazon elevados á Dios, y que no rastreen con deseos bajos y terrenos, hay que apartar las distracciones y evitar los motivos de disipacion. ¿Y qué manantial mas fecundo de ella que el desenfreno de la lengua y las palabras ociosas? No hay cosa mas á propósito para hacer perder el espíritu de gracia y oracion que profanar la lengua con pláticas y conversaciones pecaminosas. El que quiere dirigir á Dios oraciones que le sean agradables, ha de consagrarle su lengua y decir como el real profeta: Pon, Señor, guardia á mi boca y una puerta al rededor de mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo et ostium circumstantiæ labiis meis.*

Para que Dios nos oiga y lleguen nuestras oraciones hasta el trono de la divina majestad, no basta ser discretos en el hablar, sino que debemos evitar la doblez é impureza de nuestro corazon. Este, corrompido por el pecado, quiere siempre apropiarse algo del bien que hace, y procura justificar el mal por alguna apariencia de virtud. Mas el corazon que ora debe ser humilde y sincero, y pues que advierte en su corrupcion una disposicion fatal opuesta á la oracion, debe llorarla y pedir cubrirse de confusion como merecen sus pecados, y no buscar nunca palabras de malicia para disculparlos: *Non declines cor meum in verba malitiæ ad excusandas excusationes in peccatis.*

Estos son los sentimientos de que quiere la iglesia nos penetremos durante esta ceremonia: las incensaciones no son mas que signos, y el incienso que se ofrece á Dios, un símbolo de nuestras oraciones y de la ofrenda de nosotros mismos. Se incensan las ofrendas del pan y del vino para manifestar mas sensiblemente que juntamos á ellas nuestras súplicas y ora-

ciones; y se esparce el aroma al rededor del altar como un signo del buen olor espiritual de la gracia, que debe pasar de Jesucristo representado por el altar á los fieles, como explica santo Tomas.

No dejemos nada que desear sobre esta materia. Ya comprendeis el sentido misterioso que da la iglesia á las incensaciones del altar; mas veamos ahora el espíritu de la ceremonia de incensar las reliquias de los santos y á los hombres mismos.

1.° Se incensan las reliquias, y es muy manifiesta y natural la razon de esta práctica universal. Los santos se ofrecieron á Dios en sacrificio y fueron un aroma suavísimo en su presencia. Bien puede decir de ellos la iglesia á causa de todas las virtudes que los adornaron, lo que dice la Escritura de la esposa de los Cantares: ¿Quién es esa que sube del desierto como el humo de aromas, de mirra, de incienso y de toda suerte de olores? Dios mismo quiso manifestar á los hombres por milagros patentes desde el principio de la iglesia que los cuerpos de los santos son un aroma de bonísimo olor. Por un milagro de estos el cuerpo del martir san Policarpo, obispo de Smirna y discípulo del apostol san Juan, despidió desde la hoguera, á donde habia sido arrojado, un olor gratísimo como el incienso mas precioso, que sintieron todos los presentes. La iglesia pues quiere expresar en cuanto puede por estas incensaciones el buen olor espiritual que esparcieron los santos delante de Dios y de los hombres.

2.° Se incensa á estos por dos razones principales: la primera porque se los mira como verdaderos fieles que han de poder decir siempre: Somos el buen olor de Cristo delante de Dios: *Christi bonus odor sumus Deo*; es decir, debemos edificar á todos los hombres con nuestras palabras y obras y con la práctica de las virtudes que nos recomendó Jesucristo en el Evangelio. La segunda razon es para advertirles que deben elevar sus corazones al cielo como sube el humo del incienso.

El celebrante es incensado el primero y luego el

clero, como que son de quienes dice san Pablo: Dios manifiesta por nosotros el olor de su conocimiento en todo lugar: *Odorem notitiæ suæ manifestat per nos in omni loco.* El celebrante es incensado de rodillas, porque representa á Jesucristo y obra en su persona los santos misterios, como dice el concilio de Florencia, y en ciertas iglesias lo son los asistentes y en especial las personas constituidas en dignidad, porque por su clase se hallan mas en disposicion de hacer gustar las verdades del Evangelio y todas las santas prácticas que llama el apostol el buen olor de Jesucristo. Este honor y distincion que quiere tributarles la iglesia, dicen siempre relacion á la religion, porque en tanto son verdaderamente estimables los hombres en aquella, en cuanto pueden servir para manifestar y propagar el reino de Jesucristo. Asi debe decir para sí cada cual de los que son incensados: este honor no me conviene sino por cuanto soy ese buen olor espiritual y le esparzo: ¿corresponde mi conducta á la idea que la iglesia da de mí? Mas como los santos impulsos de nuestra alma son solamente un efecto del Espíritu Santo, advierten algunos misales antiguos que digan todos los circunstantes con el sacerdote: El Señor encienda en nosotros el fuego de su amor y la llama de una caridad eterna, para que despues de edificar con nuestra conducta y sentimientos á nuestros prójimos nos reciba Dios para glorificarle con Jesucristo en el cielo por toda la eternidad &c.

PLATICA XXIX.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Despues de hecha é incensada la ofrenda pasa el sacerdote á lavarse las manos al lado de la epístola. Voy á explicaros el espíritu y motivos de esta ceremonia y la oracion que la acompaña. Facilmente se os alcanza la razon natural: el sacerdote acaba de recibir las ofrendas

é incensarlas y debe tocar el cuerpo de Jesucristo: asi es muy puesto en el orden y lo dicta el respeto que se prepare con todo aseo y limpieza.

Pero hay una razon misteriosa de esta ablucion mas antigua que la razon de decencia, pues que se hacia en otro tiempo antes de la ofrenda de los fieles y la oblacion. San Cirilo de Jerusalem en su Exposicion de la liturgia enseña á su pueblo que por esta ablucion que se hace al principio de la misa de los fieles, que es el del sacrificio, quiere mostrar la iglesia que para ofrecerle y asistir á él es necesario purificarse de las menores manchas del pecado. Ya habeis visto, dice, que un diácono ministraba para que se lavase las manos el sacerdote oficiante y los otros clérigos que habia al rededor del altar: ¿creeis que sea para la limpieza corporal? Nosotros entramos en la iglesia con el aseo y decencia que exige tan santo lugar. Esta ablucion de las manos nos manifiesta que debemos estar puros de todos nuestros pecados, porque las manos expresan las acciones, y lavar aquellas no es otra cosa que purificar nuestras obras. Sobre esta razon misteriosa insiste el autor de la Gerarquía atribuida á san Dionisio diciendo: Esta ablucion no se hace para quitar las manchas del cuerpo que ya se han lavado, sino para denotar que el alma debe purificarse de las mas leves manchas. Todos los autores eclesiásticos repiten lo que se lee en las Constituciones apostólicas: Que el agua que se ministra en este lugar á los sacerdotes para que se laven las manos, es un signo de la pureza que conviene á las almas consagradas á Dios.

Haga pues, interiormente cada uno de vosotros lo que se representa por la accion exterior del sacerdote. Si la iglesia ha querido que os purifiqueis todos al principio de la misa por una confesion comun para prepararos al sacrificio que debeis ofrecer; no es su ánimo excluiros de esta nueva purificacion que tan próxima está al instante del augusto misterio en que quiere que tomeis tanta parte, pues es vuestro sacrificio lo mismo

que el del sacerdote. El espíritu de esta ceremonia es que os purifiqueis delante de Dios por una detestacion sincera de las manchas mas pequeñas del pecado y de todos vuestros afectos desordenados para no profanar indignamente el tremendo sacrificio que se va á celebrar, y levantar al Señor unas manos puras como dice el Apostol; esto es, para que la pureza de vuestros corazones haga agradable á Dios el sacrificio que le vais á ofrecer.

Animados de estos sentimientos decid con el sacerdote el salmo que ha rezado siempre la iglesia, como se ve en las mas antiguas liturgias de san Basilio y san Juan Crisóstomo, y antes de ellos lo dijo san Cirilo de Jerusalem. Este salmo es muy instructivo para todos los que se acercan al altar ó á ofrecer el divino sacrificio, ó á participar de él; y os enseña con qué disposiciones de inocencia, pureza, zelo por la gloria de Dios y agradecimiento y amor debeis asistir: *Lavabo inter innocentes manus meas*: lavaré mis manos entre los inocentes, es decir, que convencido de la corrupcion y seduccion del mundo, cuyos efectos he experimentado demasiado, me purificaré de todas las obras mundanas de mi vida por un arrepentimiento sincero, é informado de los infinitos riesgos que se corren en la compañia y el trato de los malos, solo me uniré con personas piadosas y viviré en la pureza é inocencia. *Et circumdabo altare tuum, Domine*; y rodearé tu altar, Señor, no con hostias, holocaustos y sangre de las víctimas, porque el sacrificio agradable al Señor no es mas que el de nuestros espíritus y corazones. Purificadlos, santificadlos, unidlos á los santos ángeles que os adoran. Yo vengo á unirme á ellos: dadme, Dios mio, esos oidos del corazon que me hagan comprender cuanto me descubren vuestra gracia y la fé, y penetrar la profundidad de vuestros misterios para alabaros: *Ut audiam vocem laudis et enarrem universa mirabilia tua*: para que yo oiga la voz de la alabanza y cuente todas tus maravillas.

Inflamado ya del fuego de vuestro amor por la sola preparacion de un sacrificio en que se encierran todas vuestras maravillas, me siento enajenado de la hermosura de vuestra casa y del lugar donde habita tu gloria: *Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ.* ¿No es en este santo templo donde Jesucristo va á estar realmente presente dentro de poco? ¡Ah! Si el tabernáculo de los judios era tan respetable é infundia tanto temor por una gloria exterior que manifestaba Dios en él; ¡cuál debe ser nuestro respeto y veneracion á un lugar donde no se trata ya de buscar sombras y figuras, sino que está presente la verdad eterna y es glorificado Dios, no solo por los hombres que le aman, sino por su propio hijo que se inmola y sacrifica en su honor y por su gloria! Pero si nuestros templos son en la tierra la habitacion de la gloria de Dios por el sacrificio; ¡qué amor y qué deseo no infunden hácia la hermosura del cielo donde Dios manifiesta á las claras su gloria! En el sacrificio se vislumbra la belleza de la eternidad: se aumentan mas y mas los vehementes deseos de alcanzarla: desterrados de la patria celestial nos complacemos á lo menos en frecuentar la iglesia, y la escogeriamos gustosos por nuestra morada para gozar de la presencia del Señor: la fé penetra por entre los velos con que se ve obligado á ocultar el esplendor de su gloria á causa de nuestra flaqueza.

Cuanto mas desea el alma habitar en estos tabernáculos eternos y contemplar en ellos la gloria de su Dios, tanto mas tiembla á vista de la propia fragilidad, que la hace capaz de caer en los mayores desórdenes y confundirla con los mas criminales. Enmedio de esta consideracion que le infunde el fondo de su corrupcion, exclama: No pierdas, ó Dios, mi alma con los impíos, ni mi vida con los hombres sanguinarios: *Ne perdas cum impiis, Deus, animam meam et cum viris sanguinum vitam meam.* No pido librarme de la muerte, porque es una ley general y seria una desgracia ser in-

mortal en el lugar de mi destierro: tampoco pido morir con mas gloria y tranquilidad que los injustos: los mas de ellos parecen al morir mas dichosos que los hombres de bien, muchos de los cuales mueren en la opresion y la miseria; y ademas ¿qué diferencia habria entre mi muerte y la de los mas perversos si despues de ella todos fuesen iguales? Lo que pido, Señor, es que no me juzgueis como á ellos á la hora de la muerte, que no me envolvais en su condenacion, que no me separeis como á ellos de la congregacion de los justos y que no me negueis como á ellos vuestra morada eterna. No me trateis como á esos impíos que tienen en sus manos la iniquidad, y su diestra está llena de dones: *in quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus.*

Señor, yo por vuestra gracia he llevado una vida diferente de la de los impíos y he andado en mi inocencia: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum.* Pero ¿no es una temeridad hablar á Dios de nuestra inocencia? ¿Puede compadecerse este lenguaje con la humildad cristiana, que nos debe hacer viles y despreciables á nuestros ojos y llenarnos de confusion y temor? Sí, hermanos, no es contrario al verdadero caracter de la humildad, la cual no consiste en ignorar lo que uno es, ni en disimular lo que conoce evidentemente en sí mismo. San Pablo es humilde: se considera como el desecho del mundo; y consiente si es necesario en ser anatema por sus hermanos, es decir, un objeto de horror para todos los hombres por amor de ellos. ¡Qué humildad y qué caridad juntamente! Pero san Pablo tan humilde sabe que es apostol é inspirado de Dios y que puede decir: ¿No soy yo apostol? ¿No he visto á Jesucristo nuestro Señor? No oculta que fue arrebatado al tercer cielo, y sabe tambien que puede gloriarse en Dios sin ofender la humildad cristiana. Este gran apostol quiere asimismo que todos los fieles sean humildes, sin ocultarse el bien que sienten en sí, y quiere que conozca uno su estado por el testimonio de su concien-

cia, que se pruebe y que discierna sus obras para formar juicio de ellas segun la verdad.

Pues ¿en qué consiste la humildad cristiana? 1.º En temer no ver el mal que hay en nosotros, y en reconocer que porque nosotros no nos hallemos culpables de nada, no se sigue que seamos justos: quien nos ha de juzgar es el Señor, cuyos ojos penetran en las tinieblas mas profundas y en los pliegues mas recónditos del corazon. Es preciso pues creernos viles y despreciables por el mal que vemos en nosotros, y por las obscuridades que no podemos profundizar, y querer ser tratados como el desecho del mundo si conviene para nuestra salvacion y la de nuestros hermanos.

2.º Respecto de lo que es evidentemente bueno, consiste la humildad en no tratar jamas de manifestar este bien sino por orden de Dios, en no compararse con otros para sobreponerse á ellos como el fariseo, en confesar que lo bueno no viene de nosotros, sino de la gracia de Dios: *quid habes quod non accepisti?* y en reconocer que podemos caer del estado mas santo con mayor facilidad que cayeron el rey mas sabio, un apostol escogido por Jesucristo y el primer angel del cielo. Por mas favores que hayamos recibido, debemos estar penetrados de temor y terror si somos verdaderamente humildes, y no hemos de cesar de decir á Dios temblando: Señor, ¿qué va á ser de mí si vos no me amparais? No aparteis vuestro espíritu de mí y confirmad lo que habeis hecho en mí: yo no soy mas que polvo y ceniza, y sin vuestro auxilio no tengo firmeza ni consistencia: el viento mas leve me llevará.

Ve ahí el verdadero caracter de la humildad tan bien expresado por el versículo del salmo que estamos explicando. Un corazon verdaderamente humilde puede decir á Dios con David: Yo he andado en mi inocencia: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum.* Mas al mismo tiempo teme ser bien pronto confundido con los impíos si no le preserva Dios, y dice á este: Continuad dispensandome las misericordias de que me habeis col-

mado hasta aquí, preparadme á recibir otras nuevas por el reconocimiento, y no permitais que atribuya á mis méritos el discernimiento que habeis hecho de mí y de otros infinitos que no os conocen á vos ni conocen la piedad, porque este discernimiento se funda solo en vuestra misericordia, y si vos no me hubierais librado de la ceguedad general, yaceria en las mismas tinieblas. Redimidme, Señor, y apiadaos de mí: *Redime me et miserere mei.* Por mas testimonios que le dé su conciencia de estar inocente, siente que necesita contínuamente de la mano del Redentor y de su misericordia. Conoce pues lo bueno que hay en él y lo declara, y declarandolo queda verdaderamente humilde. Tales deben ser las disposiciones de los que han recibido gracias particulares de Dios, y se han purificado por la penitencia y una vida regular antes de participar del santo sacrificio y acercarse al altar.

Por último, hermanos mios, un corazon verdaderamente humilde reconoce que si se ha conducido con rectitud y regularidad es por la bondad y misericordia enteramente graciosa de Dios, de cuya proteccion únicamente espera la perseverancia en la virtud. Señor, confio por vuestro auxilio permanecer firme en el bien enmedio del contagio general: por la desgracia ajena comprenderé cuál es mi dicha, y conservaré con cuidado un tesoro rarísimo: *Pes meus stetit in directo.* Penetrado de la mas humilde gratitud asiste al santo sacrificio para bendecir á Dios y darle gracias: *In ecclesiis benedicam te, Domine.* A donde quiera que fuese no hay lugar mas á propósito para bendecir á Dios y publicar sus maravillas que el lugar santo, donde reside y está presente para recibir nuestros respetos y homenajes, ni ocasion mas oportuna que las solemnes congregaciones de los fieles, cuyas oraciones y súplicas unidas son tan eficaces para alcanzar las mercedes de Dios. No hay medio mas santo para testificar la gratitud que el sacrificio eucarístico, pues que en él se ofrece al Señor tanto como se ha recibido y mas: se le pre-

senta un Dios: *In ecclesiis benedicam te, Domine.*

Recibid, Señor, esta víctima de alabanza y hacimiento de gracias tan digna de vos: sus méritos llenan la distancia que hay entre vuestra grandeza y nuestra nada. Mis manchas y pecados me harian indigno de ofrecerosla, si ella misma no hubiese querido lavarlos con su propia sangre y vestirme de la inocencia, único ornamento que puede hacer agradables delante de vos á los que rodean vuestros santos altares. Mi lengua enmudeceria si no la desataran sus santas inspiraciones y no me hiciesen conocer el género de gloria con que quereis ser honrado. El trono de vuestra majestad está en este templo, y no tengo el privilegio de hacer en vuestros tabernáculos lo que hacen los ángeles en el cielo. Os bendeciré pues en las iglesias, *in ecclesiis benedicam te, Domine*, para merecer bendeciros algun dia en el seno de la inmortalidad. Amen.

PLATICA XXX.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Despues que el sacerdote á nombre de la iglesia ha ofrecido separadamente el pan y el vino, y él y los fieles se han ofrecido á sí propios para reconocer el supremo dominio de Dios y en expiacion de sus pecados, hace una nueva oblacion general, que comprende aquellas particulares, explica los límites y efectos de ellas y contiene todas las personas que participan del sacrificio, aunque de un modo diferente; á saber, Dios, Jesucristo, los santos del cielo y los fieles de la tierra. Dios en la trinidad de sus personas es el único á quien se ofrece el sacrificio: Jesucristo, la segunda persona, es ofrecido en su humanidad; y la iglesia triunfante y militante es ofrecida como los miembros de su cuerpo y como quien recibe el fruto de esta oblacion.

Inclinado el sacerdote enmedio del altar dice esta oracion: *Suscipe, sancta Trinitas*, recibe, Trinidad santa.

Segun el uso de los cuatro primeros siglos y la regla del tercer concilio de Cartago las oraciones de la iglesia debian dirigirse solo á Dios padre. Dice Vigilio de Tapso que como entonces se trataba de destruir el error de los gentiles que admitian la pluralidad de dioses, no se queria nombrar la santisima Trinidad, para que no nos atribuyesen el mismo error los que no conocian el misterio de las tres personas divinas. Pero siempre supieron los fieles que no se adora al Padre sin adorar al Hijo y al Espíritu Santo: que entre las divinas personas no hay separacion ni division: que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo: que no se honra al Padre si no se honra al Hijo y se le honra como al Padre: que por consiguiente el Padre no recibe ningun culto que no corresponda igualmente al Hijo y al Espíritu Santo; y que asi como el sacramento de nuestra regeneracion proviene igualmente de las tres personas, pues somos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, asi tambien el sacrificio que ofrecemos es ofrecido igualmente á las tres personas divinas que son un solo Dios. Por lo tanto no han tenido reparo las iglesias griega y latina en decir distintamente al ofrecer el sacrificio: Recibe, Trinidad santa.

Hanc oblationem, esta ofrenda, este sacrificio, como el homenaje debido á la santidad y soberanía de vuestra esencia, á vuestra omnipotencia: recibidla como que es el principio y el fin de todos los seres criados. Os la ofrecemos en memoria de la pasion, resurreccion y ascension de nuestro Señor Jesucristo: *Quam tibi offerimus ob memoriam passionis, resurrectionis et ascensionis Jesu Christi, Domini nostri.*

La expresion *ob memoriam*, por ó en memoria, podria originar tal vez una dificultad sobre el sacrificio de nuestros altares y haceros creer que el de la Eucaristía no es verdadero y real, sino conmemorativo del de la cruz. En la plática segunda aclaré y os expliqué esta dificultad cuando dije que todo sacrificio tenia cinco partes: 1.ª la eleccion que se hacia de la víctima para

ofrecerla á Dios, quedando como santificada por esta eleccion: 2.ª la ofrenda que hacia el sacerdote antes de inmolarla: 3.ª la inmolacion en el altar donde era sacrificada: 4.ª la consumacion de la víctima que era quemada, á fin de que el fuego destruyese todo lo imperfecto y corruptible que habia en ella, y pudiese subir, por decirlo asi, hasta Dios el humo de la víctima quemada, y el Señor le recibiese en olor de suavidad: 5.ª la comunion del pueblo en la víctima.

En segundo lugar os manifesté que de todas estas partes del sacrificio las primeras no contenian las últimas; pero estas suponian é incluian las primeras: por ejemplo la ofrenda no contenia la inmolacion, ni la consumacion, ni la comunion de la víctima; pero la inmolacion incluia la oblacion, y la consumacion contenia la santificacion, la oblacion y la inmolacion.

En tercer lugar os hice ver que estas cinco partes del sacrificio se encuentran en los misterios de la vida de Jesucristo. 1.º La santificacion de la víctima en la encarnacion, por la cual fue escogida la humanidad de Jesucristo, destinada á ser ofrecida á Dios y santificada por su union con el Verbo; y en virtud de esta union fue digna de serle ofrecida. 2.º Hallamos la primera ofrenda de la víctima en el nacimiento de Jesucristo. San Pablo nos dice que Jesucristo al venir al mundo se ofreció á su Padre y se sustituyó á todas las antiguas víctimas que no habian hecho mas que representarle. 3.º Esta divina víctima fue inmolada en la cruz. 4.º Fue consumada por la resurreccion. En este misterio se destruyó todo lo mortal y corruptible que habia en Jesucristo, y entonces se revistió su cuerpo de la inmortalidad. Por la ascension fue presentada esta víctima delante de Dios. 5.º Hallamos la comunion en este mismo misterio de la ascension, por el cual comunicó Dios de esta divina víctima recibiendola en su seno; y en el de la venida del Espíritu Santo hallamos una especie de comunion de los fieles en la víctima, porque en este dia fueron, por decirlo asi, incorporados á Jesucristo haciendo-

se participantes de su espíritu y miembros de su cuerpo.

Para representar todas estas cosas contenia antiguamente la oracion que explicamos, las palabras siguientes en la mayor parte de las iglesias de Francia: Recibe, Trinidad santa (se decia en Paris hace unos cien años), esta oblacion que te ofrecemos en memoria de la encarnacion, natividad, pasion, resurreccion y ascension de nuestro Señor Jesucristo y de la venida del Espíritu Santo. Estas palabras expresan bien claramente todas las cinco partes del sacrificio de Jesucristo; y si ahora no hacemos mencion mas que de la pasion, resurreccion y ascension, es porque estos tres misterios fueron el cumplimiento de la inmolacion y consumacion de su sacrificio, que es lo principal que hay en este misterio.

Pues, hermanos, Jesucristo, víctima real de nuestro sacrificio, contiene todas estas condiciones, porque las últimas comprenden las primeras. En nuestros altares hacemos la oblacion de Jesucristo tal como está en el cielo, es decir, santificado en su encarnacion, inmolado en la cruz, glorificado y consumado en Dios por su resurreccion y presentado ante la divina majestad por su ascension; y como no ha habido mas que una sola santificacion de esta víctima en la encarnacion, una sola inmolacion en la cruz y una sola glorificacion, consumacion y comunion por su resurreccion, y estas partes no se reiteran; por eso el sacrificio de la misa es conmemorativo de la pasion, resurreccion y ascension de Jesucristo, *in memoriam*, porque la oblacion de la misa las supone y comprende. Es conmemorativo de estas partes que estan cumplidas; lo cual no quita que sea tambien sacrificio real, pues que en él se hace á Dios una ofrenda verdadera de una víctima realmente presente, la que en verdad no es de nuevo santificada, inmolada, glorificada y consumada en nuestros altares; pero lo fue en otro tiempo, y la iglesia representa en algun modo todas estas partes en la accion del sacrificio de la misa.

La preparacion y santificacion de la víctima se representan por la eleccion y preparacion que se hace del pan y del vino ofrecidos por el pueblo para convertirlos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y por la mezcla del agua y del vino segun aparece de la misteriosa oracion que explicamos dias atras.

La ofrenda preparativa de la víctima antes de su inmolacion está representada por la que se hace del pan y del vino mezclado con agua antes de la consagracion: la inmolacion de la víctima por la consagracion del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo de las especies separadas del pan y del vino.

La consumacion, por cuya accion se presenta libre de toda corrupcion ante el trono de Dios despues de su inmolacion, por la ofrenda del cuerpo y sangre de Jesucristo, que se le hace inmediatamente despues de la consagracion.

Por último la comunion del sacerdote y el pueblo en la víctima se halla en la comunion. Asi tenemos reunidos en la misa todos los misterios de Jesucristo y nos los ponemos, por decirlo asi, delante de los ojos al celebrar este augusto sacrificio. No solo ofrecemos esta divina víctima, sino que la ofrecemos en memoria de su pasion, resurreccion y ascension, es decir, que Jesucristo es ofrecido como una víctima inmolada por su pasion y muerte, glorificada, consumada y recibida en el seno de su Padre por su resurreccion y levantada al trono de Dios y abogando por nosotros ante él por su ascension.

Pero este sacrificio augusto considerado en toda su latitud no es solo el de Jesucristo, sino el de toda la iglesia, de la cabeza y de los miembros, el sacrificio universal de todos los santos que se han inmolado. El mismo Jesucristo nos dice que se ofreció en sacrificio para que los santos fuesen consagrados verdaderamente en hostia santa. *Pro eis sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate*: Por ellos me santifico á mí mismo para que sean tambien santificados ellos en ver-

dad. Asi pues como se debe celebrar el sacrificio en memoria de los misterios de Jesucristo, es preciso tambien celebrarle en memoria de los santos, que despues de haber pasado toda su vida mortal en las mortificaciones de la cruz se unen continuamente á Jesucristo para inmolarse en accion de gracias á causa de los bienes infinitos de que son colmados.

Pues para reconocer que toda la iglesia es un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo y todos los fieles sus miembros, algunos de los cuales estan ya con la cabeza en la gloria, mientras que los otros pelean aun en la tierra para merecer ir á ella; el sacerdote no se une solamente con todos los asistentes en esta oracion, sino que une ademas todos los asistentes y él mismo con la bienaventurada Virgen Maria, *in honorem beatæ Mariæ Virginis*. Es nombrada esta Señora la primera como la reina de los santos y los ángeles, que tuvo la honra de dar al Verbo eterno el cuerpo de la víctima sacrificada, y se ofrece mas en accion de gracias, por cuanto está mas sublimada en grandeza y gloria. El sacerdote se une con el bienaventurado san Juan Bautista, *et beati Joannis Baptistæ*, este santo precursor que dió á conocer al cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Se une con los santos apóstoles Pedro y Pablo, *et sanctorum apostolorum Petri et Pauli*, como los primeros que le anunciaron. Se une á los santos, *et istorum*, ó á aquellos cuya fiesta se celebra segun se entendia antiguamente, ó segun se entiende ahora á aquellos cuyas reliquias descansan en el altar donde Dios recibe y ofrece el sacrificio, y que estan colocados bajo del altar de la iglesia como lo estan bajo del del cielo segun san Juan, porque se inmolaron á Dios y participaron de este divino sacrificio. Por último se une á todos los santos, *et omnium sanctorum*, que sirvieron á Dios desde el principio del mundo y fueron como Abel víctimas agradables á los ojos del Señor.

La iglesia explica despues los frutos de esta ofrenda y los efectos que reciben los miembros unidos al

cuerpo de esta divina víctima, asi los que estan ya en la sociedad de su gloria, como los que combaten en la tierra para merecerla.

En cuanto á los primeros pide la iglesia que les aproveche esta oblacion para honor, *ut illis proficiat ad honorem.* Pero por esta expresion ¿no rebajamos la dignidad y excelencia del sacrificio de Jesucristo? ¿No es extraño que ofrezcamos este á la santísima Trinidad para honrar la memoria de los santos y dar gracias á Dios por la gloria que les ha concedido? Mas notad 1.° que despues de decir que ofrecemos el sacrificio de Jesucristo á la santísima Trinidad no continuamos ofreciendo, sino que explicamos lo que contiene este santo sacrificio y lo que debemos considerar en él, que son los misterios de Jesucristo y las victorias de los santos, en lo cual está toda su honra. 2.° El honor de los santos consiste en estar unidos al sacrificio de Jesucristo, y no hay cosa mas honorífica para ellos que celebrar su memoria y mencionar sus nombres en un sacrificio que hizo toda su honra y gloria. 3.° Ofreciendo este sacrificio para honrar á los santos ofrecemos á Dios no solo la causa y el principio de su santidad y gloria, que es el sacrificio de Jesucristo, sino tambien su santidad y gloria como efecto y fruto de este sacrificio. Comprended la naturaleza de él. ¿Por qué se ofreció Jesucristo? ¿No fue para merecernos la gloria? Pues ¿qué podemos ofrecer á Dios en accion de gracias por los santos si no es la misma víctima por la cual fueron santificados? Asi lo explica la iglesia en varias oraciones secretas y sobre todo en esta: Te ofrecemos, Señor, en la muerte preciosa de tu martir este santo sacrificio, de donde tuvo origen el martirio mismo. En efecto celebrando la memoria de la muerte de Jesucristo ¿no aprendieron los mártires á despreciar la vida y hacerse con él las víctimas del Padre eterno? No hay pues cosa mas conveniente que honrar en este sacrificio las virtudes que son efecto y fruto de él.

La iglesia está muy distante de emplear á Dios y á

Jesucristo en honrar á los santos; pero al adorar á Dios honra á los santos uniendolos á Jesucristo con quien se ofrecen ellos mismos. Los honra en el altar santo y ante la divina presencia en hacimiento de gracias y conmemoracion eterna de las maravillas que obró el Señor en ellos. El honor de los santos no es tanto su honor como el de Dios, que es admirable en ellos y en cuya presencia es preciosa la muerte de los mismos: los santos no cesan de bendecirle y cantar que él es su gloria, su salud, su esperanza, la gloria de su esencia, el origen de su fortaleza y engrandecimiento. Asi que es glorificado en la iglesia de los santos, que se regocijan en él solo, porque el Señor los ha elegido y el Dios de Israel es su rey. Ofrecer pues por los santos es celebrar la grandeza y el poderío de Dios en las gracias que han recibido de él.

En cuanto á nosotros, hermanos mios, que ofrecemos en este valle de lágrimas el sacrificio de Jesucristo y por quienes es ofrecido, aunque tengamos la honra de ser sus miembros y estar unidos á él por la gracia y la caridad, todavía no lo estamos por la gloria: asi solo nos conviene ofrecerle por nuestra salvacion para recibir todas las gracias que hemos menester á fin de conseguirla, *nobis autem ad salutem.* Ve aquí el fin principal que debemos proponernos cuando asistimos al santo sacrificio, y la gracia especial que hemos de pedir; es á saber, que este sacrificio que ha procurado tanto honor á los santos infundiendoles el desprecio de los bienes terrenos y de la vida misma, moviendolos á escoger el camino de la mortificacion y la penitencia y haciendolos hostias agradables á Dios y víctimas dignas de Dios, sea tambien para nosotros el origen de la salvacion y nos santifique como á ellos para entrar en una perfecta comunion con ellos. Pero ¿es ese el fin que llevamos cuando asistimos al santo sacrificio? No hablo á los que por ignorancia ó estupidez no llevan ninguno, ni á los que son tan impíos que quieren emplear el sacrificio mas santo y tremendo de la religion en la satis-

faccion de sus deseos y en alcanzar lo que puede contentar sus pasiones. Pero vosotros, hermanos mios, que sois mas religiosos é instruidos, ¿pedís la salvacion y las gracias conducentes á ella? ¿Es ese el fin que os proponeis? ¡Cuántas miras temporales é interesadas os traen al pie de los altares! El buen logro de vuestros negocios, la feliz conclusion de un pleito, la prosperidad de vuestras empresas, las ventajas y colocacion de vuestra familia y otras mil cosas por este estilo es lo que venís á pedir; pero casi nunca la salvacion ni gracias de humildad para abatir la soberbia, de mortificacion para combatir el regalo y la sensualidad, de sumision para llevar las cruces que os envia Dios, en una palabra gracias eficaces y poderosas para enfrenar vuestras pasiones. Sin embargo estas son las que nos mereció principal y esencialmente Jesucristo por su sacrificio ofrecido primero en la cruz y continuado en nuestros altares: *nobis autem ad salutem*; y para alcanzarlas pedimos la intercesion de los santos en el cielo: *et illi pro nobis intercedere dignentur in cœlis.*

Asi explica san Agustin esta oracion. Cuando hacemos mencion de los santos en la mesa del Señor, dice el santo doctor, ¿qué es lo que nos proponemos? Principalmente que pidan por nosotros para alcanzarnos la gracia de seguir sus huellas. Queremos moverlos á que intercedan por nosotros en el cielo haciendo conmemoracion de ellos en la tierra: *quorum memoriam agimus in terris.* Tenemos la honra de estar unidos íntimamente á los santos y ser sus hermanos por la comunion de todos los que creen en Jesucristo y estan en su iglesia: esperamos pues que intercederán en el cielo mientras nosotros celebramos su memoria en la tierra.

Pero el asociar los santos á esta oblacion ¿no es enflaquecer la virtud y eficacia del sacrificio de Jesucristo? No, hermanos, porque cuando pedimos que este sacrificio, agradable á Dios por su propia institucion y por su autor, le sea aun mas agradable por las oraciones de sus santos, no pedimos mas sino que al mérito

que proviene de la cosa, se agregue tambien el que viene por parte de los que se unen á nosotros para ofrecerle. Por eso la iglesia concluye asi esta oracion: *Per eumdem Christum Dominum nostrum*, por el mismo Cristo nuestro Señor; enseñandonos por esta conclusion que á la verdad hay intercesores en el cielo que piden y ofrecen con nosotros; pero solamente son escuchados por el gran intercesor y mediador Jesucristo, único por quien tienen todos acceso, tanto los ángeles como los hombres, asi los santos que reinan en el cielo, como los que combaten en la tierra.

PLATICA XXXI.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Cuanto mas se acerca el instante de la accion del sacrificio, mas necesarios son la oracion y el recogimiento. El sacerdote conoce la necesidad que tiene del espíritu de Dios, y se cree precisado á despertar la atencion y el fervor del pueblo. Asi le convida á orar dandole á entender para hacerle mas fuerza que lo que ofrece por mano del sacerdote es el sacrificio de toda la iglesia, y que el sacerdote le ofrece con él y por él. Expliquemos las ceremonias y palabras de esta exhortacion del sacerdote y de la respuesta del pueblo, porque todo es importante para que dirijais vuestra intencion y conozcais la parte que teneis en el sacrificio.

El sacerdote besa el altar que representa á Jesucristo, y antes de volverse al pueblo para saludarle extiende las manos y las junta otra vez. ¿Qué pide con este ademan? Os exhorta á orar, *orate*, á pedir para él la pureza, santidad y recogimiento correspondientes á la grandeza del misterio que se va á obrar por sus manos. ¡Qué atencion y fervor debeis poner en el sacrificio que va á ofrecerse, y durante el cual estan todos los ángeles en el mas profundo respeto y anonadamiento, como dice san Juan Crisóstomo! *Orate*, rogad una-

nimemente con él, porque la accion de la iglesia es comun al sacerdote y á los asistentes: vosotros sacrificais con él, y este sacrificio es tanto por vosotros como por él. Orad, hermanos, *fratres*. Asi llama á los asistentes, y asi han sido llamados siempre los fieles en la iglesia. San Pablo no les da otro nombre, y san Cipriano y los mas antiguos santos padres nos dicen que esta era la costumbre de la iglesia.

¿Qué os ruega el sacerdote que pidais para él? En los tiempos primitivos no decia mas que estas palabras: Orad por mí, hermanos; pero en el siglo IX se añadieron las siguientes: *Ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem*: Para que mi sacrificio y el vuestro sea aceptable ante Dios Padre omnipotente. Ve ahí lo que se propone el sacerdote cuando os exhorta á orar. Disponese á entrar en el santo de los santos, y se despide, por decirlo asi, de los fieles, á quienes no verá mas hasta que haya consumado el sacrificio. En todo este tiempo no se volverá hácia el pueblo, ni aun siquiera cuando diga *Dominus vobiscum*, aunque esta salutacion se haga siempre mirando á las personas á quienes se saluda. En esta circunstancia atento enteramente al gran misterio que va á obrarse permanece vuelto de cara al altar; y como si estuviera encerrado en el santo de los santos y muy apartado del pueblo, terminará las oraciones secretas exhortando en voz alta á los fieles á que levanten los corazones á Dios. Cuando se vuelve hácia ellos ahora diciendoles: *Orate, fratres*, orad, hermanos, es como si les dijera: Voy á recogerme mas para hacer solo las oraciones secretas; pero orad tambien vosotros, y pedid á Dios que acepte el sacrificio que ofrecemos juntos. Este sacrificio le corresponde por su institucion, su autor y la víctima ofrecida; pero pudiera no serle agradable la oblacion si la hicieran unas manos y corazones culpables y manchados ó á lo menos mal dispuestos. A esta exhortacion del sacerdote responde el pueblo de diverso modo en algunas iglesias: Dios te envie su auxilio desde

su santuario y su asistencia desde Sion: acuerdese de tu sacrificio y haga perfecto tu holocausto. Esto es lo que deseaban los israelitas á David cuando ofrecia sacrificios. En la iglesia griega se responde: El Espíritu Santo vendrá sobre ti: la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Mas vosotros habeis de responder: *Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram totiusque ecclesiæ suæ sanctæ*: Reciba el Señor el sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre, utilidad nuestra y de toda su santa iglesia. ¡Cuánta luz da esta respuesta sobre la materia del sacrificio! Procurad comprenderla bien y os enseñará los motivos y el fin de él.

Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis: El Señor reciba el sacrificio de tus manos. Un sacerdote puesto por Dios y por la iglesia es quien debe ofrecerle: aunque Jesucristo os haya asociado á su sacerdocio, seais todos sacerdotes espirituales, sea comun la oblacion del sacrificio y tengais derecho de ofrecerle á Dios en calidad de miembros del cuerpo de la iglesia y en virtud de vuestra union con Jesucristo sumo sacerdote y con el ministro que le representa en la tierra; sin embargo la oblacion exterior y visible solo puede hacerse por las manos de los que recibieron en su ordenacion la potestad de consagrar y ofrecer visiblemente el cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las apariencias visibles del pan y del vino: *De manibus tuis.* A vosotros, sacerdotes espirituales, no os conviene mas que ofrecer este sacrificio interior, espiritual é invisiblemente: pero ¡qué pureza y santidad requiere en vosotros este ministerio interior de vuestro sacerdocio espiritual! Las mismas disposiciones que exige en nosotros la oblacion exterior hecha por nuestras manos, pues que es nuestro sacrificio y el vuestro, *meum ac vestrum sacrificium*: no es solamente el sacrificio del sacerdote y del pueblo, sino que en vuestra respuesta confesais ser simplemente el sacrificio, *suscipiat Dominus sacrificium,*

sin añadir el nuestro ni el vuestro, el sacrificio de toda la iglesia, el mismo que ha sido y será siempre ofrecido en todo el mundo. Por eso decís el sacrificio, *sacrificium*, y no este sacrificio, *hoc sacrificium*; lo cual denota que el sacrificio de la misa á que asistís, no es un sacrificio particular, distinto de aquel á que asististeis ayer, diferente del que ofreció Jesucristo en la cruz, se ha continuado ofreciendo y no cesará de ofrecerse hasta el fin de los siglos, en una palabra el sacrificio de la religion cristiana, cuyos sacerdotes espirituales sois para ofrecerle por manos de los exteriores y visibles: *Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis.*

¡Y cuán grandes y perfectos son los motivos que debeis tener al ofrecerle! Acaso no lo habeis reflexionado nunca. Claramente se exponen en la respuesta que dais al sacerdote.

El Señor reciba el sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre, *ad laudem et gloriam nominis sui.* Aquí teneis el primer motivo, el fin principal del sacrificio, lo que ante todas cosas se debe llevar en el alma y el corazon, la gloria de Dios. Asi el asistir al santo sacrificio de la misa es asistir á una accion cuyo fin próximo é inmediato es honrar la majestad divina: ve ahí cuál debe ser el objeto de vuestra intencion, si esta es conforme á la naturaleza de aquella accion. ¿Y cuál es la alabanza y la gloria que dais al nombre de Dios? Es una protestacion actual que haceis de vuestra dependencia, una confesion respetuosa de vuestra miseria y bajeza, un ejercicio de anonadamiento, un deseo de vuestra destruccion para reconocer su supremo dominio sobre todos los seres criados y sobre vosotros mismos, una confesion humilde y sincera de vuestra corrupcion y pecado. Si la oracion corresponde á este fin principal del sacrificio, la primera cosa que debeis pedir á Dios es la santificacion de su nombre, la venida de su reino y el cumplimiento de su voluntad. ¿Puede discurrirse un desorden mayor y mas impío que aprovechar para deshonrar á Dios lo que únicamente debe servir de glorificarle, profanar el santo

sacrificio con inmodestias y escándalos, asistir á él sin piedad ni recogimiento y salir de la iglesia sin haber tenido ningun sentimiento ni recuerdo de Dios? Asistir á misa es venir á protestar al Señor que dependemos de él, que todo lo esperamos de él, que solo adoramos á él y estamos dispuestos á anonadarnos por él: *ad laudem et gloriam nominis sui*; pero ¿creeis decirle todo esto viniendo al templo con la imaginacion distraida, con pensamientos enteramente profanos, tendiendo la vista por todas partes y buscando objetos que alimenten la curiosidad ó entretengan el ocio y el tedio con que estais? Contad por otras tantas profanaciones todo lo que no tiene por fin la alabanza y gloria del nombre divino.

Despues de su gloria quiere Dios que participemos nosotros del fruto del sacrificio; pero siempre con relacion á su gloria; y asi como nos admite á su mesa para que comamos con él el pan vivo comunicando de la víctima del sacrificio, tambien es su ánimo que nos aproveche y que los que asisten á él reciban un provecho particular comulgando sacramental ó espiritualmente. Por eso añadís *ad utilitatem quoque nostram*, y tambien para nuestra utilidad. ¿Qué utilidad es esta? Tener un medio tan eficaz de cumplir perfecta, santa y dignamente los deberes contraidos con Dios, darle gracias por los beneficios recibidos y alcanzar el perdon de nuestros pecados y todas las mercedes que necesitamos: esos son los otros fines del sacrificio, comprendidos todos en las palabras *ad utilitatem quoque nostram*, para nuestra utilidad. No repetiré lo que queda dicho ya sobre esta materia. Aquí debeis recordar con sentimientos de piedad todos los caracteres del sacrificio; y al decir cada uno de vosotros *Suscipiat Dominus &c.*, ha de tener intencion despues de adorar á Dios de darle gracias por sus mercedes, pedirle perdon de los pecados y alcanzar de él todos los auxilios necesarios. Para eso se instituyó el sacrificio: ese es el uso que habeis de hacer de él y la utilidad que debeis sacar. El que no piensa en estos deberes cuando asiste á misa, no conoce

la naturaleza de esta, ni tiene la intencion correspondiente. ¿Qué extraño es que este sacrificio ofrecido todos los dias con tan grandes ventajas no nos proporcione ninguna utilidad?

Pero seria reducir demasiado los beneficios de la misa el limitarlos á vosotros solos. Este es el sacrificio de toda la iglesia, del que se aprovechan todos sus miembros vivos en cualquier paraje del mundo que se encuentren y por apartados que esten entre sí; porque á la manera que el alimento corporal que se toma por la boca y entra en el estómago, no deja de aprovechar y nutrir á los miembros mas lejanos y que al parecer tienen menos parte; así los que asisten al santo sacrificio no excluyen de la utilidad de él á los otros fieles, aunque es verdad que reciben una particular. Por eso respondeis al sacerdote: El Señor reciba el sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre y tambien para nuestra utilidad y la de toda su iglesia santa: *totiusque ecclesiæ suæ sanctæ.*

En efecto la Eucaristía es el sacrificio de toda la iglesia: á esta fue dado Jesucristo: ella le ofrece al eterno Padre: ella es ofrecida con él: ella le recibe; y si nosotros tenemos derecho de ofrecer el sacrificio ó aspirar al fruto de él, es como sus ministros y miembros. Por eso hice poco antes la observacion que ni el sacerdote cuando exhorta al pueblo á orar, ni este cuando ora segun los deseos de aquel, no dicen solamente *mi sacrificio*, ni *vuestro sacrificio*, sino que el sacerdote dice: mi sacrificio y el vuestro, *meum ac vestrum sacrificium*; y el pueblo responde simplemente: *El Señor reciba el sacrificio*, sin añadir mio ni vuestro, para enseñarnos á no apropiarnos lo que pertenece á la iglesia universal y á que tienen derecho todos sus miembros segun la medida de la donacion de Cristo, *secundùm mensuram donationis Christi.*

¡Qué grosera ignorancia la de ciertos cristianos, que en dando tres reales por una misa (como hoy se dice) creen haber adquirido y comprado un derecho sobre el

sacrificio de la misa y no tienen dificultad en decir: *Esta es mi misa*; como si los demas fieles tuviesen entonces menos parte en ella! Lo que presentais á la iglesia, no es por la misa, sino para la manutencion del sacerdote: no es el precio del sacrificio, sino una limosna ó mas bien una justa contribucion para la subsistencia de los ministros de la iglesia y las cosas necesarias al sacrificio. Esta contribucion no os da derecho de tener parte en el sacrificio sino en cuanto teneis mas caridad, de la que puede ser un efecto y una señal aquella. Tambien puede mirarse la limosna de las misas rezadas, segun dije al explicar el ofertorio, como una ofrenda particular sustituida á la pública que se hacia antiguamente y se hace aun en las misas solemnes: aquella ofrenda no da mas derecho para apropiarse la misa rezada que la pública para apropiarse la misa solemne y parroquial.

Corrigiendo y ordenando vuestra intencion en la retribucion de las misas no temo entibiar vuestro zelo, hermanos mios; al contrario pienso acrecentarle. Hoy aprendeis que esa retribucion no es un mero acto de liberalidad, sino de justicia tanto como de caridad, fundado en el derecho que tienen los ministros del altar de vivir del altar; y aprendeis que este acto de justicia y caridad os dispone á recibir el fruto y aplicacion del sacrificio mas copiosamente que los que dejan de cumplirle. La iglesia pide en particular para los primeros este fruto y aplicacion del sacrificio en la oracion llamada *secreta*; porque esta se refiere á las ofrendas que han hecho los fieles: por ella se ofrecen á Dios, y se le pide que las bendiga y las haga provechosas asi á los que las han presentado, como á todos los demas sin excepcion. Los que no tienen á la vista la oracion que se dice en cada misa para penetrarse del espíritu de ella, deben pedir á Dios que oiga las súplicas del sacerdote, que reciba propiciamente los dones que estan sobre el altar, y que por su gracia nos ponga en estado de serle presentados nosotros mismos como una hostia agra-

dable. La intencion de la iglesia en esta oracion se descubre claramente en la que acaba de decirse. Señor, te rogamos que mires aplacado los sacrificios presentes, para que aprovechen á nuestra devocion y salud: *Sacrificiis præsentibus, Domine, quæsumus, intende placatus, ut devotioni nostræ proficiant et saluti.*

¿Por qué se llama *secreta* esta oracion? Entre varios pareceres el mas autorizado á mi ver, mas conforme á la tradiccion, fundado en la práctica de todas las iglesias y consagrado por los ritos y ceremonias prescritas en todas las liturgias y misales es que se llama *secreta* porque se dice secretamente, en tono bajo. La iglesia entra en el secreto, dice un autor piadoso: este es el interior de la iglesia, la cual no es ya oida mas que de Dios.

¡Cuán magníficas son las razones de este silencio! ¡Cuánto abunda en misterios esa costumbre de rezar en voz baja las secretas y el canon de la misa, practicada desde tiempo inmemorial en la iglesia griega y latina! La religion está rodeada de misterios, por decirlo asi: ¿qué extraño es que los haga venerar á veces por medio de signos exteriores? ¿Y cuáles son los misterios que expresan y representan ese silencio y ese rezo en voz baja? Podriamos decir con antiguos autores que la iglesia obra asi para honrar las oraciones secretas de Jesucristo en el monte Olivete y el silencio que observó en tiempo de su pasion: que se ha prescrito este silencio para infundir respeto y para que el pueblo permanezca atento y consagrado á Dios, mientras el sacerdote ora solo en nombre de toda la congregacion de los fieles, como se practicaba en los sacrificios de los judios cuando el sumo sacerdote entraba solo en el santuario para orar en nombre de todo el pueblo. Esta es la razon que trae san Agustin, y el ejemplo de que se vale. Mas hay razones misteriosas de este silencio que los padres y concilios han sacado del fondo mismo del misterio. 1.º ¿Qué otro hay mas sublime que el de la Eucaristía, ni qué oraciones mas profundas que las de la consagracion?

¿Quién es capaz de penetrarlas? Y aun cuando llegasen los fieles á ver y oir todo lo que hacen y dicen los sacerdotes de Jesucristo para obrar los santos misterios, ¿penetrarian el velo que ha corrido Dios sobre su humanidad? La iglesia pues ha juzgado que la obscuridad y secreto en que quedaban envueltos los misterios, eran capaces de excitar el temor, respeto y admiracion de los fieles mas eficazmente que las expresiones mas vivas.

2.° Todo lo mas grande y augusto que hay en el santo sacrificio, pasa en secreto y en silencio. La operacion del Espíritu Santo que convierte el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, no está sujeta á los sentidos: el Verbo está allí; pero en silencio: *Verbum silens.* Allí se halla la sagrada humanidad; pero siempre cubierta con los velos del pan y del vino. El divino Salvador toma realmente cuerpo sobre el altar, se ofrece, ora y se inmola; pero los fieles no ven ni oyen nada. Nada mas conveniente que el que la iglesia durante estos santos misterios exprese por un profundo y religioso silencio la admiracion de lo que Dios obra tan secretamente.

3.° La inefabilidad de los santos misterios ¿puede expresarse mejor que por el silencio? Por mas cuidado que se tenga de instruir á los fieles en el santo sacrificio de la misa, siempre habrá muchas cosas superiores á sus alcances, que aun los mas hábiles no descubrirán jamas y que deben adorarse en silencio. Por eso le han recomendado los concilios y prohiben turbarle, para que cada fiel postrado en tierra venere en silencio el misterio de la muerte de Jesucristo, y le dé gracias por los infinitos bienes que nos ha proporcionado. El concilio de Trento recomienda esta contemplacion y meditacion del grandioso acto que pasa en el altar, en el tiempo que el sacerdote dice algunas oraciones en voz baja ó en silencio; y esta misma exhortacion hacia el santo abad Máximo. Tambien era esta la ocupacion de los fieles cuando los diáconos, segun dice san Ambrosio, los impedian mirar todo lo que pasa en el altar du-

rante los grandes misterios, cuando eran excluidos del lugar interior en que se obraban estos, y segun san Juan Crisóstomo se cerraban las puertas del santuario rodeado de balaustres y tabiques, y se corrian grandes cortinas durante las oraciones de la consagracion para que no viesen ni oyesen los asistentes. Reinaba un silencio temeroso, durante el cual se obraba el sacrificio, y dice san Juan Crisóstomo que solo era interrumpido por la voz terrible y atronadora del diácono, que gritaba desde un lugar elevado: Las cosas santas son para los santos.

Dicense pues en tono bajo y como en silencio la secreta y las oraciones del canon para expresar el respeto y admiracion de los santos misterios. Pero no es el ánimo de la iglesia que no tomeis parte en esta oracion, pues que el sacerdote os exhorta á ello diciendo: *Orate, fratres*; no habla en ella solo sino en nombre de todos los asistentes, y les pide su consentimiento al concluirla con estas palabras dichas en alta voz: *Per omnia sæcula sæculorum*, que no es el principio del prefacio, sino ciertamente la conclusion de la secreta. Por esta exclamacion exhorta á los fieles á que tomen parte en la oracion y se unan á él y le respondan: *Amen*. Esta palabra, dice Teodoreto, prueba por su expresion que participais de las oraciones que ha hecho el sacerdote solo; y debeis responderla con el conato que manifiesta san Gerónimo, en cuyo tiempo se oia resonar el *amen* como un trueno en todos los sitios de la iglesia. ¿Qué significa esta palabra al fin de la secreta? Ya os lo he dicho: que consentís en la oracion que acaba de decirse, en la cual se ha pedido para vosotros que seais dignos de participar de los santos misterios, que os aprovechen estos para vuestra salud, y que os halleis en estado de ser presentados á Dios como víctimas agradables á sus ojos y merecer la gloria eterna.

PLATICA XXXII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Todo cuanto va explicado de la misa no es mas que preparacion para la accion del sacrificio. Renovad vuestra atencion y fervor al tiempo que va á efectuarse en el altar esta accion tan augusta y admirable, y recogeos mas profundamente. A eso os exhorta la iglesia en el prefacio, que es un preludio ó introduccion á las oraciones del canon llamado por excelencia la *oracion*. ¡Cuán comun es este término para las grandes cosas que expresa! Ese es el defecto de una lengua que no tiene palabras bastante sublimes para explicar la alteza de nuestros misterios, ni expresiones bastante nobles para hacer comprender todo lo que quiere decir.

El prefacio empieza por el *Dominus vobiscum*. Aquí todo merece vuestra atencion. El sacerdote le dice sin volverse hácia el pueblo, porque como os expliqué el domingo último, antes segun las antiguas liturgias se cerraban las puertas del santuario y se corrian unas cortinas antes del prefacio; de suerte que hubiera sido inutil que se volviese ahora el sacerdote para mirar al pueblo como lo hace en las demas salutaciones. En segundo lugar el sacerdote se despidió ya, por decirlo asi, del pueblo cuando dijo: Orad, hermanos; y se considera como en el santo de los santos. La tercera razon es para no distraerse y aguardar con respeto á Jesucristo á quien invoca: este va á estar con nosotros y á hallarse realmente presente en este altar; por cuyo efecto le llama el profeta *Emmanuel*, esto es, *Dios con nosotros*. Por esto no se desvia del altar, ni se vuelve de cara al pueblo, enseñandoos con esta postura que la vuestra debe ser respetuosa y expresar el temor religioso de que habeis de estar animados. ¡Cuán grande pues es el pecado de aquellos que en vez de estar atentos y tener clavados los ojos en el altar, sobre el cual

va á aparecer el Señor, estan distraidos ó vueltos de espalda! ¿No tiene su irreverencia el caracter de aquellas abominaciones que manifestó Dios al profeta Ezequiel, y de las impiedades de aquellos judios que en vez de adorar al Señor en el templo ofrecian incienso á los idolos y estaban de espaldas al altar atentos enteramente á objetos profanos? Son mas sacrílegas las profanaciones de los cristianos, por cuanto el templo de los judios no era mas que la figura de nuestras iglesias, y los sacrificios que allí se ofrecian, pálidas imágenes de la grandeza y majestad del nuestro.

El sacerdote empieza el prefacio por el *Dominus vobiscum*, que es una salutacion y un deseo cuyo sentido y origen os he explicado ya; y lo hace ahora porque un nuevo esfuerzo para levantar el alma al cielo requiere un nuevo auxilio de Dios, y el sacerdote y el pueblo se le desean mutuamente. Aquí no se trata de una accion comun que pueda comprender el entendimiento humano con sus luces naturales, sino que es la obra de la omnipotencia de Dios, y es menester que este nos dé su gracia y sus luces para hacernos comprender algo del misterio que viene á cumplir en la tierra. Si solo obrase la virtud de la naturaleza en nuestro sacrificio; ¿podria bastarse á sí misma para una maravilla tan grande? Es necesario pues estar poderosamente asistidos de una gracia extraordinaria para acabar un sacrificio que es el acto mas augusto de la religion, por el que Dios es mas honrado, y de consiguiente el que requiere mas santas disposiciones.

Con este auxilio pide el sacerdote que levanteis los corazones arriba, *súrsum corda*; palabras célebres citadas por todos los padres de la iglesia que han hablado del sacrificio, palabras que se hallan en las liturgias de todas las iglesias cristianas, exhortacion tan antigua como la iglesia, que nos viene de la tradicion apostólica y se funda en el ejemplo de Jesucristo mismo, quien antes de obrar algun milagro levantaba los ojos y el corazon á su Padre y empezaba por darle gra-

cias. Asi lo hizo cuando quiso resucitar á Lázaro, multiplicar los panes y convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre.

La Eucaristía es un secreto y el sacrificio de la misa un misterio: el cuerpo y sangre de Jesucristo estan contenidos en ella bajo una forma extraña. Encierra á Jesucristo, la misma verdad, pero oculta y cubierta bajo de unos signos segun la condicion de esta vida, porque en el estado de peregrinacion en que nos hallamos, no conviene tener ni poseer á Jesucristo sin velo. Asi como no vemos sus verdades mas que por la fé y entre una nube, asi tampoco poseemos su persona sino bajo de figuras. No deja de estar todo entero en este sacramento, pues él lo dijo; pero está oculto á nuestra vista y solo aparece á nuestra fé. Levantemos pues los corazones arriba, *sursum corda*: levantémonos sobre los sentidos y toda la naturaleza para concebir á Jesucristo presente bajo de unas apariencias tan comunes.

Ya se eleva mucho el que cree la presencia de Jesucristo en este sacramento, siendo asi que está tan poco visible; pero es menester elevarse mas hasta desear verle y verle en su gloria: *sursum corda.* Si su presencia visible en los dias de su vida mortal era tan apetecible y consolatoria; ¿qué será verle tal como es y asemejarse á él, como decia el apostol san Juan? Hasta que eso sea, en vano le tenemos realmente presente en la Eucaristía: como no le vemos y caminamos por la fé, estoy por decir que nuestro amor le tiene por ausente, porque no tiene la presencia que nos hace dichosos y contenta el corazon. Pedimos pues que se manifieste, que la fé se haga viva y que los sacramentos se conviertan por fin en la aparicion clara de su gloria. No pedimos tener otra cosa en la gloria que lo que aquí tenemos, porque lo tenemos todo teniendo á Jesucristo; pero pedimos que se manifieste este todo, que se rasgue el velo que nos le oculta, que veamos manifiestamente á Jesucristo Dios y hombre, y que por su humanidad, que es el medio, poseamos su divinidad, que es el fin á

donde se encaminan todos nuestros deseos: tambien es este el de su sacrificio y el espíritu de las palabras *sursum corda*, levantad los corazones.

En este instante terrible decia san Cirilo de Jerusalem que debe desecharse todo pensamiento é idea de las cosas terrenas. Cuando el sacerdote os dice (son palabras de aquel padre de la iglesia): Levantad los corazones arriba; es como si os mandara: ahora desechad toda atencion á los cuidados de la vida, no penseis en ningun negocio. En efecto ¿qué desprendimiento de todas las cosas terrenales no debe tener un corazon para transportarse al cielo á fin de adorar allí la infinita majestad de Dios, para unir su voz á la de los ángeles á fin de darle gracias por Jesucristo en el misterio que celebra la iglesia, para glorificar con ellos la santidad del Criador y por último bendecir con los hijos de Israel al hijo de Dios que va á aparecer bien pronto? Decia san Cipriano explicando estas dos palabras: Redoblad la atencion y consagraos á la oracion de todo corazon: desterrad todos los pensamientos de la carne y del siglo: dedíquese vuestro espíritu únicamente á las grandes maravillas que se obran, y no penseis mas que en Dios solo: cerrad el corazon á todo lo que no sea el Señor, y no dejeis acercarse á vosotros su enemigo en el tiempo que va á daros muestras tan patentes de su misericordia, y cuando esperais tantas gracias de él.

¡Ah! Hermanos, si os hallais asi dispuestos á esta exhortacion, dad resueltamente la respuesta que nos dice san Agustin daban todos los dias los hombres esparcidos por todo el mundo: *Habemus ad Dominum*, los tenemos levantados al Señor. Por estas palabras convenís en la necesidad de concentrar toda vuestra atencion, vuestros deseos y cuanto puede elevaros á Dios para ofrecer dignamente este sacrificio. Pero ¿decís verdad al dar esta respuesta? Hablen esas prolijas distracciones en que os manteneis voluntariamente. Hable ese espíritu de disipacion con que estais pensando en vuestros negocios y cuidados domésticos y agita-

dos de temores y congojas. Hable ese corazon poseido del amor desordenado de las cosas temporales y entregado á las pasiones que os hacen de adoradores del verdadero Dios verdaderos idólatras, como lo dice san Pablo en particular de los avaros. Escudriñe cada cual de vosotros su corazon por un momento, y verá que tiene durante el sacrificio el corazon que trajo al templo; y ese corazon ¿no se arrastra por la tierra y está asido y apegado á la tierra? ¿Busca ante todas cosas el reino de Dios? ¿Junta á todas sus obras la consideracion secreta de Dios y el deseo de agradarle? ¿No está entregado al placer, á la vanidad, á la soberbia y á la ambicion en los ricos, á la tristeza, la congoja, las murmuraciones y quejas y la rebeldia en los pobres, á mil deseos é impulsos extraños en los que no tienen mas que la exterioridad de la religion, no piensan en mortificar las pasiones que dominan sus miembros, sofocar el amor propio, inmolar todos los deseos terrenos y en una palabra hacer un sacrificio interior de sí mismo? ¡Qué error discurrir que dando rienda suelta á sus sentidos y pensamientos, admitiendo en su alma una porcion de imágenes que hacen viva impresion y dejan huellas profundas, y olvidando á Dios todos los dias se podrá recordar la memoria de él y desterrar las ideas de las cosas mundanas al tiempo que se va á ofrecer el sacrificio! ¿Está en el orden de la gracia que contristando nosotros cada dia al Espíritu Santo y mereciendo por las mas de nuestras obras que se retire, atienda él á nuestras infidelidades y derrame su luz en nuestro espíritu y su fuego en nuestros corazones para levantarlos al Señor? Puede hacerlo y lo hace algunas veces; pero entonces es por una conducta extraordinaria y una especie de milagro: y como estos son raros, sucede de ordinario que la disipacion y la atencion entera del espíritu á las cosas mundanas con que venís al templo, os causa durante la misa una extremada frialdad y una agitacion continua de pensamientos vagos y descaminados.

Asi la mayor parte de los que responden: Tenemos el corazon levantado al Señor; lo dicen sin ninguna sinceridad; y casi todos tienen motivo de decirse lo que decia Anastasio el Sinaita en el siglo VI: ¿Qué haces tú? ¿Qué quieres? Tu alma solamente piensa en las cosas temporales y corruptibles. ¿Y tienes la osadía de responder: La tengo elevada al Señor? ¿Tienes la gracia que la eleva para asegurarselo al sacerdote y responder á su exhortacion? Esa confianza no puede provenir mas que de la caridad, ni proceder sino del ardiente afecto de un corazon que ama de veras á Dios, piensa sin cesar en él, le tiene siempre presente, y semejante al real profeta levanta continuamente los ojos á él y se aflige por la mas breve ausencia: esa confianza solo procede de un corazon cuyos deseos se dirigen todos al cielo, que tiene á Dios en el espíritu y el cielo en el pensamiento, y solo fija la atencion en esa ciudad eterna, santa y espiritual, cuyo fundamento es el mismo Dios y que tiene al Dios de verdad por su soberano, la caridad por ley y la eternidad por duracion: en fin esa confianza no puede proceder sino de un corazon cuyo ardiente anhelo se acrecienta con la tardanza del bien deseado, y que se dilata por la multiplicacion de sus deseos. ¿Cómo ha de poder aficionarse á la vida presente un corazon que ama y busca por todas partes lo que ama? Todos los objetos corporales que se ofrecen á su vista, le responden que no son el Dios á quien busca. Pues ¿dónde podré hallaros, Dios mio? En el cielo, donde está el trono de vuestra gloria, en el sacramento del altar, donde vais á estar realmente presente. En pues, levantemos nuestros corazones al Señor: *Habemus ad Dominum.*

Levantados asi los corazones al Señor continúa el sacerdote diciendo: Demos gracias al Señor nuestro Dios: *Gratias agamus Domino Deo nostro.* Es necesario tener el corazon verdaderamente levantado á Dios para darle gracias. ¡Qué ingratitud, insensibilidad é indiferencia de los corazones puramente terrenos y únicamen-

te aficionados al mundo! No conocen el precio ni el mérito de las gracias de Dios: el desprecio y abuso que de ellas hacen, son un testimonio evidente de su ingratitud; y á fuerza de amar los bienes temporales pierden de vista á su bienhechor. Hermanos mios, rebosen fé vuestros corazones, sean animados de la caridad y levantense siempre por sus deseos hácia los bienes eternos. ¡Ah! ¡Qué gozo interior debeis sentir al oir al sacerdote: Demos gracias, *gratias agamus!* San Agustin sentia vivamente este gozo y hubiera querido comunicarle á los demas; por lo cual decia al conde Honorato que conoceria la grandeza de este hacimiento de gracias que se cumple en el sacrificio de la iglesia, cuando tuviera la dicha de bautizarse.

Pero ¿de qué damos gracias á Dios? De que levantamos nuestros corazones arriba. ¿No buscamos, gustamos, amamos y deseamos los bienes celestiales por la gracia? Damos gracias por todos los dones recibidos, cualesquiera que puedan ser, porque todo don viene del padre de las luces; y se las damos principalmente por el beneficio de la Encarnacion, que nos presenta ocasion de ofrecerle el cuerpo de Jesucristo en sacrificio por la redencion de nuestros pecados. Nadie puede ser cristiano sin que le muevan á gratitud todos estos beneficios; y por poco que le muevan, debe responder con ardiente solicitud: Es digno y justo: *Dignum et justum est.* Este es mi Dios y mi redentor: ¿cómo no me he de deshacer en hacimiento de gracias sin cometer la mas negra ingratitud? ¿Y á quién se darán gracias si no se dan al soberano señor de todas las cosas? Es pues digno alabar lo que merece alabanzas, *dignum.* ¿Quién merece mas toda suerte de alabanzas y hacimiento de gracias que Dios?

Pero ¿es solamente la grandeza, majestad y soberanía de la divina esencia lo que nos induce á dar á Dios lo que es digno de él? ¿No son tambien las gracias recibidas y mil beneficios de que le somos deudores? Es pues no solamente digno, sino justo: *justum est.* San

Agustin explica admirablemente esto diciendo.: En la celebracion de los sagrados misterios se nos manda levantar el corazon arriba; lo cual solo con su auxilio podemos; de donde se sigue que damos gracias á Dios por un bien tan grande, porque es digno y justo recordar esto: *Inter sacra mysteria cor habere sursum jubemur: ipso adjuvante id valemus, et ideo sequitur ut de hoc tanto bono Domino Deo gratias agamus, quia hoc dignum, hoc justum est recordari.*

El sacerdote aprueba, confirma y amplifica la respuesta del pueblo diciendo á Dios en nombre de todos los asistentes que estan de pie durante esta oracion: Verdaderamente es digno y justo, equitativo y sãludable que nosotros te demos gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno: *Verè dignum et justum est, œquum et salutare nos tibi semper et ubique gratias agere, Domine sancte, Pater omnipotens, œterne Deus.* ¡Cuán excelentes y admirables son todas estas expresiones! ¿Qué mejor se pueden señalar los títulos en que se fundan las gracias que debemos dar á Dios en todo tiempo y lugar, es á saber, la soberanía, la santidad, la omnipotencia y la eternidad del Señor?

Este es un deber de religion que exigen de nosotros la grandeza y soberanía de Dios: *Verè dignum est, Domine.* Ya en otro lugar dijo la iglesia: Te damos gracias por tu gran gloria.

Es un deber de justicia debido á la santidad de Dios. ¿No parece que esta pedia que estuviese eternamente recogido en sí mismo sin comunicar nada de su esencia á las criaturas? Sin embargo Dios á pesar de su santidad, segun la cual no somos mas que impureza respecto de él, y á pesar de nuestra indignidad y corrupcion no deja de comunicarse á nosotros, hacer una efusion de su bondad en nosotros y colmarnos de sus beneficios. ¿Qué motivo puede haber mas justo para darle gracias?

Es un deber que exige de nosotros la razon misma á causa de la omnipotencia de Dios, que es el padre, el

principio y origen de toda paternidad en el cielo y en la tierra: su omnipotencia encierra en sí toda la fecundidad y virtud productiva, y no puede haber ninguno en el ser criado sino por la participacion de aquella esencia increada: todo lo bueno, virtuoso y meritorio que hacemos, es el efecto de su omnipotencia en nuestros corazones: él es quien obra el querer y el hacer, nos crea en las buenas obras, cambia y convierte nuestros corazones, y les infunde hasta el menor pensamiento bueno y el mas leve deseo. Nada pues mas justo y equitativo que dar gracias al padre omnipotente en todo tiempo y lugar: *Nos tibi semper et ubique gratias agere, Pater omnipotens.*

Ultimamente nuestra existencia no puede durar sino por dependencia de la eternidad de Dios, pues cada instante que subsistimos es por los contínuos y multiplicados beneficios del Dios eterno. No podemos esperar ser eternamente dichosos sino participando de su eternidad bienaventurada, ni disponernos á ello sino por el ejercicio del hacimiento de gracias, que comprende todos los deberes de la religion. Si es sincero, ¡cuán vivas son las mociones del corazon! Conoce su indignidad, siente los beneficios de Dios, confiesa que son de este, aunque él los posee, no los atribuye á sí ni á su industria, ama y alaba la bondad de Dios que es la fuente de ellos, y le da gracias hallando su provecho en este hacimiento de gracias, porque Dios se complace en colmar de mercedes á los que le agradecen las ya recibidas. Asi pues el hacimiento de gracias es un ejercicio saludable, *œquum et salutare.*

Pero ¿cómo podremos alabaros dignamente, Padre omnipotente, Dios eterno? Vos mismo nos dais vuestro hijo, para que pasando por él nuestras acciones de gracias adquieran su mérito y dignidad: *Per Christum Dominum nostrum.* Esto os lo explicaré en el domingo inmediato.

Basta lo que acabais de oir para que os penetreis de un profundo respeto y os recojais mas dentro de vos-

otros mismos al tiempo que va á estar presente la víctima del sacrificio. Levantad arriba los corazones para contemplar y adorar los misterios que van á obrarse: *Sursum corda.* Dadnos, Señor, esta elevacion, y desprendednos de todas las cosas criadas para pensar únicamente en vuestras maravillas. Llenadnos de vuestra caridad para daros digna y justamente gracias, con cuyo provechoso ejercicio mereceremos ir á daroslas por toda la eternidad en el cielo &c.

PLATICA XXXII.

CONTINÚA LA EXPLICACION DE LA MISA.

¿Por qué en toda la iglesia se exhorta á los fieles á que levanten el corazon al cielo antes de la accion del sacrificio? Para alabar y dar gracias á Dios por un beneficio señalado que sobrepuja la naturaleza y los sentidos, para cumplir un deber que exige Dios por todos los derechos que tiene sobre nosotros, y de que nos resultan preciosas ventajas. Ya os expliqué esto en el domingo anterior: réstame ahora manifestaros cómo se ha de cumplir este deber y cuál es el motivo de nuestras alabanzas y hacimiento de gracias.

La gran dificultad está en que unas criaturas tan flacas, imperfectas é indignas como somos nosotros, puedan llenar jamas dignamente este deber. ¡Qué incapacidad é impotencia por nuestra parte! Ya se considere por el lado de los dones recibidos, á cuya grandeza no igualará jamas nuestra gratitud, ya por el lado de Dios, único objeto de nuestras alabanzas, no hay desproporcion mas inconmensurable que la que se encuentra entre el Criador alabado y las criaturas que le alaban.

1.º Por parte de los dones recibidos. Es una obligacion indispensable dar gracias en todo tiempo y lugar: *Semper et ubique gratias agere.* ¿Y qué dones son esos? Dos principales: el primero es el que nos hizo Dios dandonos su propio hijo por nuestro redentor, como lo

dice él mismo: De tal modo amó Dios el mundo, que dió su hijo unigénito: *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* El segundo don es la gracia del bautismo, por la cual fuimos hechos cristianos, llamados á la fé, incorporados á Jesucristo y animados de su espíritu: mediante esta gracia vivimos cristianamente, hacemos obras santas y merecemos la vida eterna. Pues respecto del uno y del otro confesamos nuestra incapacidad. En cuanto al primer don, que es Jesucristo, la accion de gracias para ser digna de Dios y agradable á Dios debe igualar al don recibido. No hay ninguno mayor, ni mas sobrenatural é incomparable. Dios nos da un redentor, y este redentor es su hijo, el esplendor de su gloria, consustancial á él y Dios como él. ¿Qué daremos en proporcion á un presente tan inestimable? Meditad, discurrid y buscad algun medio de dar á Dios tanto como él ha dado. ¡Ah! Confesemos nosotros flacas y viles criaturas la imposibilidad de satisfacer dignamente por nosotros mismos esta obligacion, y al mismo tiempo glorifiquemos la bondad divina que proveyó tan copiosamente á nuestra indigencia. El sacrificio que va á ofrecerse, establecerá esta igualdad maravillosa: Jesucristo se da á vosotros y se pone en vuestras manos: creedle presente, *sursum corda*, y ofrecedle á su eterno Padre; y ve aquí una perfecta igualdad, una igualdad en rigor de justicia entre el don recibido y la accion de gracias: *Gratias agamus per Christum Dominum nostrum.*

El segundo es la gracia que nos hace obrar y vivir cristianamente. ¿Qué beneficio hay mas importante? Por el pecado perdimos el derecho de participar de la excelencia, santidad y eternidad de Dios: Jesucristo nos le adquirió de nuevo por los misterios de su vida y muerte. Despues del pecado no podemos ejecutar por nosotros mismos ninguna accion digna de Dios: Jesucristo nos mereció gracias que hacen santas y verdaderamente cristianas nuestras obras, y hay que dar á Dios toda la gloria de ellas, pues que se hacen por el movimiento de

su gracia. ¿Cómo le daremos dignas gracias? Levantemos nuestros corazones, *sursum corda*, y cumpliremos este deber por Jesucristo presente en nuestros altares, *per Christum Dominum nostrum*. Nuestro hacimiento de gracias recibirá su dignidad y mérito por él, porque las mercedes recibidas de Dios deben volver á él por el mismo conducto por donde vienen á nosotros. Las recibimos por Jesucristo, porque es la fuente de ellas y nos las adquirió y mereció por su sacrificio; luego por Jesucristo mismo y su sacrificio debemos devolverlas á Dios, para que aquel sea en todo y por todo mediador entre Dios y los hombres, asi en la efusion de la gracia, como en el retorno y reintegro que se hace por el hacimiento de gracias: *Per Christum Dominum nostrum*.

2.° Aparte de los dones inestimables que hemos recibido de Dios y que nos imponen la obligacion de darle gracias, ¿no la tenemos de alabarle y glorificarle como criaturas? Pero ¿qué alabanzas pueden hacer de su grandeza unas criaturas flacas é imperfectas? ¿Qué desproporcion mas extremada que la que se halla entre la nada y la soberana esencia? ¿Qué homenajes pueden rendir á la omnipotencia y soberanía de Dios unas criaturas que lo tienen todo de él? Por un lado no habrá mas que bajeza é indignidad, y por otro grandeza, majestad y gloria. ¡Ah! Bendigamos, vuelvo á decir, al Dios de las misericordias, que en el sacrificio de nuestros altares nos da un medio de alabarle dignamente. Jesucristo presente es la única alabanza digna de Dios: él solo le honra y glorifica tanto como merece: *Ego honorifico Patrem*: él solo tributa á sus perfecciones homenajes proporcionados á su grandeza y majestad soberana. No puede haber adoracion mas digna. Dios ve un Dios igual á él humillado, anonadado, sacrificandose á su gloria y ofreciendo incesantemente su sangre y su muerte para dar testimonio á su supremo imperio y á la potestad que tiene sobre él y todas las criaturas. Alabanza eterna, porque eternamente se

presentará á él en un estado de muerte, y la oblacion eterna de su muerte será una confesion eterna de la soberanía de su esencia; y homenaje que corresponde perfectamente á su grandeza y eternidad. Unios á Jesucristo, haced un mismo cuerpo y un mismo espíritu con él, y vuestras alabanzas serán dignas de Dios, porque serán las alabanzas de un Dios humillado y anonadado, al cual os habreis unido en el sacrificio haciendo con él una misma víctima. ¡Ah! ¡Qué gloria para Dios ver en la persona de su hijo anonadadas y sacrificadas á su gloria todas las criaturas, y concurrir á porfía á celebrar la inmensidad de su Criador por el sacrificio que hacen de sí mismas! Nadie puede ser digno de esta union, si antes no ha levantado el corazon al cielo para alcanzar la gracia de hacer con Jesucristo una misma hostia agradable á los ojos de Dios y ponerse en estado de alabarle en Jesucristo y por Jesucristo: *Per Christum Dominum nostrum.*

Tanto es Jesucristo la sola alabanza de Dios, que no solo los hombres, sino los mismos ángeles no son dignos de adorar á este sino por Jesucristo: *Per quem majestatem tuam laudant angeli.* No me sorprende que los hombres no puedan por sí tributar á Dios un culto digno, porque despues del pecado necesitan un mediador y un reconciliador para acercarse al trono de la majestad divina; pero lo difícil de comprender es que unas criaturas tan puras, tan santas y tan perfectas como los ángeles no den á Dios el tributo de sus adoraciones sino por Jesucristo, porque no necesitaron de la mediacion y redencion de este. Si no se tratara mas que de cubrir la indignidad causada por el pecado; es cierto que no necesitarian los ángeles adorar á Dios por la mediacion de Jesucristo como los hombres. Mas si los ángeles no son pecadores, son criaturas, y por este caracter ¡cuánta desproporcion hay entre Dios y ellos! Por perfectos que se los suponga, siempre será imposible igualar la grandeza de Dios con sus homenajes, y habrá en su culto el título de cria-

tura que le impedirá ser digno de Dios. Pues ¿cómo se vencerá este obstáculo? Uniendo su culto y adoracion al culto y adoracion de Jesucristo, el cual como hijo eterno de Dios es original y esencialmente la alabanza de su Padre, siendo consustancial é igual á él, y como Verbo es su palabra, por la cual se dice á sí mismo y á las criaturas bienaventuradas todo lo que es. En él, dice san Pablo, fue criado todo en el cielo, sean los tronos, sean las dominaciones: *In ipso condita sunt universa in cœlis, sive throni, sive dominationes.*

Pero despues del designio de Dios de redimir al hombre por la encarnacion de su hijo, ¡qué razon de unirse á este hombre Dios para rendir á Dios homenajes dignos! No podian ignorar este designio ellos que estaban encargados de revelarle y manifestarle á los patriarcas, profetas y santos de la ley antigua, habiendo sido establecido su ministerio á causa de los que han de recibir la herencia de la salud: *Omnes sunt administratorii spiritus in ministerium missi, propter eos qui hæreditatem capient salutis.* Por aquí pues conocieron que solo este redentor prometido á los hombres era capaz de dar á Dios un culto y homenaje dignos, y se unieron á él para cumplir este deber; pero despues de consumado aquel misterio ¡cuánta luz recibieron! Entraron en la religion de Jesucristo, empezaron á tenerle por cabeza de todo principado y potestad, *caput omnis principatus et potestatis*, y le ofrecieron á Dios como la única alabanza digna de él, ante la cual deben desaparecer todas las alabanzas, aun las de los ángeles.

¿Y cuál es el caracter de los homenajes que estos rinden á Dios por Jesucristo? *Alaban, laudant angeli.* Atentos siempre á considerar las divinas perfecciones no piensan mas que en ellas y todo lo refieren á ellas. Aquellos espíritus bienaventurados, cuyo poder no es limitado porque son superiores á los demas ángeles que obran en el mundo, estan en una adoracion contínua de la divina majestad, *adorant dominationes*: se humillan, se anonadan en presencia de Dios, reconocen que su po-

der no es otra cosa que la voluntad de este, y adoran el imperio absoluto que ejerce él sobre el universo. ¡Qué respeto y temor religioso en estos espíritus celestiales! *Tremunt potestates.* Aquellas potestades que hacen temblar á los demonios, y muchas veces contienen su malicia y los impiden ejercerla contra nosotros, tiemblan ellas mismas no de temor, sino de profundísimo respeto. En una palabra los cielos, las virtudes de los cielos y los bienaventurados serafines, todos los espíritus celestiales y los habitantes de la eterna Jerusalem se unen para celebrar con júbilo y entusiasmo las inefables grandezas de la divinidad: *Cœli cœlorumque virtutes ac beata seraphim socia exultatione concelebrant.*

Ve aquí cómo alaban los ángeles á Dios por Jesucristo y sobre todo durante el sacrificio. En este instante, dice san Juan Crisóstomo, bajan del cielo, rodean el altar y se postran en un profundo anonadamiento. No era raro en los primeros siglos que Dios concediese á algunos fieles el favor de ver á los ángeles asistiendo visiblemente al sacrificio; y san Juan Crisóstomo que no era ningun menguado ni hombre sujeto á preocupaciones, nos asegura haberlos visto él mismo.

¿Qué cosa mejor podemos hacer que unirnos á ellos para alabar á Dios con ellos? *Cum quibus et nostras voces.* Ellos, dice san Juan en el Apocalipsis, son los que presentan á Dios nuestras oraciones. La tradicion constante de la iglesia admite segun Tertuliano y Orígenes que un angel preside la oracion y sagrada ofrenda, y que se unen á él todos los ángeles en unidad de espíritu. ¿No es el fin del sacrificio unir á Dios todas las criaturas y sobre todo las mas santas para tributarle en comun el respeto y sumision que merece? Por esta union con los santos ángeles nuestras alabanzas son mas puras y mas eficaces nuestras oraciones.

Pero ¿qué relacion hay entre unos espíritus tan puros y unos infelices pecadores como nosotros? ¿Qué proporcion entre las alabanzas de los ángeles que no experimentan interrupcion ni distraccion, y nuestras

oraciones tan débiles é interrumpidas y que son objetos de gemidos y lágrimas? ¡Qué presuncion confiar en nosotros mismos y creer que podemos merecer unir nuestras voces á sus cánticos! Reconozcamos nuestra indignidad y pidamos á Dios, que puede todo lo que quiere y por su gracia hace dignos á los que no lo son, que mande seamos admitidos á una sociedad tan excelente: *ut admitti jubeas deprecamur.*

No nos impida esta union tan gloriosa para nosotros mantenernos en la humildad que conviene á unos suplicantes: *supplici confessione dicentes.* ¡Qué motivo de temor tenemos siempre! Dios desechó las alabanzas de los pecadores: Jesucristo impone silencio con desprecio y amenaza al demonio que le decia: Tú eres el santo de Dios. Aun cuando alabamos á Dios, protestamos que somos indignos de alabarle y de cantar el cántico celestial con los espíritus bienaventurados: *supplici confessione dicentes.*

Pues ¿qué alabanza de Dios es esta para la que debemos levantar los corazones, en la que se reunen todos nuestros deberes, que debemos hacer solo por Jesucristo, y para la que pedimos unirnos á los espíritus celestiales? ¡Cuán grande é importante es! Es el cántico que Isaías oyó cantar alternativamente á los serafines en el cielo, y que san Juan nos dice en el Apocalipsis que repiten incesantemente los millones de santos de que está rodeado el trono, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; es decir, Señor soberano de todos aquellos millones de ángeles, Señor de todo lo fuerte y grande que hay en el cielo y en la tierra, Señor y árbitro supremo de todos los sucesos del universo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth.* Este cántico, como observan todos los santos padres, se dirige á la beatísima Trinidad. Los espíritus bienaventurados dicen una vez *Señor* y una vez *Dios*; pero no dicen una sola vez *Santo*, ni se contentan con decirlo dos veces, sino que lo repiten tres ni mas ni menos; con lo que nos enseñan que las tres

divinas personas tienen con su distincion una igualdad de gloria y una unidad de naturaleza.

¿Qué adoramos en Dios por este cántico? Su santidad. El nombre de santo es el que ha tomado Dios con mas complacencia: llámase frecuentisimamente el santo de Israel, y quiere que su santidad sea el motivo y principio de la nuestra. Ella hace el consuelo de sus fieles y el espanto de sus enemigos: se la ha revestido como una vestidura: se manifiesta como el santisimo, el tres veces santo: en el cielo no se oye mas que este grito, ni se publica nada con mas perseverancia ni en mas alta voz, ni nada se celebra mas claramente en el universo; porque la santidad es el compendio y como un resumen de las perfecciones divinas. El mismo hijo de Dios hablando á su eterno Padre en la oracion del huerto le llama Padre santo, *Pater sancte*, como para comprender en una sola palabra sus perfecciones. Tambien él es conocido con el nombre de santo: Lo santo que nacerá de tí, dice el angel á Maria: *Quod ex te nascetur sanctum.* El profeta Daniel le habia llamado en espíritu el santo de los santos, *sancta sanctorum.* Los demonios hablan como el angel y el profeta: Sé que tú eres el santo de Dios.

¿Qué es la santidad de Dios? Es la excelencia de la esencia divina, segun la cual es tan grande, tan recogido en sí, tan distante de las criaturas, que nada de lo criado es digno de fijarle y aquella excelencia le pone sobre todo y le separa de todo: *Tu autem in sancto habitas.* Solo puede ser honrado por el sacrificio, porque en este es destruida y consumida la criatura, para atestiguar por esta destruccion que Dios no está ligado á sus criaturas ni comprendido en sus obras.

La santidad de Dios es una incompatibilidad con todo pecado, defecto é imperfeccion de entendimiento y voluntad: es una separacion y odio de todo lo que es impío, corrompido y profano. ¿Cómo puede hacerse impura una naturaleza inteligente? Por el amor de una cosa indigna de ella. Y como Dios no puede amar nada

que sea indigno de él, no ama nada mas que á sí mismo y todo lo refiere á él como á la suma perfeccion.

No solo no puede Dios sufrir en sí la mezcla de ningun otro amor, sino ni tampoco en ninguna otra naturaleza sin castigarle: le rechaza donde quiera que está, y ve ahí la razon por que es por su esencia misma enemigo de la concupiscencia que todo lo refiere á sí. No puede menos de condenarla y castigarla: es preciso que la eche ó se separe de ella: no puede admitir la menor mancha de amor propio á la participacion de la eterna bienaventuranza; por lo cual no será admitido nadie en esta, sin que se haya purificado enteramente de aquel.

Todo lleva el caracter de esta santidad de Dios asi entendida: *Pleni sunt cœli et terra gloria tua.* La horrible multitud de males á que estamos expuestos, es la consecuencia del pecado y del odio que Dios le tiene: la eternidad de las penas del infierno prueba su desvio infinito de los pecadores; y los mismos misterios de Jesucristo, su pasion, sacrificio y muerte muestran cuán incomprensible es su aversion al pecado pues que exige una reparacion tan infinita. No se ven mas que efectos de esta santidad: por un lado deja al mundo réprobo en su corrupcion y ceguedad; y por otro santifica la naturaleza humana de un modo inefable por su union con la santidad del Verbo, y derrama esta plenitud en todos sus miembros por la infusion de la gracia y de la gloria.

No podemos pues celebrar la santidad de Dios y cantar sus alabanzas sin aborrecer y destruir la concupiscencia y sus efectos, sin humillarnos y anonadarnos por la confesion de nuestra indignidad fundada en la impureza de nuestro corazon. Pues que empezamos, dice Tertuliano, á cantar en la tierra con los ángeles lo que esperamos cantar eternamente con ellos en el cielo, el cántico de la santidad de Dios, imitemos su anonadamiento. Cuando cantaban, dice el profeta Isaías, se cubrian con sus alas el rostro y los pies para mostrar

que delante de Dios desaparecen en cierto modo á sus propios ojos y les parece que no son nada considerando lo que él es. El sacerdote expresa este terror respetuoso diciendo profundamente inclinado el *Sanctus.* ¿Y cuándo nos atemorizaremos nosotros si no lo hacemos al entrar en la iglesia, al acercarnos á los santos misterios y al asistir al tremendo sacrificio de nuestros altares? Jacob se penetró de un terror religioso en Betel y exclamó: Terrible es este lugar. Para infundirle la iglesia griega hace decir á los que creen, esta oracion sacada de san Pablo: No me consumais, Dios mio, que sois un fuego voraz: *etenim Deus noster ignis consumens est.*

Si los ángeles tiemblan con la consideracion de la santidad de Dios, ¿cómo no temblaremos nosotros en vista de nuestra miseria, corrupcion é indigencia? ¡Ah! Pidamos sus auxilios y gracias, y exclamemos: Señor de las alturas, salvadnos: *Hosanna in excelsis.* Asi gritaban los judios en la fiesta de los tabernáculos establecida para dar gracias á Dios é implorar su auxilio. Repitamos pues incesantemente. *Hosanna,* y pidamos á Dios los auxilios necesarios para cantar dignamente este cántico sagrado con los espíritus celestiales.

Mas el amor que tiene la iglesia á Jesucristo, no le permite cantar un cántico en honor de la santísima Trinidad sin añadir lo que debe á su divino fundador. Para alabarle copia del Evangelio las alabanzas que le dieron solemnemente los judios cuando entró en Jerusalem, y que se dignó de aprobar el Salvador: Bendito el que viene en el nombre del Señor: *Benedictus qui venit in nomine Domini.* El que viene en el nombre del Señor, es el que dijo claramente: Yo he venido en nombre de mi Padre, es decir, con su autoridad; y el que dijo de sí mismo: El que ha venido del cielo es sobre todos. Ese mismo va á bajar dentro de breves momentos á nuestros altares y á estar tan real y verdaderamente presente como lo estuvo en la tierra durante su vida mortal.

Resuene todo el mundo con sus alabanzas, no se

vean mas que transportes de júbilo, ni se oigan sino cánticos de amor por la memoria de sus misterios y de las obras maravillosas que obra para la salvacion del mundo y la fundacion de la iglesia. Bendigamosle y deshagamonos en alabanzas por lo que ha hecho en particular en nuestro corazon, y por todas las misericordias que han servido para nuestra salvacion. Bendigamosle porque viene actualmente á estar presente en este altar para darnos toda suerte de auxilios y ponernos en estado de alabar dignamente la majestad de Dios: *Benedictus qui venit in nomine Domini.*

Pero no cantemos sus alabanzas con la inconstancia de los judios que le abandonaron á pocos dias y pidieron su muerte: viene en el nombre del Señor á obrar en nuestras almas los mismos milagros que obró visiblemente en los cuerpos. ¿No es el efecto propio de la presencia de Jesucristo curar nuestras enfermedades. esas flaquezas, esa languidez, ese tedio del bien y esa inclinacion al mal, á que pueden estar sujetas aun las almas justas y convertidas? ¿Y por qué no lo ha de hacer? Si curaba á los enfermos desauciados con el contacto solo de sus vestiduras, ¿tendrá menos virtud en nuestros altares? Dirijamonos pues á él y clamemos sin cesar: *Hosanna in excelsis.* Divino Mesías, que fuisteis enviado desde las alturas, salvadnos: por vuestro nombre solo se puede conseguir la salvacion: por vuestro sacrificio tenemos parte en las bendiciones y gracias que vinisteis á derramar sobre la tierra: aplicadnos su mérito, decid á nuestras almas que sois el Dios de la salud, y serán salvas: *Hosanna in excelsis* &c.

PLATICA XXXIV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Cuarta parte.

Aunque todo lo que llevamos explicado hasta aquí

sea santísimo, todavía lo son mas las oraciones del canon de la misa, que la iglesia ha mirado siempre con un respeto singular. Aumentad aquí vuestra veneracion y humildad para merecer comprenderlas y penetraros de los conocimientos y verdades que encierra.

La oracion que empieza por *Te igitur* y concluye por el *Pater noster*, se llamó canon en tiempo de san Agustin y de san Gregorio el Grande: esta palabra significa regla, ley con la que es preciso conformarse. Así aquella oracion tomó este nombre en primer lugar porque fue prescrita como la regla que debe seguirse al ofrecer el sacrificio y hacer la consagracion; y en segundo porque siempre es fija é inmutable y no cambia como las otras oraciones que se varian segun las fiestas.

No hay otra mas respetable ya por los títulos que le dan los santos padres, ya por su antigüedad, ya por las señales de religiosa veneracion de que va acompañada.

1.º El papa Vigilio la llama la peticion canónica, y san Cipriano, el papa san Inocencio I y san Agustin simplemente la peticion por excelencia, porque en ella se pide el mayor don de todos que es Jesucristo, se renuevan las acciones de gracias que dió á su eterno Padre, y todo en ella eleva el alma á Dios, como dice el concilio de Trento. El canon se llamó tambien la accion, el misterio de la santa accion ó la accion del sagrado misterio, porque en esta parte de la misa se produce el divino sacramento del altar.

2.º Esta oracion fue instituida y ordenada por los apóstoles, como dice san Epifanio, y san Cirilo, san Basilio y san Ambrosio la consideran como procedente de la mas antigua tradicion y de una tradicion secreta y no escrita; circunstancia que caracteriza su sublimidad y santidad. Era tan respetable esta oracion por la cual se consagran los misterios, como dice san Agustin, *prece mysteria consecrantur*, que hasta el siglo V no se escribió. Los obispos y sacerdotes estaban obligados á saberla de memoria: *sit vobis codex vestra memoria*, dice el

mismo santo doctor. Era de aquellos misterios que debian tenerse secretos y no encomendarlos al papel segun manifiesta Orígenes: *Mysteria chartis non committenda*; y tan religiosamente se observaba este silencio, que hasta el siglo V no nos dicen nada de ella los santos padres, ni aun los que escribieron de liturgia; y consultado el papa Inocencio I sobre varias cuestiones relativas á la misa no se atrevió á responder por escrito y creyó que solo de viva voz podia exponer el contenido del canon.

3.º ¡Con qué respeto se rezaba! No os repetiré lo que dije al explicar la secreta. San Juan Crisóstomo nos enseña que mientras el sacerdote decia la oracion de la consagracion, se cerraban las puertas del santuario y se corrian unas grandes cortinas, y que durante el canon reinaba en la iglesia un silencio que infundia el respeto y el terror.

Hace algunos siglos que la iglesia puso el canon en manos de los fieles; pero este favor negado á los de los tiempos primitivos y concedido en los nuestros por razones muy sabias no ha de disminuir el profundo respeto de que debeis penetraros al rezarle. Evitad cuidadosamente toda distraccion, y poned toda vuestra atencion en entenderle bien. Para que mejor os penetreis de su espíritu por las explicaciones que nos manda haceros, ha descubierto lo que tenia por tanto tiempo oculto, habiendola determinado las blasfemias y calumnias de las últimas herejías á no guardar mas el sigilo y el silencio. Empecemos.

De cuanto se ha dicho en el prefacio y de la declaracion que habeis hecho de tener los corazones levantados á Dios, infiere el sacerdote que es tiempo de pedir la bendicion y consagracion del sacrificio: A ti pues, clementísimo Padre, te rogamos y pedimos suplicantes por Jesucristo tu hijo y nuestro Señor que aceptes y bendigas estos dones, estos presentes, estos santos sacrificios sin mancilla: *Te igitur, clementissime Pater, per Jesum Christum, Filium tuum, Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus uti accepta habeas et be-*

nedicas hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata. El sacrificio se dirige al Padre solo, como ordenó el tercer concilio de Cartago: *Cùm altari assistitur, semper ad Patrem dirigatur oratio*; no porque se excluya á las otras personas, sino porque se las considera en la persona del Padre de quien proceden, y que no procediendo de ninguna otra es el solo principio sin principio.

Padre clementisimo, *clementissime Pater*, que por una bondad y misericordia infinitas nos amasteis hasta darnos vuestro hijo, el cual vamos á ofreceros en sacrificio para que sea nuestra reconciliacion y la fuente de todas las gracias, te rogamos suplicantes, *te supplices rogamus.* No tenemos por nosotros mismos ningun derecho de alcanzar lo que deseamos y os pedimos, ni podemos esperar nada sino por gracia y misericordia. ¿Cómo os manifestaremos nuestros deseos? Por humildisimas súplicas. Siga el corazon el movimiento de nuestro cuerpo profundamente inclinado, y aun mas anonadados interiormente y conociendo toda nuestra indignidad os rogamos y pedimos como unos suplicantes que no merecen mas que repulsas: *te supplices rogamus.* Pero, Padre eterno, los sacerdotes en calidad de tales son vuestros diputados y los diputados de vuestra iglesia para ofrecer el sacrificio. Jesucristo les dijo: Haced esto en memoria de mí. Tienen pues derecho á esperar de vos lo que desean; por eso no nos contentamos con suplicaros humildemente, sino que llenos de la confianza que nos da nuestro ministerio y obrando en nombre de Jesucristo nos atrevemos á pediros y os pedimos, *ac petimus*, no en nuestro nombre, porque somos indignos de alcanzar nada por nosotros mismos, sino por Jesucristo vuestro hijo y nuestro Señor, *per Jesum Christum, Filium tuum, Dominum nostrum.* Por él solo podemos alcanzar las gracias y auxilios en nuestras necesidades y con mas razon la gracia necesaria para ofrecerle á él mismo el sacrificio. Para reconocerlo y hacer pública y solemne profesion de ello besamos el al-

...IDAD DE ...BLIOTECA GE...

tar que le representa y va á ser dentro de poco el trono de su cuerpo y sangre.

¿Qué pedimos al Padre eterno con tan profunda humildad? Que acepte y bendiga estos dones: *uti accepta habeas et benedicas hæc dona.* A los sacerdotes toca ofrecer los dones é invocar la majestad de Dios; pero á este toca recibir propiciamente y bendecir los dones que le son ofrecidos, segun lo que leemos en el capítulo VI del libro de los Números. Despues de haber prescripto Dios á Aaron y sus hijos el modo de bendecir á los hijos de Israel, *sic benedictis filiis Israel,* añade: E invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré: *invocabuntque nomen meum super filios Israel, et ego benedicam eis*; porque toda la virtud de la bendicion viene de Dios mismo. Nosotros le pedimos que por el único y verdadero sacerdote Jesucristo su hijo santifique los dones ofrecidos y acepte lo que haya santificado.

Pero admirad, hermanos mios, la dignidad y grandeza del sacrificio de nuestros altares. Nada hay mas capaz de excitar vuestra piedad, amor y agradecimiento hácia Dios por los diferentes nombres que se dan á las ofrendas. Le pedimos que bendiga estos dones, estos presentes, estos santos sacrificios sin mancilla, *hæc dona, hæc munera, hæc sancta sacrificia illibata.* Hay mucha diferencia entre los dones y los presentes, *dona et munera.* Lo que un superior da á un inferior, el Criador á la criatura, un rey á su súbdito, se llama *don*; y lo que los súbditos presentan á su rey, los inferiores á sus superiores y cualquier hombre á su bienhechor, se llama *presente.* Asi el pan y el vino que estan sobre el altar, se llaman dones, *dona,* con relacion á Dios de quien nos vienen todos; y presentes, *munera,* con relacion á los hombres que los presentan á Dios. Nosotros no podemos ofrecerle mas que sus propios dones. Todas las cosas son tuyas, decia David al Señor, y lo que hemos recibido de tu mano te damos: *Tua sunt omnia, et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi.* ¿Qué gracia mas

digna de nuestras alabanzas y gratitud? ¡Cuán misericordioso es Dios para con nosotros! Recibe como presentes los propios dones que nos ha hecho.

Estos dones y presentes se llaman sacrificios santos y sin mancilla, *hœc sancta sacrificia illibata*: 1.° porque son escogidos y separados de cualquier otro uso para consagrarlos á Dios como lo eran los antiguos sacrificios de la ley: 2.° porque se consideran entonces estos dones como el cuerpo futuro de Jesucristo, que es la única hostia santa é inmaculada; y en este sentido decia san Cipriano á los que no llevaban ofrenda: Eres rico, ¿y vienes á la junta del Señor sin sacrificio? *Locuples et dives es, et in dominicum sine sacrificio venis?* Añadiremos que se llaman tambien sacrificios santos y sin mancilla para recordarnos con qué santidad y pureza de alma y cuerpo debemos ofrecerlos.

El sacerdote al pedir al Padre eterno que bendiga estos dones y presentes hace sobre la hostia y el caliz algunos signos de cruz. Estos se han mirado siempre en el canon como una ceremonia tan importante, que el papa Zacarías insiste en su respuesta á la consulta de san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, indicándole el número de estos signos de cruz y el lugar donde debia hacerlos; y el pontífice Leon IV recomienda al sacerdote el modo de hacerlos. Estos signos de cruz se hacen sobre las ofrendas, porque pedimos y alcanzamos las bendiciones de Dios por los méritos de la cruz de Jesucristo; y protestando á Dios que somos indignos de conseguir nada por nosotros mismos ponemos toda nuestra confianza en el sacrificio de la cruz, cuya memoria renovamos en la tierra por la oblacion del cuerpo de Jesucristo.

Despues de pedir el sacerdote á Dios que bendiga estos dones expone los fines y motivos del sacrificio y prosigue: Primeramente los que te ofrecemos por tu santa iglesia católica, la que te dignes de pacificar, guardar, adunar y gobernar en todo el orbe: *imprimis quæ tibi offerimus, pro ecclesia tua sancta catholica, quam pacifi-*

care, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum. ¿No es justo que se ofrezca el sacrificio primera y principalmente por la iglesia, *imprimis?* Ella es la sociedad rescatada, como dice san Agustin, y pertenece de un modo particular á Dios, quien la adquirió con la sangre de su hijo: *quam adquisivit sanguine suo.* Ella es la herencia que le prometió y le dió segun estas palabras del real profeta: Te daré todas las naciones por tu herencia; luego es el bien propio de Dios mismo, *pro ecclesia tua.* ¡Cuánto no hizo Jesucristo para hacerla digna de sí! La lavó en su sangre para santificarla y purificarla, *ut sit sancta et immaculata.* Y le dió tal extension, que no tiene otros límites que los de la tierra, *catholica.* Asi es que los profetas que la predijeron, nos la muestran extendida por todo el universo: *et possessionem tuam terminos terræ.*

Pero ¿por qué se ofrece el sacrificio por la iglesia? ¿No es esta la obra de Dios? ¿Puede dejar de ampararla, protegerla y conservarla el Señor? ¿No le dió por caracteres la santidad que le asegura la continuacion de las gracias divinas y la libra de la servidumbre del pecado; la infalibilidad que la mantiene firme en la verdad, aparta los errores é impide que prevalezcan jamas las puertas del infierno contra ella haciendola una columna indestructible; la indefectibilidad que desvanece todo temor de que pueda nunca perecer, y la hará siempre superior á todos los enemigos que se levantaren contra ella y quisieren aniquilarla? Pues ¿por qué se ruega y se ofrece el sacrificio por la iglesia? Es verdad, hermanos mios, que Dios no cesará nunca de darle los auxilios de que ella haya menester contra el mundo y las potestades del infierno, quienes la combatirán incesantemente hasta el fin de los siglos; pero quiere que los que la componen muestren su amor hácia ella pidiendo estos auxilios: luego es preciso amar á la iglesia para hallarse en estado de pedir por ella. No hay cosa mas justa, ni deber mas indispensable. Jesucristo próximo á espirar en la cruz ¿no formó la iglesia sobre la cruz?

¿No nos la dió por madre, para que cumplamos con ella todos los deberes de caridad que deberiamos cumplir con él mismo si los necesitara y se hallase aun en la tierra en un estado capaz de admitirlos? ¿No es la iglesia la que nos ha engendrado en Jesucristo y nos sustenta con la santa palabra de él? ¿No nos lleva á todos en el seno de su caridad? ¿No coopera por sus oraciones á la salvacion de todos, pecadores é inocentes, muertos y vivos, alcanzando para los unos el recobro de la gracia y de la vida y para los otros la conservacion de ambas? ¿Qué dolor iguala al suyo por la perdicion espiritual de tantos hijos, á quienes engendró por el bautismo?

Mas tal vez ignorais qué es amar á la iglesia. Para que formeis una idea clara de esto, sabed que la iglesia es un cuerpo cuyos miembros sois, y debeis interesaros en sus ventajas y pérdidas como os interesariais en las de un cuerpo, sociedad ó familia á que correspondieseis. ¿Quién de vosotros no tomará parte en los bienes y males de su nacion? Su gloria y victorias ¿no os llenan de alegria, asi como os causan tristeza sus reveses y desgracias? ¿Quién de vosotros será insensible á las riquezas, esplendor ó humillacion del cuerpo de que es miembro, é indiferente á los honores y prosperidad de su familia? ¿Y qué parte no tomareis en sus infortunios, calamidades y descalabros? La razon y la naturaleza infunden en estas ocasiones unos sentimientos que no pueden contenerse ni sofocarse por nada, á no que se ignoren. Pues, hermanos mios, la iglesia es una sociedad á que perteneceis por muchos títulos, un cuerpo de que formais parte y de cuyas gracias y favores participais todos los dias, y una familia cuyos miembros sois, porque todos sois hermanos. Amar á la iglesia es alegrarse de sus bienes y sentir sus males, no tener otras esperanzas, cuidados, consuelos ni disgustos que los suyos, averiguar sus sentimientos é interesarse en ellos, alabar y dar gracias como ella, adorar con la misma verdad, suplicar con la misma instancia, llorar

con ella los escándalos que no puede evitar, y temblar como ella á vista de las tentaciones y peligros.

¿Qué cosa mas capaz de excitar sentimientos de compasion y ternura á favor de la iglesia que considerar en particular todo lo que la aflige? Las costumbres corrompidas del siglo casi sofocan la semilla del Evangelio: la fé vacila en muchos, y se ha apagado en otros: las ocasiones de gastar se multiplican al infinito y secan el manantial de las limosnas: la penitencia es poco conocida, y está casi proscripta del asilo mismo que se habia reservado, ó no se conoce apenas otra satisfaccion que la confesion de los pecados: las delicias y el lujo mundano no tienen límites, y se ha aumentado la avaricia en proporcion de las profusiones que no puede satisfacer: la modestia se hace cada dia mas rara, y el desprecio de la virtud se muestra con mas arrogancia que la virtud misma: todo lucro y ganancia parece lícito, y ya no hay ninguno torpe: desprecianse con frecuencia la piedad de los antiguos que enriquecieron á la iglesia y sus santos deseos; y los bienes encomendados á la caridad pasan á manos de su enemiga la codicia: en todas las condiciones se sufre con disgusto la severidad de la regla que marca los deberes respectivos; y rara vez se da oidos á la verdad si no va mitigada y preparada con grandes temperamentos. Todas estas cosas y otras muchas, mas secretas y quizá tambien mas dignas de llorarse, se ocurren á los que aman á la iglesia.

¡Y con qué fervor ora uno por ella cuando la ama! Asustado de estos males los teme, los llora, y con ruegos y súplicas contiene la indignacion divina próxima á estallar, é interesa á la misericordia del Señor que gusta de dejarse enternecer. Cada uno de vosotros deberia imitar á Jeremías, de quien se dice en el libro segundo de los Macabeos: Este es amante de sus hermanos y del pueblo de Israel: este es el que ora mucho por el pueblo y toda la ciudad santa: *Hic est fratrum amator et populi Israel: hic est qui multùm orat pro*

populo et universa sancta civitate. De este espíritu debeis estar animados cuando asistís al santo sacrificio de la misa: estas son las oraciones ardientes que espera de vosotros la iglesia, cuando os hace ofrecer la hostia pura é inmaculada por ella: esta es la primera y principal intencion que quiere tengais: *Imprimis quæ tibi offerimus pro ecclesia tua sancta catholica.* A vosotros confia sus mas secretos deseos: de vosotros aguarda su consuelo y fortaleza, y os opone á la indignacion de Dios, enojado con su familia llena de ingratos y desobedientes: en vuestras manos pone el incienso y las víctimas capaces de aplacarle. ¡Ah! Vuestra indiferencia la aflige, y no atribuyais mas que á vuestra insensibilidad y olvido todos los males que la oprimen. Acordaos de lo que dice Tertuliano de las juntas de los fieles y de la eficacia de las oraciones públicas que hacian á Dios una santa violencia, y renovad en vosotros aquella antigua fé y primer fervor de los fieles de quienes habla san Ireneo, que unidos en la oracion alcanzaban á veces la resurreccion de los muertos.

Mas para aprovechar á la iglesia con vuestras oraciones es preciso que lloreis antes vuestros males, los cuales son causa de los suyos; y antes de consolarla con vuestro sentimiento por lo que la aflige, consoladla con vuestra penitencia, piedad, edificacion y buenos ejemplos, y sereis escuchados en favor de ella y con ella. Asi despues de haber sido miembros de esta ciudad santa agitada en la tierra merecereis uniros á ella cuando goce de una paz inalterable en el cielo, como os deseo &c.

PLATICA XXXV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En el domingo anterior os advertí vuestro deber mas esencial para con la iglesia prescripto por estas palabras del canon: Primeramente los que te ofrecemos por tu santa iglesia católica: *Imprimis quæ tibi offeri-*

mus pro ecclesia tua sancta catholica; y os expuse la necesidad y los motivos mas interesantes para persuadiros á pedir por ella. ¿Y qué se debe pedir á Dios? Que se digne de pacificarla, guardarla, adunarla y gobernarla en todo el orbe: *Quam pacificare, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum.* Ve aquí, hermanos, las gracias que quiere la iglesia pidais por ella al asistir al santo sacrificio y ofrecerle. ¡Cuán importantes y necesarias son! 1.° La paz, haciendo cesar las contínuas persecuciones del mundo y del infierno, *pacificare*: 2.° la proteccion de Dios para atajar los errores que combaten la verdad de su doctrina y moral, *custodire*: 3.° La union de todos sus miembros para apaciguar las disputas y disensiones que la turban y dividen, *adunare*: 4.° su espíritu y asistencia para guiarla y gobernarla, á fin de mantener el orden y la disciplina, *regere digneris*. ¿Quién puede reconocer por su madre á la iglesia, conocer toda la dignidad y ventajas de ser hijo suyo, penetrarse de amor y ternura hácia ella, y sentir sus bienes y sus males sin esforzarse á alcanzar de Dios todas estas gracias, cuyo fruto redunda enteramente en beneficio nuestro?

Debeis pues en primer lugar pedir para ella la paz, *pacificare*. ¿En qué consiste esta paz de la iglesia? En que no sea turbada por los esfuerzos de sus enemigos, y la libre Dios de las persecuciones de los tiranos y de todas las guerras, de donde nacen tantos disturbios y desórdenes. Esta paz era la que se pedia en los primeros siglos. En cuanto á esto la piedad de los príncipes ha tranquilizado nuestros ánimos, y como dice san Agustin, la cruz del Salvador resplandece en la diadema de los emperadores. Los que perseguian á Jesucristo, le adoran y emplean su autoridad para hacer respetar el Evangelio; pero el demonio no se convirtió cuando los príncipes se volvieron fieles. Valíase del poder de estos; pero no ha perdido el suyo. Ha mudado de instrumento y de plan; pero no se han acabado su odio y furor. En el seno del mismo cristianismo ha ar-

mado una muchedumbre de personas, que aunque cristianas aborrecen la verdad y sus discípulos, persiguen la virtud y la inocencia y son mil veces mas peligrosas que lo era el mundo abiertamente infiel: esas gentes se ocultan bajo el exterior de piedad, parecen animadas de zelo y creen prestar un servicio á Dios exterminando á los que le sirven con mas simplicidad y verdad. San Pablo experimentó el primero este odio y persecucion de que Dios avisaba á sus discípulos, y el santo apostol se gloriaba de ella cuando hablaba de lo que habia tenido que sufrir por parte de los falsos hermanos.

El demonio suscita tambien otra especie de persecucion contra la iglesia sustituyendo la astucia de la serpiente á la violencia del leon, como dice san Agustin. No obliga ya á negar á Jesucristo; pero enseña á no temerle. Multiplica los escándalos y hace odiosos los buenos ejemplos: justifica los abusos y clama contra las reglas. No atormenta; pero adormece: no combate la fé; pero la inutiliza. Estas tentaciones mas peligrosas que las primeras porque son menos visibles, se hacen mas generales y seductivas á proporcion que se extinguen las luces y se entibia la caridad: por todas partes no se ven mas que hombres desgraciados que dan escándalo, y otros tan débiles que caen con él.

Creeis que la iglesia está en paz porque no veis correr la sangre de los cristianos ni perturbado el ejercicio de la religion. ¡Ah! Si no vivierais la vida del mundo, os moverian los males que afligen á los justos, esos males interiores que vosotros no sentís. Creeis que todo está en paz porque vuestras pasiones estan tranquilas, y no veis ninguna persecucion porque no sois dignos de sufrirla. Antes que hubiese persecuciones públicas, habia sido vendido José por sus hermanos y calumniado por la esposa de su amo. Mucho tiempo antes de él y en la familia del primer hombre habia sido inmolado Abel á la envidia de Cain. Tiberio no perseguia á los cristianos cuando era asolada la iglesia de

Jerusalem: turbabala el falso zelo de los sacerdotes y fariseos; pero no el gobernador de la Judea, ni el emperador que estaban informados de la inocencia de Jesucristo y guardaban respeto á su memoria.

Demos pues gracias á Dios por la fé y la virtud de los príncipes; pero no se crea por eso que ha cesado la persecucion. Escrito está que todos los que quieren vivir con piedad estarán expuestos á ella: esta es una prediccion y un consuelo para todos los siglos. Esta palabra se cumplirá en todos tiempos y muchas veces por el ministerio de los que quieran persuadir á que no se verifica, porque si uno no es probado sirve para probar á los demas, y cuando no es perseguido por la piedad, debe temer, ó que carece de ella, ó que tal vez es un instrumento para debilitarla.

La iglesia necesita siempre que Dios le dé la paz, porque nunca cesará la persecucion, y si ahora no está expuesta al furor de los gentiles, tiene que defenderse contra las burlas y sátiras de los mundanos que la muerden, la impiedad y libertinaje que la desprecian, los escándalos que la deshonran, y los pecados de sus hijos que la afligen: asi necesita incesantemente que Dios le dé valor y fortaleza para vencer á los enemigos domésticos que la inquietan. La segunda gracia que se debe pedir á Dios para su iglesia es la proteccion: que la guarde y defienda contra los esfuerzos de los herejes que minan los fundamentos de la fé y que no puedan prevalecer contra ella las puertas del infierno: que la preserve de los errores que corromperian la integridad de su doctrina y la pureza de su moral, *custodire*. El espíritu de esta peticion no es que puedan abolirse la doctrina de la iglesia, su culto y su ministerio, porque todo esto subsistirá siempre, y subsistirá de una manera visible, indefectible é infalible; pero está predicho que habrá en la iglesia escándalos, tiempos calamitosos y de prueba, en que serian seducidos los mismos escogidos si fuera posible, y tan crudos combates que Jesucristo creyó deber tranquilizarnos respecto de la vio-

lencia de ellos, prometiendonos que no prevalecerán contra la iglesia las puertas del infierno. Pues estas terribles predicciones y su cumplimiento aun mas espantoso deben reanimar vuestro zelo y moveros á pedir á Dios con instancia que la guarde, *custodire*. Es verdad que la iglesia es indestructible; pero lo que ella no tiene que temer puede suceder á muchos de sus hijos. La seduccion puede penetrar en el ánimo de muchos doctores particulares y perder la iglesia muchas de sus ramas, sin que el error obscurezca la fé ni pase á ser dogma público. ¿No lo ha experimentado ya? El cisma arrebató las iglesias de Asia: la de Africa ya no existe; y en Europa ¡cuántos estragos se han visto! Sin embargo las promesas no han sufrido ningun detrimento. ¿Quién de nosotros puede estar seguro de que no se le quitará el reino de Dios para trasladarle á una nacion que dé frutos con abundancia? No nos engañemos: esta desgracia no puede suceder á la iglesia; pero ninguno de los pueblos que actualmente la componen puede decir: A mí no me sucederá eso.

¡Y cuántos motivos tenemos para temblar! Permitid que copie aquí la enérgica pintura que hace de los errores de nuestro siglo un doctísimo obispo de Francia. ¡Qué multitud de errores en punto á la moral! decia de su tiempo el sabio Bossuet. El desorden y la corrupcion se propagan en todos los estados, y parece inficionada toda la haz de la iglesia. ¿Creeria nadie que ha bajado del cielo la doctrina de Jesucristo viendola tan mal practicada por los que llevan el nombre de fieles? Se ha llegado hasta el extremo de querer doblegar la regla como los doctores de la ley y los fariseos: se forjan doctrinas erroneas, falsas tradiciones y falsas probabilidades: la concupiscencia resuelve los casos de conciencia, y es tal su violencia que obliga á los doctores á halagarla. ¡O desgracia! exclama: no se puede convertir á los cristianos: tan terca es su dureza y tanto prevalecen las malas costumbres; y se discurren disculpas para atenuar ó excusar las infracciones de la

ley. Para debilitar todos los preceptos en sus fuentes se combate el del amor de Dios, y no se halla el instante en que sea obligatorio practicarle: á fuerza de retardar su cumplimiento se extingue de todo punto. ¿Y de dónde procede ese torrente de falsas máximas? De que se niega á Dios su omnipotencia sobre el corazon del hombre respecto de la salvacion. El hombre ha dicho: quiero hacerme justo, quiero que el impulso que decide de mi eterna salvacion, provenga primitivamente de mí. Quiso por algun lado gloriarse en sí mismo, en vez que Dios quiere que le pidamos todas las buenas acciones que debemos ejecutar, y cuando las hemos ejecutado, que le demos gracias de habernoslas inspirado. No por eso quiere que quedemos sin accion ni esfuerzo, sino que trabajando como si debieramos obrar solos, no nos gloriemos mas que si no hicieramos nada.

Ved pues cuán interesados estais en pedir á Dios que se digne de guardar su iglesia, *quam custodire digneris*; porque debeis temer imbuiros insensiblemente del espíritu de los falsos doctores y dejaros llevar de sus máximas corrompidas. ¿Y qué será entonces de vosotros? Podreis envaneceros de que guardais las disposiciones leves de la ley, y despreciareis los preceptos principales poniendo la piedad donde no está. ¡O Dios! Bien sé que la verdad triunfará eternamente en vuestra iglesia: suscitad en ella doctores zelosos de la verdad y llenos de eficacia que hagan enmudecer á sus enemigos. Entre tanto cada uno de vosotros inste y solicite al Dios de verdad, único custodio, amparo y protector de Israel, para que no la abandone: levantad los ojos al cielo con el real profeta y pedid incesantemente los divinos auxilios. Esperadlos con confianza, porque el que guarda á Israel no dormitará ni se dormirá: *Ecce non dormitabit, neque dormiet qui custodit Israel.* Sin él nada pueden hacer los que estan encargados de velar por la ciudad santa. Si el Señor no guardare la ciudad, dice el santo rey, en vano vela el que la

guarda: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

La tercera gracia que pedimos á Dios para la iglesia, es la union, *adunare digneris*, preservándola de los cismas ó haciendolos cesar. Interesemonos en su gloria, y nuestras oraciones serán vivas y fervorosas para alcanzar de Dios luces, docilidad y obediencia en favor de los que se hayan separado de ella por el cisma y la herejía. Nosotros no pedimos abiertamente por ellos mas que el viernes santo en las excelentes oraciones de que habla el papa san Celestino en su carta á los obispos de las Galias, y que rezamos todavia hoy; pero los padres de la iglesia nos exhortan muchas veces á pedir por ellos cada uno en particular. Orad por esas ovejas descarriadas, dice san Agustin, para que vivan, se instruyan, se amen y no haya mas que un rebaño y un pastor. No insultemos, añade el santo doctor, á los que tienen la desgracia de estar fuera de la iglesia; antes pidamos por ellos para que vuelvan á su seno.

Pero ¡cuánta necesidad tiene la iglesia de vuestras oraciones para conseguir gracias que unan á todos sus hijos entre sí, los mantengan en perfecta unanimidad y con una misma voluntad, y semejantes á los de los primeros siglos no formen mas que un corazon y una alma, y sobre todo esten animados del Espíritu Santo, el único que hace su bien y constituye su union! ¿Qué significaria pertenecer al cuerpo de la iglesia por los vínculos exteriores, si no se perteneciera tambien por el espíritu? Estos miembros serian en la iglesia lo que los malos humores en el cuerpo humano. De tal modo es el Espíritu Santo el alma de la iglesia, que sin él no es mas que un cuerpo metafórico sin union real: él solo une realmente todos los miembros vivos: por él Jesucristo que es la cabeza, influye continuamente en todos sus miembros, y produce el sentimiento que los excita y el movimiento que los hace obrar. Lo que es nuestro espíritu, esto es, nuestra alma, para nuestros

miembros; dice san Agustin; eso es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el cuerpo de Cristo, que es la iglesia: *Quod est spiritus noster, id est, anima nostra ad membra, hoc est Spiritus Sanctus ad membra Christi, ad corpus Christi, quod est ecclesia.* En una palabra la iglesia es una, porque el espíritu es uno, *unum corpus et unus spiritus.* Por la expresion *adunare* pedimos á Dios que el Espíritu Santo que la formó, la anime, vivifique y sostenga por su continua infusion.

Al pedir esta union fundada en la unidad del espíritu se pide tambien que todos los miembros de la iglesia tengan el mismo lenguaje y no haya entre ellos cismas ni divisiones, como dice san Pablo: *Ut idipsum dicatis omnes, et non sint in vobis schismata.* ¡Ah! Bien sabeis, hermanos mios, qué desórdenes y qué multitud de pecados nacen de todas las disputas que se suscitan en la iglesia: indiscrecion en las palabras, temeridad en los juicios, preocupaciones y prevenciones en el ánimo, acrimonia y amargura en el corazon, cuántas burlas, arrebatos, detracciones y muchas veces calumnias, de que no se hace ningun escrúpulo bajo el falso pretexto de zelo por la verdad. ¿Qué mayor desgracia para la iglesia que ver que por conservar la verdad se pierde la caridad, la cual constituye sus riquezas y su union? Asi espera que vosotros dirijais á Dios fervientes súplicas para alcanzar la paz, y rogueis á Jesucristo en los tiempos de borrasca que mande al mar y á los vientos y restituya la calma.

Pero en lugar de cumplir un deber tan esencial en los tiempos de disputa los que no estan encargados de obrar y hablar en nombre del Evangelio, ni son sus ministros y doctores, y deberian contentarse con compadecer los males de la iglesia aplacando á Dios con sus gemidos, lágrimas y buenas obras, y auxiliar con sus oraciones á los que estan obligados por su estado y ministerio á hablar y obrar, para que consiguiesen la fortaleza y el valor necesario para defender la integri-

dad de la fé, la pureza de la moral y los intereses de la iglesia: esos, repito, se valen de las disputas como de un espectáculo divertido, ó se dejan llevar de las pasiones, del odio y de la ira, que no hacen mas que aumentar la confusion y el desorden.

¿Cómo se ha de considerar la libertad que cada uno se toma de discurrir á su antojo sobre cuanto interesa á la fé? Como un abuso que va á extinguirla y perpetuar la turbacion y division de la iglesia. De este abuso se quejaba abiertamente san Gregorio Nazianzeno, en cuyo tiempo no eran menos acaloradas las disputas que en el nuestro, ni menos importantes que hoy las materias disputadas. En Constantinopla hablaban todos con suma libertad; lo cual dió en rostro al santo doctor, y sin temer la crítica y censura de los zelosos se opuso energicamente á aquel abuso que reinaba entre el pueblo, á quien obligó á callar. ¡Qué temeridad! decia san Gregorio: todos os meteis á hablar de teología, y sin haber estudiado ni haberos dedicado á profundizar las materias os haceis teólogos de la noche á la mañana. ¿Es conveniente que los que solo se han ocupado en negocios temporales y afanes domésticos, hablen de las cosas del cielo y de lo que mira á la fé y á la religion? ¡Qué confusion! En las plazas públicas, en las tertulias, en los banquetes y en las visitas se oyen estas pláticas: háblase de estas materias por pasatiempo despues de los espectáculos del circo y del teatro y de haberse solazado con la música y las francachelas: estas disputas se cuentan en el número de las distracciones y diversiones. Acordaos que cuando Dios quiso dar su ley á Israel, ordenó al pueblo que se apartara del santo monte, y se contentó con dejarle oir los truenos y los rayos para infundirle temor y respeto á una majestad incomprensible. Solo Moisés encargado de guiarle y gobernarle fue admitido á platicar y conversar con el Señor. Luego á los que por su estado estan encargados de la ciencia so pena de ser desechados del sacerdocio, es á los que toca examinar, profundizar é

ilustrar las materias, y á vosotros orar, levantar las manos mientras ellos pelean, pedir su paz y su union á Dios y esperar con paciencia que rasgue el velo con que estan cubiertas estas verdades, y que suele obscurecer todavia mas la malicia de sus enemigos: *adunare digneris.*

4.° Pero para que la iglesia se conserve contra las divisiones y toda suerte de desórdenes, es preciso pedir ademas á Dios que se digne de gobernarla, *quam regere digneris*; es decir que inspire á todos los pastores las mismas miras, los mismos sentimientos, las mismas reglas conformes á las verdades del Evangelio y el mismo amor del orden y de la disciplina. La iglesia es un reino como se dice muchas veces en las parábolas: Jesucristo es un rey y asocia á este gobierno los pastores de su iglesia. Segun el orden comun las luces deben ser comunicadas por ellos á los que son guiados. ¡Cuán interesante es para la iglesia que ellos escuchen solo al Espíritu Santo en los juicios que forman, en las instrucciones que dan, en las reglas que prescriben, y en las órdenes que dictan! La obediencia que se les debe y la sumision que se manda tenerles, no es tímida, ni inquieta, ni difícil: nada distrae ni divide el respeto que merecen la verdad y la doctrina de que son depositarios.

Pero no solamente debe pasar la luz de los pastores al pueblo, sino que el ejemplo de estos debe excitar ademas la piedad de los pueblos. Asi se debe pedir con fervor á Dios que los guie por las sendas de la virtud; porque ¿qué tentacion mas terrible para los débiles que verse en la necesidad de no imitar la conducta de sus pastores? ¿No es uno de los juicios mas grandes de Dios y una de las mayores señales de su ira contra un pueblo permitir que tales pastores esten encargados de gobernarle? De este modo un pueblo no solo está privado del auxilio que hallaria en las oraciones y vigilancia de un buen pastor, sino que es inclinado y solicitado al vicio por el ejemplo de este, que

quita el horror á todos los vicios y desacredita todas las virtudes. Si no justifica positivamente las acciones criminales, acostumbra á mirarlas como faltas ordinarias y tolerables, y las virtudes parecen á los mas de los mundanos ideas exageradas é inasequibles al comun de los hombres.

El desorden de los mismos pueblos suele atraer este juicio de Dios, porque todavia es mas ordinario con respecto á los pastores que á los reyes que los dé Dios en castigo de los pecados de los pueblos: *Qui regnare facit hominem hypocritam propter peccata populi.*

Pidamos pues por la iglesia, hermanos, y cada uno haga esta santa oracion del canon con toda la atencion y fervor de que es capaz. Los bienes que pedimos y las gracias que solicitamos para ella, refluyen y recaen sobre nosotros. La iglesia por su parte pedirá para nosotros á Jesucristo su esposo los dones mas preciosos, la gracia en el tiempo y la gloria en la eternidad.

PLATICA XXXVI.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En las dos pláticas anteriores os hablamos del objeto principal de vuestras oraciones cuando empieza el canon de la misa, y os explicamos las peticiones que debeis hacer entonces por la iglesia. El sacerdote añade luego las que quiere que hagamos por el papa, el obispo diocesano y el rey que estan á la cabeza de este cuerpo místico, y son los conservadores y protectores para mantener el buen orden y la paz. No se contenta con comprenderlos en estas peticiones generales, sino que pronuncia su nombre para denotar mas distintamente que el espíritu de la iglesia es pedir en especial por ellos en este instante. Esta disciplina sube á los primeros tiempos de la iglesia: los nombres de los papas, obispos y príncipes se ponian antiguamente en unas tablas llamadas dípticos, porque se doblaban en dos y se abrian

á dos lados, como se representan en las pinturas las tablas de Moisés. A mas de estos nombres figuraban tambien los de los obispos de las sillas principales, los patriarcas y otras varias personas ilustres y respetables. El ser puestos en estas tablas era la señal de que se tenia la fé y unidad de la iglesia, y el ser borrados de ellas y no ser nombrados era estar apartados de la comunion de la iglesia. Ya no se usan estas tablas, porque hace mucho tiempo que no se nombran mas que el papa, el obispo de la diócesis y el monarca reinante: todos los demas se incluyen en comun bajo el nombre de ortodoxos, es decir, los que tienen la fé católica y apostólica y perseveran invariablemente en la unidad de la iglesia sin separarse de ella. Expliquemos todas estas palabras que son importantes.

El sacerdote continúa en la oracion que hemos principiado á explicar: Juntamente con nuestro papa tu siervo, *una cum famulo tuo papa nostro.* Este es el precepto que nos impuso el apostol san Pablo recomendandonos orar por nuestros pastores: *Mementote præpositorum vestrorum.* Para obedecerle nombramos en primer lugar al obispo de la primera silla, llamado por honor y distincion el padre santo *nuestro papa*, es decir, nuestro padre, *papa nostro*; nombre dado antiguamente á todos los obispos, que son los padres de sus iglesias, y limitado hace muchos siglos á solo el obispo de Roma, el cual en calidad de cabeza de los obispos es el padre de todo el pueblo cristiano como le llama san Agustin.

La costumbre de pedir determinadamente por el papa en la liturgia se ha observado en todas las iglesias: los griegos hasta el cisma la guardaron como los latinos, y siempre nombraban al papa antes que á sus patriarcas, considerandose como un hecho enorme cada vez que se atrevian á borrar de los dípticos el nombre del papa. La memoria de Dióscoro, patriarca de Alejandría, ha estado siempre en execracion en la iglesia por haber tenido el primero la audacia de bor-

rar de los dípticos al papa san Leon. En una palabra esta es la práctica observada inviolablemente en la iglesia en todos tiempos y lugares, y faltar á ella dice el papa san Pelagio que es separarse de la iglesia universal.

No basta haberos expuesto la disciplina sobre este artículo: hay que explicaros ademas los principios y el fundamento de él; con lo que vuestra oracion será mas luminosa. Jesucristo quiso que no hubiese mas que una iglesia, y que estuviese unida y sólidamente edificada sobre la unidad: asi lo declara formalmente por estas palabras: Yo tengo ademas ovejas que no son de este rebaño: es preciso que las traiga, y se hará un solo redil y un solo pastor: *Fiet unum ovile et unus pastor.* ¿Qué expresiones puede haber mas enérgicas que las de san Pablo para denotar esta unidad? La iglesia es la esposa de Jesucristo; luego es una: es el cuerpo de Jesucristo; luego este cuerpo es uno, aunque tenga diversos miembros: los judios y los gentiles no son mas que un solo edificio construido sobre Jesucristo, que es la piedra angular. ¡Cuántas y cuán expresivas figuras de esta unidad de la iglesia hay en la santa escritura! Dicen los santos padres que fue figurada por la unidad del arca de Noé, fuera de la cual no se salvó nadie de las aguas del diluvio, por la unidad del lugar donde se comia el cordero pascual, por la unidad de la casa de Rahab, de quien está escrito que cualquiera que salia de ella era reo de muerte, y por la de la túnica de Jesucristo, que no se repartió ni pudo ser poseida mas que por uno solo.

Ahora bien para esta unidad no basta que diversas iglesias esten unidas entre sí por la profesion de una misma fé, la participacion de los mismos sacramentos y el vínculo de una misma caridad, sino que ademas ha de haber un pastor para guiar todo el rebaño, y entre todos los obispos que tienen una porcion de este que gobernar, ha de haber un primero que los presida á todos y vele por cuanto es necesario para la conservacion

de la unidad, es decir, que haya una cabeza de los obispos. Para conservar la iglesia en la unidad ha de haber una cátedra y una autoridad superior que cuide de mantenerla.

Pues la sagrada escritura explicada por la tradicion nos enseña que Jesucristo escogió á san Pedro por cabeza de la iglesia. Los evangelistas al formar el catálogo de los apóstoles le ponen siempre al frente y le dan á veces el título de primero: *Duodecim autem apostolorum nomina sunt hæc: primus Simon, qui dicitur Petrus.* A él dijo Jesucristo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia: lo cual se ha entendido de la persona de este apostol por los mas de los santos padres y por los mismos que han explicado este pasaje de su confesion. A san Pedro, dice san Bernardo, se encargó el cuidado de apacentar y guiar á los pueblos y los pastores: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas: *Pasce agnos meos, pasce oves meas.* A él dió el Señor orden de confirmar á sus hermanos, es decir, de afirmarlos en la verdadera fé y en la religion. Ve aquí pues á san Pedro instituido cabeza de la iglesia por el mismo Jesucristo y revestido de la autoridad necesaria para la conservacion de la unidad.

Es verdad que los apóstoles recibieron del Salvador la misma potestad que san Pedro: que la potestad de las llaves prometida á la iglesia en su persona, que figuraba su unidad, fue dada igualmente á todos los apóstoles que representaban su universalidad; pero los apóstoles recibieron esta potestad para ejercerla en unidad con san Pedro y reconociendo el primado de este. Asi pues la igualdad de potestad no excluye la prerogativa de la primacía; lo cual explica admirablemente san Gerónimo. Decís (son palabras del santo doctor) que la iglesia está fundada sobre san Pedro, aunque en otro lugar lo esté sobre todos los apóstoles, todos hayan recibido las llaves del reino de los cielos y esté igualmente afirmada para todos la solidez de la iglesia; sin embargo por eso es elegido uno entre los doce, para que constituida la

cabeza se quite la ocasion de cisma: *Tamen propterea inter-duodecim unus eligitur, ut capite constituto schismatis tollatur occasio.*

La tradicion nos enseña tambien que esta misma prerogativa de primado, cabeza de la iglesia y pastor universal pasó al obispo de Roma y no á otro, porque sucedió en la silla y autoridad de san Pedro, que murió en Roma despues de haber establecido allí la silla de su episcopado, y que era la cabeza de los apóstoles por institucion del mismo Jesucristo. Y de que san Pedro era la cabeza de los apóstoles y murió en Roma se sigue que el obispo de Roma es el primer obispo y el obispo de los obispos, porque los obispos de una silla suceden á sus predecesores no solo en el carácter, sino tambien en la autoridad, preeminencia y jurisdiccion. Con el episcopado sucede lo mismo que con todos los cargos públicos que pasan á los sucesores con todos sus derechos: por este fundamento ha mirado toda la iglesia en todos los siglos al obispo de Roma como investido del primado de honor y jurisdiccion en toda la iglesia por derecho divino y en calidad de sucesor de san Pedro, y por ese mismo derecho y la institucion de Jesucristo tiene todos los derechos y prerogativas necesarias para trabajar eficazmente por mantener la unidad, el orden y la disciplina de la iglesia, que le han sido particularmente encomendadas.

Ve aquí pues el fundamento de la oracion que se hace á Dios en el santo sacrificio: *Una cum famulo tuo papa nostro*: oracion necesaria, porque es muy justo que al pedir por la unidad de la iglesia pidamos por aquel que es el centro de la comunion, y preside aquella iglesia con quien es necesario que convengan todas las demas iglesias, como dice san Ireneo: oracion esencial para tener la marca de hijo de la iglesia y estar en comunion con ella, á fin de que pueda decir cada cual con san Gerónimo: Estoy unido en comunion con la cátedra de Pedro: sé que la iglesia está edificada sobre aquella piedra: todo el que comiere el cordero fuera de

esta casa es profano: *Cathedræ Petri communioni consocior: super illam petram ædificatam ecclesiam scio: quicumque extra hanc domum agnum comederit, profanus est.*

¿Qué oraciones se deben hacer por el papa? No lo dice el canon de la misa; pero cada cual puede pedir á Dios lo que pedia san Bernardo por el papa Eugenio: que la solicitud de las iglesias y el peso de los negocios no le agobien hasta el punto de olvidar el cuidado y santificacion de su alma: que la plenitud de justicia vaya unida á la plenitud de potestad: que solo haga uso de la autoridad para la edificacion de la iglesia: que se rija, no por su voluntad, sino por los principios y las máximas que ha establecido toda la iglesia; y que conserve preciosamente el depósito de la fé y se precava contra la seduccion y el error.

Despues del papa nombra el sacerdote al obispo de la diócesis donde dice la misa, *et antistite nostro*, y no á su propio obispo, aun cuando fuese transeunte y forastero: 1.º porque habla en nombre del pueblo y no en el suyo propio, y el pueblo es quien ofrece el sacrificio por manos del sacerdote: 2.º porque asi como el sucesor de san Pedro es el centro de la unidad de todas las iglesias del mundo, el obispo lo es de todo su rebaño que con él forma una iglesia, y á quien deben estar unidos todos los miembros particulares, ya legos, ya eclesiásticos, como dice san Cipriano: *Illi sunt ecclesia, plebs sacerdoti adunata et pastori suo grex adhærens.* Esta union de los fieles con el obispo forma una iglesia particular, asi como la union de todos los fieles y obispos entre sí forman la iglesia universal, segun dice tambien el mismo santo doctor.

¡Cuántos motivos teneis, hermanos mios, de pedir y ofrecer el sacrificio por vuestro obispo! El apostol san Pablo expone las razones muy sólidas que hay para rogar por los pastores. Es muy justo, dice en su epístola á los hebreos, orar por aquellos que velan como quienes han de dar cuenta por vuestras almas: *Ipsi autem pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.*

Por él quiere salvaros Jesucristo: él no salva propiamente mas que su cuerpo, *qui est salvator corporis*; y le salva asociando á este ministerio los pastores de la iglesia. Pedid pues á Dios que grabe primeramente su ley en el corazon de vuestro obispo para que él la grabe luego en el vuestro: que le dé una caritativa solicitud por nosotros que estamos encomendados á su vigilancia; y que piense contínuamente en nuestras necesidades, males y peligros y en los remedios que se les pueden aplicar. ¡Ah! Hermanos, son tantos y de tan extraordinaria trascendencia los males y peligros de las almas, y se necesita tanta aplicacion y luz para descubrirlos y remediarlos, que los pastores ilustrados y zelosos se espantan y quedan agobiados con tan enorme peso: de vuestras oraciones esperan auxilio en sus penalidades y consuelo en sus trabajos, como dice san Pablo: *Ut cum gaudio hoc faciant et non gementes.*

Pero ¿quién piensa seriamente en ofrecer á Dios sus súplicas y plegarias por su obispo? Se indagan con maligna curiosidad sus obras y se condenan, y se tiene la temeridad de erigirse en juez suyo en vez de ponerlo en manos de Dios que le juzgará. Por un pretexto especioso de zelo se procede con ellos con demasiada libertad y se les falta al honor debido no perdonandoles nada. Si es una verdad que no han de imitarse sus faltas y defectos, porque es preciso seguir á Jesucristo y su verdad ante todas cosas; tambien es cierto que se debe honrar en ellos, tales como sean, la autoridad de que estan revestidos, porque esta es siempre de Jesucristo, y respetandolos se respeta á Jesucristo. Este recibe en ellos los respetos que le debemos en la persona de sus ministros. Está en ellos para nosotros: busquemosle pues que se digna de estar allí, y no huyamos de él: pidamos sin intermision y con fervor que esté en ellos y para ellos á fin de santificarlos. ¡Cuántas ventajas sacaremos nosotros mismos! Mas si por falta de orar no atraemos las luces y gracias necesarias sobre ellos, ¡cuánto debemos temer! Aunque no tenga uno parte en

la mala direccion de una nave, dice san Agustin, siempre se corre peligro cuando se va en ella: si encalla y se estrella por culpa del piloto, encalla y se estrella para los que van embarcados, y pocos pueden salvarse.

Despues del papa y del obispo ofrece el sacerdote el santo sacrificio determinadamente por el rey: *et rege nostro.* La religion ha prescripto siempre á los súbditos la obligacion de pedir por los soberanos; y esta peticion es mas antigua que el mismo Evangelio. Pedid, decia el profeta Jeremías escribiendo al pueblo cautivo en Babilonia, pedid por la vida del rey Nabucodonosor y de su hijo el rey Baltasar, para que sus dias sean como los dias del cielo sobre la tierra, y vivamos nosotros debajo de su sombra. Buscad, dice tambien, la paz de la ciudad de Babilonia á donde os he transportado, y pedid al Señor por ella, porque vuestra paz está en la suya.

San Pablo ordena esta oracion y nos prescribe por decirlo asi la fórmula de ella en la epístola á Timoteo. Os conjuro, dice, que hagais rogativas y oraciones y deis gracias por los reyes y todos los que estan constituidos en dignidad, para que podamos vivir pacíficamente en toda piedad. Y añade: Esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro salvador.

Los fieles hacian esta oracion hasta por los emperadores que perseguian á la iglesia. Nosotros oramos por los emperadores, decia Tertuliano en su Apologia, y pedimos á Dios que les dé larga vida: que su imperio goce de una paz profunda y su familia de una dichosa concordia: que sean invencibles sus ejércitos: que los rodeen buenos consejeros: que los pueblos perseveren en sus deberes: que en el mundo no se suscite ningun disturbio contra su autoridad; y por fin no omitimos nada de cuanto puede desear el príncipe como hombre y emperador.

Pues si los primeros fieles dirigian á Dios fervientes súplicas por la salud y prosperidad de los emperadores paganos y perseguidores de la iglesia, con mas razon,

dice san Optato de Milevis, se debe pedir por ellos si son cristianos, temen á Dios, viven en la piedad y son misericordiosos y caritativos. Por eso la iglesia desde que los emperadores se hicieron cristianos, los ha nombrado siempre expresamente en la liturgia: asi se lo escribe el papa Nicolás I al emperador Miguel. En tiempo de san Ambrosio se los nombraba, pues que el santo obispo amenazaba al emperador Teodosio omitir la oracion que se decia por él en el altar.

Todo contribuye á movernos al cumplimiento de este deber de piedad y religion para con el rey. El profundo respeto que merece la soberana grandeza, debe probarse no solo por un sentimiento exterior de veneracion, sino por un principio interior de religion y conciencia. ¿Cómo hemos de mirar su potestad como una participacion de la de Dios, al cual solo es inferior segun se expresa Tertuliano, *omnibus major, solo Deo minor;* y cómo le hemos de tener por la segunda majestad despues de Dios que es la primera, y no hacer fervientes súplicas por su salud? ¿No debe el ciudadano amar al que es el padre comun del pueblo? Reuniendose el afecto que la sangre y la naturaleza inspiran hácia la patria, en el que es el jefe y defensor de ella, y mostrandonos la caridad cristiana la imagen visible y viva del Criador en los reyes, debemos ser zelosos en pedir las gracias que necesitan para sostener el peso de la corona, á fin de que sean tan dichosos que conozcan la cualidad eminente y sagrada que tienen de lugartenientes y ministros de Dios para establecer el bien y cortar el mal.

Ademas de estos motivos personales el zelo por los intereses de la iglesia y los nuestros particulares es un título que nos persuade á pedir por los príncipes. Estos pueden mucho por la iglesia: á ellos les toca mantener la paz y el buen orden segun escribia el papa san Leon al emperador diciendole: La potestad se os ha dado principalmente para defensa de la iglesia: á vos os toca impedir los atentados de los malos, sostener lo que

está establecido, y restablecer la paz donde se ha turbado. San Pablo cuando manda á su discípulo Timoteo pedir por los reyes, da esta razon: Para que pasemos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad: *ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate.* La paz de los cristianos depende de la de la iglesia, la paz de la iglesia de la del estado, y la paz del estado del príncipe que le gobierna: asi las gracias que se alcanzan para él, son unas gracias universales que refluyen sobre nosotros, y cuyos efectos sentimos.

Por último despues de haber pedido por la unidad de la iglesia y los que tienen el gobierno espiritual y temporal en ella, es tambien justo pedir en general por todos aquellos que se mantienen en la pureza de la fé y cuya creencia es ortodoxa, *et omnibus orthodoxis*, por todos los que trabajan por la conservacion y aumento de la fé católica y apostólica, es decir, aquella fé que enseñaron y propagaron los apóstoles en todas las iglesias: *atque catholicæ et apostolicæ fidei cultoribus.*

Reparad en la palabra *cultoribus*, que no significa simplemente los que profesan la fé de la iglesia: dice algo mas y expresa una vida que corresponde á la fé: porque el culto de esta no consiste solamente en creer lo que debe creerse, sino en tener zelo por las verdades que nos enseña, en trabajar por darlas á conocer, propagarlas y amarlas. Asi dice tan repetidas veces san Agustin: Aquello se reverencia que se ama: *Hoc colitur quod amatur.* Para participar pues de los frutos del sacrificio hay no solo que caminar por la senda de la verdad, sino juntar el amor á la fé. De esta fé nos habla tan frecuentemente san Pablo, y nos la recomienda sobre todo cuando nos dice que en Jesucristo no sirven de nada la circuncision ni la incircuncision, sino la fé que obra por la caridad: *sed fides quæ per dilectionem operatur*: no una fé sin obras ni accion, sino una fé cuya alma es la caridad. Por esta fé activa se merece hacer una misma hostia con Jesucristo en el sacrificio del altar sobre la tierra y unirse ademas á él en

el cielo para ofrecer á Dios sacrificios de eterna alabanza. Asi os lo deseo &c.

PLATICA XXXVII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Despues de la oracion por todos los ortodoxos, *pro omnibus orthodoxis*, deja la iglesia al sacerdote la facultad de pedir por algunas personas en particular. A fin de practicarlo santamente levanta y junta las manos, con cuyos movimientos expresa el zelo y fervor con que Jesucristo recomendaba á su eterno Padre aquellos por quienes queria pedir en particular. Para hacerlo con atencion se mantiene un rato en silencio y con la cabeza algo inclinada para pensar en las personas que tiene que recomendar.

Acuerdate, Señor, de tus siervos y siervas, dice: *Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum.* Acuerdate, Señor: *Memento, Domine.* Pues ¿acaso puede Dios olvidar á algunas de sus criaturas? No, hermanos mios, á todas las tiene eternamente presentes, y para él no hay nada escondido. Pero segun la expresion de la Escritura olvidar Dios á sus criaturas es no tener para con ellas esa providencia paternal y especial, es privarlas de sus gracias. Acordarse Dios de sus criaturas es auxiliarlas, favorecerlas con su proteccion, proveer singularmente á sus necesidades. Asi se expresaba el real profeta: Acuerdate de nosotros, Señor, en la buena voluntad de tu pueblo: *Memento nostri, Domine, in beneplacito populi tui.* En este mismo sentido decimos: Acuerdate, señor, de tus siervos y siervas: *Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum*; es decir, auxilia, Señor, á tus siervos y siervas y derrama tus gracias sobre ellos.

¿Y qué siervos y siervas son esos cuyos nombres se recuerdan? La iglesia se propone recomendar particularmente aquellos que han hecho donaciones y dádi-

vas para el sacrificio y demas necesidades de la iglesia. En lo antiguo se nombraban públicamente los bienhechores como manda el papa Inocencio I: Deben rezarse, dice, los nombres de los bienhechores despues de la oblacion durante los santos misterios. Estas personas estaban de ordinario presentes; pero tambien se hacia mencion de ellas, aunque estuviesen ausentes. San Cipriano pide á menudo en sus cartas que se le indiquen los que han hecho bien á la iglesia y á los pobres, para rezar sus nombres en el altar. Se ve confirmada esta costumbre por las quejas de san Gerónimo, el cual clama contra la vanidad de los que hacian donativos á la iglesia para tener la satisfaccion de que el diácono los nombrase y para recibir aplausos: por este inconveniente se suspendió dicha costumbre, y hace mil años que solo se rezan estos nombres en silencio. Ahora se contenta el sacerdote con orar un rato por las personas á quienes quiere ó debe especialmente dispensar este servicio; es decir 1.º por los que contribuyen con sus beneficios y limosnas á la celebracion de los divinos misterios, á la subsistencia y manutencion de los ministros de la iglesia y al socorro de los pobres: esta es la antigua y primera intencion del *memento*: 2.º por los que han deseado que hiciese conmemoracion de ellos en el altar: 3.º por todos aquellos á quienes cree deber desear gracias ya espirituales, ya temporales en cuanto puedan servir á la gloria de Dios y la salvacion de sus almas.

A los bienhechores se añadieron antiguamente todos los circunstantes, *et omnium circumstantium*, porque en cierto modo todos eran bienhechores, debiendo todos segun sus facultades llevar sus ofrendas y no comunicar jamas de la de otro. Aunque ahora no lleven nada, siempre se pide especialmente por todos los circunstantes, porque la solicitud que han manifestado para asistir al santo sacrificio supone y denota el deseo que tienen de ser recomendados en el altar y participar de las gracias y fruto de aquel.

Pero ¿tienen parte en las gracias y fruto del sacri-

ficio todos los circunstantes? ¿Son todos ellos objeto de la oracion del sacerdote? ¡Ah! Hermanos mios, aprended con qué disposiciones debeis asistir á misa. No, el sacerdote no pide á Dios que se acuerde sino de aquellos circunstantes cuya fé y devocion le son conocidas: *Quorum tibi fides cognita est et nota devotio.* Pide á Dios solamente por aquellos circunstantes, en quienes ve una fé verdadera y una sincera devocion. Asi el *memento* no comprende á los que solo oyen misa de cuerpo presente ó por costumbre y por el qué dirán, y mucho menos á los que asisten con inmodestia, sin atencion ni piedad, con un espíritu disipado y voluntariamente distraido, pensando en cuidados y negocios extraños, agitado el corazon de pasiones y vehementemente aficionado al pecado y al crimen, sin amor de Dios, ni dolor de sus culpas, ni arrepentimiento, ni deseo de hacer penitencia. Las disposiciones esenciales son una fé viva que una el espiritu á los grandes misterios que se celebran en el altar, y le llene de un temor respetuoso, un profundo recogimiento y una perfecta atencion á todas las circunstancias concomitantes, *fides*; y un sentimiento de piedad y devocion que abrase el corazon en amor, le penetre de reconocimiento y gratitud á tamaño beneficio, le infunda la penitencia y se exhale en deseos ardientes de aprovecharse del sacrificio, *devotio.* Esta fé y devocion no deben ser solamente sensibles y exteriores, sino interiores, y ocupar el alma y el corazon en toda su capacidad. El sacerdote pues pide en el *memento* por los que vienen con tales disposiciones á implorar los auxilios de Dios, lo esperan todo de su gracia y saben que para él no hay nada imposible. Cuando el sacerdote habla de la fé de los circunstantes, es como si dijera: Acuerdate, Señor, de los que asisten al sacrificio, ayudalos y tratalos segun su fé que te es conocida, y segun la devocion que manifiestan al pie del altar y por tu servicio: *quorum tibi fides cognita est et nota devotio.*

Hermanos, si son estas vuestras disposiciones, por

vosotros ofrece el sacerdote el sacrificio de alabanza, y os hallais en estado de ofrecerle vosotros mismos: *pro quibus tibi offerimus vel qui tibi offerunt sacrificium laudis.* ¿Qué significa la palabra ó que parece una alternativa para indicar que el sacerdote ofrece ó vosotros ofreceis el sacrificio? Para entenderla bien es preciso recordar lo que dije al explicar la oblacion. Antiguamente los fieles llevaban sus ofrendas al sacerdote, quien presentaba á Dios estos dones recibidos de manos de aquellos para convertirlos en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Mientras duró esta costumbre, es decir, hasta el siglo X, no se leian en el canon estas palabras: por los cuales te ofrecemos, *pro quibus tibi offerimus*; sino solamente las últimas: los cuales te ofrecen, *qui tibi offerunt.* Pero desde entonces muchos no hicieron ya aquellas ofrendas sea por negligencia, sea porque se fiasen de que habia fundaciones hechas para este objeto ó descuidasen en los clérigos que estaban muy contentos de hacer las oblaciones por sí, sea porque ofreciesen dinero en lugar del pan y el vino segun dice S. Pedro Damiano. Como otros continuaron mucho tiempo ofreciendo pan y vino, era natural que dijesen los sacerdotes respecto de todos los circunstantes: *por los cuales te ofrecemos ó que te ofrecen el sacrificio de alabanza*; lo que no se dijo como una alternativa para excluir lo uno ó lo otro, sino que se quiso significar lo uno y lo otro juntamente y expresar al mismo tiempo asi los fieles que presentaban la materia del sacrificio, como aquellos por quienes la presentaba el clero. Y aunque los fieles no llevan ya sus ofrendas al altar, no ha dejado la iglesia de decir en el canon: *por quienes te ofrecemos ó que te ofrecen;* porque es verdad que el sacerdote ofrece el sacrificio por los fieles y estos le ofrecen tambien. Los sacerdotes hacen la oblacion exterior y visible, porque solo á ellos corresponde por su ordenacion la potestad de consagrar y ofrecer visiblemente el cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las apariencias visibles del pan y del vino. Vosotros haceis la oblacion interior

y espiritual de la misma víctima uniendoos en espíritu, corazon y voluntad con el sacerdote y ofreciendo por sus manos y ministerio el sacrificio de Jesucristo, que es el verdadero sacrificio de alabanza y hacimiento de gracias, el único capaz de honrar á Dios y procurarnos toda suerte de gracias para la salvacion, *sacrificium laudis*, el único capaz de dar gracias á Dios, alabarle justamente por la merced que nos ha hecho de ponernos en las manos una víctima que es el solo medio de aplacarle y hacernosle propicio presentandole continuamente la misma con que se aplacó una vez: *sacrificium laudis.*

La iglesia no se contenta con pedir por los bienhechores y asistentes, sino que pide por todos los que estan unidos á ellos con los vínculos de la sangre y la amistad, *pro se suisque omnibus.* En la misa pues pedimos y ofrecemos el sacrificio unos por otros y sobre todo por nuestros deudos. Y admirad aquí cómo se prescribe y observa el orden de la caridad: este orden que quiere que amemos al prójimo como á nosotros mismos, es decir, que el amor que nos tenemos sea la regla del que debemos tener al prójimo, quiere tambien que empiece uno á pedir por sí antes de pedir por los demas.

¿Qué debemos pedir á Dios para nosotros, nuestros deudos y aquellos por quienes tenemos intencion de ofrecer el sacrificio? Oid las restantes palabras de esta oracion, que son todas admirables y encierran las intenciones, los efectos, la virtud y la excelencia del sacrificio de Jesucristo, superior á todos los demas sacrificios. Pedimos los bienes espirituales y corporales como procedentes de Jesucristo y por su sacrificio, segun se expresa en estas palabras: por la redencion de sus almas, por la esperanza de su salvacion y salud: *pro redemptione animarum suarum, pro spe salutis et incolumitatis suæ.* Ve aquí el orden para pedir los bienes espirituales antes de los corporales.

1.º Pedimos que se expien por este divino sacrificio los pecados que hacen esclavas del demonio nuestras al-

mas: que se aplaque la justicia de Dios; y que por consiguiente sean rescatadas aquellas del poder del demonio y del infierno, *pro redemptione animarum suarum.* No quiere decir esto que Jesucristo obre ó merezca la obra de nuestra redencion en el sacrificio de la misa ó que pague allí el precio de nuestro rescate, porque todo esto pasó en la cruz, sino que el mismo que nos redimió en la cruz va á estar presente en el altar para consumar su obra aplicandonosla, á la manera que reitera diariamente esta aplicacion en el cielo delante de su padre; y por esta aplicacion continúa y consuma el sacrificio de la cruz. ¿Cómo celebraremos la continuacion de este sacrificio? ¿Cómo pediremos á Dios que se nos aplique el mérito de la sangre de Jesucristo una vez derramada en la cruz y ofrecida en el altar? ¿Cómo le suplicaremos que redima nuestras almas de la servidumbre del pecado y del demonio sin penetrarnos de sentimientos de dolor y contricion? ¿No debe sellarse y ratificarse, digamoslo asi, el tratado de paz que se negocia en el altar entre Dios y nosotros, por esa contricion del corazon y por sentimientos de mortificacion y penitencia que nos hagan consumar en nuestra carne lo que falta al sacrificio de Jesucristo como dice san Pablo; esto es, que nos hagan abrazar la mortificacion de nuestro espíritu, corazon y sentidos como las condiciones á que aparejó el Salvador la redencion de nuestras almas? *Pro redemptione animarum suarum.*

La segunda cosa que pedimos en el sacrificio de la misa, es la gracia, la santidad, el espíritu de Dios, la fé, la esperanza y la caridad para hacernos sus hijos y luego sus herederos y los coherederos de Jesucristo: porque por estar libres de nuestros pecados y rescatados de la servidumbre del demonio no merecemos por eso ser los hijos de Dios, los miembros de su hijo, los templos de su Espíritu Santo y los herederos de su reino y de su gloria. Este derecho le adquirimos solamente por los méritos del sacrificio de la cruz, porque solo en Jesucristo podemos alcanzar la gracia, la perseverancia en

la gracia y la salud eterna: *non est in alio aliquo salus;* y solo en el que nos hace sus herederos, está fundada la firme esperanza de nuestra salvacion, *pro spe salutis.* Pues este derecho á la salvacion, merecido por el sacrificio de la cruz, únicamente se nos aplica por el sacrificio de la Eucaristía que es la continuacion de aquel. Asi ofrecer el sacrificio del altar por la esperanza de la salvacion, *pro spe salutis*, es tener intencion de pedir á Dios por los méritos del sacrificio la vida eterna y todas las gracias que conducen á ella. ¡Con qué confianza debemos esperarlas! ¿No nos dió Dios todo al darnos su hijo? ¿Y en qué circunstancias se lo pedimos? Ofreciendole el sacrificio del altar, donde Jesucristo realmente presente ejerce el ministerio de su sacerdocio y hace el oficio de mediador puesto entre Dios y nosotros para conservar y continuar la paz que negoció con el precio de su sangre, llevando al cielo las oraciones de los hombres y trayendo á estos las gracias y bendiciones del cielo: es como el comun embajador y el angel del gran consejo, que presenta á Dios nuestras necesidades y los impulsos y deseos que forman la fé y la piedad en nuestros corazones, y nos anuncia la feliz nueva de las misericordias concedidas en su nombre por sus méritos é intercesion.

Asi pues el principal fin que debemos tener al ofrecer el sacrificio, es pedir á Dios los bienes espirituales á que está unida la salvacion: estos bienes son los que pide Jesucristo á su padre para sus miembros, y á solos los bienes celestiales y eternos se dirige su sacrificio porque es pontífice de los bienes futuros: *Christus assistens pontifex futurorum bonorum.* A estos bienes futuros se refiere su sacerdocio, porque Jesucristo no es pontífice de todos los hombres sino como es su redentor, porque los rescata por el sacrificio que ofreció en la cruz y continúa ofreciendo en el cielo y en la tierra como pontífice eterno. Mas su calidad de redentor y salvador mira solamente á la salvacion de los hombres: por esta únicamente trabajó y sufrió pasion y muerte,

y por una consecuencia necesaria únicamente por la salvacion de los hombres y todo lo que se refiere á ella pidió en su sacrificio de la cruz y pide todos los dias en el que se continúa en nuestros altares.

Para participar los efectos que obra en las almas por su sacrificio, hay que desear sinceramente la salvacion y trabajar por alcanzarla. Asi los que no la desean ni hacen cosa alguna para adquirirla, no contribuyen en nada al santo sacrificio, no presentan nada á Jesucristo que este pueda unir á su sacrificio, ni aspiran á los bienes que quiere conseguir para aquellos por quienes le ofrece. Renuncian pues en cierto modo los frutos del sacerdocio del Salvador y no le reconocen por su pontífice. Sin embargo bien lo sabeis vosotros, ¿en qué se piensa durante el sacrificio de la misa y qué gracias se piden primera y principalmente? Todos son bienes puramente temporales, inútiles y muchas veces perjudiciales á la salvacion, los aumentos de caudal, la prosperidad del comercio, el sosiego, la salud y otras cosas semejantes; pero en cuanto á los bienes sólidos é incorruptibles, es decir, la pureza de las costumbres, la buena conciencia, la humildad, el amor del prójimo, la mayor moderacion de las pasiones, el arreglo de su conducta, la mortificacion, la mansedumbre, el odio á los placeres, en una palabra todo cuanto sirve para santificar el alma y darle la perfeccion, oigamoslo para confusion nuestra, no hacemos ningun caso de estas cosas, y rara vez nos acercamos á los altares á pedirlas. Luego cuando decimos con el sacerdote: por la esperanza de la salvacion, *pro spe salutis*, oramos como los hipócritas, es decir, con los labios y no de corazon, porque realmente no pensamos en ella.

Despues de los bienes eternos es lícito pedir los temporales y ofrecer el sacrificio de la misa para alcanzarlos, como lo expresan las palabras que añadimos: *et incolumitatis suæ*, y de su salud. ¡Ah! Hermanos, nosotros no vivimos sino por Jesucristo y en virtud de su sacrificio, tanto en el tiempo como en la eternidad. Nacemos

herederos del pecado de Adam y por consiguiente enemigos de Dios, y merecemos perder la vida asi que la recibimos, y aun conservandola no tenemos ningun derecho á sus provechos y comodidades. ¿A quién debemos todas estas gracias temporales asi como las que miran á la vida futura? A Jesucristo que nos las mereció por su sacrificio, porque á consecuencia de este le fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra: *Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra.* Pues siendo esta potestad la recompensa de su sacrificio, es de fé que él es el dispensador de todos los bienes temporales del mismo modo que de todos los eternos, y que tenemos de él todo cuanto poseemos hasta la misma vida. ¿Y cómo lo tenemos? Por el sacrificio del altar que es la continuacion del de la cruz y nos aplica su mérito; pero solo nos alcanza estos bienes con relacion á la salvacion, para que los empleemos en adquirir los bienes futuros, remediar nuestras enfermedades espirituales y prepararnos para la eternidad.

Por último el sacerdote pide á Dios que se acuerde, es decir, que ayude á todos los que asisten al sacrificio y añade: y te dirigen sus votos á ti, Dios eterno, vivo y verdadero: *Tibique reddunt vota sua, œterno Deo, vivo et vero.* ¿Qué votos son los que haceis á Dios al mismo tiempo que ofreceis el sacrificio por las manos del sacerdote? La ofrenda de vosotros mismos; porque los primeros votos que debemos á Dios, son nuestras propias personas. Fuimos consagrados á él cuando nos hicimos sus hijos por el bautismo, y debemos consagrarnos continuamente por nuestras adoraciones y nuestro amor.

¿Son dignos del Dios eterno, vivo y verdadero semejantes votos? Por estar libres de nuestros pecados y de la maldicion de Adam y santificados en Jesucristo no dejamos de ser siempre unas pobres criaturas indigentes é incapaces de ofrecer á Dios nada digno de él. Pues ¿cómo supliremos la imposibilidad de adorarle dignamente, darle gracias correspondientes á la grandeza incomprensible de las misericordias y beneficios de que

nos ha colmado en Jesucristo, hacerle nuestros votos y cumplir todos los demas deberes de la religion? Tenemos en las manos el augusto sacrificio para ofrecerle á la majestad de Dios en adoracion de todo lo que es en sí y en reconocimiento de todo lo que somos por su misericordia: esto es lo que hacemos en la misa: *Tibique reddunt vota sua, æterno Deo, vivo et vero.*

La iglesia pues mira á todos los que asisten al sacrificio y ella recomienda, como unos cristianos llenos de fé y caridad, animados y penetrados de una piedad y devocion sincera, que solo piensan en su salvacion, desean ardientemente las gracias necesarias para conseguirla y no tienen mas atencion que la de consagrarse al verdadero Dios por su amor. ¡Ah! hermanos, ¡cuán á propósito es para humillarnos y confundirnos la oracion que acabo de explicaros! Nada de cuanto pudiera deciros de las disposiciones necesarias para asistir dignamente á la misa, es mas persuasivo que lo que aquí expresa la iglesia. ¿Y qué menos puede pedirse para hacer una sola y misma víctima con Jesucristo? ¿No es una necesidad indispensable para nosotros ponernos en estado de unirnos á él en el sacrificio del altar? Solo por este medio mereceremos unirnos á él en el cielo y ofrecernos con él al Dios eterno, vivo y verdadero por toda la eternidad.

PLATICA XXXVIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Hemos visto que el santo sacrificio se ofrece por toda la iglesia, por los que estan á la cabeza de ella, por todos los circunstantes que le ofrecen por mano del sacerdote para alcanzar todos los bienes de que necesitamos en la otra vida y en esta, y para tributar á Dios nuestros homenajes, adoraciones y gracias. Pero ¿cómo tendremos parte en este divino sacrificio y alcanzaremos todas las gracias que pedimos, siendo unas criaturas pobres, llenas de defectos y con tan imperfectas disposi-

ciones? ¡Ah! Pidamos á Dios que supla nuestras faltas y no nos considere en nosotros mismos, sino en el cuerpo de su iglesia y en la sociedad de sus principales miembros, que son la Virgen santisima, los apóstoles, los mártires y todos los santos. Este es el sentido de la oracion que continúa: comunicando y venerando la memoria, *communicantes et memoriam venerantes.*

¿Qué union y sociedad particular es esta que tenemos con los santos del cielo en el sacrificio que ofrecemos en la tierra? Consiste en que ofrecemos á Dios en la tierra el mismo sacrificio y la misma víctima que le ofrecen los santos en el cielo, y le ofrecemos con ellos, aunque el modo sea diferente. En efecto el sacrificio de Jesucristo es el de toda la iglesia: el cuerpo entero ofrece á Dios Jesucristo que es su cabeza, y la cabeza ofrece con ella su cuerpo. Mas la iglesia entera no comprende solo á los fieles que pelean en la tierra, sino tambien á los santos que reinan en el cielo. Que Jesucristo se ofrece á su eterno padre en el cielo nos lo enseña el apostol san Pablo, cuando dice que el caracter del sacerdocio de Jesucristo y lo que le distingue del de Aaron es ser eterno: Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedech: *Tu es sacerdos in æternum secundùm ordinem Melchisedech.* Si es sacerdote eterno, es preciso que ofrezca un sacrificio tambien eterno; ¿y cuál es la víctima de esta oblacion? El mismo, es decir, su cuerpo que comprende todo el cuerpo de sus escogidos; pero de estos está dicho que en el cielo no solamente son ofrecidos en Jesucristo y por Jesucristo su cabeza, sino que se ofrecen ellos mismos y son sacerdotes. Asi nos lo enseña san Juan en el Apocalipsis, cuando dice de los bienaventurados que estan en el cielo: Serán sacerdotes de Dios y de Cristo: *Erunt sacerdotes Dei et Christi.* Los veinticuatro ancianos dan gracias á Dios de que los hizo reyes y sacerdotes para Dios: *Fecisti nos Deo regnum et sacerdotes.* ¿Cómo son sacerdotes y ejercen su sacerdocio en la eternidad? Porque estan asociados al de Jesucristo con el cual ofrecen

un mismo sacrificio. Asi la iglesia del cielo y la de la tierra no componen dos iglesias, sino una sola, y Jesucristo ejerce un solo sacerdocio en una y otra al mismo tiempo, y por consiguiente ofrece un solo y mismo sacrificio en la iglesia de la tierra y en la del cielo.

Y asi como en la iglesia de la tierra Jesucristo en la persona de sus ministros, que son los sacerdotes, se ofrece á Dios su padre y con él toda la sociedad de los fieles, y al mismo tiempo y por una misma accion la iglesia unida á Jesucristo le ofrece al Padre eterno y se ofrece ella tambien con todos sus hijos, con él y en él; igualmente se hace esta oblacion en la iglesia del cielo: Jesucristo y los bienaventurados conjunta é indivisiblemente ofrecen el mismo sacrificio: Jesucristo le ofrece á su padre y con él el cuerpo de sus escogidos, y estos por una misma accion, siendo todos juntos el cuerpo de Jesucristo, se ofrecen al Padre eterno juntamente con él.

Vemos pues que en el cielo y en la tierra es el mismo sacrificio, el mismo sacerdote, la misma víctima, el mismo cuerpo de Jesucristo ofrecido, cuya cabeza es él y cuyos miembros son igualmente los santos en el cielo y los fieles en la tierra. Es verdad que hay alguna diferencia; pero no recae sobre la esencia del sacrificio. En el que se ofrece en la tierra, Jesucristo realmente presente ofrece su cuerpo y sangre bajo el velo del sacramento para ejercitar nuestra fé, y se asocia sus miembros que peleando en el mundo estan todavia sujetos á faltas é imperfecciones y le ofrecen para conseguir la libertad de sus pecados, el ahorramiento de la esclavitud del demonio y las gracias necesarias á fin de lograr la salud eterna. En el sacrificio ofrecido en el cielo se ofrece Jesucristo mismo segun es y á las claras, sin ningun velo que le oculte: se asocia sus miembros que estan en la gloria y en posesion de su reino y le ofrecen en accion de gracias de la felicidad de que gozan; pero que Jesucristo, víctima del sacrificio, esté cubierto con un velo ó á las claras, que los miembros de su cuerpo ofrecidos en sacrificio esten en posesion ó

con la esperanza de la bienaventuranza, que sea ofrecido con un fin ó con otro, eso no divide el sacrificio ni toca á su identidad. Asi los santos del cielo y los fieles de la tierra estan unidos en un mismo espíritu, un mismo designio y un mismo sacrificio: todos formamos un solo cuerpo, tenemos derecho de ofrecerle con ellos y les rogamos que le ofrezcan con nosotros. Y como se hallan en un estado perfecto y agradable á Dios y son mas capaces que nosotros de alcanzar las gracias que pedimos en el sacrificio, representamos al Señor que se le ofrecemos comunicando y formando una misma sociedad y cuerpo con los santos, *communicantes*, para que las disposiciones que nos faltan se suplan por su mérito y oraciones, y nos alcancen las gracias que tememos no alcanzar por nosotros mismos en vista de nuestras imperfecciones: *communicantes*.

Al representar esta union mostramos cuán preciosa es para nosotros su memoria y añadimos que la veneramos: *memoriam venerantes*. Es admirable la conducta de la iglesia que sabe que Dios hace en favor de los santos lo que no nos atreveriamos á esperar que hiciese por nosotros. Asi nos lo enseña la Escritura. Dios mandó á Isaías decir al rey Ezequías que preservaria á Jerusalem á pesar del ejército formidable de los asirios por su siervo David. Los santos israelitas conjuraban á Dios que los ayudara pidiendoselo en memoria de Abraham, Isaac y Jacob. De la misma manera la iglesia, para que Dios oiga propicio nuestras súplicas, renueva aquí la memoria de la Virgen Maria y de los santos. A la cabeza de todos estos pone la madre de nuestro salvador y Dios, siendo muy justo que se haga particular conmemoracion de ella en el santo sacrificio del altar, *imprimis*, porque la divina víctima ofrecida en él es la carne de su carne. Las liturgias de todas las iglesias de Oriente han hecho siempre memoria de la Virgen santisima con las expresiones que manifiestan la admiracion de los fieles á vista de las grandezas y poder de esta señora para con Dios; y en nuestra liturgia la ensalzamos sobre to-

das las criaturas 1.° por la extraordinaria gloria que Dios hacer esplandecer en ella y que ella misma reconoció declarando que el Todopoderoso hizo grandes cosas en ella; *imprimis gloriosæ*: 2.° por el privilegio de haber sido siempre virgen, aunque concibió y parió y es verdaderamente madre; privilegio único que no se dió antes ni se dará jamas á ninguna otra criatura: *semper virginis*: 3.° por su calidad de madre de Dios, porque es madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor: *genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi.* Es verdaderamente su madre segun la natúraleza humana; y como esta naturaleza humana se unió sustancialmente á la persona del hijo de Dios en el mismo instante que fue concebida y formada en el seno de Maria, se sigue que el que nació de ella es hombre Dios, y que ella es verdaderamente su madre y por consiguiente madre de Dios.

Despues hacemos conmemoracion de los doce apóstoles, *sed et beatorum apostolorum*, porque son las columnas de la iglesia, los primeros que tuvieron la dicha de participar del santo sacrificio y la potestad de ofrecerle para renovar la memoria de Jesucristo. A los doce apóstoles se añaden otros tantos mártires, que derramando su sangre fueron imágenes vivas del sacrificio de la cruz, *et martyrum tuorum.* Los santos mártires que se nombran, ó padecieron el martirio en Roma y sus cercanías, ó son santos á quienes la iglesia romana ha profesado siempre una particular veneracion.

Por último se hace memoria de todos los santos en general, *et omnium sanctorum;* y se pide á Dios que por los méritos y oraciones de ellos nos conceda que seamos fortalecidos en todo con el auxilio de su proteccion: *quorum meritis precibusque concedas ut in omnibus protectionis tuæ muniamur auxilio.* La iglesia está segura de las oraciones de los santos, y por la confianza que tiene en la caridad de ellos, puede decir de cada uno lo que se dice de Jeremías en los Macabeos: Este es el amigo del pueblo de Israel, que ora mucho por el pueblo y la ciudad santa. Pero al rogarlos los mira solo

como miembros mas perfectos del cuerpo de Jesucristo (al cual pertenecemos como ellos), que pueden mas facilmente que nosotros alcanzar las gracias que pedimos. La iglesia recurre siempre á la mediacion de Jesucristo, y asi concluye esta oracion con las palabras *per eumdem Christum Dominum nostrum*, por el mismo Cristo nuestro Señor.

Pero ¡qué temeridad y presuncion fundarse en la comunion de los santos para ofrecer el sacrificio y pedir á Dios que se acuerde de nosotros y nos auxilie porque estamos unidos con todos los santos en el sacrificio que le ofrecemos, si no tenemos ninguna union con ellos ó cuando mas es exterior! ¿Basta para ser ofrecido con Jesucristo y hacer una misma víctima con él pertenecer á su cuerpo por vínculos exteriores? ¿No se necesita ademas estar unidos á él por la caridad? Nosotros formamos una misma iglesia con los santos: esta iglesia es la sociedad redimida, es ofrecida por Jesucristo, se ofrece con Jesucristo y ofrece á Jesucristo: luego es preciso que estemos unidos á él y unidos como los santos en proporcion de la miseria, bajeza é imperfecciones inseparables de esta vida. Este es el sentido de la oracion *Communicantes.*

Esta union de gracia y caridad con toda la iglesia de la tierra y del cielo es la única que constituye nuestra confianza en la bondad de Dios y nos hace esperar que reciba propiciamente nuestra oblacion: *Hanc igitur oblationem quæsumus, Domine, ut placatus accipias.* Os suplicamos pues, Señor, que recibais propiciamente esta ofrenda; es decir, ya que tenemos la ventaja de estar en comunion con los santos del cielo y de la tierra, os pedimos en consideracion de esta sociedad santa que nos seais propicios y recibais esta oblacion de nuestra servidumbre, *servitutis nostræ*; de nosotros que somos vuestros siervos, pertenecemos á vuestro hijo Jesucristo como redimidos con su sangre, y venimos aquí á dar muestras de nuestra entera dependencia y adorar vuestro soberano dominio sobre nos-

otros por la oblacion de este sacrificio, que es tambien la de toda vuestra familia, *sed et cunctæ familiæ tuæ*, la de toda la iglesia por la union de todos los miembros de Jesucristo, pero mas especialmente la del sacerdote y todos los circunstantes que ofrecen en esta union.

Acompaña á esta oracion una ceremonia muy instructiva. Mientras la dice el sacerdote, tiene las manos extendidas sobre el caliz y la hostia, que es la ceremonia prescripta en todos los sacrificios. En la ley antigua vemos que los sacerdotes y los que ofrecian una víctima por el pecado, ponian una mano sobre ella antes de inmolarla. Por esta ceremonia testificaban á Dios que sustituian la víctima en su lugar para sufrir la muerte que ellos habian merecido, y le suplicaban al mismo tiempo que atendiese al sacrificio de su corazon, mirase propiciamente la ofrenda de la víctima que iba á ser inmolada, y les concediese por ella ó la remision de sus pecados, ó los bienes que pedian; y que si derramaban la sangre de ella en vez de la suya, estaban prontos á sacrificarse de un modo espiritual destruyendo en ellos lo que desagradaba al Señor.

A imitacion de estas imposiciones de manos el sacerdote al punto de inmolar místicamente el cuerpo y sangre de Jesucristo en nombre del pueblo por quien y con quien ofrece, extiende las manos sobre el pan y el vino que van á convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Por esta ceremonia Dios toma posesion, digamoslo asi, de la víctima que es sustituida en lugar de todos los hombres, quienes deberian ser las víctimas de la ira y justicia divinas. En efecto ¿cuál debia ser la suerte del hombre despues del pecado? Durante esta vida debia ser el blanco de todas las criaturas y estar expuesto á la venganza que tenian derecho á tomar por la injuria hecha al Criador; de suerte que se hubiera establecido en la tierra el reino del infierno segun la expresion del Sabio, *inferorum regnum in terra*, para atormentar á los hombres y precipitarlos luego en los profundos abismos. Pero la víctima que Dios nos dió en su

misericordia, nos saca de este estado poniéndose en nuestro lugar. Es necesario pues ofrecernos á Dios durante esta oracion por Jesucristo y con Jesucristo como una hostia viva, hacer esta ofrenda con una humillacion profunda y un espíritu de adoracion y abismarnos delante de Dios en la consideracion de nuestra nada.

Mientras el sacerdote extiende las manos sobre el pan y el vino que van á ser destruidos invisiblemente y convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, debeis uniros íntimamente al pan y al vino para ser consagrados con ellos y desear ser destruidos é inmolados de un modo espiritual delante de Dios, es decir, destruir en vosotros todo lo que puede desagradarle, y consagraros enteramente y sin restriccion á su servicio como que él es el primer principio y el último fin de nuestra existencia. Es menester que vuestra mudanza os haga ser por la caridad un mismo cuerpo y un mismo espíritu con Jesucristo y que pidais la destruccion del hombre viejo para vestiros del nuevo.

Estas disposiciones y sentimientos nos darán la confianza de hacer á Dios las tres peticiones que añadió el papa san Gregorio á esta oracion, y que segun el venerable Beda encierran un sentido muy sublime y excelente.

La primera es que Dios disponga nuestros dias en su paz: *Diesque nostros in tua pace disponas.* Esta paz es la consecuencia de nuestra reconciliacion con él, el fruto del sacrificio del Salvador; paz muy diferente de la del mundo. Yo os doy mi paz, decia Jesucristo á sus discípulos: la paz que os doy no la puede dar el mundo. La de este consiste en gozar tranquilamente de los bienes que contentan la concupiscencia, y es una paz falsa que no puede llenar los deseos del corazon humano, ni quitarle las congojas que padece por si le arrebatarán estos bienes, ni calmar los remordimientos de la conciencia que le atormentan. ¿Qué paz mas falsa que la que turba el corazon sin poder jamas hacerle dichoso? No sucede asi con la de Dios y la de Jesucristo, que consis-

te en la posesion de su gracia y de sus demas dones. Esta llena el corazon de una alegria sólida que se conserva aun enmedio de las mas grandes aflicciones, porque nos tiene siempre unidos á nuestro sumo bien. Ve aquí la paz que deseaba san Pablo á los fieles; bien tan grande que no podemos comprender su excelencia.

2.° Pedimos que nos preserve del mal mas grande de todos, que es la eterna condenacion: *ab æterna damnatione nos eripi.* Todos nacemos hijos de ira: hemos incurrido en la indignacion de Dios, y estamos condenados al fuego eterno del infierno preparado para Satanas y sus ángeles. ¿Quién nos sacó de ese estado infeliz? Los infinitos méritos y la misericordia de Jesucristo. Pero ¡ah! todos aquellos á quienes la gracia de Jesucristo saca de semejante estado, ¿perseveran siempre en la justicia y la santidad y hacen buen uso de las gracias concedidas por Dios? Pidamosle continuamente que nos libre de la muerte eterna concediéndonos el don de la perseverancia.

3.° Le rogamos que se sirva contarnos en el número de sus escogidos: *et in electorum tuorum jubeas grege numerari.* Por parte de Dios no varía la eleccion porque es inmutable y no se arrepiente de sus dones; pero por la nuestra somos frágiles cañas expuestas á todo viento. Esforcemonos, dice san Pedro, á afirmar nuestra vocacion y eleccion por las buenas obras: estos son los medios por los cuales se consuma. Supliquemos pues al Señor que nos haga andar por el camino de los escogidos y estar eternamente con ellos. Nadie sabe su número; pero bien se puede decir que es una gran muestra de eleccion imbuirse del espíritu de estas santas oraciones del canon, no desear mas que la paz de Dios, temer solo la muerte eterna y pedir con instancias al Señor su gracia y proteccion contínua para perseverar hasta el fin y ser de los que le bendigan eternamente. ¡Dichosos los que le pidan con fé viva todos los dias ser contados en el número de sus escogidos! *Per Christum Dominum nostrum*, por nuestro Señor Jesucristo que

va á estar presente para la santificacion de los fieles.

Esta predestinacion está de tal modo ordenada por parte de Dios, que quiere que los escogidos lo consigan por sus trabajos, esfuerzos y buenas obras, y merezcan por sus oraciones recibir lo que resolvió abeterno y antes de todo mérito darles el Dios todopoderoso. Asi os los deseo &c.

PLATICA XXXIX.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Llegamos ya á la parte mas importante del santo sacrificio, que es la consagracion, es decir, la oracion que precede á las palabras mediante las cuales se convierten el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. ¡Ah! ¿No valdria mas creer simplemente y enmudecer, admirar todas estas palabras sagradas en un profundo silencio mas bien que intentar explicarlas? Hombre mortal, nunca las comprenderás: conténtate con saber la voluntad de tu Dios sin querer profundizarla.

Examinemos pues, hermanos mios, lo que nos mandó hacer Jesucristo. Quiere que hagamos lo que él hizo al instituir el divino sacramento de la Eucaristía: asi lo dice á sus apóstoles y en la persona de estos á todos los sacerdotes: *hoc facite.* ¿Y qué es lo que hizo y dijo para convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre? Los evangelistas y san Pablo nos dicen que oró, bendijo el pan y el vino antes de distribuirle á sus apóstoles, y les aseguró que aquello era su cuerpo y su sangre: *Este es mi cuerpo*: *Esta es mi sangre.* Y como los mandó hacer lo que él hizo, la iglesia ha comprendido siempre que debia bendecirse tambien el pan eucarístico, decir todo lo que dijo Jesucristo y pronunciar las mismas palabras que pronunció.

¿Qué es bendecir un objeto? Es atraer sobre él la virtud necesaria para el efecto que uno se propone.

Respecto de Dios bendecir un objeto es derramar sus gracias sobre él: respecto del hombre es invocar la omnipotencia de Dios para atraerla; y respecto de Jesucristo que es Dios y hombre, es invocar la omnipotencia de su eterno Padre y emplear la suya propia para producir en aquel objeto el efecto que quiere.

Los evangelistas no nos dicen cómo invocó Jesucristo la omnipotencia de su Padre y empleó la suya bendiciendo el pan para hacerle su cuerpo: solo vemos que al dar gracias y bendecir el pan le santificó; mas la iglesia, sabiendo que debe hacer lo que hizo Jesucristo y decir lo que sabemos que dijo, no solo manda á los sacerdotes pronunciar las palabras de la institucion de la Eucaristía citadas por los evangelistas, sino que les prescribe una oracion por la cual deben invocar la omnipotencia de Dios para pedir la conversion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y deben bendecirlos conforme á la expresion de san Pablo: *Calix benedictionis cui benedicimus.*

La tradicion nos enseña ser necesaria esta oracion para la consagracion, y debe juntarse á las palabras de Jesucristo. De los santos padres unos nos dicen que el Espíritu Santo es quien obra y produce el cuerpo de Jesucristo sobre el altar siendo invocado por las oraciones de la iglesia: otros nos enseñan que á las palabras de Jesucristo hay que añadir ademas otras oraciones. Asi lo dice san Basilio queriendo demostrar que hay dogmas no escritos. ¿Quién nos dejó por escrito, dice, las palabras que sirven para la consagracion de la Eucaristía? Porque no nos contentamos con las palabras que traen el Apostol y los evangelistas, sino que añadimos otras antes y despues por tener mucha virtud para los misterios, las que solo hemos aprendido de esta doctrina no escrita.

San Justino martir hablaba de estas oraciones no escritas cuando decia: Sabemos que estos manjares destinados para ser nuestro alimento ordinario se convierten por las oraciones en el cuerpo y sangre de Jesucris-

to; y san Agustin decia que la Eucaristía se consagra por la oracion mística: *Prece mystica consecratum.* En virtud de este principio cuando Berengario, el primero que negó la presencia real y la transustanciacion, fue obligado por el concilio de Roma á hacer una profesion de fé segun la doctrina de la iglesia católica, se le mandó profesar que la transustanciacion se efectuaba por el misterio de la sagrada oracion y las palabras de nuestro Redentor: *Per mysterium sacræ orationis et verba nostri redemptoris.* Por esta razon ninguna iglesia cristiana ha omitido la oracion de la invocacion, y todas las liturgias del orbe cristiano la han agregado siempre á las palabras de Jesucristo, excepto los herejes del siglo XVI, los cuales queriendo abolir el sacrificio de la misa dispusieron la liturgia como se les antojó, é imitaron el ejemplo de Lutero que suprimió la oracion *Ut fiat nobis corpus et sanguis.* Este heresiarca fue acusado de impío y extravagante por presumir consagrar con solas las palabras que estan en la Escritura, sin añadir las que nos han venido de la tradicion no escrita.

Pero ¿acaso tienen las oraciones de la iglesia la misma virtud que las palabras de Jesucristo para la consagracion? Sin duda que no, ni es eso lo que nos quieren dar á entender los santos padres y los concilios, pues que nos dicen claramente en muchos lugares que las palabras de Jesucristo contienen esencialmente la virtud que convierte los dones en su cuerpo y sangre. Mas son significativas y por consiguiente siempre necesarias para asegurarnos que se hace en nuestros altares lo que hizo Jesucristo en la institucion de este augusto sacramento; porque habiendo dicho á los sacerdotes en la persona de los apóstoles: Haced esto, *hoc facite*; hará siempre por ellos lo que hizo entonces, y su palabra será un testimonio perpetuo de que su cuerpo está presente en el altar.

Todos los autores antiguos tuvieron siempre cuidado de juntar á las palabras de Jesucristo las oraciones de la iglesia como dotadas de mucha virtud en la con-

sagracion, segun dice san Basilio. ¿Y por qué? 1.º Porque en los sacramentos debe expresarse la intencion de la iglesia. Ahora bien las oraciones que acompañan á las palabras de Jesucristo, muestran la intencion, deseos y fines que lleva aquella en mandar pronunciar estas palabras, que si no podrian mirarse como una leccion histórica.

2.º Jesucristo que dió en la persona de san Pedro las llaves del cielo á la iglesia, no obra mas que por esta y con ocasion de los gemidos de esta casta paloma y de las súplicas de esta esposa amadisima, con la que estará siempre, y en la cual habrá siempre santos cuyos ruegos son oidos. Esto es lo que hace eficaces las oraciones de los ministros, aunque malos y destituidos de todo mérito, como lo dice tantas veces san Agustin contra los donatistas; porque tales como sean, no hacen mas que expresar los deseos de la iglesia cuyos ministros son. Es preciso que expresen lo que quiere y desea la iglesia; y lo que esta quiere y desea en el sacramento de la Eucaristía, es la presencia real de Jesucristo, la conversion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de este: por consiguiente es preciso para obrar esta conversion que los ministros recen la oracion de la iglesia que lo pide.

Tan cierto es que la recitacion de las palabras de la consagracion debe ir unida á la intencion de la iglesia, que esta debe expresarse con palabras y que lo es por la oracion de la invocacion; que cuando no se manifiesta asi esta intencion, no se cree que aquellas palabras dichas en el altar por los sacerdotes obren la consagracion. En efecto en la octava del Corpus dicen los sacerdotes estas palabras en la epístola y durante la semana santa en el Evangelio; y aunque la hostia esté entonces en la patena, nadie cree que se haga la consagracion en aquel instante: luego no se hace sino juntando á las palabras sacramentales la oracion que expresa el deseo é intencion de la iglesia.

3.º Esta es quien por la autoridad de Jesucristo

consagra sacerdotes, á quienes muestra lo que deben hacer en la accion mas grande del sacrificio. El sacerdote es en ella el ministro de Jesucristo y de la iglesia, y debe hablar como diputado de la iglesia y en la persona de Jesucristo. Empieza en nombre de la iglesia invocando la omnipotencia sobre el pan y el vino para que sean convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo; y poco despues como ministro de este Señor no habla ya en su propio nombre, dicen los santos padres. Pronuncia las palabras de Jesucristo; por consiguiente la palabra de Jesucristo, de aquel por quien fueron hechas todas las cosas, es la que consagra; pero consagra por la boca de los sacerdotes como dice san Juan Crisóstomo: *Christi corpus ore suo conficiunt.* Consagra á ruegos de ellos segun expresion de san Gerónimo: *ad quorum preces Christi corpus sanguinisque conficitur.* Consagra por los sacerdotes que oran y bendicen con signos de cruz, dicen los autores eclesiásticos y los concilios.

Admirad pues todas las palabras sagradas que pronuncian los sacerdotes, y penetraos de un recogimiento todavia mas profundo y de un terror religioso al tiempo de empezar la consagracion, mediante la cual va á bajar Jesucristo á las manos de aquellos y darse á los que quieren recibirle. ¡Ah! dice san Juan Crisóstomo, ¿creereis estar aun en la tierra, ó no juzgareis mas bien haber subido al cielo?

En la oracion *Quam oblationem* empieza la operacion de este gran misterio y de este inefable sacramento: asi lo dicen todos los autores que hablaron de la consagracion en el siglo X despues de san Ambrosio. Este santo doctor considera todas las palabras de dicha oracion como palabras celestiales que sirven para la consagracion del cuerpo de Jesucristo. ¿Quereis ver, dice, cómo se hace la consagracion por palabras celestiales? Ved cuáles son estas. El sacerdote dice: Dignate, Dios, de hacer esta oblacion admitida, estable y razonable: añade esta oracion á las palabras de Jesucristo, y dice que la conversion del pan y del vino en el cuerpo y

sangre del Señor se efectua al tiempo de pronunciarlas.

Ahora comprendeis, hermanos, cuán importante es la oracion que voy á explicaros: viene de tradicion apostólica y pertenece en parte á la consagracion, que se consuma por las palabras de Jesucristo. Estos dos títulos bastan para que merezcan vuestra atencion y respeto. Para entender bien toda la significacion y trascendencia de esta oracion hay que recordar que la iglesia se propone no solamente la oblacion del pan y del vino, que van á convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo, sino la oblacion de sí misma, la del sacerdote y los asistentes, que se unen á la oblacion de los santos del cielo y de la tierra, segun vimos en la plática anterior. La oracion está concebida en estos términos: Cuya oblacion, dignate, Dios, de hacer en todo bendita, admitida, ratificada, razonable y aceptable, para que se haga para nosotros el cuerpo y la sangre de tu amadísimo hijo nuestro Señor Jesucristo: *Quam oblationem tu, Deus, in omnibus quæsumus benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilemque facere digneris, ut nobis corpus et sanguis fiat dilectissimi filii tui Domini nostri Jesu Christi.*

Recapacitemos todas estas palabras que contienen grandes verdades. El sacerdote bendice de nuevo el pan y el vino con signos de cruz, por los cuales anuncia de antemano la muerte del Señor cuya continuacion es el sacrificio de la misa, y las bendiciones van acompañadas de una oracion que hace alusion á las cinco partes del sacrificio de que hemos hablado varias veces, y son la eleccion y santificacion de la víctima, la ofrenda, la inmolacion, la consumacion y la comunion. Se apartaba la víctima del uso profano: 1.° era escogida y destinada para Dios, y bendecida y santificada, digamoslo asi, por esta eleccion: *benedictam.* 2.° Era ofrecida antes de la inmolacion y admitida por esta ofrenda en el número de las cosas consagradas á Dios: *adscriptam.* 3.° Era inmolada, y esta inmolacion era la ratificacion y aprobacion del acto por el cual habia sido consagra-

da: *ratam.* 4.º Era quemada y por esta consuncion purificada, de suerte que venia á ser en cierto modo una hostia espiritual y razonable: *rationabilem.* 5.º El humo de esta hostia inmolada subia ante el trono de Dios en suavidad de olor: *acceptabilem.*

La iglesia santa para aludir á todas estas cosas pide á Dios en la presente oracion que se digne de hacer esta oblacion *bendita, admitida, aprobada, razonable y aceptable á sus ojos*; que es como si dijera: Os suplicamos, Señor, que recibais propiciamente esta oblacion, pues que vamos á ofreceros el cuerpo y sangre de vuestro hijo, que es una víctima bendecida y santificada por su encarnacion, *benedictam*, ofrecida en su nacimiento, *adscriptam*, inmolada en su pasion, *ratam*, inmortalizada por su resurreccion, *rationabilem*, que subió hasta vos y os fue presentada por su ascension, *acceptabilem.* Recibidla y haced que participemos de ella con fruto. Asi pues la consagracion que va á hacerse del cuerpo y sangre de Jesucristo, representa y supone la encarnacion, oblacion, pasion, resurreccion y ascension de Jesucristo, en cuya memoria, espíritu y virtud recibe Dios el sacrificio del cuerpo y sangre de su hijo.

Mas como la oblacion de la iglesia, del sacerdote y de los asistentes va á unirse á la oblacion del cuerpo de Jesucristo realmente presente y hacer una sola y misma oblacion con él, pedimos tambien á Dios en esta oracion: 1.º que como la ofrenda que está en el altar va á hacerse la víctima divina, colmada de todas las bendiciones celestiales, nos las comunique para que la oblacion de nosotros mismos sea tambien bendita por la bondad de Dios en todo y de todas maneras: *in omnibus benedictam*: 2.º que no deseche la ofrenda que hacemos de nosotros mismos y se digne de admitirla con la de Jesucristo y los santos: *adscriptam*: 3.º que asi como la oblacion en el altar es ratificada para ser permanente é irrevocable, es una víctima que no varía ni será jamas revocada como las antiguas víctimas de animales,

ni destruida como todos los demas cuerpos que perecen y solo deben durar un tiempo; asi tambien nuestra ofrenda sea estable é irrevocable uniendonos á Dios de tal modo, que no tengamos nunca la desgracia de separarnos de él: *ratam*: 4.° que asi como la hostia que va á estar sobre el altar, no es ya la sangre de los animales, sino una víctima humana, la única dotada de razon y digna de reconciliarnos con Dios y adorarle como merece; pedimos al mismo tiempo que la oblacion de nosotros mismos vaya acompañada de razon é inteligencia, y nos hagamos víctimas razonables, *rationabilem*; es decir, que nuestro espíritu, voluntad, corazon y cuanto hay en nosotros esté enteramente sumiso y sujeto á Dios para tributarle el culto razonable y espiritual que pide san Pablo á los fieles: *rationabile obsequium*: 5.° que asi como la ofrenda del altar se hace la sola víctima digna de ser infinitamente agradable á Dios por sí haciendose el cuerpo de su amadisimo hijo nuestro Señor Jesucristo, en quien tiene toda su complacencia; asi tambien pedimos que nuestra oblacion se haga cada dia mas agradable á los ojos de nuestro soberano Señor por la puntualidad de llenar nuestros deberes y cumplir con mas amor su santa voluntad: *acceptabilemque facere digneris.* Estas son las gracias que pedimos por el mérito y en consideracion de la ofrenda del cuerpo y sangre de Jesucristo, á la cual unimos la de nosotros mismos.

Por fin la iglesia pide positivamente á Dios que la ofrenda del pan y del vino se haga el cuerpo y sangre de su amadisimo hijo nuestro Señor Jesucristo: *Ut nobis corpus et sanguis fiat dilectissimi filii tui Domini nostri Jesu Christi.* Asi pues Dios quiere en un sentido conceder á las súplicas de la iglesia la inconcebible maravilla de la conversion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y vosotros debeis tomar parte en ellas. ¡Con qué fé deben hacerse!

La expresion *ut fiat*, que se haga, es tan enérgica como sencilla: la sagrada escritura la usa para expre-

sar el prodigio de la omnipotencia de Dios en la creacion: *Fiat lux*, hagase la luz. La virgen Maria se valió de ella para expresar la gran maravilla de la misericordia divina, la encarnacion del Verbo: *Fiat mihi secundùm Verbum tuum*: hágase en mí segun tu palabra. Asi pues lo que la iglesia intenta ofrecer á Dios no es simplemente pan y vino: si ofrece estos es para hacerlos el cuerpo y sangre de Jesucristo. Luego aquíse ha de entender una especie de produccion del cuerpo y sangre en la Eucaristía, tan verdadera y real como la que se hizo en el seno virginal de Maria al tiempo de la concepcion y encarnacion del hijo de Dios; produccion que le da en cierto modo un nuevo ser, por el cual está sobre el altar tan verdaderamente como lo estuvo en las entrañas de la Virgen y lo está ahora en el cielo.

Por eso la iglesia usa aquí de la palabra *fiat*, se haga, para indicar una accion verdadera y muy real, que se termina en hacer en este santo misterio un verdadero cuerpo y una verdadera sangre, el mismo que se formó en el seno de María. Tambien lo expresan asi los griegos en su liturgia, cuando al suplicar á Dios como nosotros que haga este pan y este vino el cuerpo y sangre de Jesucristo piden expresamente que este pan se haga el propio cuerpo y este vino la propia sangre de Jesucristo; y añaden que lo sean por el Espíritu Santo que convierte este pan y este vino. Asi lo traen todas las liturgias antiguas. Esto nos manifiesta: 1.° que es una accion verdadera, pues que en la oracion de invocacion se pide que el Espíritu Santo que es la virtud de Dios, se aplique á ella: 2.° que es una conversion real que hace del pan y del vino el propio cuerpo y sangre de Jesucristo: 3.° que asi como este cuerpo y sangre fueron formados la primera vez por obra del Espíritu Santo en el seno de la virgen Maria, tambien se le invoca para que los forme aquí de nuevo, á fin de que entendamos no una accion impropiamente dicha, sino una accion física y tan real como aquella por la que fue formado el cuerpo del Salvador la primera vez.

No pedimos solamente que esta oblacion se haga el cuerpo y sangre de Jesucristo, sino que se haga para nosotros, *ut nobis fiat*; no para dar á entender que las especies sacramentales no se convierten en el cuerpo y sangre del Señor mas que al tiempo de la suncion segun lo entienden los luteranos, sino para que comprendamos que para nosotros se hacen en este misterio, del mismo modo que para nosotros fueron concebidos y formados en el seno de la Virgen santisima; es decir, para comunicarnos los dones que mereció Jesucristo por el sacrificio de su cuerpo y sangre, la gracia del completo perdon de nuestros pecados y todos los auxilios que hemos menester para adelantar la obra de nuestra salvacion. Y asi como cuando se dice en Isaías: *Nos ha nacido un niño, y nos ha sido dado un hijo*: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*; se entiende que nació y fue dado para nuestra salvacion; asi tambien pedimos que esta oblacion se haga el cuerpo de Jesucristo para nuestra santificacion en la tierra y nuestra consumacion y glorificacion en el cielo.

PLATICA XL.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la oracion que os expliqué en la plática anterior, el sacerdote en nombre de la iglesia y como su diputado invoca la omnipotencia de Dios sobre el pan y el vino, y le pide que se hagan para nosotros el cuerpo y sangre de su amado hijo y nuestro Señor. Esta consagracion incoada va á consumarse por las palabras del mismo Jesucristo. El sacerdote despues de haber desempeñado el oficio de ministro de la iglesia va á ejercer el de ministro del mismo Dios. En las palabras siguientes no habla ya en su nombre segun dicen los santos padres: pronuncia las palabras de Jesucristo, y por consiguiente quien consagra es Jesucristo; pero por

boca de los sacerdotes como dice san Juan Crisóstomo: *Christi corpus ore suo conficiunt.* Asi es que las acciones del sacerdote corresponden aquí al sentido de las palabras, y en cuanto puede imita lo que hizo Jesucristo al tiempo de instituir la Eucaristía, y lo que recomendó á sus apóstoles hiciesen diciéndoles: Haced esto, *hoc facite.* El sacerdote toma el pan diciendo: *Accipite*: levanta los ojos al decir *elevatis oculis*: hace una inclinacion de cabeza al decir *gratias agens*; y pronuncia en la persona de Jesucristo las palabras que dijo el Señor: *Este es mi cuerpo.* Todo esto merece que yo os lo explique y vosotros lo oigais con fé humilde, constante atencion y profundo recogimiento.

Qui pridie quàm pateretur, accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas: que el dia antes de su pasion tomó el pan en sus santas y venerables manos. ¡Cuántas reflexiones nos sugieren estas cuatro palabras *qui pridie quàm pateretur*, que el dia antes de padecer! Jesucristo instituye el sacramento de la Eucaristía en las circunstancias mas terribles, la víspera de su muerte, la noche misma que Judas fraguaba y estaba á punto de ejecutar el inicuo proyecto de entregarle á los judios, enmedio de la misteriosa turbacion que le causaba su muerte inminente. ¿Por qué no le instituyó despues de su resurreccion? Tenia la intencion de recordarnos su muerte en este misterio, de trasladarnos en espíritu al Calvario donde fué derramada su sangre. Este es mi cuerpo, dice, entregado por vosotros: esta es mi sangre derramada por vosotros. Ve aquí que se nos ponen delante el cuerpo y la sangre como separados uno de otro. Para que todo correspondiese á sus miras era menester que se instituyese este misterio la víspera de su muerte, *la noche en que era entregado*, como nota san Pablo. No asistamos pues nunca al santo sacrificio, ni oigamos estas palabras: *Este es mi cuerpo*: *Esta es mi sangre*; sin acordarnos de las circunstancias en que fueron proferidas. Trasladémonos en espíritu á la triste noche en que fue instituido, y consideremos los horribles

Preparativos del sacrificio sangriento del Señor. Por esta razon contando san Pablo la institucion del augusto sacramento nos representa aquella noche terrible: *Quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem*: que el Señor Jesus tomó el pan en la noche que era entregado. En aquella noche fue, pensadlo bien y notad esta circunstancia.

Mas siendo la Eucaristía un memorial de la pasion y muerte de Jesus, ¿no debia preceder esta á aquella? No, hermanos mios, los hombres cuyos conocimientos son inciertos y tímida la prevision, dejan suceder las cosas antes de ordenar la memoria de ellas. Mas Jesucristo bien cierto de lo que iba á acontecer y del género de muerte que debia sufrir, separa de antemano su cuerpo y dice: *Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros*: *Esta es mi sangre que será derramada por vosotros.* Tenedlo presente: acordaos de mi amor, de mi muerte, de mi sacrificio y de la manera con que se cumplirá vuestra libertad.

Ademas Jesucristo al instituir la Eucaristía como el memorial de su muerte verificaba una de las figuras mas formales y expresas de su sacrificio, que es la inmolacion del cordero pascual, y debia verificarlo en sus circunstancias mas esenciales: pues una de estas era la inmolacion del cordero antes de librarse los israelitas del yugo de los egipcios, aunque aquella debia ser el memorial de este suceso.

Cuando Dios instituyó la Pascua la víspera de dar libertad á su pueblo, cuando todos estaban en expectacion de lo que haria la noche siguiente para consumar esta obra, les dijo: *Sacrificad un cordero*: *tomad su sangre y señalad con ella las puertas de vuestras casas*: *y aquella noche pasaré yo por la tierra de Egipto y heriré á todos los primogénitos de los egipcios*; *mas para vosotros será la sangre la señal en las casas que habiteis*; *y yo veré la sangre y pasaré de ellas. Y cuando entrareis en la tierra que os ha de dar el Señor segun ha prometido, observareis estas ceremonias. Y cuando os dije-*

ren vuestros hijos: ¿Qué ceremonia es esta? les respondereis: es la víctima del paso del Señor, cuando pasó mas allá de las casas de los hijos de Israel en Egipto hiriendo á los egipcios y libertando nuestras casas. Asi se lee en el libro del Exodo.

Dios pues que sabia lo que queria hacer, instituyó él memorial del suceso antes que este ocurriese, para que al celebrar la Pascua no solo se acordasen de su libertad, sino tambien de que aquel sagrado memorial se habia instituido la víspera de una obra tan grande y mientras que todo el pueblo estaba en expectacion de un acontecimiento tan importante.

La nueva Pascua se instituyó con el mismo espíritu, y siempre que la celebremos entre nosotros, y nuestros hijos que nos la verán celebrar con tanta religion y respeto, nos pregunten qué ceremonia es esta, les diremos: Es el misterio que instituyó Jesucristo el dia antes de padecer, la noche en que era entregado: *pridie quàm pateretur, in qua nocte tradebatur*; para dejarnos un memorial de esta muerte y perpetuarla en cierto modo entre nosotros. Venid, hijos mios, preparaos á comulgar con nosotros, y acordaos del Salvador inmolado por amor vuestro.

Para cumplir pues la figura de la antigua Pascua era menester que la nueva que debia ser el memorial eterno de la muerte de Jesucristo, fuese instituida antes de esta muerte. Asi lo dice el Señor mismo: He deseado con deseo comer esta Pascua con vosotros antes que padezca: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* En efecto ¿que era la antigua Pascua sino la figura de la verdadera libertad: del pueblo de Dios? *Sacrificad un cordero, tomad su sangre y señalad con ella las puertas de vuestras casas yo os libraré en esta Pascua.* ¿Necesitaba Dios el sacrificio de un cordero para consumar esta obra? ¿Necesitaba aquella señal de sangre para conocer las casas que queria perdonar? Evidentemente todo esto se hacia en figura para enseñarnos que solo seriamos libertados por

el sacrificio de Jesucristo, el cordero sin mancilla, inmolado para expiar el pecado del mundo, y en consideracion de su sacrificio. Y Jesucristo instituyó el memorial de un beneficio tan grande como Dios habia instituido el de la libertad de su pueblo antes del suceso, para que conociesemos que nuestro Dios no es como los hombres y que sabe prever y ejecutar todas las cosas como conviene á un Dios.

Acostumbremonos pues cuando asistimos al santo sacrificio y mas aun cuando comulgamos, á renovar la memoria de la pasion y muerte del Salvador y de la noche en que fue entregado; y miremos la institucion de la Eucaristía como un nuevo empeño que contraia con nosotros y su eterno Padre para entregarse á la muerte: *qui pridie quàm pateretur.*

En estas circunstancias ostenta Jesucristo su amor y omnipotencia en favor nuestro convirtiendo el pan y el vino en su cuerpo y sangre. Asi nos lo hace comprender el apostol san Juan, quien sin repetir lo que habian escrito de la institucion de la Eucaristía los otros tres evangelistas, dice que el Señor antes de morir *sabiendo que habia llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin..... sabiendo que su Padre le habia puesto todo en las manos, que habia salido de Dios y que se volvia á Dios.* ¡Cuán bien preparan estas expresiones para la conversion del pan y del vino en su cuerpo y sangre y para la presencia real! ¿Qué sentido puede dar á estas palabras un calvinista, que despues de estas enérgicas expresiones del amor y omnipotencia de Jesucristo añadiese: y dió á cada uno de ellos un pedazo de pan? ¡O extraño absurdo! Pero ¡cuán admirables son estas palabras en boca de los fieles, que dicen con san Juan que sabiendo Jesus que habia llegado la hora de pasar de este mundo al Padre y no podia estar mas con los suyos, y amándolos siempre tiernamente quiso dejarles su propio cuerpo como prenda preciosísima de su amor, que debia conducirlos de la tier-

ra al cielo y ser asi nuestro viático segun la antigua expresion de la iglesia!

El Señor para dejarnos su cuerpo tomó pan, *accepit panem.* Queria poner su cuerpo en un sacramento para alimentar espiritualmente á los fieles y reunirlos entre sí con Dios; y con esta mira toma por materia el pan y el vino, que son el sustento mas ordinario y el símbolo mas natural y manifiesto de varios cuerpos reunidos en uno solo, componiendose el pan de muchos granos de trigo y el vino de muchos granos de uva que forman una misma masa y un mismo licor.

Tomó pues el pan en sus santas y venerables manos, *in sanctas ac venerabiles manus suas.* Estas palabras que no estan en el Evangelio, pero que nos ha transmitido la tradicion y se hallan en las liturgias mas antiguas, preparan para el gran milagro de la conversion de las sustancias, y manifiestan que la conversion del pan se hace en aquellas manos santas que habian obrado tantas maravillas, dado la vista á los ciegos, sanado á los enfermos y multiplicado los panes en el desierto, y que dominaban la naturaleza. El Señor levanta al mismo tiempo sus ojos á Dios su Padre omnipotente: *et elevatis oculis ad te Deum Patrem suum omnipotentem.* Estas palabras que no se leen en este lugar del Evangelio, pero se hallan tambien en las antiguas liturgias, nos dicen que asi mostraba á su Padre aquellos dones, el pan que tenia en las manos, sabiendo lo que queria hacer de él y dandole gracias por la potestad que le concedia para ejecutarlo. El Padre que se lo habia inspirado y no queria que perdonase ningun medio para testificar su amor á los hombres, miró con complacencia aquellos dones que iban á experimentar tan maravillosa mudanza. Aquí conviene deciros de paso que no todo está escrito en el Evangelio. San Pablo cita palabras y acciones de Jesucristo que no trae el Evangelio: los que conversaron con los apóstoles, supieron parte de las cosas que no estaban escritas. Sabemos pues por la tradicion y el canon que Jesucristo levantó los ojos al cielo, con cuyo ademan

denota que va á obrar una grandisima maravilla. Asi levantó los ojos á Dios su Padre omnipotente para resucitar á Lázaro y multiplicar los panes. La omnipotencia del Padre y de Jesucristo debe resplandecer para obrar lo que va á hacer.

Levantando los ojos á su eterno Padre le da gracias y bendice el pan: *tibi gratias agens benedixit.* Los evangelistas no hablan del hacimiento de gracias de Jesucristo sino junto con algun gran milagro como la multiplicacion de cinco panes y dos peces, otra multiplicacion de siete panes y la resurreccion de Lázaro. No deben pues separarse las dos expresiones *dar gracias y bendecir*: Jesucristo bendice dando gracias como lo habia hecho resucitando á Lázaro. Da gracias á su Padre por la omnipotencia que le ha concedido y va á ejercitar con él. Tambien le da gracias por su amor á la iglesia, pues tiene á bien que él instituya y deje á esta el sacrificio de su cuerpo y sangre, para que pueda tributarle hasta el fin de los siglos un culto digno de él y encuentre las gracias que iba á merecerle por el sacrificio de la cruz. Bendice, es decir, que por su oracion al eterno Padre y su propio poder hizo sobre el pan todo cuanto era necesario para convertirle en su cuerpo.

Fregit, le partió. El pan era tan delgado entre los hebreos y los demas orientales, que siempre se partia con los dedos para distribuirle sin usar de cuchillo. *Deditque discipulis suis dicens*: *Accipite*: Y le dió á sus discípulos diciendo: Tomad. Jesucristo no puso la Eucaristía en la boca sino en la mano de los apóstoles, y asi se practicó durante los cinco primeros siglos de la iglesia; pero esta por los inconvenientes que resultaban, mandó que al dar la comunion se metiese la sagrada forma en la boca.

Manducate ex hoc omnes: Comed todos de esto. La Eucaristía se instituyó como un sacramento que debe alimentarnos, y un sacrificio del que es necesario participar. Las palabras *ex hoc omnes*, que no se hallan en este lugar del Evangelio, se han conservado por la tra-

dicion, y son importantes para mostrar que todos los sacerdotes que ofrecen el sacrificio deben comulgar necesariamente.

Tomad y comed todos de esto. ¿Y qué es esto? ¿El pan que tomó el Señor en sus manos y que quedó pan? No, es su propio cuerpo; porque este es mi cuerpo: *hoc est enim corpus meum.* Ve aquí la palabra omnipotente que del pan hace la carne del Salvador y del vino hace su sangre: todo lo que profiere aquella palabra, es en el instante segun se dice: esa misma palabra es la que formó el cielo y la tierra y hace lo que quiere en el cielo y en la tierra. Esa palabra pronunciada originariamente por el hijo de Dios hizo del pan su cuerpo y del vino su sangre; pero dijo á sus apóstoles: *haced esto*; y sus apóstoles nos enseñaron que se haria hasta que él venga, *donec veniat*, hasta el juicio final.

Así la misma palabra repetida por los ministros de Jesucristo tendrá eternamente el mismo efecto. El pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Jesucristo. ¡O Dios! En el altar estan ese mismo cuerpo y esa misma sangre, ese cuerpo entregado por nosotros y esa sangre derramada por nosotros. ¡Qué asombrosa maravilla! Es una maravilla para nosotros; pero no tiene nada de asombroso para el hijo de Dios acostumbrado á obrarlo todo por su palabra. *Estás curado*, decia á los enfermos; y recobraban estos la salud: *Vives*, y los muertos volvian á la vida. Ahora dice: *Este es mi cuerpo*; y ya no es pan aquello que ha dicho. Dice: *Esta es mi sangre*; y ya no es vino aquello que ha proferido el Señor. Aquel es su cuerpo y esta es su sangre: estan separados el cuerpo á un lado y la sangre á otro: la palabra ha sido la espada, el cuchillo cortante que ha hecho esta mística separacion.

En virtud de la palabra no hay allí mas que el cuerpo y la sangre. Si se halla el uno con el otro, es por cuanto son inseparables despues que resucitó Jesucristo, porque desde entonces no muere ya; pero para imprimir en este Jesus, que no muere ya, el caracter de la muer-

te que verdaderamente padeció, separa la palabra el cuerpo á un lado y la sangre á otro, cada cual bajo de signos diferentes. Aquí tenemos pues revestido del caracter de su muerte á Jesus, en otro tiempo nuestra víctima por la efusion de su sangre, y aun hoy nuestra víctima de una manera nueva por la mística separacion del cuerpo y la sangre.

Mas ¿cómo puede obrarse esta conversion? ¿Puede un cuerpo humano estar en tan corto espacio? ¿Quién lo duda si lo quiere la palabra? Esta es omnipotente, es la espada cortante que llega á las últimas divisiones, y sabrá si quiere quitar á aquel cuerpo sus mas íntimas propiedades para no dejarle mas que la simple y desnuda sustancia; porque eso es lo que necesitamos. A esta simple sustancia está unido el Verbo divino: su union es sustancial, se hace en la sustancia; y la que quiere tener con nosotros se hará tambien por la sustancia de su cuerpo y sangre: él lo dijo, y se hace en el instante.

Mas yo no veo nada de nuevo en ese altar. Lo creo: la palabra quita á los sentidos todo lo que quiere, cuando quiere excitar la fé. Jesucristo cuando quiso, se hizo invisible á los hombres y pasó por medio de ellos sin que le viesen: dos discípulos á quienes habló, no le conocieron hasta que él quiso: Maria le tuvo por un hortelano hasta que él le abrió los ojos por su palabra: entra y sale, y no le ven entrar ni salir: se aparece y desaparece como quiere. ¿Quién pues duda que pueda hacernos invisible lo que por sí no lo seria? Vino la palabra, esa espada cortante, y separó del cuerpo y la sangre no solo todo lo que pudiera hacerlos visibles, sino todo aquello por donde pudieran herir nuestros demas sentidos.

Pero yo veo todo lo que antes veia, y si he de creer á mis sentidos, no hay mas que pan y vino en esa sagrada mesa. ¿Está ahí el pan? ¿Está el vino? No: todo se ha consumido: ha bajado del cielo un fuego invisible: ha descendido la palabra, ha penetrado dentro de ese pan y ese vino, no ha dejado otra sustancia en la sagra-

da mesa que la que ha nombrado: ya no es mas que carne y sangre. ¿Y cómo? La palabra es omnipotente, todo ha cedido á ella, y no ha quedado aquí mas que lo que ha expresado: ese fuego lo ha convertido todo en sí: la palabra lo ha convertido todo en lo que ha dicho.

Pero yo veo la misma apariencia. Sí, porque la palabra no ha dejado mas que lo que era necesario para indicarnos dónde se habia de tomar este cuerpo y sangre, y juntamente para ocultarlos á nuestros ojos. Los ángeles se aparecieron en forma humana, y el mismo Espíritu Santo se manifestó bajo la figura de una paloma. La palabra quiere que el cuerpo de Jesucristo se nos presente bajo las especies del pan, porque se necesitaba un signo para anunciarnos dónde se habia de ir á tomar; y lo que ella quiere se cumple. Ha consumido toda la sustancia, y lo que queda no es mas que la cubierta sagrada del cuerpo y la sangre. Por último lo que la palabra ha querido dejar es para mostrarnos la presencia oculta, aunque verdadera, del cuerpo y sangre de Jesucristo, que ella queria poner en verdad y en sustancia, pero manifestarlo solo á nuestra fé.

Ve aquí el signo que nos dejó Jesucristo, y por él reconocemos que está verdaderamente presente, porque nos lo dice la palabra. No hay que averiguar el modo cómo ejecuta lo que dice, ni pensar mas que en lo que significa, porque tiene en sí misma una virtud para hacer todo lo que quiere el que la envia. *Misit Verbum suum, et sanavit eos, et eripuit eos, de interitionibus eorum*: Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su muerte. Entended pues, repito, esta expresion: *Este es mi cuerpo.* Si hubiese querido dejar un simple signo; hubiera dicho: Este es un signo. Si hubiese querido que estuviese el cuerpo con el pan; hubiera dicho: Mi cuerpo está aquí. Y no dice: *está aquí*; sino *este es.* Por donde nos define lo que era y lo que es. Cuando os pregunten: ¿Qué es esto? No teneis mas que responder: Es su cuerpo: la palabra ha obrado esa maravilla. No para ahí: salida de la boca del sacerdote como de la del hijo de Dios ha hecho

esa prodigiosa conversion en el altar santo, y luego vuelve su virtud hácia todos los que asistimos al sacrificio, y extingue nuestros sentidos en todos nosotros. Ya no vemos ni gustamos respecto de este misterio: lo que nos parece pan, no es pan, ni lo que nos parece vino, es vino, sino el cuerpo y sangre de Jesucristo. Ya no creemos el juicio de nuestros sentidos, sino la palabra que lo ha convertido todo, y nosotros mismos no somos ya lo que eramos, unos hombres sujetos á los sentidos, sino unos hombres sujetos á la palabra. En tal estado nos acercamos al altar y decimos: Ven, deseado de mi corazon: mi alma tiene sed de ti: *Sitivit in te anima mea.* ¡De cuántos modos te desea mi carne! Sí, mi carne participa del deseo del alma, porque en ella se cumple lo que causa al alma estos transportes: mi corazon y mi carne se regocijan en el Dios vivo, y todos mis huesos clamarán: Señor, ¿quién se asemeja á ti? ¿Quién se asemeja á ti en poderio? Pero ¿quién se asemeja á ti en bondad y amor?

Ve aquí pues cuál es nuestro sacrificio, la oblacion pura que debia ofrecerse segun la profecía de Malaquías desde el Oriente hasta el Occidente. Ya no es aquel sacrificio que debia ofrecerse solamente en el templo de Jerusalem y en un lugar particular elegido por Dios, sino un sacrificio que debe ser ofrecido entre los gentiles y por todas las naciones de la tierra. No bastaban cien bueyes ni cien terneras para expresar la grandeza de nuestro Dios, porque hasta á los dioses falsos se ofrecian hecatombes, es decir, bueyes á cientos. ¡Cuánto mas sencillo es el sacrificio de los cristianos! Un pan ó á lo sumo algunos panes sobre el altar y un poco de vino en el caliz: no se necesita otra cosa para hacer el sacrificio mas santo, mas augusto y mas rico que pueda comprenderse jamas: porque aquel pan se hace la carne no de los animales degollados, sino la carne de Jesucristo, y aquel vino se hace la sangre del mismo Señor, siendo la conversion de las sustancias efecto de la palabra omnipotente del que tiene en sus manos toda la naturaleza para

hacer de ella lo que quiere. Por este caracter de simplicidad reconoced el del Señor Jesus. ¿Qué veis? Un hombre. ¿Qué creeis? Un Dios. Del mismo modo en su sacrificio ¿qué veis? Pan y vino. ¿Qué creeis? El cuerpo y sangre de Jesucristo. La verdadera riqueza de este sacrificio es lo que está mas oculto y mas humilde, digno memorial de un Dios que se anonadó á sí mismo.

Señor, yo creo con tanta sencillez y firmeza como vos hablasteis, y con tanta sumision como autoridad y poder manifestasteis. En la iglesia griega cuando se pronuncian en voz inteligible las palabras *Este es mi cuerpo*; responden los fieles *amen* hasta tres veces, haciendo asi una profesion solemne de que todo está hecho, todo está dicho y todo está explicado por aquellas palabras. Enmudezcamos pues, creamos y adoremos: todo está hecho, todo está dicho; pero al mismo tiempo pidamos á Dios la destruccion del hombre viejo en nosotros y nuestra transformacion en Jesucristo. Penetremonos de un profundo agradecimiento por la gracia que nos ha hecho dandonos su cuerpo y sangre y poniendo en nuestras manos un medio de cumplir con Dios un deber tan esencial como el del sacrificio por la ofrenda de una víctima digna de él, que iguala su suprema majestad y es poderosisima para reconciliarnos, alcanzarnos las gracias necesarias y agradecerle las ya recibidas. Ofrezcamonos con él y consagremonos como él á Dios padre para vivir solo para él y merecer poseerle eternamente.

PLATICA XLI.

CONTINÚA LA EXPLICACION DE LA MISA.

El domingo pasado os expliqué la parte mas importante del sacrificio de la misa, que es la consagracion, y cómo los sacerdotes en nombre y por las palabras de Jesucristo obran la conversion de las sustancias del pan y del vino en el cuerpo y sangre del Señor y le ponen realmente presente en el altar. Vuelvo otra vez á hablar de

estas palabras poderosisimas, que pronunciadas hoy por los sacerdotes causan el mismo efecto que cuando lo fueron originariamente por Jesucristo mismo. ¡Qué verdades encierran de tanto consuelo!

Despues de la cena, es decir, despues de comido el cordero pascual, *postquam cœnatum est*, tomó Jesucristo en sus santas, venerables y omnipotentes manos el excelente caliz predicho por el real profeta: *Calix meus inebrians quàm præclarus est!* Este caliz excelente que no contendrá ya las sombras y figuras de la ley, sino la preciosa sangre significada por ellas; y dando gracias como acababa de hacer al tomar el pan, le bendijo, es decir, hizo bajar sobre el vino contenido en él toda la virtud necesaria para convertir el vino en su sangre. Luego le alargó á sus discípulos y les dijo: Bebed todos de él, porque este es el caliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento: *Hic est enim calix sanguinis mei, novi et œterni testamenti.* San Lucas ha señalado distintamente dos cálices: el uno del principio de la cena legal que no fué consagrado, y el otro del fin de la cena que segun el rito judaico se llamaba el caliz de la accion de gracias, pues que la sangre adorable de Jesucristo que contiene y ofrecemos con su cuerpo en sacrificio, es el don mas excelente que podamos ofrecer á Dios en hacimiento de gracias, por todos los bienes de que nos colma continuamente, y para alcanzar de su bondad todos los que necesitemos hasta el fin de los siglos. No repetiré hoy lo que dije hace ocho dias, á saber, que en virtud de estas palabras el vino se hizo lo que el Señor decia. Tampoco repetiré lo que dije al principio de estas pláticas: que aquel cuerpo y aquella sangre fueron revestidos en el acto de la calidad de víctima: que el Señor hizo la ofrenda actual de ellos como en la cruz; lo cual daba á esta accion de Jesucristo el caracter de sacrificio. Solo me propongo exponeros el sentido profundo de estas palabras sagradas.

Este es, dice Jesucristo, el caliz donde está contenida mi sangre, la sangre de la nueva y eterna alianza.

¿Qué quiere decir la sangre de la alianza? Antiguamente las alianzas que se ajustaban eran confirmadas, selladas y ratificadas con la sangre de las víctimas que se habian inmolado, rociando con ellas á las partes contratantes. Asi se hizo en el Sinai la antigua alianza entre Dios y los hombres por el ministerio de Moisés que fue el mediador. Dios dió allí los preceptos de la ley á los israelitas, y prometió mirarlos como su pueblo escogido y separado de todos los demas del universo, llevarlos á la tierra prometida y colmarlos de bienes si le tomaban por su Dios y guardaban sus preceptos. Los israelitas prometieron ser fieles á estos, y Moisés para sellar y consagrar la alianza tomó sangre de las víctimas y roció con ella á todo el pueblo y aun el libro de la ley donde se contenia la promesa de la herencia, diciendo: Esta es la sangre de la alianza que ha contraido el Señor con vosotros: *Hic est sanguis fœderis quod pepigit Dominus vobiscum, super cunctis sermonibus his.* Sin embargo una alianza tan solemne no duró mucho tiempo, y fue anulada por no haber cumplido los judios la condicion de observar los preceptos que habian aceptado.

Mas al mismo tiempo habia predicho Dios por sus profetas que haria nueva alianza con su pueblo. Ve aquí que vendrán dias, dice el Señor, y pactaré nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá: *Ecce dies venient, dicit Dominus, et faciam domui Israel et domui Juda fœdus novum.* Asi habla el profeta Jeremías. ¿Cuáles son las ventajas de esta alianza? La remision de los pecados, la gracia y la vida eterna: *Propitiabor iniquitati eorum, et peccati eorum non memorabor amplius.* ¿Cuál es la cualidad de esta alianza? La de no variar jamas y ser eterna: *Faciam vobiscum pactum sempiternum.* ¿Cuáles son sus condiciones? Tambien la observancia de la ley divina y la práctica de los preceptos del Señor; pero con la diferencia que Dios se encarga de hacerlos observar y dar los auxilios para que se guarden indefectiblemente. Ya no se escribirán en tablas de piedra, sino que como dice el Señor, pon-

drá su ley en los corazones de sus criaturas y la escribirá en su espíritu: *Dabo legem in visceribus eorum, et in corde eorum scribam eam.* ¿Quién es el mediador de esta nueva alianza? Jesucristo anunciado y figurado por Moisés viene á hacerla entre Dios y los hombres; y como toda alianza debe confirmarse por la sangre, él la confirma no por la de los animales, sino por la suya propia.

La sangre de la primera alianza no podia producir mas que una pureza exterior y figurativa: la de la nueva es el origen y el principio de la pureza interior, real y verdadera. Asi es que la sangre de la antigua se derramó exteriormente sobre los judios con quienes la contraia Dios, y la de la nueva debia beberse para recibirla interiormente. Ve ahí por qué Jesucristo quiso dar su sangre á sus apóstoles por el milagro mas grande de todos los milagros, y antes de morir hizo una verdadera y actual efusion de ella, aunque mística, segun el texto griego de los evangelistas, donde se lee en tiempo presente: *que es derramada por vosotros.* Por eso Jesucristo dice á sus discípulos: *Bebed todos de él,* porque este es el caliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento. Jesucristo ajusta esta alianza despues de haber cumplido todas las figuras comiendo el cordero pascual: la celebra en un banquete como de ordinario se celebran las alianzas; y la hace dejando su carne y su sangre á la iglesia en la persona de los apóstoles con potestad de reproducirlas hasta el fin de los siglos para renovar todos los dias esta alianza en la sangre del testamento eterno segun la expresion de san Pablo: *in sanguine testamenti æterni.* Asi esta alianza es nueva y al mismo tiempo eterna, porque no se alterará jamas.

Volvamos á las palabras de la institucion en las cuales hallo: *Esta es mi sangre del nuevo testamento.* La palabra *testamento* me conmueve y enternece: aquí hay un testamento: en él me asegura Jesucristo una herencia y me hace promesas: me lega la remision de los pecados; y por este legado quita el obstáculo que me

impedia entrar en el cielo, mi verdadera herencia. Mas para ponerme en posesion del legado que me deja por su testamento, es preciso que él muera, porque como dice san Pablo en el capítulo IX de la epístola á los hebreos: *Donde hay un testamento, es necesario que medie la muerte del testador; porque el testamento se confirma en los muertos: de otro modo no es válido mientras vive el que testó.*

Veo pues la herencia celestial dada por testamento á los hijos de Dios, y es preciso que muera el testador Jesucristo. El testamento no es válido, ni tiene fuerza definitiva sino por la muerte del testador: hasta entonces queda sin efecto y aun puede variarse. Lo que le hace sagrado é inviolable, le da pleno y entero efecto y pone al heredero en posesion de todos los bienes que le ha dejado el testador, es la muerte de este; todo lo cual se verifica puntualmente en Jesucristo que muere por asegurarnos la herencia. Asi lo que resulta de estas palabras es que la sangre de Jesucristo derramada en la cruz y derramada en la Eucaristía de un modo muy real y verdadero, aunque diferente de aquel, es la sangre del nuevo testamento, *sanguis novi testamenti*; es decir, la sangre derramada para dar á este toda su fuerza, que es la confirmacion y el testimonio cierto de la última disposicion de nuestro padre.

Veo tambien en estas palabras otro caracter de este testamento, que no es de la clase de aquellos que estan escritos de mano del testador: la ley del testamento de Jesucristo es que debia ser confirmado y como escrito todo con su sangre: el instrumento de este testamento, el documento en que está escrito, es la Eucaristía. Las promesas de Jesucristo y de la nueva herencia se nos hacen por su muerte; y la escritura en que consta esta promesa, el instrumento en que nuestro padre otorga su voluntad y disposicion última, está escrito todo con su sangre: en una palabra su testamento es la Eucaristía. Este es el sentido de las palabras de san Pablo, que no dice: Esta es mi sangre del nuevo testamento; sino

Este caliz es el nuevo testamento en ó por mi sangre: *Hic calix novum testamentum est in meo sanguine.*

¿Quién pues no se conmoverá oyendo todos los dias estas palabras del Salvador: *Esta es mi sangre del nuevo testamento*? Venid á leer este testamento admirable, hermanos mios: venid á oir su publicacion solemne en la celebracion del santo sacrificio: venid á gozar de las bondades de vuestro salvador, de vuestro padre, de ese divino legislador, que compra con su sangre vuestra herencia y escribe tambien con esa misma sangre el testamento en que os la deja. Acordaos de la muerte que padeció para tener el derecho de legaros esa herencia celestial: ved y considerad ese testamento escrito, sellado y confirmado con la sangre del testador. ¿Es necesario mas para inflamar vuestro amor? ¿Quién no se enterneceria viendo un testamento escrito de esta suerte? ¡Cuán grande es la herencia que se nos lega por un testamento tan precioso y augusto! ¿Quién será de corazon tan empedernido, que viendo correr aun de ese caliz sagrado la sangre del testamento por la cual son lavados nuestros pecados, no los deteste y arranque de cuajo hasta las menores reliquias de ellos á vista y por la virtud de aquella sangre?

Pero ¡qué fé pide esta sangre del nuevo testamento! Ella es por excelencia el misterio de la fé, *mysterium fidei.* La iglesia ha conservado por tradicion estas dos palabras que no estan en el Evangelio y deben ser de aquellas verdades que explicó Jesucristo á sus apóstoles despues de su resurreccion hablándoles del reino de Dios. El misterio mas grande de todos y por decirlo asi todo el secreto de la fé y de la religion es que la sangre de un Dios debió ser derramada por la salvacion del mundo. ¡Cuántas verdades se encierran en este misterio! Que siendo pecadores todos los hombres desde el principio del mundo debian ser inmolados á la justicia de Dios: que no se perdonan los pecados sin efusion de sangre: *Sine sanguinis effusione non fit remissio*: que la de los pecadores era indigna de ofrecerse á Dios: que

desde Abel se sustituyó en su lugar la de los animales: que no obstante era imposible que la sangre de los toros y machos de cabrío borrase los pecados; y que se necesitaba una víctima santa para santificar á los hombres y la sangre de un Dios hecho hombre para reconciliarlos y unirlos á Dios. Este es el gran misterio que estuvo oculto hasta la muerte y resurreccion del Mesias; misterio manifestado por Jesucristo mismo á los discípulos de Emmaus cuando al explicarles las escrituras les dijo: ¿No convenia que padeciese el Cristo y entrase asi en su gloria? Misterio de que nunca fue mas que sombra y figura la sangre derramada en todos los sacrificios; misterio revelado por san Juan que llama á Jesucristo *el cordero inmolado desde la creacion del mundo*, y por san Pedro cuando dice: *Habeis sido redimidos con la preciosa sangre de Cristo como del cordero inmaculado y no contaminado, predestinado antes de la constitucion del mundo y manifestado en los últimos tiempos por vosotros.* Asi pues la sangre de Jesucristo contenida en el caliz es el misterio de fé por excelencia, *mysterium fidei.*

¡Qué pureza y santidad requiere la ofrenda que hacemos de ella, para merecer que se nos apliquen sus frutos y seamos participantes de estos! Porque aunque Jesucristo muriese por todos los hombres y sea la víctima de propiciacion por los pecados de todo el mundo segun la expresion de san Juan; murió mas particularmente por los fieles. Dios es el salvador de todos los hombres, mayormente de los fieles, dice san Pablo: *Salvator omnium hominum, maximè fidelium.* Y los libros santos hablan en diversos lugares simplemente de la oblacion de Jesucristo por muchos para denotar el fruto de su sangre preciosa en los santos mas bien que su valor infinito por todos los hombres. De este fruto habla Jesucristo á sus apóstoles en la institucion de la Eucaristía, cuando dice que el caliz de su sangre es derramado 1.° *pro vobis*, por vosotros, 2.° *et pro multis*, y por muchos, es decir, por todos los que debian creer y convertirse por la predicacion de los após-

toles y sus sucesores. Por ellos ofrece y pide aquí en particular Jesucristo, como lo vemos en la oracion que hizo á su eterno Padre al salir del cenáculo: *No pido solamente por ellos, sino tambien por todos los que deben creer en mí por sus palabras.* Dícese tambien que esta sangre era actualmente ofrecida y derramada *por vosotros y por muchos*, porque el sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio de los fieles, los únicos que deben participar de él. Tenemos un altar, dice san Pablo, del que no tienen potestad de comer los que sirven al tabernáculo: *Habemus altare, de quo edere non habent potestatem qui tabernaculo deserviunt.* Mucho menos es el sacrificio de los paganos y de los que estan fuera de la iglesia.

¿Cuál es el fruto de este sacrificio y para qué se ofrece? Ya os lo he dicho: para la remision de los pecados, *in remissionem peccatorum*; remision que es el origen y el principio de todas las demas gracias, porque la justicia, la adopcion y la vida eterna la suponen.

Mas si la sangre de Jesucristo es derramada por nosotros para remision de los pecados; ¿por qué la da á beber? Que dé á comer la carne de su sacrificio, la carne de la Pascua, esa es la costumbre y ese es el designio de este sacrificio; pero nunca se bebió la sangre ni aun la de las víctimas, aunque se comiese la carne de ellas. Lo mas que puede hacerse con la sangre de las víctimas es rociar al pueblo con ella, como hizo Moisés diciendo: Esta es la sangre de la alianza. Mas Jesucristo manda beberla y dice: Bebed todos de él, *bibite ex eo omnes*; porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, la sangre derramada para remision de los pecados.

Esta diferencia de los dos testamentos es misteriosísima. Una de las razones que se daba á los antiguos para no beber la sangre, es que estaba destinada para derramarla al rededor del altar en señal de expiacion y propiciacion por los pecados: esta es la razon que da Moisés. Aquí el hijo de Dios quiere que se beba porque los borra ella.

Por la misma razon estaba escrito: *Toda víctima que se inmole para expiar el pecado en el santuario, no se comerá, sino que será consumida por el fuego*; y esta observancia significaba que no pudiendo verificarse la remision de los pecados por los sacrificios de la ley, los que los ofrecian quedaban bajo el entredicho y en una especie de excomunion sin participar de la víctima que se ofrecia. Mas por una razon contraria habiendo Jesucristo purificado nuestras almas y consumado enteramente la remision de los pecados por la oblacion de su cuerpo y la efusion de su sangre nos manda comer este cuerpo entregado por nosotros, y beber la sangre de la nueva alianza derramada para la remision de los pecados á fin de mostrarnos que estaba hecha y no tenemos mas que aplicarnosla.

Gustemos pues, hermanos mios, la gracia de la remision de los pecados en la Eucaristía diciendo con David: *Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides sus beneficios: él es quien perdona todos tus pecados y sana todas tus enfermedades.* ¡Qué consuelo para una conciencia sobresaltada ver que el mismo Jesucristo la insta para que guste la gracia de su perdon en la sangre del Señor!

Mas ¿cómo se ha de aplicar uno la remision de los pecados, si no bebe la sangre de la nueva alianza asi como come la carne del cordero? Una y otra tienen la misma virtud, hermanos mios; y aunque parezca que la remision pertenece mas particularmente á la sangre, porque la efusion de esta expresa mejor el caracter del sacrificio; no obstante el cuerpo es la víctima: el uno es ofrecido y la otra derramada por el mismo fin, y no forman mas que una sola accion.

Pero ¿por qué se ha de separar lo que Jesucristo unió, y dar á comer el cuerpo sin dar á beber la sangre al mismo tiempo? ¿No lo impuso por precepto diciendo á sus apóstoles cuando les dió su sangre: Tomad y bebed todos de él: *Accipite et bibite ex eo omnes*? En estas palabras ha visto la iglesia un precepto que obliga á



todos los sacerdotes á comulgar bajo ambas especies cuando ofrecen el sacrificio, porque queriendo Jesucristo hacer una perfecta representacion de su muerte quiso que su cuerpo pareciese separado de la sangre y se tomase cada uno aparte; y al ordenar á los sacerdotes en la persona de los apóstoles que renovasen la alianza y el sacrificio instituido entonces por él, los mandó hacer todo lo que le veian hacer: *Hoc facite.* Mas la iglesia ha reconocido que aquí no habia precepto respecto de los legos ni de los sacerdotes que comulgaban sin ofrecer personalmente, porque sabe que lo que el Señor separó para una representacion mística, no deja de estar unido no solamente en virtud, sino tambien en sustancia: que la virtud del cuerpo entregado no es otra que la virtud de la sangre derramada; y que no solo la virtud, sino la sustancia misma del uno y de la otra despues de la resurreccion son inseparables.

La iglesia pues deja el cuerpo y la sangre en esta separacion mística; pero en el fondo sabe bien que tomese la parte que se quiera, se recibe la virtud del todo. No hay mas que ver cómo celebró Jesucristo la cena. Los evangelistas han notado distintamente que dió las dos partes con algun intervalo una de otra, pues que el cuerpo le dió durante la cena segun san Mateo y san Marcos y el caliz de la sangre despues segun san Lucas y san Pablo; y no contento con haber separado las dos acciones por este caracter quiso mostrar que cada parte de su accion era completa en sí, porque despues de cada una dijo, como expresamente manifiesta san Pablo: *Haced esto en memoria mia.* Asi cualquiera que sea la parte que yo tome, celebro la memoria de la muerte de Jesucristo, me aplico la virtud entera de ella y me incorporo á Jesucristo; porque ¿no soy incorporado á él tomando su cuerpo? ¿Qué mas necesito para consumar la obra de mi salvacion, sobre todo comiendo este cuerpo como el pan bajado del cielo, es decir, como el cuerpo de un Dios, el cuerpo unido á la vida misma y lleno para mí del espíritu que vivifica? ¿No he re-

cibido al mismo tiempo su cuerpo y su espíritu? Lo que me falta puede darme una expresion mas completa de la muerte de Jesucristo; pero en el cuerpo solo tengo toda la virtud de ella.

San Pablo nos hace notar esta diferencia entre los sacerdotes que ofrecen el sacrificio, y por tanto estan obligados á tomar ambas especies, y los que comulgan. Cuando habla del sacrificio que debe anunciar la muerte del Señor, junta la participacion del cuerpo y sangre: *Siempre que comiereis este pan y bebiereis este caliz, anunciareis la muerte del Señor.* Mas cuando habla de sola la comunion, pone la alternativa de comer el cuerpo ó beber la sangre: *Cualquiera que comiere este pan ó bebiere el caliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y sangre del Señor.* Luego se puede comulgar igualmente comiendo ó bebiendo: basta una de las dos especies; y asi como es reo de ambas el que recibe indignamente la una ó la otra, por la misma razon el que participa dignamente de la una de ellas, recibe el fruto y la santidad de dos juntas, porque en la una y en la otra no hay mas que una sola y misma virtud, una santidad única é indivisible. Asi el que recibe la una ó la otra separadamente ó las dos juntas, recibe siempre igualmente su salvacion, cuya sustancia no está mas en las dos especies que en una sola, porque donde está toda la sustancia de Jesucristo, allí tambien está por decirlo asi toda la sustancia de la salvacion y la vida. Asi se expresa la iglesia en el santo concilio de Trento: El mismo que dijo: *Si no comiereis mi carne y no bebiereis mi sangre, no tendreis la vida en vosotros*; dijo tambien: *Todo el que come este pan, tendrá la vida eterna.* Y el mismo que dijo: *El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna*; dijo tambien: *El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.* Y el mismo que dijo: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*; dijo tambien: *El que come este pan vivirá eternamente, y el que me come vivirá para mí* (Sess. XX, cap. I).

Conforme á este fundamento indestructible la iglesia en todos los siglos ha administrado la comunion de varios modos diferentes: la ha dado en el templo y la ha llevado á los ausentes y á los enfermos bajo la sola especie de pan, y la ha dado á los niños bajo la sola especie de vino. Los fieles se la han llevado á sus casas, aunque Jesucristo no hubiese hecho ni dicho tal cosa, y se la han llevado bajo la sola especie de pan. Los griegos han mezclado las dos especies y las han administrado ambas juntas al pueblo. Todo es bueno con tal que se tenga á Jesucristo de manos de la iglesia, y se acerque uno á recibirle con una adhesion sincera y perfecta á las prácticas de esta: la iglesia es el cuerpo de Jesucristo, y es necesario estar incorporado á ella para estarlo al Salvador.

Asi lo creo, Dios mio: ¡ay de aquellos que altercan con vuestra iglesia! Porque es altercar y disputar con vos mismo. La fé constante de la iglesia, la interpretacion de la iglesia, la práctica inviolable de la iglesia es vuestra obra tanto como vuestra palabra misma, depositada en vuestras escrituras. Sí, lo que habeis escrito en los corazones y la iglesia ha predicado siempre, es la verdad. Yo vivo en esta fé y me uno de alma y corazon á vuestra iglesia y á su doctrina, protestando sinceramente delante de vos que estoy contento con recibir los sacramentos segun ella me los administra, pues que la instituisteis dispensadora de ellos. Haced que yo los reciba para gloria vuestra y mi salvacion.

PLATICA XLII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Despues de haberos explicado las palabras sacramentales en cuya virtud se convierten el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, restame hablaros de una ceremonia que acompaña á aquellas palabras divinas: la adoracion del sacerdote que dobla la rodilla, y la elevacion de la hostia y el caliz para que los vea y

adore el pueblo. Esta ceremonia es la consecuencia natural de la presencia verdadera y sustancial del cuerpo y sangre de Jesucristo; porque ¿cómo no habian de adorar los hombres este cuerpo sagrado y esta sangre preciosa que adoran los ángeles? ¿Cómo no habian de tributar un culto soberano á la sagrada humanidad de Jesucristo, que adoraron los magos postrándose en tierra? *Et procidentes adoraverunt eum.* ¿Qué extraño es que los que han osado combatir la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, se hayan opuesto á esta elevacion y á estas genuflexiones y adoraciones tachando de novedades tales practicas?

Que se haya adorado el cuerpo y sangre de Jesucristo en el sacrificio de la misa lo declaran los términos. En la liturgia de los griegos se llaman *terribles* los dones consagrados, y se dice que *llenan el espíritu de terror.* No se puede expresar con mas energía el mas alto grado de adoracion. ¿Y no dice esta expresion mas que *adorable?* Dícese ademas que el cuerpo de Jesucristo está rodeado invisiblemente de la multitud del ejército celestial, y que le adoran las virtudes de los cielos. Dirígense á este cuerpo y á esta sangre unas palabras que manifiestan evidentemente un contacto y una presencia real; pero que al mismo tiempo expresan un temor no de echarle del misterio ó impedir que esté en él, sino únicamente de profanarle y recibirle para su perdicion.

Mas aun cuando no tuvieramos todas estas oraciones y no se diese ninguna señal de una adoracion exterior; ¿no se puede tener la verdadera? Sí, indudablemente; porque creer en Jesucristo cuando dice: *Tomad y comed: este es mi cuerpo*; creerle sin vacilar ni disputar cuando dice una cosa tan asombrosa; hacer lo que dice y comer este pan aparente con una fé cierta de que es su verdadero cuerpo; practicar otro tanto con el sagrado caliz y hacer un acto de fé tan puro y sublime; ¿no es adorar á Jesucristo? ¿No es una perfecta adoracion discernir con san Pablo este cuerpo del Salvador y

discernirle de modo que se entienda que es el cuerpo no solo de un hombre, sino de un Dios y el verdadero pan del cielo, poner en él su esperanza, mirar esta presencia como el fundamento y la prenda de la futura felicidad, buscar allí su vida, fijar allí todo su amor y desear unirse cuerpo á cuerpo y espíritu á espíritu? ¡Cuán rudo es el que no entienda que esa es la verdadera adoracion en espíritu y en verdad, y que esta adoracion es inseparable de la fé de la presencia real! ¿Qué añaden á esta fé la genuflexion, la inclinacion y postracion del cuerpo, en una palabra la adoracion exterior, sino un testimonio sensible de lo que hay en el corazon?

¿Crees en el hijo de Dios? dijo el Salvador al ciego de nacimiento á quien habia curado. *¿Quién es para que yo crea en él?* preguntó este. *Es el que te habla*, respondió Jesus. Y repuso el ciego: *Creo, Señor; y postrándose le adoró.* ¿Qué hizo con postrarse delante de Jesus sino repetir de otra manera y con otro lenguaje aquel *creo* que acababa de pronunciar? Luego los que dicen *creo* y no pueden prosternarse delante de él, adoran tan verdaderamente como los que se prosternan.

¿Quién pues no ve que creer en Jesucristo que dice: Este es mi cuerpo: esta es mi sangre; y recibirle en esta fé, discernir que este cuerpo es el cuerpo de un Dios por el cual se nos da la vida, aun cuando no se hallase en la Escritura ni en las liturgias lo que se debe á Jesucristo, es una adoracion de la mas elevada especie? ¿Quién no ve que todas las inclinaciones y postraciones que se hagan delante de Jesucristo, no serán mas que la expresion y el testimonio de aquella?

En vano se atormenta el que trabaja por inquirir por qué se ha hecho la elevacion, y si esta y las genuflexiones con que se adora á Jesucristo inmediatamente despues de la consagracion, se han practicado siempre. ¿Qué importa en el fondo que se hayan elevado ó no la hostia y el caliz, si el oriente, el occidente, toda la iglesia universal ha adorado constantemente con una ado-

racion suprema á Jesucristo como presente en la Eucaristía en cualquier parte de la misa que haya sido? ¿Y puede dudarse de esta adoracion suprema, cuando al decir el sacerdote al fiel que iba á recibirle: Este es el cuerpo de Jesucristo; respondia el fiel: *amen*, es decir, *es cierto, lo creo?* ¿Qué se quiere que signifique este *amen* si no es un consentimiento en la verdad que acababa de proponersele diciendo: *Este es el cuerpo de Jesucristo*? ¿No era este un acto de fé anexo á la presencia de Jesucristo? ¿Y qué parece que hacia la iglesia cuando exigia este *amen*, sino decir á los fieles con san Ambrosio: *Confiese interiormente vuestro espíritu lo que confesais de boca, y siente el afecto lo que dice la palabra*? Confesar á Jesucristo de esta suerte ¿qué otra cosa es que adorarle? ¿Qué mas le adoró san Pedro cuando le dijo: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo*?

Si quereis una adoracion exterior bien marcada, nos la presentan san Ambrosio y san Agustin. Confusos con un lugar de los salmos que al parecer incitaba á adorar el estrado ó escabelo de los pies del Señor, es decir, la tierra como ellos lo entendian, se desembarazan de la dificultad diciendo que la tierra que hay que adorar es la carne de Jesucristo. Nadie coma esta carne, dice uno de ellos, si antes no la adorare: *Nemo illam carnem manducet, nisi prius adoraverit.* La carne de Cristo que adoramos hoy tambien en los misterios, dice san Ambrosio, y que adoraron los apóstoles en el Señor Jesus: *Caro Christi quam hodie quoque in mysteriis adoramus, et quam apostoli in Domino Jesu adoraverunt.* ¿De qué adoracion hablan? Sin duda de la suprema, pues que hablan de la que tributaban los apóstoles á Jesucristo presente, de la que no se podia tributar á ninguna criatura, sino solamente al que crió el cielo y la tierra: luego se daba una adoracion suprema en la Eucaristía á la carne de Jesucristo como presente.

Objétase que esta adoracion iba dirigida á la carne de Jesucristo en su gloria; pero ¿quién no ve por el contrario que aquí se trata de una adoracion exterior

que se daba á un objeto determinado y presente, pues que san Ambrosio advierte que se adora aun hoy á Jesucristo en la Eucaristía como le adoraron los apóstoles mientras vivió en el mundo? Luego es preciso que esta adoracion en la Eucaristía sea de Jesucristo presente como la de los apóstoles.

Las palabras de san Agustin son mas terminantes, porque habla de la señal sensible del culto que todo el mundo conviene en que se tributaba á la Eucaristía al recibirla: si no ¿á que venia hablar aquí de los misterios ni de la participacion de la carne de Jesucristo? Porque no era en esta sola ocasion cuando reconocian los fieles la soberana majestad de Jesucristo en su gloria, sino porque al tomar la carne del Salvador se le tributaba un honor visible y sensible que se terminaba en un objeto presente. Con razon recuerda san Agustin á sus oyentes esta práctica ordinaria para hacerlos notar una señal sensible del culto, una adoracion especial y especialmente terminada en la carne de Jesucristo. Por eso añade: *Cuando os inclinais y postrais delante de esa carne, aunque sea de la tierra, no la mireis como tierra, sino mirad al santo cuyo escabelo es*, es decir, al hijo de Dios. Luego es claro que los fieles al comulgar se inclinaban y postraban delante de alguna cosa: no era indefinidamente por una inclinacion ó postracion tan buena por un lado como por otro, como seria la que se dirigiera á Jesucristo en la gloria donde nadie le ve; sino determinadamente delante de una cosa que se iba á comer, delante de una cosa que habia necesariamente que adorar antes de recibirla, y adorarla como el santo de los santos, es decir, como á Dios mismo que residia allí, y por consiguiente con un culto supremo. Por esta práctica ordinaria y este culto marcado sienta san Agustin que se podia adorar la tierra no por una adoracion de segundo orden, segun dicen los protestantes, sino como se adora la misma verdad.

Si se exige para justificar nuestra elevacion y adoracion alguna ceremonia practicada por la antigua igle-

sia, que denote una adoracion especial del cuerpo y sangre de Jesucristo como presentes; hay mas de una, porque aunque durante la accion del sacrificio se confundiese la adoracion exterior tributada á Jesucristo con la que se daba á Dios por Jesucristo mismo, y no se doblase la rodilla delante de Jesucristo mas que delante del Padre eterno en toda la accion del sacrificio; sin embargo cuando habia que practicar algun acto particular respecto del cuerpo de Jesucristo, como cuando se llevaba de la protesis ó credencia al altar en el sacrificio de los presantificados, ó se acercaba uno á recibirle, entonces era tan marcada la adoracion, que no quedaba duda del sentir de la iglesia en cuanto á esta adorable víctima. La mas especial es la elevacion de la Eucaristía un instante antes de la comunion, que se prescribe en las liturgias antiguas y modernas de los griegos, asi como en san Basilio y san Juan Crisóstomo.

Los autores antiguos nos enseñan que esta ceremonia era solemnísima: abrianse las puertas santas, se descorrian las cortinas que habian ocultado el santuario durante el canon, y el sacerdote presentaba la sagrada Eucaristía á la adoracion de los fieles. Explicando san Juan Crisóstomo esta ceremonia á su pueblo dice que deben mirar la apertura del santuario como la apertura del cielo para ver con los ojos de la fé á Jesucristo y los coros de los ángeles. *Considerad*, les dice, *la mesa del rey: los ángeles son sus sirvientes: allí está el rey: si vuestras vestiduras estan limpias, adorad y comulgad.* Al tiempo de la elevacion adoran el sacerdote, el diácono y el pueblo. El sacerdote dice: *Las cosas santas son para los santos*; y le responden: *No hay mas que un solo santo, un Jesucristo que está en la gloria del Padre.* Asi se cumple, dice Simeon de Tesalonica explicando esta ceremonia, la prediccion de san Pablo: *En el nombre de Jesus se doble toda rodilla, y toda lengua confiese que el Señor Jesus está en la gloria de Dios Padre.* Vuelvese á hacer nueva adoracion al acercarse á la comunion, y el diácono dice: *Vengo al rey inmortal:*

creo, Señor, y confieso que tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.

En la iglesia latina siempre se han hecho la elevacion y adoracion de la Eucaristía, aunque no siempre haya sido como ahora. Hasta principios del siglo XII no hacia el sacerdote mas que elevar el caliz y la hostia al fin del canon al decir estas palabras: *omnis honor et gloria, per omnia sæcula sæculorum*; lo cual se llama hoy la segunda elevacion. Pero Amalario que escribia en el siglo VIII, y los autores siguientes advierten que desde las primeras palabras del canon hasta el fin se mantenia inclinado todo el clero adorando la majestad divina y la Encarnacion, de la cual no es mas que una ampliacion el misterio de la Eucaristía.

Aunque esta adoracion fuese bien marcada, la iglesia creyó deber dar señales mas formales y patentes luego que se negó la presencia real. Segun su perpetua costumbre cuando se ha impugnado y obscurecido algun dogma, no ha dejado jamas de inculcarle con alguna cosa tan señalada y eficaz, que fuese capaz de confundir á los mas rebeldes y despertar á los mas aletargados. Asi despues de condenada la herejía de Berengario se empezó á elevar la hostia luego que se decian las palabras: *Hoc est corpus meum*; y elevarla de manera que pudiesen verla los asistentes. Por la misma razon se elevó tambien el caliz para que el pueblo adorase á Jesucristo de una manera sensible desde el instante que está presente en el altar por la consagracion. La elevacion del caliz tardó mas en hacerse que la de la hostia, y en muchas iglesias no se hacia, siendo la verdadera razon que los fieles se postraban en cuanto veian elevar la sagrada hostia y se mantenian asi hasta la consagracion del caliz; de manera que continuaban adorando durante la consagracion de la preciosa sangre sin que fuese necesario elevar el caliz para hacer este acto de adoracion.

En detestacion de la herejía de Berengario se instituyeron diferentes prácticas para excitar á los fieles á que hiciesen de un modo muy señalado actos de ado-

racion de Jesucristo realmente presente en la sagrada Eucaristía. En las comunidades religiosas y en las iglesias catedrales se tocaba una campana al tiempo de la consagracion en las misas mayores, para que todos los presentes y cuantos oyesen aquel tañido, donde quiera que se hallasen, dentro ó fuera de la iglesia, se pusiesen de rodillas para orar, adorar y postrarse hasta el *Pater noster*. Ivo de Chartres da el parabien á la reina Matilde de Inglaterra por haber donado á la iglesia de nuestra Señora de Chartres unas campanas que renovaban su memoria siempre que se tañian al tiempo de la consagracion. De ahí vino la costumbre de tocar á la elevacion una campanilla, como lo decretaron en sus estatutos sinodales Eudo de Sully y Guillermo, obispos de París á fines del siglo XII. Tambien se encendian velas para hacer mas augusta esta ceremonia. En algunos concilios se prohibe cantar nada durante la elevacion, porque como dice el de Colonia, vale mas guardar entonces un profundo silencio, y que todo el pueblo traiga á la memoria la muerte del Señor, é inclinado el cuerpo hácia el suelo y levantados los ojos al cielo dé gracias á nuestro redentor Jesucristo que nos purificó por su sangre y nos rescató por su muerte. En otros concilios se manda cantar algun himno de adoracion como se hace en algunas iglesias.

En todo esto (reparad bien este principio) no se inventa nada; es decir, en esta ocasion no se adora de nuevo porque se ha adorado siempre, sino se hace mas sensible ó mas frecuente la adoracion.

¿Qué debemos hacer durante esta tremenda accion, hermanos mios? Adorar en silencio lo que se obra en el altar, adorar á Jesucristo oculto bajo las especies de pan y de vino. Mas ¿qué se ha de hacer para adorar? Sustituir la fé á los sentidos y ver en Jesucristo toda la majestad que le han obligado á ocultar la flaqueza de nuestra vista y nuestra timidez. Esa fé es el origen del culto espiritual y del temor respetuoso; fé necesarisima, porque no hay un misterio mas profundo que el sacri-

ficio del altar. Por fuera nada llama la atencion ni aun advierte; pero dentro todo es celestial y divino. ¿Quién puede resistir á la impresion exterior? ¿Quién puede temblar delante de lo que no ve, si la fé no penetra todos los velos y no se asemeja á la de Moisés, de quien está escrito que estaba en la presencia de Dios invisible como si le viera: *Invisibilem tanquam videns sustinuit*?

Animado uno de esta fé se penetra de temor y se sobrecoge de espanto al considerarse tan cerca de Jesucristo. El mismo Moisés á quien el Señor hablaba con tanta familiaridad, se intimidó lo mismo que el pueblo cuando vió las terribles precauciones que exigia para hacer respetar su santidad. Sin embargo ¿qué era aquel espectáculo que aterraba hasta al mediador de la ley antigua? Una sombra de nuestros misterios. Sí, aquel monte humeando, aquella majestuosa obscuridad, aquella tempestad inminente, aquella voz que los helaba de espanto, no era mas que una figura imperfectisima de lo que pasa en el altar.

¿Creeis la verdad de la presencia real de Jesucristo en el altar al tiempo de la consagracion? ¡Ah! Preciso es que sea muy imperfecta vuestra fé pues no produce sino débiles pensamientos y sentimientos, y no corrige esa actitud poco respetuosa, ese aire distraido ó insultante y esa negligencia. La menor señal exterior que diese Jesucristo de su presencia, tal vez os aterraria á vosotros que estais tan tranquilos é indiferentes; mas su misericordia infinita y su prodigiosa humildad en el sacrificio del altar ¿no debe aumentar vuestro respeto en vez de disminuirle? Cuanto mas le hace olvidar su amor lo que es, mas debeis acordaros vosotros de lo que sois, y miraros como obligados á devolverle por medio de profundas adoraciones lo que su misericordia rebaja á su grandeza por vosotros.

Mas la fé que da á Dios un culto tan perfecto y digno, va mucho mas allá: no consiste en creer los misterios ó las verdades sin interesarse en ellas, y no tanto somete el entendimiento como el corazon. Si este estuviera ren-

dido, tendriais cuidado de purificarle, os dariais golpes de pecho, verteriais lágrimas, se estremeceria todo vuestro cuerpo, permaneceriais postrados á los pies del Salvador regandolos con vuestro llanto, y no os separariais del altar hasta que hubieseis alcanzado misericordia. ¿Cómo es posible que conservarais alguna aficion al pecado acordandoos al tiempo de la consagracion que asistís á la muerte de Jesucristo como su santa madre y el discípulo amado, que oís su voz, veis sus lágrimas y recibís sobre la cabeza la sangre que mana de sus llagas? ¿Quién puede recordar esta memoria sin que se le parta el corazon de dolor, como se partieron las piedras cuando espiró el Señor en la cruz? ¿Cómo no ha de excitar uno en su alma una compuncion tan viva y religiosa como fue el dolor, del centurion y de los judios que se convirtieron en la muerte de Jesucristo? Si le hubieramos visto espirar en una cruz y hubiesemos sabido bien que aquel sacrificio se ofrecia por la expiacion del pecado; no habriamos podido ménos de enternecernos entonces de dolor y de amor. Pues la fé nos enseña que todos éstos misterios se continuan y perpetuan en el altar. Nosotros no tenemos dos sacrificios: el que ofreció Jesucristo, es el que ofrecemos, es la misma muerte; y lo que hicieron los hombres por su injusticia y crueldad, se continúa por la religion.

Yo lo creo, mi divino Salvador: vos dijisteis que cuando fueseis levantado de la tierra, atraeriais todas las cosas hácia vos: *Cùm exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum.* Todavia sois levantado en el sacrificio de nuestros altares como lo fuisteis en la cruz: atraedme pues hácia vos con tanta fuerza que no me separe jamas. Vos sois siempre hostia saludable tanto en el altar como en la cruz, *salutaris hostia*; y el uno y la otra son el trono de la misericordia para los pecadores, la fuente de todas las bendiciones y la causa de nuestra libertad y de nuestra entrada en el cielo: *Quæ cœli pandis ostium.* El altar es como la cruz el origen y el merecimiento de las gracias mas poderosas. En me-

dio de los combates que nos dan mil enemigos, el demonio, el mundo, la carne; en medio de las multiplicadas tentaciones á que cada dia estamos expuestos, y de los infinitos peligros que nos circundan, *bella premunt hostilia*, fortificadnos, *da robur*, auxiliadnos, *fer auxilium*, y venced toda la resistencia de nuestro corazon por el poder de vuestro sacrificio. Fortalecednos y auxiliadnos, dadnos las gracias y auxilios eficaces que nos hagan triunfar de nuestras pasiones, y por este triunfo facilitadnos la entrada en las mansiones eternales de la gloria &c.

PLATICA XLIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Ya tenemos en el altar la víctima de nuestro sacrificio: las palabras de la consagracion nos han manifestado lo que era nuestra ofrenda, pan y vino convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo por la virtud y poder de la palabra, prescindiendo de nuestras buenas ó malas disposiciones. Jesucristo nos declara que podemos y debemos hacer lo que él hizo: dió la potestad á los sacerdotes: *Hoc facite*, y se la dió sin límites, pudiendo ellos ejercerla tantas veces como convenga: *Hæc quotiescumque feceritis*, siempre que esto hiciereis. En consecuencia de esta potestad el sacerdote toma pan y vino como el Señor, los bendice y da gracias como él, y los muestra al eterno Padre y se los ofrece como él. Pronuncia las mismas palabras en cuya virtud se convierten en el cuerpo y sangre del Señor, como lo fueron en las santas y venerables manos de este. Jesucristo añade la intencion y disposiciones con que debemos hacerlo diciendo: Lo hareis en memoria de mí, *in mei memoriam facietis*. Debemos ejecutar esta accion tan excelente en memoria de nuestro divino Salvador, es decir, para anunciar su muerte hasta que venga, y acordarnos de Jesucristo que entregó su cuerpo, derramó su sangre, en una palabra murió por nosotros. Celebremos pues el misterio de su

muerte; pero celebremosle ofreciendole y recibiendole, porque debemos seguir en todo su intencion y hacer de consiguiente en memoria de su muerte tanto la consagracion como la recepcion, pues desde el instante de la consagracion la Eucaristía lleva en sí una imagen y marca de aquella muerte: *In mei memoriam facietis.*

Ya está puesta sobre el altar la carne de una víctima. Judios, acordaos que por vosotros ha sido inmolada y comedla como tal y como enteramente vuestra: esto se podia decir al antiguo pueblo de Dios, y esto es lo que en términos formales dijo Jesucristo y dice aun todos los dias al pueblo nuevo.

Mas dirá alguno: yo no la veo como se veia la carne de la víctima puesta sobre el altar. Pero ¿no basta para un cristiano que Jesucristo le diga que es él? Si le viérais, no tendria necesidad de deciros que es él; pero porque no le veis teme que seais tan ingratos que le olvideis. ¿Podriais creer que sea ese su cuerpo y sangre y persuadiros de un prodigio tan grande del amor y poder del Dios encarnado, si no os acordarais que el que os lo asegura es el mismo Dios omnipotente, autor de tantas maravillas obradas ya en vuestro favor? Asi os acordais de Jesucristo y al mismo tiempo le creeis presente.

Cuando se os dice *creer* se os dice todo lo contrario de *ver*: asi creer presente el cuerpo del Salvador cuando no se le ve, es acordarse que está allí. El real profeta que dice que Dios está en todas partes y le reconoce presente en todo lugar, no deja de decir tambien: yo me acordé de Dios, *memor fui Dei*; porque cree esta presencia y no la ve; de suerte que necesita excitar su memoria hácia Dios. Acordaos vosotros de Jesucristo del mismo modo: creedle presente luego que ha hablado aunque no le veais, y ofrecedle á Dios en la Eucaristía como él mismo se ofrece, pues que dijo: Siempre que esto hiciereis, hacedlo en memoria de mí: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.*

Esta oblacion del cuerpo y sangre de Jesucristo realmente presente en el altar es la que se hace á Dios

en las tres oraciones siguientes. El sacerdote habiendo hecho la consagracíon en la persona y por las palabras de Jesucristo continúa su oracion dirigiendose al eterno Padre como antes de la consagracion, y le representa que por obedecer el mandato de Jesucristo mismo él y los asistentes recuerdan la pasion del mismo Señor como tambien la resurreccion de entre los muertos y la gloriosa ascension á los cielos: *Unde et memores nos servi tui*; por lo tanto recordando nosotros tus siervos; porque como sacerdotes y ministros del altar somos mas particularmente los siervos de Dios. Ponese en plural la palabra ministro, porque en los primeros siglos no habia ordinariamente mas que una misa que celebraban todos los sacerdotes junto con todo los fieles. Y tambien tu pueblo santo, *sed et plebs tua sancta.* Estas palabras son importantes porque nos enseñan: 1.° que el pueblo que ha sido testigo nada mas de la consagracion, la cual corresponde al sacerdote solo, vuelve á tomar la parte que debe tener en todo el resto del sacrificio; y asi como ofreció por el sacerdote el pan y el vino que debian convertirse en el cuerpo y sangre de Jesucristo, asi tambien ofrece por manos del mismo este cuerpo y sangre ya presentes: para entrar pues en el espíritu de la iglesia debeis hacer esta ofrenda con él y rezar la misma oracion. 2.° Que la mejor disposicion y preparacion para hacer esta ofrenda es la santidad: el sacerdote la supone, y asi habla con tanto respeto de los asistentes. Los llama el pueblo santo, porque son llamados á la santidad, *vocatis sanctis*, y son la nacion santa, *gens sancta.* Considera que viven segun su estado; y los supone como él dedicados á recordar la pasion, resurreccion y gloriosa ascension de Jesucristo: *Ejusdem Christi filii tui Domini nostri tam beatæ passionis, necnon et ab inferis resurrectionis, et in cœlos gloriosæ ascensionis.*

Es preciso pues que al hacer á Dios la ofrenda del cuerpo y sangre de Jesucristo pensemos en sus dolores, humillaciones, pasion y muerte; porque el sacrificio que

ofrecemos, es la pasion del Señor segun san Cipriano: *Passio est Domini sacrificium quod offerimus.* Se llama bienaventurada la pasion del Salvador, *tam beatæ passionis*, 1.° porque siendo sin pecado borró el pecado del mundo, 2.° porque hizo y hará siempre que los mártires hallen gozo en medio de los mas terribles suplicios. Asi lo dice san Agustin hablando de san Lorenzo: Nutrido de aquel manjar y refrigerado con aquel caliz no sintió los tormentos: *illa esca saginatus et illo calice ebrius tormenta non sensit.* Siempre se dirá con verdad segun san Pablo respecto de todos los fieles que á medida que se aumentan y multiplican en nosotros los padecimientos de Jesucristo, se aumentan y multiplican nuestros consuelos por Jesucristo. Por último es bienaventurada la pasion de este, porque vino á ser la fuente de todos los bienes verdaderos, y librandonos de nuestros pecados nos mereció la vida eterna.

Es preciso al hacer la oblacion del cuerpo y sangre de Jesucristo acordarse de su resurreccion de los infiernos: *necnon et ab inferis resurrectionis.* La pasion de Jesucristo se expresa en el altar por la separacion del cuerpo y la sangre ofrecidos aparte; luego está presente con señales de su muerte y de la efusion de su sangre. El recuerdo de esta pasion es facil, porque todo advierte de ella; pero el recuerdo de su resurreccion es mas lento: aquella separacion, signo de su muerte, no es mas que mística: Jesucristo está verdaderamente vivo y su cuerpo y sangre realmente presentes bajo cada uno de los símbolos del pan y del vino: asi no podemos celebrar este santo misterio sin pensar en su resurreccion. Jesucristo resucitado no muere mas, dice san Pablo; luego es imposible que esté privado de vida en el santo sacrificio del altar; luego está todo entero debajo de cada especie el mismo que resucitó glorioso é inmortal despues que fue enterrado en el sepulcro y hubo bajado á los infiernos: *Necnon et ab inferis resurrectionis.*

Tambien debemos recordar la gloriosa ascension de

Jesucristo á los cielos: *Sed et in cœlos gloriosæ ascensionis.* El misterio de la ascension va siempre unido al de la resurreccion como una secuela de lo que se debia á Jesucristo resucitado, y como la consumacion del sacrificio que ofreció á su padre. Jesucristo entra por su resurreccion en una vida inmortal, impasible y gloriosa; pero no entra todavia en el lugar que convenia al estado de gloria digno del hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado. Por su ascension deja la tierra, sube al cielo y se sienta á la diestra de su padre; lo cual colma la gloria que mereció por su pasion: allí tambien acaba su sacrificio ofreciendose continuamente á su padre.

¿Y por qué debemos acordarnos de los misterios de la pasion, resurreccion y ascension de Jesucristo al ofrecerle á su Padre despues de la consagracion? Ya os lo dije explicando la oracion *Suscipe, sancta Trinitas*: porque la oblacion que hacemos, encierra todos esos misterios como otras tantas partes de su sacrificio. Ofrecemos el cuerpo inmolado en la cruz, glorificado y consumado en Dios por su resurreccion, que destruyó todo lo mortal y corruptible que habia en él, y le dotó de la inmortalidad: ofrecemos ese cuerpo, esa víctima elevada hasta Dios y presentada delante de la divina majestad por su ascension. La iglesia pues ofrece el santo sacrificio en memoria, en consecuencia y en virtud de la inmolacion de Jesucristo en su pasion, de su consumacion y glorificacion cumplida en su resurreccion y de su entrada en el santo de los santos con su propia sangre por la ascension que le presenta delante de Dios; y como no ha habido mas que una sola inmolacion de esta víctima en la cruz, una sola glorificacion por la resurreccion y una sola elevacion ante la presencia de Dios por la ascension, la iglesia al hacer verdaderamente la oblacion de esta víctima que está en realidad presente por la consagracion, nos recuerda al mismo tiempo las otras partes del sacrificio que se cumplieron en su tiempo, y que subsistiendo siempre ó en sus efectos y vir-

tud como la inmolacion, ó en sí mismas como la glorificacion, la consumacion y la presencia delante de Dios, solo deben renovarse en nuestra memoria para que concibamos que no falta al sacrificio de la misa ninguna de las cosas necesarias para un verdadero sacrificio. En una palabra ofrecemos á Dios Jesucristo realmente presente por la consagracion como una víctima que no es de nuevo inmolada, glorificada y consumada en nuestros altares, sino como una víctima inmolada antes en su pasion y muerte, glorificada y consumada por su resurreccion y recibida en el seno del eterno Padre, ensalzada delante de él y presentada á él por su ascension. Y ve aquí cómo se encuentran reunidos en la misa todos los misterios de Jesucristo, y debemos recordarlos y representarnoslos al celebrar tan augusto sacrificio.

Absortos en estos misterios debemos decir con la iglesia dirigiendonos al Padre eterno: Ofrecemos á tu esclarecida majestad, *offerimus præclaræ majestati tuæ*, una víctima que no puede menos de serte agradable, tu hijo y nuestro Señor Jesucristo, el cual instituyendo el rito del sacrificio perpetuo se ofreció el primero á nosotros como hostia, nos ofreció con él y nos enseñó á ofrecertele.

Pero confesamos que esta víctima tan excelente y digna de Dios es un don que debemos á su singularisima bondad, *de tuis donis ac datis*; y no podriamos presentarsela si él mismo no la hubiera puesto en nuestras manos. Nosotros no tenemos nada que no venga de Dios, ni podemos ofrecerle otra cosa que sus dones y beneficios. ¿Qué son los dones y beneficios que ofrecemos? Comprended bien estas palabras, *de tuis donis ac datis*, que son muy expresivas y sustanciales. Ya no son aquellos dones y presentes que ofrecimos á Dios al principio del canon diciendo *hæc dona, hæc munera*: aquello era pan y vino y su sustancia no existe: se han convertido en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Antes de la consagracion dijimos la oracion en que se pide que la oblacion santa se haga el cuerpo y sangre de Jesucristo; y

despues de la consagracion la oblacion que se hace del cuerpo y sangre de Jesucristo está formada de las cosas que se habian ofrecido antes y se tenian de las manos de Dios: esto lo expresan los griegos en dos palabras en su liturgia. Despues de pronunciar las sagradas palabras del Salvador continuan: Te ofrecemos cosas tuyas hechas de lo tuyo, *tua ex tuis*; es decir, el cuerpo y sangre de tu hijo formados del pan y del vino que eran tus criaturas. Estas palabras expresan bien la naturaleza de esta oblacion en que se ofrecia á Dios la sustancia, es decir, el cuerpo y sangre de Jesucristo formados de otra sustancia que era la del pan y del viño. La iglesia latina lo expresa por las palabras del canon que estoy explicando: *de tuis donis ac datis.* Las dos iglesias hablan en el mismo espíritu y estan acordes en celebrar la conversion maravillosa de las criaturas de Dios en otras criaturas de Dios mucho mas excelentes y siempre con una proporcion y analogía perfecta, pues que el alimento corporal se ha convertido en el manjar con que se sustentan las almas y se santifican y purifican los mismos cuerpos.

Por estos dones y beneficios ofrecemos una víctima pura, *hostiam puram*, porque fue formada por obra del Espíritu Santo sin haber podido contraer jamas la menor mancha del pecado original; una víctima santa, *hostiam sanctam*, porque está unida sustancialmente á la divinidad que es la fuente de toda santidad; una víctima inmaculada, *hostiam immaculatam*, porque por esta union es incapaz de poder mancharse con ningun pecado actual, y porque el Padre glorificandola borró toda la imperfeccion y toda la apariencia de la carne del pecado que habia llevado durante su vida mortal; el pan santo de la vida eterna y el cáliz de la salud perpetua, *panem sanctum vitæ æternæ et calicem salutis perpetuæ*, dado por Dios para hacernos vivir la verdadera vida en el mundo y conducirnos á la bienaventuranza eterna cuando salgamos de él. *Este pan santo de vida eterna* es ciertamente Jesucristo, que es el pan vivo bajado del

cielo que da la vida eterna: es su carne sagrada en que nos prometió la vida bajo el símbolo del pan. *Este caliz de salud perpetua* es su sangre que nos salvó, contenida en el caliz bajo el símbolo del vino: uno y otro no forman mas que el mismo sacrificio para ofrecerlos á Dios y hartar plena y eternamente á los que tienen hambre y sed de la justicia haciendolos dignos de la bienaventuranza eterna por este divino manjar.

No pueden pues manifestarse mas claramente que lo estan en estas oraciones la presencia real y la transustanciacion; y como son antiquisimas estas oraciones y se han dicho en todos tiempos y en todas las iglesias, debe inferirse que la fé de la presencia real y de la transustanciacion es de todos tiempos y de todas las iglesias.

Restame explicar una ceremonia que acompaña á esta oracion, y son los signos de cruz que hace el sacerdote al decir *hostiam puram.* Conviene distinguir bien los signos de cruz que se siguen á la consagracion, de los que la preceden ó acompañan: estos se hacen para atraer gracias ó denotar que se esperan por los méritos de la cruz de Jesucristo, y van acompañados de palabras que manifiestan las gracias que esperamos. Asi el sacerdote hace un signo de cruz al principio del canon pidiendo á Dios que bendiga aquellos dones: *benedicas hæc dona.* Mas despues de la consagracion no hay una palabra que determine á bendecir: todo está bendecido, y solamente ofrecemos: *offerimus hostiam.* Pues ¿para qué hacemos estos signos de cruz? Por muchas y diferentes razones segun las diferentes oraciones que rezamos y os explicaré; pero la principal por que los hacemos sobre los dones sagrados del altar en la presente oracion, es para mostrar que estos son el cuerpo mismo de Jesucristo.

La iglesia no omite ningun medio para grabar en el ánimo de los sacerdotes y asistentes la idea de que el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz; y quisiera que los sacerdotes, en especial despues de la consagracion, se representasen á Jesucristo inmolado en

la cruz, como dice san Pablo de los gálatas que despues de haberles predicado el Evangelio veian á Jesucristo como crucificado á su vista. Pues para producir este efecto quiere que todas las palabras que significan el cuerpo ó la sangre de Jesucristo vayan acompañadas de un signo de cruz, que muestre que la hostia y lo contenido en el caliz son el mismo cuerpo que fue crucificado, y la misma sangre que se derramó.

Asi cuando en esta oracion hacemos cinco signos de cruz, el primero al decir *hostiam puram* indica que aquella es la misma hostia pura que fue enclavada en la cruz: el segundo, *hostiam sanctam*, indica que aquella es la hostia santa que se ofreció en la cruz; el tercero, *hostiam immaculatam*, indica que aquella es la hostia inmaculada que fue inmolada en la cruz: el cuarto, *panem sanctum*, indica que aquel es el pan sagrado, el pan de vida que bajó del cielo para vivificarnos: el quinto, *calicem salutis*, indica que la sangre que hay en el caliz es la misma que se derramó en la cruz por la salud del mundo. Estos cinco signos de cruz, asi como las cinco expresiones que se dicen al hacerlos, deben recordar la unidad de la víctima sacrificada en el altar y en la cruz.

¡Ojalá penetren en vuestros corazones estos signos sagrados para imprimir allí los grandes misterios que expresan! Bendecid con el sacerdote al Dios de misericordia que los obra, y haceos dignos de recoger sus frutos por una atenta meditacion y una fé sumisa; y pues que Jesucristo presente en el altar os recuerda todos sus beneficios y os representa la imagen de ellos, expresad vuestro reconocimiento por vuestra piedad. Sea el Salvador objeto de vuestro amor como es el fundamento de vuestra esperanza.

PLATICA XLIV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la plática última empecé á explicaros la impor-

tante oracion del sacrificio que es la oblacion de Jesucristo realmente presente en nuestros altares; y os dije que habiendonos puesto Dios en las manos por una bondad singular el cuerpo y sangre de su hijo por la consagracion, se los ofrecemos como la víctima de un sacrificio perfecto, pues es la carne de una víctima inmolada, consumada, purificada, ensalzada, presentada delante de Dios y recibida por él en su seno. Continuando la oblacion decimos: *Sobre los cuales te dignes de mirar con semblante propicio y sereno y aceptarlos como te dignaste de aceptar los presentes de tu siervo el justo Abel y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham y el que te ofreció el sumo sacerdote Melquisedech.* ¡Cuántas excelencias y grandezas en estas pocas palabras! Cuanto mas estudio el sacrificio de la misa, mas admirable me parece, y á medida que medito las palabras que componen sus oraciones, descubro mas verdades. La religion que profeso y la fé que tengo me parecen cada vez mas grandes, nobles y respetables, y siempre vislumbro nuevas profundidades que me arrebatan y consuelan. Procuremos instruirnos y edificarnos juntamente.

Dignaos, Señor, de echar una mirada favorable y propicia hácia esa hostia pura, santa é inmaculada, hácia ese pan de vida eterna y ese caliz de salud perpetua: *Supra quæ propitio ac sereno vultu respicere digneris.* ¿Y cómo no ha de mirar Dios favorablemente una víctima tan digna de él? El don que está sobre el altar es objeto de la complacencia del Padre eterno y no puede menos de ser recibido favorablemente. Pues ¿á qué pedir á Dios que eche una mirada propicia sobre este don? Oidme, hermanos mios, voy á descubriros una gran verdad muy interesante para vosotros: ese don que ofrecemos no es solo el cuerpo natural de Jesucristo realmente presente, sino que comprende ademas la iglesia, que es el cuerpo místico del Señor, y por consiguiente á todos vosotros que sois sus miembros: ese don no se ofrece solamente él, sino que es ofrecido por el ministerio y las manos de los hombres.

Antes de la consagracion ofreció la iglesia el pan y el vino para hacerlos el cuerpo y sangre de Jesucristo: el sacerdote se ofreció con su ofrenda; y todo el pueblo se ofreció con él y sus dones presentando á Dios sus súplicas y sus necesidades particulares. Ya lo habeis visto en la explicacion de las oraciones que anteceden al prefacio. Despues que estan consagrados estos dones la iglesia ofrece á Dios el cuerpo presente del Salvador; pero esta segunda oblacion del cuerpo y sangre de Jesucristo la hace la iglesia solamente para verificar otra tercera por la cual se ofrece ella misma. Asi la oblacion del cuerpo de Jesucristo es una nueva razon de ofrecerle nuevamente la iglesia, que es su cuerpo en otro sentido, y los fieles que son sus miembros. Del cuerpo natural de Jesucristo sale un efecto de unidad para reunir y reducir á un todo el cuerpo místico; y se cumple el misterio del cuerpo de Jesucristo cuando se unen todos sus miembros para ofrecerse en él y con él.

Asi la iglesia y por consiguiente todos los que asistís á misa, haceis una parte del sacrificio que ofreceis. En la oblacion que se sigue á la consagracion, hay Jesucristo que es ofrecido, y el hombre que le ofrece y debe ofrecerse con él. Por parte de Jesucristo que es ofrecido, siempre es agradable la oracion; pero ¿lo es siempre por parte del hombre que le ofrece? ¡Ah! Hermanos, para que esta oblacion tenga su entera perfeccion y se haga dignamente de nuestra parte, es menester que seamos bastante puros para ser ofrecidos con Jesucristo; mas ¡cuántos motivos de temor y terror nos da la consideracion de nuestra imperfeccion é impureza! ¿Qué hace pues la iglesia que sabe que Dios mira á los que ofrecen y á los dones ofrecidos, segun esta expresion de la Escritura: *El Señor miró á Abel y sus presentes*; y sabe que esta oblacion se hace por manos de hombres pecadores que pueden desagradar á Dios? Pide en esta oracion que el Señor haga agradable en todo nuestro sacrificio y tanto á proporcion por parte de los fieles que le presentan, como por parte de Jesucristo que es presentado.

En segundo lugar el espíritu del sacrificio de la misa es que teniendo á Jesucristo realmente presente por la consagracion le encarguemos de nuestras súplicas, oraciones y deseos. Asi lo expresa la iglesia en varias secretas y en especial en la de Pascua diciendo: *Señor, recibe las oraciones de tu pueblo con la oblacion de estas hostias.* No hay cosa mas razonable que pedir que asi como los dones son agradables por sí, lo sean tambien las oraciones que se ofrecen con ellos y por decirlo asi sobre ellos, á la manera que lo eran los de los santos que levantaron manos inocentes y ofrecieron sus dones con una conciencia pura. La perfeccion é integridad de este sacrificio no consiste solamente en que ofrezcamos y recibamos cosas santas, sino en que los que las ofrecemos y participamos de ellas, seamos santos. De ahí viene aquella célebre proclamacion antes de recibir la sagrada Eucaristía: Las cosas santas son para los santos: de ahí la costumbre respetable de la iglesia antigua de no admitir á recibirla mas que aquellos que eran admitidos á ofrecerla, es decir, aquellos *cuya caridad provenia de un corazon puro, de una buena conciencia y de una fé que no fuese fingida*, como dice san Pablo.

Asi suplicamos á la bondad de Dios que no nos separe del don de la víctima que le ofrecemos en el altar, es decir, que á la manera que mira con semblante propicio la víctima que le agrada infinito, se sirva tambien en consideracion de ella echar miradas propicias hácia los que tienen la honra de ofrecerla. ¿Qué es en Dios mirar con semblante propicio? Es hacer sentir los efectos de su bondad. *Su semblante es su presencia*, dice san Agustin, y le hace resplandecer sobre nosotros cuando nos da señales de su presencia, es decir, cuando ejercita su misericordia con nosotros.

Tal es el sentido de estas palabras: *Sobre los cuales te dignes de mirar con semblante propicio y sereno*; y de las que se siguen: *y aceptarlos como te dignaste de aceptar los presentes de tu siervo el justo Abel: et accepta habere sicuti accepta habere dignatus es munera pueri tui justi*

Abel. No se compara un don con otro, porque la comparacion seria injuriosa á Jesucristo: todos aquellos sacrificios no eran por sí dignos de Dios, ni eran capaces de agradarle la víctima de Abel que era un animal, un pecador como Isaac, ni el pan y el vino que ofreció Melquisedech. La Eucaristía es muy superior á los sacrificios antiguos, de cualquier modo que se la considere; pero se comparan las personas con las personas, y por eso se nombran solo los mas santos de todos los hombres, Abel el primer justo, Abraham el padre comun de todos los creyentes y Melquisedech que era superior á él, supuesto que el patriarca le ofreció el diezmo de sus frutos. Estos santos varones fueron agradables á Dios y tambien lo fueron sus oblaciones por las disposiciones santas con que las hacian. Santifiquemos pues las de nuestro corazon conforme á estos ejemplos para agradar á Dios cuando nos acercamos al altar y le ofrecemos en sacrificio la víctima que siempre le agrada por sí.

Mas convengamos por un momento que en esta oracion se haga alguna comparacion entre las ofrendas de los antiguos patriarcas y el sacrificio de la iglesia que ofrece á nuestro Señor Jesucristo: este es un gran misterio que debo explicaros. La doctrina de la iglesia es que siempre ha sido ofrecido en la tierra Jesucristo, el cordero inmolado desde el principio del mundo, *agnus occisus ab origine mundi*: que no hay mas que una religion y un solo Salvador en los cuales hayan podido ser reconciliados los hombres: que los antiguos sacrificios no podian ser agradables sino en cuanto representaban á este divino Salvador: que los santos patriarcas de la ley antigua, ilustrados con la luz de Dios, no perdian de vista al Mesias: que los judios en el desierto, aunque ignorantes y carnales, *bebian de una misma bebida espiritual, porque bebian*, dice san Pablo, *del agua de la piedra espiritual que los seguia, y Jesucristo era esta piedra.* La diferencia pues de la ley antigua y de la nueva consiste en que en la primera se ofrecia á Jesucristo en figura, y nosotros le ofrecemos realmente. Asi Dios

recibia aquellos sacrificios como figuras de Jesucristo y representaciones de la víctima propia que debia aparecer un dia, y aceptando aquellas figuras se obligaba á recibir la verdad que representaban, y á darse por satisfecho del sacrificio de Jesucristo. Es como si dijera la iglesia á Dios por boca del sacerdote: Señor, si en otro tiempo aceptasteis favorablemente los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedech, fue porque eran la figura del que hoy os ofrecemos: solo por esta consideracion mirasteis con semblante propicio los hombres que los ofrecian. Mas ve aquí, Señor, que nosotros os ofrecemos al fin la víctima cuya figura sola se os ofreció antiguamente. ¿Podriais dejar de aceptar este sacrificio cuya sombra os fue tan agradable? ¡Ah! Os conjuramos que seais propicio á nosotros que os ofrecemos nuestro Señor Jesucristo, la víctima figurada por los sacrificios antiguos.

La iglesia podia señalar una multitud de estas figuras del sacrificio de Jesucristo y todas muy claras, y la liturgia de las constituciones apostólicas marca una buena porcion de ellas; pero en el canon de la misa elige la iglesia los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedech, que representan excelentemente el divino sacrificio, y por razones misteriosísimas que nos descubren la excelencia del sacrificio y sacerdocio de Jesucristo.

1.° Abel ofreciendo los primogénitos de su rebaño expresa la oblacion de Jesucristo que se ofrece como el primogénito por excelencia: *Primogenitus in multis fratribus.* Su persona, caracter y muerte expresan todavia mejor á Jesucristo. Abel es sacerdote por su nacimiento; y Jesucristo ¿no es el sumo sacerdote del Altísimo por este derecho de nacimiento? *No tomó por sí mismo*, dice san Pablo, *la cualidad gloriosa de pontífice*; *sino que la recibió del que le dijo*: *Tú eres mi hijo*: *hoy te he engendrado.* Abel fue agradable á los ojos de Dios, y en la Escritura es llamado justo y por excelencia el siervo de Dios, *pueri tui.* Representaba la inocencia de Jesucristo, y si llevó el título de siervo de Dios, fue porque

el Padre eterno debia darle á Jesucristo mismo como se lee en Isaías y en san Mateo: Ve aquí mi siervo que he elegido: *Ecce puer meus quem elegi.* La sangre misma de Abel justo é inocente, muerto por su hermano Cain, no representa menos por todas estas circunstancias la muerte que sufrió Jesucristo por la envidia y el odio de los judios sus hermanos segun la carne, ó mas bien como lo dan á entender la Escritura y los santos padres, en la persona de Abel fue inmolado desde el principio del mundo el cordero sin mancilla Jesucristo.

2.° El sacrificio de nuestro patriarca Abraham *et sacrificium patriarchæ nostri Abrahæ.* Abraham levantó altares donde quiera que fijó su residencia, y ofreció muchos sacrificios; pero la iglesia no tiene presente mas que el grande y admirable sacrificio que hizo de su único hijo Isaac, atandole, poniendole en el altar y levantando el cuchillo para obedecer á Dios sin discurrir sobre las promesas que le habian sido hechas tocante á aquel hijo, y sin vacilar en la fé contra todo motivo humano de esperar y creer. ¿Qué imagen mas formal y expresiva del sacrificio de nuestros altares que esta? El sacrificio de la iglesia requiere que esta víctima una vez inmolada esté no obstante siempre viva, que sea ofrecida sin efusion de sangre y por la autoridad de Dios comunicada á los sacerdotes, porque solo Dios tiene potestad sobre la vida de su hijo, de quien es principio. Esto se figura por el sacrificio de Abraham, en el que por mandato de Dios ofrece aquel á quien dió la vida, y la víctima es ofrecida y sacrificada sin que se derrame su sangre, y queda con vida y con una vida mas santa despues del sacrificio; lo cual representa admirablemente á los sacerdotes de la nueva ley, que sacrificando á Jesucristo por orden de Dios y autoridad del Padre eterno son en cierto modo los padres de aquel que sacrifican. Abraham tuvo á la vista este misterio, este sacrificio en la ofrenda de su hijo segun estas palabras de Jesucristo: Abraham vió mi dia, vió y se alegró: *Abraham vidit diem meum, vidit et gavisus est.*

3.º El sacrificio que ofreció el sumo sacerdote Melquisedech: *et quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Melchisedech.* En el sacrificio del altar se ofrece el mismo Jesucristo en la persona de los sacerdotes siendo el solo sacerdote verdadero y eterno: él es recibido como el pan santisimo de la vida eterna y el caliz de la salud perpetua, y por este medio es el único origen de toda bendicion para su iglesia y el autor de la justicia en la tierra y de la paz en el cielo, donde la hará reinar eternamente como que es el solo verdadero rey de él. ¿No vemos claramente esto en Melquisedech, que se llama segun la interpretacion de su nombre primeramente *rey de justicia* y luego *rey de Salem*, es decir, de paz, que ofreció pan y vino como sacerdote del Altisimo, bendijo á Abraham despues de la victoria de sus enemigos, y apareciendo sin padres, sin genealogía y sin principio ni fin es la imagen del hijo de Dios que es sacerdote eternamente? Bien merece este patriarca ser distinguido de todos los antiguos sacrificadores anteriores á Moisés y á Aaron por esta cualidad de sumo sacerdote, *summus sacerdos tuus*, á causa de la excelencia de su sacerdocio y de su conformidad con el de Jesucristo. Lo que él ofrece es algo mas que una figura del sacrificio de Jesucristo en nuestros altares, pues que Jesucristo es hecho sacerdote segun el orden del sacerdocio de aquel, habiendo jurado el Señor: Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedech: *Tu es sacerdos in œternum secundùm ordinem Melchisedech.*

Asi que su sacrificio es ensalzado admirablemente sobre todo lo que se ofreció en la ley antigua, calificandole de sacrificio santo, hostia inmaculada: *Sanctum sacrificium, hostiam immaculatam*; expresiones que añadió al canon el papa san Leon.

Pero ¿cómo se puede llamar santo é inmaculado otro sacrificio que el de Jesucristo? 1.º El sacrificio de Melquisedech se diferencia de todos los demas sacrificios en que estos llevaban las señales de nuestros pecados y debian ser destruidos en todo ó en parte: el de Melquise-

dech no tenia ninguna señal del pecado, ni nada que debiese ser destruido. Se destinaba todo entero para uso de los hombres como pudiera haberlo sido en el estado de inocencia. Luego en esto era santo é inmaculado figurando perfectamente el de la Eucaristía, que es ofrecido todo entero á Dios para uso de los fieles.

2.º El sacrificio de Melquisedech se llama por preferencia *un sacrificio santo, una hostia inmaculada*, porque no es simplemente uno de los sacrificios antiguos que figuraron el de Jesucristo, sino que es el mismo sacrificio que continuó, por decirlo asi, Jesucristo, y cuya figura cumplió entera y completamente, pues que la materia de esta oblacion fue continuada en el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo, constituido sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech. Esta observacion es de san Leon, á quien se atribuye la adicion de aquellas cuatro palabras. *Melquisedech*, dice, *representó tan bien á Jesucristo, que no ofreció hostias judaicas, sino los símbolos que consagró nuestro redentor, convirtiendolos en su cuerpo y sangre.*

Una representacion tan viva del sacrificio que instituyó Jesucristo para su iglesia, bien merece llamarse *sacrificio santo, hostia inmaculada* para dar á conocer mejor la santidad y excelencia infinita del de la iglesia cristiana.

Asi el espíritu de esta oracion es que se pida á Dios al hacer la ofrenda del cuerpo de Jesucristo que mire propiciamente nuestra oracion como miró las de Abel, Abraham y Melquisedech, no solamente porque los sacrificios ofrecidos por estos eran figuras vivas del de Jesucristo, sino tambien á causa de los grandes sentimientos de fé y amor que acompañaron á sus sacrificios. Pidamosle pues que fije en nosotros sus ojos de misericordia: que produzca en nuestros corazones disposiciones aun mas santas y una perfeccion todavia mayor que la de aquellos santos patriarcas, pues que la víctima de nuestra ofrenda es mas excelente, es la santidad y la divinidad misma: que tengamos la inocencia de Abel, la fé de

Abraham y la simplicidad de Melquisedech: que la oblacion exterior que hacemos del cuerpo de Jesucristo vaya acompañada de la interior de nosotros mismos, del sacrificio de todo cuanto somos, cuyo caracter principal es el desprendimiento de todo lo que poseemos. ¿Qué nos muestra Abel, que ofreció á Dios lo mejor que tenia? La mortificacion de nuestros deseos. ¿Qué nos enseña Abraham, que inmoló lo que mas amaba? Una fé ciega y una obediencia rendida. ¿Qué nos dice el ejemplo de Melquisedech, que ofreciendo cosas tan comunes como son el pan y el vino, aparta del sacrificio toda ostentacion y únicamente ofrece por sola la gloria de Dios? Nos manifiesta una simplicidad y pureza que solo se fija en Dios, no busca mas que á Dios, ni tiene otro objeto de sus pensamientos, deseos y obras que la gloria divina. Si ofreceis con estas disposiciones, confiad que Dios mirará con ojos propicios vuestra oblacion, derramará sobre vosotros sus misericordias, y el sacrificio del altar será una fuente de gracias espirituales para vosotros en el tiempo y la eternidad &c.

PLATICA XLV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Acabemos, hermanos mios, la oblacion del santo sacrificio. Despues de la consagracion hemos ofrecido á Dios el cuerpo y sangre de Jesucristo realmente presentes, como habeis visto en la primera oracion *Unde et memores*. La iglesia, unida y haciendo un mismo cuerpo con él, se ha ofrecido al mismo tiempo y ha encargado á aquella divina víctima de sus oraciones, deseos y necesidades. Asi os lo he explicado en la exposicion de la segunda oracion *Supra quæ*. Continuando esta doble oracion suplica á la divina majestad que la llene de bendiciones y gracias y derrame los frutos del santo sacrificio sobre ella y principalmente sobre los que parti-

cipan de él. Asi lo expresa la oracion *Supplices te rogamus*, que debo explicaros hoy.

Mas ¿cómo os expondré el sentido de esta oracion admirable? ¿Quién puede persuadirse á que la entiende? Encierra tantas maravillas y tan superiores á nuestra inteligencia, y son sus palabras tan profundas, asombrosas é incomprensibles segun Floro de Leon é Ivo de Chartres, que mejor convienen la veneracion y el temor que el examen. Acordemonos que este es el sacramento de fé: que no se puede profundizar demasiado sin peligro; y que no es dada á todos la inteligencia del gran misterio llamado el misterio por excelencia; y adoremos en silencio lo que no comprendamos. Con estas disposiciones vamos á explicar las palabras de esta oracion para penetrar su sentido en cuanto nos sea posible.

Te rogamos suplicantes, omnipotente Dios, que mandes sean llevadas estas cosas por las manos de tu santo angel á tu sublime altar en la presencia de tu divina majestad; para que cuantos tomaremos el sacrosanto cuerpo y sangre de tu hijo por esta participacion del altar, seamos llenos de toda bendicion celestial y de gracia por el mismo Cristo nuestro Señor.

Te rogamos suplicantes, *supplices te rogamus*. Esta oracion hecha en nombre de todos los que deben comulgar, tiene por objeto una gracia muy importante. La expresion *supplices* y la actitud del sacerdote que está profundamente inclinado, con las manos juntas y antiguamente con los brazos cruzados, todo anuncia el respeto y humildad con que debe rezarse esta oracion, que se dirige á Dios omnipotente, *omnipotens Deus*, porque se trata de pedirle una cosa grande, efecto de su omnipotencia.

Veamos lo que pedimos á Dios: Manda que estas cosas sean llevadas á tu sublime altar: *Jube hæc perferri in sublime altare*. Aun cuando no lo pidieramos, ¿no seria llevada indefectiblemente en presencia de la divina majestad la víctima del sacrificio, que es el cuerpo y la sangre de Jesucristo? Sin duda que sí; pero la iglesia

no deja de pedir con instancia lo mas cierto é infalible que hay por el decreto eterno de Dios segun el orden establecido en la gracia, y el mismo Jesucristo pidió la resurreccion y glorificacion de su propio cuerpo y todas las demas cosas que sabia deber suceder indefectiblemente. La razon es que este decreto y este orden de Dios comprenden y determinan tanto los medios como el fin, y entre estos medios el mas general é indispensable es la peticion, porque es una confesion de la dependencia, indigencia é indignidad de la criatura, y asi reconoce que Dios es la plenitud y el origen de todo el bien, el dueño absoluto de sus dones y el señor soberano de todas sus gracias, que da á quien quiere y como quiere. Con este espíritu pide la iglesia á Dios por boca del sacerdote que la víctima que le ofrece sea llevada por las manos de su santo angel al sublime altar del cielo, á fin de que sea un manantial de gracias y bendiciones para los que participen del sacrificio.

¿Cuáles son las cosas que pedimos sean llevadas al sublime altar del cielo? No puedo menos de daros dos explicaciones de esta expresion *jube hæc.*

En la primera se entiende por *hæc*, estas cosas, lo que se ve, lo que se muestra actualmente; y por consecuencia expresan el cuerpo y sangre de Jesucristo que el sacerdote tiene á la vista en el altar cuando hace esta oracion. Esta explicacion abunda en esas dificultades tan profundas segun el papa Inocencio III, que apenas puede el entendimiento humano penetrar su sentido; de donde infiere dicho pontífice con los que habian explicado la misa antes de él, que hay cierta cosa incomprensible é inefable en esta oracion y en esta oblacion de la consagracion.

Entendiendo *estas cosas* del cuerpo y sangre de Jesucristo no pretendemos que el Señor sea llevado nuevamente de la tierra al cielo, porque la iglesia sabe que Jesucristo está en él para no dejarle mas. Luego si se vale de esta expresion metafórica es por aludir á los antiguos sacrificios, en que la víctima era llevada, diga-

moslo asi, de la tierra al cielo y presentada á Dios por los ángeles. Porque debe siempre tenerse presente lo que hemos dicho muchas veces, á saber, que para hacer un sacrificio completo era preciso que fuese quemada la víctima despues de la inmolacion, á fin de que subiendo hácia arriba el humo llegase, por decirlo asi, ante el trono divino: que Dios le recibiese como una ofrenda de suave olor; y que en consecuencia derramase su bendicion y sus gracias sobre los que la habian ofrecido.

Jesucristo cumplió esta figura: fue inmolado en la cruz: se hizo inmortal por su resurreccion, la cual como un fuego destruyó todo lo mortal y corruptible que habia en él: subió hasta el trono de Dios por su ascension, y fue de este modo la fuente de las bendiciones y gracias divinas derramadas sobre los hombres el dia de Pentecostes: *Ascendens in altum dedit dona hominibus.*

En la misa representamos y renovamos estos grandes misterios. Por eso no solo decimos á Dios que le ofrecemos el sacrificio en memoria de la pasion, resurreccion y ascension de Jesucristo, y le pedimos que le acepte como aceptó los sacrificios figurativos de este, sinó que tambien le suplicamos que la víctima que acaba de ser inmolada místicamente en el altar, sea presentada delante de su trono para que podamos participar de ella y ser colmados de todas las gracias y bendiciones que nos traiga del cielo.

Pero ¿quién presentará esta víctima? La iglesia cree que solo Jesucristo es digno de presentar unos dones tan santos: asi desea ardientemente que los presente él mismo, para que la oblacion no pueda menos de ser aceptable tanto por parte del don como del que le presente. Este ardiente deseo de la iglesia la hace decir con santo anhelo *Jube*: Señor, tú eres omnipotente, manda. Mas ¿á quién ha de mandar? La iglesia por respeto á Jesucristo hijo de Dios no se atreve á decir: Manda á Jesucristo tu hijo; y dice simplemente: manda que este cuerpo y esta sangre preciosos sean llevados y presentados á ti: *Jube hæc perferri.*

Por las manos de tu santo angel, *per manus sancti angeli tui*, es decir, por Jesucristo mismo, el angel por excelencia, el santo angel de Dios, el angel del gran consejo, el angel del testamento, el único mediador por quien podemos tener entrada ante el acatamiento del Padre eterno. Como presentar por sus propias manos es presentarse uno mismo, pedimos que el mismo Jesucristo presente y lleve su cuerpo y sangre que ofrecemos.

A tu sublime altar en la presencia de tu divina majestad: *In sublime altare tuum, in conspectu divinæ majestatis tuæ.* ¿Cuál es ese altar sublime en donde continúa ofreciendose Jesucristo mismo? ¿Dónde está colocado? Porque aquí se trata de un altar muy distinto del altar ministerial sobre el cual se ofrece en la tierra. Hermanos mios, seria necesario un discurso entero para desenvolver esta cuestion, y aun asi solo tendriais una debil idea, y de ahí nacerian mil cuestiones mas incomprensibles las unas que las otras. Os diré pues en pocas palabras que ese altar sublime es Jesucristo hombre Dios: asi se le designa en varios pasajes del Apocalipsis; pero lo decisivo es el principio constante de que se vale Jesucristo para confundir á los escribas y fariseos, que hacian superior el don al altar é inferian que jurar por el altar no significaba nada; mas que si se juraba por el don que está sobre el altar, obligaba el juramento. Jesucristo los trata de ciegos é insensatos, y sienta el principio de que el altar del sacrificio debe ser mas santo y estimable que la víctima y el don ofrecidos en él: la razon es que el altar santifica el don, no este á aquel, y asi la víctima toma su santidad del altar: *Cæci! quid enim majus est, donum an altare quod sanctificat donum?*

Conforme á este principio es preciso que este altar sublime sea mas perfecto y santo que la humanidad de Jesucristo ofrecida en él, supuesto que esta humanidad debe tomar su santidad de él. Mas nada de lo criado es capaz de ser el altar de la humanidad de Jesucristo, porque nada de lo criado puede santificarla; y entre las cosas divinas é increadas no puede ser mas que la esencia

divina ó alguna de las tres personas. La esencia divina santifica sin duda la humanidad en Jesucristo; pero no inmediatamente porque no está inmediatamente unida á ella. Tampoco la persona del Padre ni la persona del Espíritu Santo santifican inmediata y propiamente la humanidad de Jesucristo, porque esta no está tampoco inmediatamente unida á aquellas en unidad de persona. Luego no puede ser sino la persona ó la subsistencia del Verbo, á la cual está unida inmediatamente la sagrada humanidad en la unidad de una misma persona, en la cual está, por decirlo asi, engerta y puesta como sobre un altar sagrado, de quien saca su santidad, excelencia y todo lo que la distingue de la naturaleza de los otros hombres; porque la persona del Verbo es la santidad personal de la naturaleza humana en Jesucristo. Esta santidad es tan peculiar suya, que no conviene ni aun á las otras personas divinas; y por ella se hace agradable á Dios esta divina víctima, es únicamente el objeto de las delicias y complacencia del Padre, en una palabra es el verdadero cordero de Dios y la sola víctima digna de serle sacrificada.

Asi el verdadero altar del sacrificio es la persona ó la subsistencia del Verbo, y sobre ese altar es puesta la víctima, es decir, la sagrada humanidad por el misterio de la Encarnacion no por una simple presencia ó union exterior, sino por una union tan íntima y estrecha, que no tiene fundamento y apoyo ni subsistencia sino por el Verbo.

En este altar se consumaron todas las partes del sacrificio, y lo que apareció al exterior se cumplió en espíritu y en verdad como debe serlo lo que mira al sacrificio de la nueva ley.

Por este altar fue santificada la víctima y separada no solo de todo lo profano, sino de lo mas santo que hay en la tierra y en el cielo.

Sobre este altar fue ofrecida esta víctima desde el primer instante de su vida en el Verbo, es decir, desde el instante de la encarnacion, y se presentó y subrogó

á las víctimas antiguas; y en consideracion de este altar la aceptó el Padre y la recibió por su víctima y para satisfaccion de los pecados del mundo.

Sobre este altar fue inmolada la víctima, y si la cruz que la sostuvo en su muerte mereció el nombre de ara, es porque representaba ese altar invisible, de que nunca estuvo separada la sagrada víctima aun cuando perdió la vida y fue desprendida de la cruz, sino que persevera eternamente unida á él para estar siempre expuesta ante la soberana majestad de Dios.

En este altar fue consumada la víctima y glorificada en su resurreccion; y no vemos otro exterior sobre el cual haya cumplido Jesucristo esta última parte de su sacrificio, que es al mismo tiempo la perfeccion y el complemento de él.

En este altar fue llevada la sangre de la víctima al santuario invisible por el sumo sacerdote cuando volvió á su Padre y entró otra vez, por decirlo asi, en el seno de este.

Por último en este altar será presentada eternamente á Dios esta víctima perfecta y completada por la union de todos sus miembros, le adorará, le rendirá el amor, las alabanzas y los hacimientos de gracias que se le deben, y continuará sin intermision este sacrificio en el que consisten el júbilo y la felicidad eterna de los santos.

¿Y en qué templo está colocado este altar sublime? No es en el cielo, porque san Juan á quien Dios manifestó el altar, la víctima y el sacrificio de la iglesia del cielo, dice en el Apocalipsis que no vió templo en ella: *Templum non vidi in ea.* Al punto concibió la razon porque no vió templo en la gran ciudad de la Jerusalem celestial, y es que el Señor Dios omnipotente es el templo y el cordero de ella: *Dominus enim Deus omnipotens templum illius est et agnus.* Ademas nos dice Jesucristo que en el sacrificio siempre es el templo mas santo que los dones y las víctimas ofrecidas en él y que el altar es el que las santifica. ¿Y puede decirse que sea el cielo

mas digno y santo que la víctima del sacrificio de Jesucristo, que es Jesucristo mismo? ¿Se puede imaginar una cosa criada que se acerque á su santidad y dignidad infinita? Luego el templo en que está colocado el altar no es otro que el seno de Dios padre: solo este seno es un templo digno de él, como que es mas santo que la humanidad de su hijo y es el principio y el origen de toda su santidad: *Templum quod sanctificat donum.* Verdaderamente este templo es el que santifica su víctima: *Quem Pater sanctificavit et misit in mundum.* Este templo la hace digna de él y origen de santificacion para sus miembros, á fin de que estos sean la víctima de Dios como partes de su cuerpo.

No nos figuremos que el seno del Padre sea una cosa semejante á lo que vemos en los hombres: no desechemos tampoco esta expresion, pues es cierto que Dios es padre y tiene un hijo. No titubeemos en decir *el seno del Padre*, pues él mismo dice en los salmos á su hijo que le engendró en su seno; y san Juan nos enseña que el Unigénito está en el seno del Padre: *Unigenitus qui est in sinu Patris.* Este seno no es corporeo ni sensible: no es otra cosa que el secreto mas íntimo del Padre, como dice san Agustin, el abismo infinito é impenetrable de su sustancia.

Jesucristo pues, que es al mismo tiempo la víctima de su sacrificio, es el altar sobre el cual es presentado á Dios y el angel que le lleva, recibiendo estas diferentes cualidades segun las diferentes cosas de que está compuesto. Por su espíritu es sacerdote, por su cuerpo víctima, y es altar en razon de su persona ó de su subsistencia divina, en cuanto está unida á él la naturaleza divina, y esta no subsiste sino en la persona del Verbo. Este sacerdote, esta víctima y este altar estan y estarán eternamente en el seno de Dios, que es el verdadero templo de tan augusto sacrificio.

Mas si el sacerdote, la víctima y el altar estan en el seno de Dios, ¿cómo pedimos que sean llevados al cielo los dones sagrados? Es preciso penetrarse del

espíritu de esta oracion. Se trata de los que comulgan y participan del sacrificio del altar, para que cuantos por esta participacion recibieren el sacrosanto cuerpo y sangre de Jesucristo, sean colmados de toda bendicion celestial y llenos de gracia: *Ut quotquot ex hac altaris participatione sacrosanctum filii tui corpus et sanguinem sumpserimus, omni benedictione cœlesti et gratia repleamur*. Mas para que se derramen sobre nosotros estas bendiciones y gracias en virtud del sacrificio, es menester que la víctima sea llevada ante el trono de Dios en la presencia de su divina majestad, *in conspectu divinæ majestatis tuæ*: es menester que la reciba Dios, y en consecuencia de su aceptacion y de su comunion que precede atraiga esta víctima bendiciones sobre los que la habian ofrecido.

Para este fin era quemada la víctima en los antiguos sacrificios, para que subiendo el humo por decirlo asi hasta el trono de Dios atrajese bendiciones sobre los que la habian ofrecido: este humo de las víctimas que subia hácia el cielo, no podia ser mas que una simple figura, ni era capaz por sí de atraer dichas bendiciones; pero el cuerpo y la sangre de Jesucristo presentandose á la majestad de Dios su padre como un suave aroma atraen por sí todas las gracias y hacen participantes de ellas á los que han recibido este cuerpo adorable y se han unido íntimamente á él recibiendole con mucha fé y amor.

Jesucristo que ofrece en la tierra su cuerpo y sangre realmente presentes en nuestros altares visibles y materiales, se ofrece tambien en el cielo; y ese mismo cuerpo y sangre estan allí tambien realmente presentes y en el seno mismo de Dios. La oblacion de la tierra y la presencia de su cuerpo y sangre no duran en nuestros altares sino en cuanto duran las especies debajo de las cuales está oculto, en vez que su oblacion y su presencia en el cielo son eternas y sin interrupcion. Jesucristo pues viene á nosotros en su sacramento solamente para atraernos á él en su gloria: la iglesia le mira en el altar de nuestros templos; pero no descansa enteramente

la fé en él como está sobre el altar, sino que le contempla en su gloria, desde donde viene á nosotros sin dejarla y nos trae las bendiciones y gracias.

Jesucristo que se ofrece en nuestros altares y al mismo tiempo en el cielo, ofrece tambien con él toda su iglesia y todas las buenas obras de los fieles, y por consiguiente debemos pedir que la ofrenda que nosotros hacemos del sacrificio, la accion mas excelente de la religion, sea comprendida en la que él hace á su Padre. Mas esta razon entra en la segunda explicacion de esta oracion, que dejo para el domingo inmediato. Segun la primera el sentido es que teniendonos por indignos de presentar á Dios esta hostia inmaculada para que la acepte inmediatamente de nuestras manos, le suplicamos que mande que Jesucristo ofrecido por nosotros en este altar material, Jesucristo su santo angel, el angel del gran consejo, le presente en el cielo la ofrenda de su cuerpo y sangre que le hacemos en la tierra, para que cuantos recibieremos estos dones sagrados por la participacion del altar seamos colmados de bendiciones y gracias. Amen.

PLATICA XLVI.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

El fin del sacrificio con respecto á los que le ofrecen es participar de la víctima ofrecida y por esta participacion recibir las gracias y auxilios que se piden y esperan. Mas no puede hacerse esta participacion hasta que la víctima ha sido presentada ante el trono divino y aceptada por Dios; y en consecuencia de esta aceptacion es cuando atrae bendiciones sobre los que la ofrecen. Por eso la iglesia en la inefable oracion que empecé á explicaros en la plática anterior, pide que el mismo Jesucristo presente al eterno Padre su cuerpo y sangre, víctima de su sacrificio, y los lleve ante la divina majestad; y porque sabe que al mismo tiempo que ella hace en el altar visible y ministerial de nuestros templos una oblacion pasajera que solo

dura cuanto subsisten las especies bajo de que está oculto, Jesucristo hace en el seno de su Padre una oblacion eterna y sin interrupcion, que es recibida y aceptada por este, porque es la oblacion de la humanidad de su hijo engerta y puesta sobre la persona del Verbo como sobre un altar. La iglesia que sabe que la oblacion del cuerpo natural de Jesucristo, hecha por ella en el altar de la tierra, está comprendida en la que él mismo hace en el altar sublime del cielo, confia firmemente que en virtud de esta aceptacion de la víctima divina serán colmados de bendiciones y gracias todos los que participan del altar. Tal es el primer sentido de la oracion *Supplices te rogamus*, que he creido deber repetiros porque es dificil.

Pero hemos dicho muchas veces que en el sacrificio de la misa se hace la oblacion del cuerpo entero de Jesucristo; y este cuerpo entero de Jesucristo considerado en toda su integridad y perfeccion comprende la iglesia que es su cuerpo místico, y por consecuencia á todos vosotros que sois sus miembros. Este es el segundo sentido de la oracion.

El papa Inocencio III temiendo que alguno se deje deslumbrar de la profundidad del misterio dice que salvo el sacramento oculto del celestial oráculo pueden entenderse estas palabras mas sencillamente; pero con mas seguridad: *Salvo tamen occulto cœlestis oraculi sacramento, possunt hæc verba simpliciùs, tamen securiùs intelligi.* Veamos qué sentido es este.

Os suplicamos, Dios omnipotente, mandeis que estas cosas, es decir, todos nosotros que nos unimos á Jesucristo y hacemos una misma y única oblacion con él, nuestros votos, súplicas y peticiones sean llevados hasta vuestro sublime altar en presencia de vuestra divina majestad: *Jube hæc perferri in sublime altare tuum, in conspectu divinæ majestatis tuæ.* ¿Qué es llevar hasta Dios nuestras oblaciones, peticiones y plegarias? ¿Qué es elevarlas hasta el cielo y hacerlas llegar á su trono? En el lenguaje de la Escritura es presentarselas de tal

suerte y con tan pura confianza, que le sean agradables. Este modo de hablar está tomado del rito de los antiguos sacrificios. Ya hemos visto que se levantaba la víctima; lo cual en cierta manera era enviarla á Dios y pedirle por esta accion que la recibiera. Esto se percibia mas en los holocaustos, cuyo humo dirigiendose hácia arriba iba á confundirse con las nubes y parecia querer subir hasta el trono de Dios. Las oraciones que se decian al mismo tiempo parecia que seguian tambien el mismo camino: asi decia David: Señor, sea dirigida mi oracion como el incienso á tu presencia: *dirigatur, Domine, oratio mea sicut incensum in conspectu tuo.* Por eso el angel del Apocalipsis aparece con un incensario en la mano, y se dice que el *humo* de su incienso, es decir, las *santas oraciones* que procedian de un corazon abrasado del divino espíritu, *subia delante de Dios desde su mano*, es decir, que era agradable al Señor. Esto es lo que se llama tambien en la Escritura el sacrificio de buen olor delante del Señor, cuando se hacia la oblacion con un corazon puro, y procediendo la oracion de una conciencia inocente subia á Dios con el humo del holocausto. Asi la iglesia acostumbrada al lenguaje de la Escritura pide á Dios en esta oracion hecha despues de la consagracion que estas cosas, es decir, nuestras súplicas y peticiones sean llevadas al cielo en presencia de la divina majestad. *Jube hæc perferri in sublime altare tuum, in conspectu divinæ majestatis tuæ.*

Añadimos por manos de tu santo angel, *per manus sancti angeli tui*, porque no basta que ofrezcamos cosas santas y que teniendo á Jesucristo presente le encarguemos de nuestras súplicas y peticiones, sino que tambien debemos ser santos los que ofrecemos. Con este espíritu nos unimos á los santos ángeles, que segun lo que dijo Rafael á Tobias y lo que leemos en el Apocalipsis, presentan á Dios nuestras oraciones y lágrimas en el altar sublime en presencia de la divina majestad. Y cuando pedimos la intercesion del santo angel, no buscamos un mediador como si no bastara Jesucristo, y

menos aun le damos por tal á Jesucristo mismo ó á su Eucaristía, que por su sola institucion seria aceptabilísima sin intervencion del angel, sino que lo que es santo por sí, es recibido aun mas agradablemente cuando lo ofrecen santos. Por eso la iglesia implora al angel para que ofrezca á Dios con ella, ese angel que segun la tradicion constante de toda la iglesia dirige la oracion, la sagrada ofrenda y las peticiones de la congregacion de los fieles cristianos, á quienes se juntan en unidad de espíritu todos los santos ángeles. Ya nos unimos con ellos al principio del sacrificio cuando cantamos el himno de los serafines, es decir, el Trisagio. En lo restante de esta oracion pedimos que despues de habernos unido á ellos deseemos que ellos se unan á nosotros en nuestras oblaciones, para que estas sean mas agradables siendo ofrecidas por sus manos, y nuestros presentes suban con mas prontitud hasta el altar celestial siendo llevados por tan dichosos mensajeros.

Debemos pues unirnos con todos ellos y elevarnos á ese sublime altar. Nosotros somos en verdad quienes debemos subir á él en espíritu, y subimos y llevamos, por decirlo asi, á Jesucristo con nuestros votos y nosotros mismos, cuando levantandonos sobre el mundo y unidos á los espíritus bienaventurados no respiramos mas que las cosas celestiales. ¿Qué parte pueden tener aquellos cuya alma está entregada á las cosas terrenas, cuyo corazon está agitado de pasiones, que no aman mas que al mundo, ni piensan mas que en los bienes del mundo, ni viven mas que la vida de los sentidos? ¿De qué votos pueden encargar á esa divina víctima para que los lleve hasta el altar sublime? ¿Se unirian á la pureza y santidad misma unos deseos formados por la carne y las pasiones? Unos espíritus que se arrastran por la tierra, dedicados únicamente á los negocios temporales, pensando enteramente en sus necesidades corporales ó entregados á los placeres, ¿entrarian en sociedad con los ángeles para que estos los presentasen á la majestad de Dios? No, hermanos mios, la union es imposible: los

ángeles no llevan al altar de Dios mas que lo que es digno de Dios: no presentan ante el trono divino mas que las súplicas de los santos y los impulsos del corazon formados por el amor y la caridad; y Jesucristo presente en el altar visible de la iglesia solo eleva con él al altar sublime del cielo los votos de los que únicamente buscan á Dios, desean su gracia y suspiran por su gloria; porque si viene á nosotros en el sacrificio, es para llevarnos á él en su gloria. Nosotros le miramos en el altar; pero nuestra fé no descansa enteramente en él como está en el altar, sino que le contemplamos en su gloria, desde donde viene á nosotros sin dejarla y á donde nos eleva tambien, para que estando con él en el altar celestial sintamos caer sobre nosotros todas las bendiciones y gracias espirituales. Asi por relacion á nosotros pedimos la elevacion de nuestra santa víctima hasta el sublime altar.

A los que tienen estas disposiciones les es permitido acercarse al altar visible de la tierra, participar de él y recibir el sacrosanto cuerpo y sangre del hijo de Dios: *Ut quotquot ex hac altaris participatione sacrosanctum filii tui corpus et sanguinem sumpserimus.* En consecuencia de la aceptacion que Dios hace de nosotros, nos es permitido participar del altar de nuestros templos. Nadie pues se figure que porque se acerca á él, sea por eso agradable á Dios y tenga derecho de esperar bendiciones y gracias del Señor. No, dice san Agustin, todos indistintamente, buenos y malos, justos y pecadores, perfectos é imperfectos se acercan al altar de la tierra; pero ¿son admitidos todos al altar sublime é invisible del cielo? Esta verdad es capaz de infundirnos temor y terror: Dios aparta invisiblemente de aquel á los pecadores y los impide acercarse: *Est enim quoddam sublime altare invisibile, quo accedit non injustus.* Solo recibe á los que se acercan al altar de la tierra con suficiente pureza, santidad é inocencia para dar justa confianza de que se le agrada y que no ve nada en ellos que pueda disgustarle: *Ad illud altare ille solus accedit, qui ad istud securus accedit.* ¿Y en qué con-

siste esa pureza é inocencia necesaria para participar del sacramento del altar? En una perfecta union con Jesucristo: que nuestros sentimientos, deseos y afectos sean dignos de él: que seamos uno con él como se lo pidió á su padre: *Ut sint consummati in unum*: que en consecuencia de esta unidad estemos nosotros donde está él: *Ubi sum ego, et illi sint mecum*; y que entremos en tales comunicaciones con su cuerpo adorable, que no pueda ser presentado á la divina majestad en el cielo sin que seamos presentados nosotros mismos.

La aceptacion que Dios haga de esta oblacion de nosotros mismos, comprendida é incluida en la de Jesucristo, será para nosotros un manantial de gracias y nos atraerá todas las bendiciones celestiales: *omni benedictione cœlesti et gratia repleamur*. El cuerpo y la sangre de Jesucristo, que presentandose á la majestad de Dios su padre como un suave aroma atraen por sí todas las bendiciones y gracias, nos harán participantes de ellas cuando recibieremos ese cuerpo adorable, y nos uniéremos íntimamente á él recibiendole con mucha fé y amor. Para los que tienen tales disposiciones pide la iglesia todas las bendiciones celestiales, *omni benedictione cœlesti*, es decir, todos los dones necesarios para cumplir nuestros deberes y ministerio y todas las señales de la proteccion de Dios; pero sobre todo la gracia que nos santifique, *et gratia*; don preciosísimo y preferible á todas las bendiciones. Y lo pedimos por el mismo Señor Jesucristo: *per eumdem Christum Dominum nostrum*; porque por él nos vienen todas las gracias de que es principio y origen su oblacion. Ve aquí pues el segundo sentido de esta oracion: Haced, Dios omnipotente, que los santos ángeles presenten á vuestra divina majestad nuestros votos, súplicas y nosotros mismos que tenemos la honra de ser ofrecidos con nuestro Salvador, para que participando del altar visible por la suncion del cuerpo de Jesucristo vuestro hijo no seamos desechados de vuestro altar invisible, sino colmados de vuestras bendiciones celestiales.

Esta oracion va acompañada de signos de cruz que el sacerdote hace sobre el cuerpo y sangre de Jesucristo y sobre sí mismo. Ya os dije al explicaros la oracion *Unde et memores* que estos signos de cruz hechos despues de la consagracion sobre los dones sagrados del altar no se empleaban para bendecirlos, sino para mostrar que son el cuerpo y sangre de Jesucristo y unas vivas expresiones que nos recuerdan ser aquel el mismo cuerpo que fue crucificado y la misma sangre que se derramó en la cruz por nosotros. Ahora añado otra razon que conviene de un modo particular á la presente oracion. Como se hace en nombre de los que comulgan, se refieren estos signos de cruz á aquellos que deben recibir el cuerpo y sangre, porque conviene distinguir la bendicion con que se consagran los sacramentos, de todas las demas bendiciones. Estas no tienen mas que un objeto, ó los fieles por quienes se pide, ó alguna materia, como el agua, la sal &c. Estas bendiciones van ordinariamente acompañadas del signo de cruz en testimonio de que toda bendicion espiritual desciende sobre nosotros por la cruz de Jesucristo. Mas la bendicion con que se consagran los sacramentos se extiende á mas, y se bendicen solo por bendecir y santificar al hombre que participa de ellos. Tiene pues dos efectos esta bendicion, el uno respecto del sacramento y el otro respecto del hombre. Asi cuando se bendicen los dones, es decir, el pan y el vino, antes de la consagracion, esta bendicion tiene los dos efectos tanto respecto del sacramento mismo que se quiere consagrar, como respecto del hombre á quien se quiere santificar por el sacramento. Mas despues de la consagracion la bendicion consumada enteramente con respecto al sacramento no subsiste ya sino respecto del hombre, á quien hay que santificar por la participacion del misterio; y eso es lo que significan los signos de cruz que se hacen sobre el pan y el vino consagrados. Este es el sentido de las palabras que decimos: *para que cuantos tomaremos el sacrosanto cuerpo y sangre de tu hijo por esta participacion del al-*

tar, seamos llenos de toda bendicion celestial y gracia; palabras que muestran evidentemente que no se hace aquí una bendicion sobre las cosas ya consagradas, sino que es una oracion en que se pide que siendo ellas santas por sí atraigan la bendicion y la gracia sobre los que son participantes de las mismas.

En efecto aunque el sacrosanto cuerpo de Jesucristo esté lleno de gracia, y la virtud medicinal que en él reside esté siempre pronta á manar por todas partes; ¡cuántos obstáculos ponemos nosotros! ¡Cómo se detienen sus efectos por nuestra corrupcion é ingratitud! San Marcos nos dice que Jesucristo no pudo hacer ningun milagro en su patria, á no ser que curó unos pocos enfermos, por la incredulidad de los habitantes: *Et non poterat ibi virtutem ullam facere, nisi paucos infirmos curavit; et mirabatur propter incredulitatem eorum.* Asi oramos con el fin de que salga una bendicion tan eficaz y abundante de este divino cuerpo, que se curen todos nuestros males espirituales y que hasta la incredulidad se vea obligada á ceder y se disipe enteramente.

Las bendiciones que se hacen con signos de cruz sobre el cuerpo de Jesucristo, ó no miran á este divino cuerpo, sino á los que deben recibirle, ó si miran á él, muestran las bendiciones y gracias en que abunda y que desea derramar sobre nosotros con profusion en el caso de no impedirlo nuestra indignidad. Al hacer el signo de cruz sobre nosotros pedimos que teniendo la honra de ser ofrecidos con Jesucristo como sus miembros y haciendo un mismo cuerpo con él se difunda la gracia de la cabeza sobre nosotros y seamos colmados de bendiciones que sean una prenda de la vida eterna &c.

PLATICA XLVII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la oracion explicada el domingo anterior pedimos á Dios que seamos colmados de celestiales bendicio-

nes y gracias por la participacion del altar y la suncion del cuerpo y sangre de Jesucristo. Despues del primer memento todas las oraciones han sido por los fieles vivos: es muy natural que al querer orar por los difuntos añadamos: *Acuerdate tambien, Señor, de tus siervos y siervas que nos precedieron con el signo de la fé y duermen en el sueño de paz. Acuerdate tambien, Señor*, es decir, socorre, ayuda, alivia á los difuntos, derrama tus gracias sobre ellos, segun dijimos en la explicacion del primer memento.

¿Por qué se pone esta oracion despues de la consagracion? La razon es muy clara. Antes de la consagracion pedimos el auxilio divino para las personas vivas, porque pueden unirse al sacerdote, ofrecer con él y por él la víctima santa del cuerpo de Jesucristo y prepararse por su gracia á participar de ella en la sagrada comunion. Mas los difuntos no estan ya en estado de ofrecer, participar, merecer y prepararse: solo les resta recibir la aplicacion y fruto del sacrificio. Asi no se implora el auxilio divino por ellos hasta despues de la consagracion, porque pedimos esta participacion y aplicacion cuando Jesucristo está presente en el altar, le ofrecemos á su padre y derrama sus bendiciones y gracias á consecuencia de la aceptacion que hace.

De esta comunion asi entendida son capaces los difuntos. El sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio de toda la iglesia; por consiguiente toda ella debe comunicar y participar del mismo; y como las almas que padecen en el purgatorio son parte de la iglesia, cuerpo místico de Jesucristo, pueden participar de aquel sacrificio. ¿Y cómo participan? Recibiendo por su eficacia la aplicacion de los méritos de la muerte del hijo de Dios cuya oblacion se continúa en el altar, y los auxilios que han menester para acabar de satisfacer á la justicia divina y entrar luego en la comunion del cielo. Estas almas participaron ya en misterio del sacrificio de Jesucristo por el sacramento de fé, *signo fidei*, por el cual les son aplicadas la oblacion, muerte y resurrec-

cion de Jesucristo; de suerte que este es la víctima de ellas, y su sacrificio es el sacrificio de ellas, y satisface por ellas y las purifica como si fueran ofrecidas, inmoladas y consumidas ellas mismas y mereciesen ser aceptadas por Dios en holocausto.

Ademas han comunicado de este sacrificio tantas veces como les han sido comunicadas la gracia de Dios y el espíritu de Jesucristo, y han sido como sacrificadas realmente en su muerte con Jesucristo; porque la muerte de los cristianos que se hace en la caridad, estando unida á la de Jesucristo, viene á ser un sacrificio que en cierto modo los consume. Y cuando el fuego sagrado de la caridad que tienen á la hora de la muerte, es bastante eficaz y ardiente para consumir todas sus manchas é imperfecciones, pasan desde aquel instante al verdadero templo de Dios, que los recibe como un sacrificio agradable á sus ojos y los hace entrar en su seno como parte de su propia víctima que es Jesucristo, segun se lo pidió este el dia de su sacrificio por sus escogidos: Para que donde yo estoy, esten ellos tambien conmigo: *ut ubi sum ego, et illi sint mecum.*

Mas cuando el fuego de la caridad no es bastante vivo ni ardiente para purificar las almas y ponerlas en estado de ser ofrecidas á Dios con Jesucristo en el cielo, le suple el fuego del purgatorio donde son abrasadas y consumidas las reliquias de sus culpas: esta purificacion y consuncion se abrevian muchas veces por la caridad de Jesucristo y de la iglesia que ofrece esta víctima por ellas. Entonces estan perfectamente purificadas, entran en el lugar de refrigerio, de luz y de paz, y comunican completamente de Dios como Dios comunica en cierto modo de ellas recibiendolas en su seno.

¡Cuán admirable es este concierto divino de la iglesia de la tierra! ¡Cuán bien corresponde al fin del sacrificio de la misa! La iglesia se ofrece con Jesucristo en sacrificio, se une con la del cielo para hacer esta ofrenda, y pide el alivio y la libertad de la del purgatorio, á fin de que reunidas estas tres iglesias bajo de su comun

cabeza Jesucristo no tengan todas mas que un corazon y una voz para amar, alabar, bendecir y glorificar á Dios por toda la eternidad, que es el único objeto de la religion cristiana.

¿Y quiénes son los fieles por los cuales pedimos el auxilio divino y ofrecemos el sacrificio? Los que murieron en el amor de Dios y merecen ser llamados sus siervos y siervas: *Memento etiam, Domine, famulorum famularumque tuarum.* Algunos van á gozar de la gloria de Dios asi que mueren: no pedimos por estos, porque se colmaron ya sus deseos; al contrario imploramos su intercesion y ruegos. Tampoco pedimos por los que mueren sin la fé que obra por la caridad. *En vano*, dice san Agustin, *se ofrecerian por ellos las obras de la religion, cuya prenda no tuvieron cuando estaban en este mundo, ó porque no recibieron la gracia de los sacramentos, ó porque la recibieron en vano, y amontonaron un tesoro de ira y no de misericordia.* De estos dicen las sagradas letras que en cualquier lugar que cayeren allí se estarán: *In quocumque loco ceciderit, ibi erit.*

Mas toda la antigüedad conoció un estado medio, compuesto de los que muriendo en la fé, el amor de Dios y la comunion de los santos no gozan aun de la gloria y necesitan de las oraciones de la iglesia, ó porque no han satisfecho todas las penas temporales debidas á los pecados mortales, cuya pena eterna les fue perdonada en el sacramento de la penitencia, ó porque son todavia reos de otras culpas que deben ser expiadas. Por estas penas y culpas debemos ofrecer oraciones y sacrificios á Dios. En una palabra, decia Flóro en el siglo IX, no podemos pedir mas que por aquellos que mueren fieles y que consideramos como miembros de Jesucristo; pero cuyas obras necesitan purificarse antes de entrar en las mansiones eternas, que solo estan abiertas, para los que se hallan enteramente purificados de todas las reliquias del pecado.

Estos son los caracteres de los difuntos por quienes

se pide, y asi lo expresa la iglesia en esta oracion cuando suplica á Dios que se acuerde de sus siervos y siervas que nos precedieron con el signo de la fé, *qui nos præcesserunt cum signo fidei*, y duermen en el sueño de paz, *et dormiunt in somno pacis*; es decir, que murieron con las señales de la fé despues de haber recibido el bautismo que es el sacramento de la fé, practicado los actos de la religion y dado en los últimos instantes de la vida muestras de una fé cristiana animada de la caridad. La muerte de los que mueren con estas disposiciones, se llama *sueño* porque deben resucitar para la vida eterna, y *sueño de paz* porque mueren en la comunion de la iglesia que siempre se ha llamado la paz. Morir en la paz segun el antiguo lenguaje de que usa con frecuencia san Agustin, es morir con las señales de la comunion eclesiástica en la unidad y sociedad con Jesucristo y su iglesia sin haber sido separado por la herejía, el cisma ó los pecados mortales, ó si se ha tenido la desgracia de incurrir en estos, habiendose reconciliado con Dios por el sacramento de la penitencia.

La oracion que se hace por los difuntos en el sacrificio de la misa estando presente el cuerpo de Jesucristo, ha tenido siempre dos objetos, uno particular y otro general. El particular es la recomendacion de algunas personas de quienes hace el sacerdote mencion particular en el altar, ya nombrándolas públicamente ó rezando como se practicaba en la primitiva iglesia los nombres de los sugetos mas recomendables escritos en los dipticos (las dos letras N. N. que se ven aun en el ordinario de la misa, son un vestigio de esta antigua costumbre); ó sin nombrarlos se contentaba el sacerdote con tener en su memoria á aquellos por quienes queria pedir en particular, como se lo encargó santa Mónica á su hijo san Agustin á la hora de la muerte: Acuerdate de mí cuando estés en el altar: *Memento mei cùm fueris ad altare.* Esta es la costumbre que se sigue al presente: el sacerdote recomienda en secreto aquellos de quienes debe hacer especial conmemoracion; y todos voso-

tros debeis en particular practicar lo mismo acordandoos especialmente de vuestros parientes, deudos y amigos y en una palabra de aquellos por quienes teneis obligacion de pedir.

¡Cuántos motivos os persuaden á que os acordeis de ellos en la misa y presenteis á Dios la víctima de propiciacion por ellos! Motivos de piedad que deben obligaros á tomar parte en sus padecimientos: motivos de gratitud, porque de ellos teneis lo que poseeis, el ser, la vida y la hacienda: motivos de caridad, porque les proporcionais el sumo bien y aplacais la justicia de Dios por el medio mas poderoso y eficaz, que es el sacrificio, cuyo mérito no depende de la santidad del que le ofrece ni del que le manda ofrecer, sino que únicamente está aparejado á la persona de Jesucristo y el precio de su sangre: Dios no mira mas que la víctima, y en vista de las profundas humillaciones y de los méritos infinitos de esta se amansa su ira y se aplaca su justicia. Motivos de conmiseracion: nuestros hermanos padecen dolores y males que en nada serian inferiores á los del infierno si no los alentara la esperanza; y padecen estos males sin poder procurarse por sí ni la libertad, ni el mas ligero alivio.

Pero me distraigo de mi objeto: no se trata de exhortaros á orar por los difuntos ni de probaros la necesidad de hacerlo, sino de explicaros la oracion que os propone la iglesia con este fin. Primeramente pide por ciertas personas en particular, *ipsis, Domine*, que se indican por las letras N. N. y han muerto con los signos de la fé y la paz; mas tambien quiere que se pida en general por todos los fieles, por todos los que descansan en Jesucristo, *et omnibus in Christo quiescentibus*, para que *nuestra madre comun*, dice san Agustin, *llena de ternura hácia sus hijos, supla los deberes á que pudieran faltar los hijos, padres, deudos ó amigos.* Los siglos mas remotos nos presentan testimonios decisivos de la diligencia con que siempre se ha orado por los difuntos cuantas veces se ofrecia el santo sacrificio.

No ha habido jamas una liturgia en que falte esta oracion, y san Cirilo de Jerusalem que florecia á mediados del siglo IV, instruye en la catequesis quinta á los recien bautizados de la necesidad de orar por los difuntos: *Nosotros oramos*, dice, *por todos aquellos que han salido de este mundo en nuestra comunion, creyendo que sus almas reciben un grandisimo alivio de las oraciones que se ofrecen por ellos en el santo y tremendo sacrificio del altar.* San Juan Crisóstomo y san Agustin declaran que esta es la práctica de la iglesia universal. *Toda la iglesia observa*, dice san Agustin, *que en el lugar del sacrificio donde se hace mencion de los difuntos, se pida y ofrezca por todos los que murieron en la comunion del cuerpo de Jesucristo.* Y Tertuliano á fines del siglo II miraba la oracion por los difuntos en el sacrificio como una tradicion divina y un depósito de la fé. Hacemos ofrendas por los difuntos, dice este padre; y si preguntas la razon de ellas, te alegamos que la tradicion es su autora, la costumbre las confirma y la fé las guarda: *Oblationes pro defunctis facimus: harum si rationem expostules, traditio tibi prætenditur auctrix, confirmatrix consuetudo, fides servatrix.*

¿Y qué se pide por ellos? El lugar de refrigerio, de luz y de paz: *Locum refrigerii, lucis et pacis ut indulgeas deprecamur.* Se pide el lugar de refrigerio porque padecen grandisimas penas. Hablando Tertuliano de una mujer cristiana que habia sobrevivido á su marido, se vale de esta palabra, y dice que oraba por el ánima de este, y entretanto pedia su refrigerio ofreciendo el sacrificio el dia de su aniversario: *Pro anima ejus orat, et refrigerium interim adpostulat ei, et offert annuis diebus dormitionis ejus.* Esta voz corresponde al fuego voraz que los abrasa y atormenta. Ademas se pide la luz y la paz, *lucis et pacis*, porque aunque no pierden la fé ni la confianza en Dios, sin embargo la memoria de sus pecados y todos los demas medios con que se sirve probarlos el Señor, los ponen en un estado de obscuridad y turbacion que los hacen desear el lugar de la luz y la

paz. Por mas que los aliente la esperanza, se hallan en un abatimiento que nos mueve á pedir á Dios los libre de ese estado de tormento y los lleve al lugar de refrigerio prometido á los justos, donde no habrá lágrimas, ni gritos, ni afliccion, á la morada de la luz y la paz de donde estan desterradas la obscuridad y las tribulaciones.

Si Jesucristo, siendo la inocencia misma y la perfecta caridad, se sobrecogió de terror por sola la semejanza del pecado y se vió oprimido de una afliccion suma hasta el punto de decir al Padre eterno: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Si nuestro divino Salvador pareció tan afligido y conturbado que vino á fortalecerle un angel del cielo; ¿cómo se ha de extrañar que las almas de los fieles que murieron en la caridad, pero que expian sus culpas, se hallen en un estado de tristeza, tribulacion y abatimiento y en una especie de abandono, y que en tal estado necesiten que la iglesia les alcance el consuelo por sus sufragios? Esta le pide por Cristo nuestro Señor, *per Christum Dominum nostrum*, que bajó á los infiernos para sacar las almas de los justos y llevarlas al cielo.

Pero esta oracion no se refiere solo á aquellos de quienes el sacerdote y vosotros haceis mencion particular, sino generalmente á todos los fieles difuntos. El sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio de toda la iglesia, del cual no puede excluirse á ninguno de los que estan unidos á ella por la caridad como los miembros por el cuerpo. Asi la iglesia no deja de recomendar ni una sola de estas almas en cada misa, y todas tienen en su sacrificio la parte que se sirve dar á cada una Jesucristo, cabeza de este cuerpo. Es pues injustisimo considerar á algunas ánimas del purgatorio como abandonadas ó la mas abandonada: este modo de hablar es contrario al espíritu de la iglesia que ofrece el santo sacrificio por todas. Mas la aplicacion general no quita, como hemos dicho, que se aplique particularmente á aquellos que queremos recomendar. Acerca de este punto creo deber

exponeros la costumbre de la iglesia seguida siempre hasta estos últimos tiempos, en que se ha dejado por razones de comodidad y pereza; y desearia persuadiros á que la restablecieseis.

Antiguamente se ofrecia por cada difunto la misa de cuerpo presente el dia de su entierro. Tertuliano hace la descripcion de esta ceremonia hablando de una difunta que juntó las manos en tanto que el sacerdote decia las preces sobre el cadaver. Eusebio escribiendo las exequias del emperador Constantino cuenta que su cuerpo fue honrado con las ceremonias sagradas de la liturgia mística. S. Agustin refiere el entierro de su madre y dice: Se llevó el cadaver, y se ofreció por ella el sacrificio de nuestra redencion. Lo mismo dice Posidio del entierro de aquel santo doctor. La costumbre general de la iglesia de decir la misa de difuntos antes de dar sepultura al cadaver era tan singularmente observada, que en el tiempo en que estaba prohibido á un mismo sacerdote decir dos misas al dia, se exceptuaba el caso de entierro. Asi se halla en algunos concilios de los siglos XII y XIII.

Ademas se ofrecia el santo sacrificio al tercer dia de la muerte de algun fiel en memoria de la resurreccion, como vemos en una carta de Evodio á san Agustin, y tambien el séptimo dia porque es el descanso del Señor. Asi lo refiere el santo doctor: *Nunc quoniam die septimo ad sepulchrum redimus, qui dies symbolum fraternæ quietis est.* San Gregorio el Grande en su ritual señala misas no solamente para el dia tercero y séptimo, sino para el trigésimo despues de la defuncion; y Juan Diácono cuenta que este papa ordenó celebrar la misa treinta dias por un monje llamado Justo, cuya alma estaba en el purgatorio. Estas misas de treinta dias suelen hallarse recomendadas en los autores que han hablado de la disciplina de la iglesia, y vulgarmente se llaman las misas de san Gregorio. Por último se ofrecia el dia del aniversario: esto es lo que se practicó en los primeros siglos, y se contentaban con un solo sacrificio.

En los últimos siglos se ha observado el mandar decir muchas misas inmediatamente despues de la defuncion y algunas cada dia por espacio de un año. Sobre esta costumbre nueva que rebosa caridad, tengo que hacer una reflexion repecto del abuso que se ha introducido; y es que los que mandan decir misas por sus difuntos quieren que sean misas de *requiem* sin informarse si se pueden decir aquel dia ó no. Los que pretenden esto, obran por ignorancia. 1.° No hay ninguna misa que no sea util á los vivos y á los difuntos; y aquel por quien quereis que se aplique, participa de ella como los demas. 2.° En las misas ordinarias se pide en particular por aquel que quereis recomendar singularmente á Dios, y la conmemoracion es tan especial y particular como en las de *requiem*. 3.° La iglesia ha dispuesto las oraciones que se leen en estas para la solemnidad de los entierros ó los dias de que acabo de hablar, y no ha querido que se haga costumbre decir estas misas en otros dias. Por último la iglesia quiere y manda que fuera de ciertos casos extraordinarios corresponda la misa al oficio del dia. Asi es una devocion descaminada y un zelo poco ilustrado querer alterar el orden de la iglesia sin proporcionar por eso mayor alivio á los difuntos.

Orad pues con fervor durante el *memento* por todos en general y en particular por los que quereis recomendar. Si con vuestras oraciones y sacrificios contribuís á libertarlos de las penas del purgatorio, ¡qué consuelo para vosotros poder decir: Hay almas en el cielo que me deben en parte su felicidad y á quienes he puesto en posesion de la bienaventuranza! Y al mismo tiempo ¡qué ventaja tener en el cielo almas especialmente obligadas á pedir por vosotros! Contad con ellas, que os pagarán la misericordia que les manifestais, obligarán á Dios por sus súplicas á que os saque de la esclavitud del pecado como vosotros le obligasteis con las vuestras á librarlas de sus tormentos, y le rogarán que os reuna con ellas en el cielo para glorificarle eternamente.

PLATICA XLVIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la oracion explicada el domingo anterior pedimos á Dios que conceda á las almas del purgatorio la feliz mansion de la luz y la paz eterna. Mas ¿cómo hemos de pedir la bienaventuranza eterna para ellas sin suspirar por tan inestimable gracia y pedirla con instancia para nosotros mismos? Asi lo hace el sacerdote. ¿Y cómo lo hace? Persuadido de su indignidad, confesandose pecador como el publicano del Evangelio, y reconociendose todavía muy impuro para entrar en el seno de Dios con todos los santos se da golpes de pecho en señal de dolor y dice: *Nobis quoque peccatoribus*: Concedednos, Señor, á nosotros miserables pecadores la gracia de asociarnos con todos vuestros santos.

El sacerdote no pide solamente para sí esta gracia, sino para todos los que asisten al sacrificio, y en nombre de ellos habla. Por eso al principiar esta oracion levanta un poco la voz para que puedan los asistentes oirle, unirse á él, humillarse é implorar todos juntos la divina misericordia. Daos golpes de pecho como él, y no sea este acto un signo vano: penetraos de los sentimientos de humillacion y compuncion que expresa esta confesion de vuestra miseria y pecados: *Nobis quoque peccatoribus*; y pedid que vuestra impureza no os impida uniros á los santos que reinan en el cielo.

¿No es una presuncion digna de que Dios nos dé repulsa, pedirle que nos reciba en el número de sus santos al mismo tiempo que nos confesamos pecadores? Ciertamente, si no contaramos mas que con nuestros propios méritos y pusieramos nuestra confianza solo en nosotros mismos; pero representamos á Dios, que y aunque tengamos la desgracia de ser pecadores, somos sus siervos: *Nobis quoque peccatoribus famulis tuis*, y que tenemos motivo de esperar la dispensacion de sus gracias, porque funda-

mos nuestra confianza en la muchedumbre de sus misericordias: *De multitudine miserationum tuarum sperantibus.* Ve aquí el caracter de la verdadera confianza y de la esperanza cristiana. ¡Cuán distante está de fiar en una justicia puramente humana y natural. No ve en el corazon del hombre cosa que no sea impura, y entre los títulos para agradar á Dios solo pone las gracias y misericordias derramadas por este. Eso es lo que expresaba con tanta humildad el profeta Daniel diciendo á Dios: Porque no rendimos nuestras oraciones ante tu presencia confiados en nuestra justificacion, sino en tus muchas misericordias: *Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam; sed in miserationibus tuis multis.*

Con los sentimientos de una profunda humildad le pedimos que se digne de darnos alguna parte y sociedad con sus santos apóstoles y mártires: *Partem aliquam et societatem donare digneris cum tuis sanctis apostolis et martyribus.* Antes de la consagracion hicimos memoria de la comunion de los santos, en la cual era necesario ofrecer el sacrificio universal del cielo y de la tierra. En esta oracion solo hacemos mencion de ellos para pedir á Dios alguna parte en su eterna felicidad. Aquí se nombran muchos santos mártires de los diferentes estados que hay en la iglesia; es á saber, san Juan Bautista del orden de los profetas, san Estevan del de los diáconos, san Matías del de los apóstoles, san Bernabé del de los discípulos, san Ignacio del de los obispos, san Alejandro del de los papas, san Marcelino del de los presbíteros, san Pedro exorcista del de los clérigos, santa Perpetua y santa Felicidad, mujeres casadas, y las santas Agueda, Lucía, Inés, Cecilia y Anastasia vírgenes. Todos estos santos mártires mostraron por su muerte que el Salvador habia puesto su perfecta caridad en ellos, pues él mismo dijo que no se puede llevar á mas alto grado que dando la vida por aquellos á quienes se ama; y todos han merecido la distincion de ser nombrados en el sacrificio por haber derramado su sangre, que representa mas perfectamente

la derramada por Jesucristo en realidad sobre la cruz y de un modo místico en el sacrificio del altar.

Aunque no nombremos mas que los mártires, como todos los santos se sacrificaron á su modo y gozan de la gloria celestial, decimos en general: *Et omnibus sanctis tuis*, y á todos tus santos, pidiendo á Dios con humildad que nos admita en la sociedad de ellos: *Intra quorum nos consortium admitte.* Y añadimos que nos conceda esta gracia no en consideracion de nuestro mérito, sino dispensandonos misericordia: *Non æstimator meriti, sed veniæ largitor.* Pues ¿no es la vida eterna una remuneracion que se da fielmente á nuestras buenas obras y méritos? Sí, es una remuneracion. Los preceptos, exhortaciones, promesas, amenazas y cargos del Evangelio manifiestan bastante que es menester que nosotros obremos nuestra salvacion por los movimientos de la voluntad ayudada de la gracia. Las sagradas letras estiman tanto las buenas obras, que el mismo Jesucristo nos promete que no quedará sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, y el apostol testifica que un instante de leve pena sufrida en este mundo producirá un peso eterno de gloria; pero no se lisonjee la soberbia humana con la opinion de un mérito presuntoso. Lo que parece bueno á nuestros ojos, suele ser vil á los de Dios. Todo el precio y valor de nuestras obras mas cristianas proviene de la gracia que se nos da gratuitamente en nombre de Jesucristo y es un efecto del influjo contínuo de esta divina cabeza sobre sus miembros. Todo lo que no hacemos como regenerados ó como nuevas criaturas por el espíritu de Jesucristo, no tiene ningun valor para la gloria eterna; y si Dios nos mirara de otro modo que como los miembros de su hijo, nadie podria sufrir su juicio. Asi cuanto bien hacemos, lo hace el Espíritu Santo en nosotros por su gracia; y si nuestras buenas obras son aceptas á Dios y tienen algun precio y valor, la gracia les da su dignidad y de ella les viene su santidad; por consiguiente nuestros méritos no son mas que estos dones. Aunque tengamos la gloriosa ventaja de ser miembros

de Jesucristo, siempre hay en nosotros una levadura de concupiscencia y un fondo de debilidad é ignorancia, que no producen mas que culpas y cosas inútiles. Necesitamos siempre la misericordia de Dios, porque la vida eterna que le pedimos no es una deuda, sino como dice san Pablo una gracia y una misericordia: *Gratia Dei vita æterna.* Podemos merecerla; pero nuestros méritos son un puro efecto de la gracia y misericordia de Dios por Jesucristo: *Per Christum Dominum nostrum.*

Toda nuestra confianza y nuestra gloria, dice el concilio de Trento, estan en Jesucristo, en quien vivimos, merecemos y satisfacemos. Unicamente en él y por él somos agradables á Dios, y de tal modo ponemos en él solo toda la esperanza de nuestra salvacion, que decimos á Dios nos admita en el número de sus santos no atendiendo á nuestro mérito, sino concediendonos su perdon por Cristo nuestro Señor: *Non estimator meriti, sed veniæ largitor admitte, per Christum Dominum nostrum.*

¡Cuán solida y segura es nuestra esperanza, hermanos mios, cuando está fundada en Jesucristo! ¿En quién mejor pudiera fundarse? Por el nos concede Dios todos los bienes y mercedes, *per quem*: por él esperamos alcanzar la gracia de ser algun dia consumados con él en Dios su padre por un sacrificio perfecto, asi como todo se hace en el sacrificio del altar por Jesucristo mismo. Porque me parece que la iglesia compara aquí lo que pasa en nosotros para ser una misma víctima con Jesucristo y ser ofrecidos con él en sacrificio en el altar sublime del cielo, con lo que pasa respecto del pan y del vino para hacerlos su cuerpo y sangre en el altar visible de la tierra.

Por Jesucristo como sabiduría del Padre cria Dios todos estos bienes, el pan y el vino convertidos en el cuerpo y sangre de su hijo: *Per quem hæc omnia semper bona creas;* no solamente criandolos al principio del mundo, sino renovandolos continuamente, *semper*, y haciendo producir todos los años á la tierra nuevo trigo y nuevas uvas. Por lo cual dice Jesucristo: Mi

Padre hasta hoy no cesa de obrar, y yo obro tambien continuamente. Por Jesucristo son santificados estos dones ofrecidos en el altar, separados del uso comun y destinados al sacrificio: *sanctificas.* Por Jesucristo los vivifica Dios, los hace el pan vivo del cielo y los convierte por su poder en el cuerpo y sangre de su hijo que son el verdadero sustento: *vivificas.* Por Jesucristo santificante y vivificante hace este sacrificio un sacrificio de bendicion y alabanza que se ofrece á su gloria, y es un manantial de toda suerte de bendiciones para su iglesia: *benedicis.* En fin por Jesucristo le distribuye á sus hijos por la comunion despues de haberle bendecido asi y recibido como sacrificio, y les da este pan santo de vida eterna y este caliz de salud perpetua: *et præstas nobis.*

Ve aquí cómo Dios obra por Jesucristo lo que pasa con respecto al pan y al vino en el altar visible de nuestros templos. Tambien por Jesucristo obra Dios en sus escogidos lo que pasa en ellos para hacerse una misma víctima con él y ser ofrecidos en sacrificio sobre el altar sublime del cielo. Crea á sus escogidos, *creas*: los separa por su decreto eterno de la masa corrompida, los destina á ser sacrificados con Jesucristo y los predestina á su gloria: *sanctificas*: les da una nueva vida por la justificacion despues de haber destruido en ellos el cuerpo del pecado, es decir, los vicios, y los hace entrar en el cuerpo de Jesucristo y vivir la vida de Jesucristo: ya no son ellos los que viven, sino Jesucristo en ellos: *vivificas.* Por último los bendice con la gran bendicion prometida á Abraham para su posteridad: *in ipso benedicentur*; con la bendicion sacerdotal que Jesucristo, el verdadero Melquisedech, el sacerdote universal de su padre da en su nombre á los escogidos consumandolos en Dios, consagrandolos á su nombre para la eternidad y haciendolos entrar en el seno del verdadero Abraham para gozar allí de la gloria en la unidad de su cuerpo y en la sociedad eterna de todos sus miembros: *benedicis et præstas nobis.*

Por estas oraciones pide la iglesia para los escogidos el cumplimiento y la consumacion de todos estos efectos, que son las diferentes partes del sacrificio de los miembros de Jesucristo mismo. ¡Cómo crece nuestro fervor y se enciende nuestra caridad al rezar esta breve oracion! Dios mio, nosotros somos indignos de ser admitidos entre vuestros santos y asociados con ellos en la gloria porque somos pecadores; pero desviad el rostro de nuestra miseria, y no atendais mas que á vuestra profunda y admirable misericordia. Nos dais vuestro hijo para que sea nuestra víctima: ¿qué no nos darcis despues de un don tan grande? Pues bien, Padre misericordioso, haced de nosotros nuevas criaturas por vuestro hijo y que él cree en nosotros un corazon puro y nuevo: *creas.* Derramad sobre nosotros las gracias que nos mereció por su sacrificio, y santificadnos arrancando de nuestro corazon todos los afectos que los hacen impuros y profanos: *sanctificas.* Vivificadnos destruyendo en nosotros el hombre viejo y todas sus pasiones y revistiendonos de Jesucristo el hombre nuevo, en el cual solo está la vida: *vivificas.* Bendecidnos por la aplicacion de sus méritos y de su muerte que continuamos ofreciendoos en el altar donde nos dais su cuerpo y sangre: *Benedicis et præstas nobis.*

Todos estos bienes que esperamos de la bondad y misericordia divina, nos vienen por la cruz; por lo cual hacemos signos de cruz á cada peticion de estas. Pero no solamente nos concede Dios todos los bienes y gracias por Jesucristo, sino que tambien es honrado y glorificado por él de un modo digno. Asi concluye el canon: Por el mismo, y con el mismo, y en el mismo te es dado todo honor y gloria á ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso est tibi, Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria, per omnia sæcula sæculorum*; es decir, que solo el sacrificio de Jesucristo puede dar á Dios el honor que le es debido, *per ipsum*; porque él es el úni-

co mediador por quien podemos agradar á Dios, el cual no recibe nada inmediatamente de los hombres sino con Jesucristo, *cum ipso*; porque para agradar á Dios y tributarle el honor que le corresponde, es preciso estar unido á Jesucristo por su espíritu, entrar en sus santas disposiciones y depender de él en cuanto hacemos: *et in ipso*; porque no le somos agradables sino cuando estamos en la unidad de su cuerpo, al cual nos une como sus miembros, en quien obramos, y por el cual solo nos hacemos dignos de él nosotros y cuanto ofrecemos, segun esta expresion: *Este es mi hijo muy amado en quien me he complacido.*

Al decir el sacerdote las palabras *omnis honor et gloria* eleva un poco el caliz y la hostia para protestar que la beatísima Trinidad solamente puede recibir el honor que le es debido por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo. Hasta el siglo XII no habia en la misa otra elevacion del cuerpo y sangre de Jesucristo mas que esta. Los sacerdotes los elevaban entonces bastante alto para que el pueblo pudiese ver y adorar á Jesucristo, por quien se tributaba todo el honor y gloria á la santísima Trinidad. Los antiguos autores nos cuentan que esta ceremonia era muy solemne y se hacia un poco antes de la comunion. Abrianse las puertas santas, se descorrian las cortinas que habian ocultado el santuario durante el canon, y el sacerdote presentaba á la adoracion de los fieles el cuerpo y sangre del Señor. San Juan Crisóstomo dice que debe mirarse la apertura del santuario como la del cielo para ver con los ojos de la fé á Jesucristo y los coros de los ángeles. *Considerad la mesa del rey*, dice á los fieles el santo obispo: *los ángeles son los sirvientes, y el rey está allí: si vuestras vestiduras estan limpias, adorad y comulgad.* Pero luego que se introdujo la costumbre de elevar la hostia y el caliz despues de la consagracion, no fue ya tan solemne esta segunda elevacion: el sacerdote se contenta con levantar un poco el caliz y la hostia para conservar un vestigio de la práctica antigua, y

entonces el sonido de la campanilla advierte á los asistentes que se recojan y adoren á Dios por Jesucristo.

Por fin el sacerdote levantando la voz dice: *Per omnia sæcula sæculorum*; cuyas palabras no corresponden al *Pater noster* como pudiera figurarse alguno, sino que son la conclusion de todas las oraciones precedentes que empiezan por *Te igitur* y comprenden las oraciones de la consagracion. El sacerdote que desde el principio del canon ha hablado en voz baja, solamente perceptible para los que estan cercanos al altar, pronuncia estas últimas palabras en alta voz para que den su consentimiento todos los asistentes. Todo cuanto acaba de decirse, se ha dicho en nombre de todos los fieles congregados, que han debido orar y pedir en un mismo espíritu; por consiguiente deben consentir en lo que ha dicho el sacerdote en su nombre, y suscriben á todo lo que contiene el canon respondiendo *amen*.

¡Cuán respetable es este *amen*! Toda la antigüedad le prescribe, y san Justino, las constituciones apostólicas, san Ambrosio y todos los padres manifiestan que le respondian los fieles para la consumacion del gran misterio. Hasta el siglo XIII fue el único que se dijo en el canon, y si desde entonces se han añadido varios, es para que los diga el sacerdote solo, en vez que este debe ser pronunciado en alta voz por todos los asistentes. ¡Cuán enérgico es, y cuánta fé, piedad y fervor encierra! Quizá no habeis comprendido jamás toda la fuerza de este *amen*, que supone que os habeis penetrado del espíritu de las oraciones y habeis tomado parte en el sacrificio. Lo que os pide la iglesia no es un simple consentimiento á todo lo que ha dicho por vosotros en la misa: instruidos ya de los sentimientos que se encierran en todas las oraciones del canon, el *amen* es un acto público de fé, de adoracion, de union á la sagrada víctima, en una palabra de todos los sentimientos expresados en las oraciones que ha rezado el sacerdote solo: equivale á decirle: Yo os he seguido en todas vuestras oraciones, participado de vuestra intencion y ofrecido con

vos el sacrificio por la paz y union de la iglesia y la salud de todos los fieles. Con vos he entrado en la comunion de los santos del cielo para ofrecer el sacrificio de toda la iglesia, me he ofrecido yo mismo á Dios, y me he inmolado espiritualmente con espíritu de adoracion. He pedido la destruccion del hombre viejo para ser revestido del nuevo: he admirado el poder y la bondad de Dios en este sacramento: he sometido mi fé á la palabra de Jesucristo, le he creido realmente presente y le he adorado: me he penetrado de gratitud al ver que renueva cada dia por mi salud la ofrenda que hizo de sí mismo en la cruz: me he alimentado con la memoria de su muerte, y he pedido el fruto de ella para la curacion de mi alma. Por vuestras manos he ofrecido esta víctima santa y he reconocido que solo se daba á mí para ser ofrecida por mí, para mí y conmigo. Ultimamente le he suplicado que lleve consigo al cielo todas mis oraciones y plegarias y me traiga todas las bendiciones celestiales que necesito: las he implorado para todos los que han muerto en la fé y comunion de la iglesia; y he invocado su misericordia para ser admitido con ellos en el número de los santos, á fin de que despues de haber dado á Dios por la oblacion de este augusto sacrificio la gloria que se le debe por todos sus beneficios, merezca tambien unirme con él para glorificarle en la eternidad.

Ve aquí cuánto comprende el *amen* que han respondido siempre los fieles asistentes al sacrificio: esta expresion os manifiesta que todos sois sacerdotes y haceis un solo y único sacerdote con Jesucristo en la ofrenda de su cuerpo y sangre. ¿Y qué significa el *amen* si no habeis estado atentos ni recogidos interiormente durante el canon? ¡Qué temeridad atreverse á pronunciarla! ¿No es condenaros vosotros mismos? Sea pues la expresion de vuestra fé y anonadamiento, de vuestra adoracion y union con Jesucristo. Si le pronunciais con estas disposiciones, merecereis uniros á aquella gran muchedumbre de santos que vió san Juan delante del trono de Dios

y á los pies del cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos. *Postraronse*, dice el santo apostol, *con el rostro en tierra delante del trono, y adoraron á Dios diciendo amen, bendicion y gloria, y sabiduría y accion de gracias, honor y poder y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.* Asi os lo deseo &c.

PLATICA XLIX.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Quinta parte.

En las pláticas anteriores os he explicado todas las oraciones de la consagracion que encierra las partes mas importantes del sacrificio; á saber, la inmolacion (Jesucristo ha bajado y está presente en nuestros altares en un estado de muerte, el cuerpo á un lado y la sangre á otro), la oblacion de la víctima inmolada (en este estado ha sido ofrecido á su padre) y la aceptacion (Dios la ha recibido en su seno). La última parte del sacrificio es la comunion ó participacion de la víctima, y por ella recibimos los frutos y efectos del sacrificio. Debemos necesariamente participar de la oblacion que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz y continúa haciendo en el altar, y comunicar de la víctima que ofreció por nosotros. Mas asi como para participar del fruto de los sacrificios antiguos habia que comer de la víctima sacrificada, asi para ser santificado por el sacrificio de Jesucristo hay que participar de la víctima que ofreció en la cruz, es decir, de su cuerpo, segun esta expresion del mismo hijo de Dios: *Si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre; no tendreis la vida en vosotros.* Asi es que en la misa Jesucristo está todo para nosotros: *Accipite et manducate*, tomad y comed. Allí le recibimos, le comemos, es ofrecido á todos y queda reservado para aquellos fieles que quieren recibirle.

Esta importante parte del sacrificio es la que me

resta explicaros. ¡Qué pureza y santidad requiere el terrible acto de comer la carne de un Dios, alimentarse con su cuerpo y recibir en su boca y en su seno una víctima que recibió el mismo Dios! La iglesia penetrada de la importancia de este acto pide á Dios con las mas ardientes súplicas que la santifique, purifique y haga digna de participar de este augusto y divino sacrificio. Uníos á ella para prepararos á la comunion sacramental ó á lo menos espiritual. Empieza por la oracion dominical, que contiene cuanto podemos pedir á Dios y todos los motivos de nuestro amor á él, á nosotros mismos y al prójimo. Desde los primeros siglos se consideró como la oracion esencial para participar del sacrificio, y todas las liturgias la ponen antes de la comunion. San Gregorio el Grande nos dice que en tiempo de los apóstoles constituia todo el aparato del sacrificio. Debeis pues rezarla todos con el sacerdote que os exhorta á uniros con él diciendo *Oremus*, y no hacer oraciones particulares, porque no es tiempo de eso; y cuando el sacerdote dice esta admirable oracion, deben cesar todas las demas. Para que le sigais la pronuncia pausadamente y en alta voz, y en la misa solemne se canta. En la iglesia griega la cantan todos los asistentes, y asi se hacia antiguamente en Francia.

¿Qué otra oracion mas excelente podriais rezar para pedir á Dios las gracias necesarias á fin de participar dignamente del sacrificio? Esta nos fue enseñada y mandada por el mismo Jesucristo, y nos da una confianza particular de dirigirnos á Dios y hacernosle propicio, porque nos valemos de las palabras de su hijo y obedecemos sus preceptos usandolas. No hay otra mas honrosa para nosotros: esta es la oracion de los hijos de Dios que solo pueden rezar los fieles. Por eso la iglesia primitiva la ocultaba á los paganos, y aun á los catecúmenos no se la enseñaba hasta poco antes de bautizarlos y no se la daba por escrito. De tal modo se consideraba como peculiar de los hijos de Dios, que eran tenidos por indignos de decirla los que no correspondian á este número; y es

un vestigio de este espíritu la costumbre observada por la iglesia de rezar en alta voz la oracion dominical en la parte de la misa de que eran excluidos los infieles, y decirla por lo bajo en los otros oficios á que podian asistir. No hay una oracion de mas consuelo que esta, formada por Jesucristo mismo, el cual es inmolado en el altar para alcanzarnos de su eterno Padre todo lo que pedimos en ella. No hay otra mas eficaz, porque borra las culpas veniales de los justos, á quienes se las perdona Dios principalmente por la protesta que hacemos en ella de perdonar á nuestros deudores. No hay otra mas respetable. La iglesia para imprimir en todos los fieles los sentimientos de respeto con que deben rezarla, dice antes un prefacio que viene de la mas remota antigüedad: se halla en los mismos términos en san Cipriano, y san Gerónimo nos enseña que se rezaba todos los dias en el santo sacrificio.

Examinemos este prefacio. Instruidos por preceptos saludables, *præceptis salutaribus moniti.* Las peticiones que vamos á hacer en esta oracion son preceptos, porque Jesucristo nos mandó hacerlas diciendo: *Asi orareis*; y estos preceptos son saludables, porque contienen todo cuanto debemos pedir para alcanzar la salud y segun la forma divina que nos fue dada: *et divina institutione formati.* Jesucristo no solamente nos dió reglas para orar, sino que quiso darnos la la fórmula misma de la oracion. Nos atrevemos á decir, *audemus dicere.* Esta oracion nos eleva á un honor tan grande y encierra tanto provecho para nosotros haciendo que llamemos nuestro padre á Dios, que no nos atreveriamos á decirla, si Jesucristo no nos la hubiera dictado y mandado expresamente que la rezasemos.

Como comprende todo cuanto podemos pedir á Dios, puede diversificarse por la aplicacion particular á ciertas cosas que en ella se indican en general. Limitemonos al explicarla á lo que es peculiar del sacrificio. Nos preparamos á la comunion; pues pensemos en la gracia inefable que recibimos de Dios por el don del cuerpo y

sangre de su hijo oculto bajo las especies sacramentales; y como este cuerpo debe ser en nosotros un manantial de bendicion y vida, y debemos buscar en él el remedio de todos nuestros males presentes y futuros, con la mira de la comunion espiritual y sacramental pidamos á Dios esta salud aplicando la consideracion general que nos da la iglesia, á las necesidades particulares de que estamos aquejados. Digamos pues con estos sentimientos: Padre nuestro, que estás en los cielos: *Pater noster, qui es in cœlis.* Al dirigirnos al padre en la oracion asi como en el sacrificio, no es segun la regla de la iglesia simplemente al Padre tal cual existe de toda eternidad antes de la creacion del mundo y de la encarnacion del Verbo, porque de este modo nada dice relacion al Padre sino su Verbo y su espíritu. Mas despues que Dios hizo un templo visible, que es el cielo, para ser suplicado y adorado; despues que para tener adoradores en espíritu y en verdad adoptó hijos en Jesucristo su hijo natural, y les fue dado el espíritu de adopcion en calidad de tales hijos; este mismo espíritu les testifica que son los hijos de Dios, haciendo que por el grito del corazon que es la oracion de la caridad, se dirijan á él no solo como al Padre que reside en sí mismo y es su propio templo, sino como á su padre: *Pater noster.* Entramos pues por esta oracion en comunion de la filiacion de Jesucristo: por ella participamos de todas las cualidades de su hijo: somos todos con él sacerdotes del sacrificio que se le ofrece: no hacemos mas que una misma víctima que le es agradable; y todos somos miembros de este cuerpo cuya cabeza es su hijo.

¡Qué bondad de Dios hacernos sus hijos de esclavos y enemigos que eramos! ¡De qué sentimientos debemos penetrarnos! ¡Qué amor debemos tener á esa bondad inefable que nos ha elevado á la eminente cualidad de hijos de Dios, nos une á su hijo, nos hace sus miembros y nos da derecho á su herencia! ¡Qué confianza! ¿Qué no dará Dios á los que le pidan, pues que les dió la gracia de ser sus hijos antes que le hubiesen pe-

dido? El quiere hacernos bien, porque es *nuestro padre*; y puede todo lo que quiere, porque es el *padre celestial*.

Nuestras súplicas y oraciones han sido llevadas ya con Jesucristo hasta el sublime altar del cielo, y esperamos toda suerte de bendiciones y gracias: pidamosle las que necesitamos para comulgar dignamente su cuerpo y sangre: pidamosle que introduzca en nuestro corazon las santas disposiciones expresadas en las tres peticiones primeras.

Santificado sea tu nombre: *Sanctificetur nomen tuum.* El sacrificio que hemos ofrecido es la oracion de las oraciones, una oracion divina, es decir, una oracion que se hace no por una palabra humana y transitoria, sino por la palabra sustancial, divina y eterna, que es Jesucristo. Pues que la oracion en general es intérprete de nuestros deseos, y la regla de estos es nuestro amor, asi como no debemos amar ni desear nada sino á Dios ó con relacion á Dios, tampoco debemos ofrecer la oracion y el sacrificio mas que por los intereses de Dios ó con relacion á él. Asi la primera mira que hemos debido tener al ofrecer el sacrificio, es la santificacion de su nombre, es decir, que hemos debido pedir que la santidad de Dios sea conocida, adorada y alabada por todas las criaturas, amada, participada é imitada por todos los cristianos, y que todos los escogidos sean consumados y glorificados en la santidad de Dios. La primera disposicion que pedimos al Señor para comunicar del sacrificio, es que infunda en nosotros una profunda veneracion á su nombre: que nos dé un deseo sincero de consagrar toda nuestra vida á glorificarle y hacerle glorificar; y que nada aborrezcamos mas que el pecado que le deshonra. Es tan esencial á un cristiano este deseo de que Dios sea glorificado y su gloria nuestro primer y principal objeto, que quien no tiene este deseo, no es cristiano y es indigno de participar de la víctima de un sacrificio ofrecido para gloria de Dios.

A fin de que este sea glorificado generalmente es

menester que reine en los espíritus y en los corazones de los hombres, asi como reina en el cielo sobre los bienaventurados. Por eso el segundo objeto de nuestros deseos y peticiones es que venga su reino: *adveniat regnum tuum.* Siempre habrá hombres que deshonren á Dios hasta que haya sojuzgado á todos sus enemigos ó por su gracia y misericordia, ó por su ira y justicia; hasta que Jesucristo haya destruido el cuerpo del pecado, aniquilado la soberbia que quiere sentarse en el trono del Altísimo, trastornado el reino de la concupiscencia, desarmado los principados y potestades, abatido á sus pies el príncipe del mundo y todos los espíritus de malicia esparcidos por el aire, y puesto á Dios, por decirlo asi, en posesion de todos sus derechos restableciendo su reinado en una paz perfecta. Ve aquí los frutos de su sacrificio. Para participar de ellos es preciso tener zelo para desear este reinado de la perfecta justicia y vivir en la expectacion de la bienaventuranza que esperamos, y de la venida del gran Dios y nuestro salvador Jesucristo. Esta debe ser nuestra disposicion habitual, porque aquel dia nos unirá entera é inseparablemente con Jesucristo.

Mas hasta entonces esta peticion comprende respecto de esta vida que se aumente cada dia mas el reino de Dios: que se extienda su iglesia por toda la tierra: que los infieles y herejes se conviertan á él y se reunan á su iglesia: que los pecadores no dejen ya reinar el pecado en ellos; y que reine Dios solo en el corazon de los fieles como reinan en todos los espíritus bienaventurados. Y porque vamos á participar del cuerpo de Jesucristo, pedimos á Dios que venga á nosotros su reino: que desde ahora tome posesion de nuestra alma y se enseñoree de ella: que haciendonos abandonar la concupiscencia, el amor de la vida presente y todo cuanto puede aficionarnos á este mundo, no pensemos mas que en los bienes futuros y en la felicidad de la otra vida, que Dios nos promete si pelearemos con perseverancia hasta el fin resistiendonos á las tentaciones: en una palabra que na-

da deseemos mas ardientemente que tener parte en el reino eterno con los justos.

El cumplimiento de la voluntad de Dios es el establecimiento de su reino, asi como el cumplimiento de la voluntad de la criatura es lo que hace reinar el pecado. Dios reinó en Adam mientras este estuvo sumiso: su desobediencia fue el origen del reinado del pecado. Al contrario Jesucristo por su obediencia á la voluntad de su padre, que le mandó ofrecerse en sacrificio para la reparacion de su gloria, restableció su reino en las almas. La iglesia pues pide para los que se ofrecen con él en sacrificio y son una misma víctima con él, que se haga la voluntad de Dios asi en la tierra como en el cielo: *Fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra*: que los que vamos á tener la dicha de comulgar no vivamos á nuestro albedrio, ni nos dejemos guiar de nuestra propia voluntad: que tomemos la de Dios por regla de la nuestra y la cumplamos como la cumplen los ángeles en el cielo, no con una igualdad de perfeccion porque no lo permite el estado de esta vida, sino con una perfeccion proporcionada, es decir, con toda la perfeccion de que somos capaces: que no queramos hacer mas que lo que Dios quiere que hagamos: que amemos y respetemos todo lo que viene de él: que nos sometamos con entera resignacion á su divina providencia: que aceptemos con sumision y de grado todos los sucesos que nos afligen; y que consintamos en todos sus decretos, sean cuales fueren, asi los de su justicia como los de su misericordia. Ve aquí una de las disposiciones esenciales para la comunion.

Si pedimos nuestro pan de cada dia, debe ser solo para hacer la voluntad de Dios. El pan nuestro de cada dia danosle hoy: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* Nuestro pan debe ser hacer la voluntad de Dios, asi como Jesucristo declaró que su sustento era hacer la voluntad de aquel que le habia enviado: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me.* El sentido de esta peticion en toda su latitud es que no bastandose

el hombre á sí mismo segun el alma y el cuerpo necesita para la una y el otro de un auxilio y amparo contínuo, que solo debe esperar de Dios; y eso es lo que le pedimos por las palabras *el pan nuestro de cada dia.* Y como el amparo y auxilio de que ha menester nuestra alma para conservarse en el estado en que debe estar, son mas esenciales que lo que necesita nuestro cuerpo; á ellos principalmente deben enderezarse nuestros deseos, y no hemos de pedir los del cuerpo sino en cuanto son útiles para el alma.

El pan cuotidiano con respecto á esta es la gracia de Jesucristo que necesitamos para hacer su voluntad y guardar sus mandamientos: san Agustin le llama el auxilio cuotidiano, *adjutorium quotidianum*; y la iglesia se le pide á Dios en todas las horas del oficio divino: *Domine, ad adjuvandum me festina.* Esta gracia es el fruto del sacrificio y méritos de Jesucristo, que por eso se llama el pan vivo que bajó del cielo: *Ego sum pānis qui de cœlo descendi*: el alma se sustenta de él y vive por la fé y el amor de Jesucristo, porque viviendo el alma por sus obras y siendo estas ó del entendimiento, ó de la voluntad, cuando Jesucristo es el objeto de nuestro entendimiento y nuestra voluntad se aficiona á él, nuestra alma vive de él y vive por él con una vida divina.

Y como la iglesia nos hace decir esta oracion en la misa antes de la comunion, se entiende por el pan de cada dia la sagrada carne de Jesucristo, por la cual nos son dadas todas las demas gracias; el pan por excelencia que nos alimenta y sostiene en nuestra debilidad y nos fortifica en el camino que debemos andar para llegar á la vida eterna; el pan que era verdaderamente cuotidiano para los primeros cristianos, lo es todavía para muchas personas que tienen la dicha de recibirle todos los dias, y lo es si no para cada fiel en particular, á lo menos para la iglesia, en la que deben vivir todos de manera que puedan merecer diariamente la misma dicha.

Mas alimentarse de Jesucristo en la Eucaristía no es simplemente recibir su cuerpo oculto bajo las especies sacramentales, sino unirse á él por amor en su sacramento y sentir sus efectos, ya se reciba realmente como los que consagran ó comulgan sacramentalmente, ya se reciba espiritualmente como los que asisten en realidad ó en espíritu al santo sacrificio sin comulgar; pero que no dejan de experimentar sus efectos por el amor con que se unen al cuerpo de Jesucristo. Porque como dice san Agustin comer es repararse: *Manducare refici est*: es decir, aunque se reciba realmente el cuerpo de Jesucristo, si este no nutre nuestras almas, no le comemos en cierto sentido, porque no sacamos de él vigor ni fortaleza.

Habiendo instituido Jesucristo la Eucaristía como el medio por el cual quiere comunicar la vida á las almas debemos todos participar espiritualmente de ella y prepararnos á recibirla realmente. Y pidiendo á Dios el pan de la Eucaristía, dice san Cipriano, le pedimos no cometer ningun pecado que nos prive de él, y estar dispuestos á recibir todas las gracias que se derivan de Jesucristo en la Eucaristía cuando le recibimos.

Para ser digno de comer este pan celestial es preciso haberse santificado y lavado sus pecados con las lágrimas de la penitencia y la sangre de Jesucristo. Perdonanos nuestras deudas, decimos á Dios: *Dimitte nobis debita nostra.* Nuestras deudas son nuestros pecados, y se llaman asi porque nos hacen deudores á la justicia de Dios á la cual hay que pagar en este mundo ó en el otro, y porque quitan á Dios algo de lo que le es debido, pues que le niegan la obediencia. Pedimos ademas el perdon de los pecados veniales; ¿y por qué? Porque si se multiplican y no tenemos cuidado de repararlos, enflaquecerán de modo nuestra alma que la pongan en peligro de muerte. Por eso necesitamos la remision de estos pecados para conservar la vida. Pues esta remision de los pecados veniales se nos otorga por esta oracion destinada particularmente á borrarlos; sin embargo no

los borra todos, porque Dios no perdona aquellos de que uno no se arrepiente ni corrige. Segun san Agustin esta oracion no es mas que para los pecados *cuotidianos y leves*, es decir, que no es para los pecados de afecto en que se persevera voluntariamente; y cuando alcanza el perdon de ellos, no es por la simple pronunciacion de las palabras ni excluyendo la práctica de las buenas obras ordinarias, sino por la disposicion con que se reza. Ahora bien esta es un pesar y confesion sincera de la grandeza y multitud de nuestras culpas, que debe movernos á repararlas por los medios que tenemos y principalmente por las obras de misericordia, de las cuales la primera es perdonar á nuestros deudores lo que nos deben, es decir, perdonar al prójimo las ofensas que nos ha hecho: *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.*

La iglesia nos pone delante esta obligacion de la caridad como la verdadera preparacion para comulgar, y sin ella debemos apartarnos del altar por ser indignos de participar de él. Este perdon para ser sincero consiste: 1.° en desistir de toda venganza ya interior, ya exterior, tanto en el deseo como en la disposicion del corazon: 2.° en volver al mismo grado interior de caridad que teniamos hácia ellos antes que nos hubiesen ofendido; porque si nuestra caridad queda mas floja y menos dispuesta á obrar en favor de ellos, es señal de que conservamos algun resentimiento de la ofensa recibida: 3.° en estar dispuestos á servirlos como lo estabamos ó debiamos estarlo antes, si nos hallamos igualmente en estado de hacerlo. No basta pues no hacerles mal, sino que ademas hay que hacerles bien en cuanto se puede: asi lo hemos de practicar para imitar á Dios nuestro modelo: este es el pacto de misericordia que ajusta con nosotros, prometiéndonos ejercitarla á favor nuestro si la ejercitamos con los demas. Por este pacto nos condenamos nosotros mismos á ser juzgados sin misericordia, si juzgamos sin ella á nuestros hermanos.

Asi como los pecados pasados son un impedimento

para la comunion, que debemos quitar antes de acercarnos á ella; debemos tambien precáver los pecados en que podemos caer. Si Jesucristo con ser pan de vida da segunda muerte á los que le reciben estando ya muertos por el pecado; el que se comete despues de haber recibido el cuerpo y sangre del Señor, crucifica y mata en nuestros corazones á Jesucristo en cuanto está de nuestra parte, y tan de temer es lo uno como lo otro. Por eso pedimos á Dios que no nos deje caer en tentacion: *Et ne nos inducas in tentationem*; para que no abusemos de este pan celestial por una sacrílega ingratitud.

Dice san Agustin que caemos en la tentacion consintiendo si son de las que nos atraen ó incitan, y cediendo si son de las que nos precipitan en el mal por el terror. Mas ya cedamos, ya consintamos en las tentaciones, es por nuestra voluntad ó propia malicia, dando entrada al demonio por la ociosidad, ú omitiendo el orar y pedir á Dios el auxilio necesario para repeler la tentacion, ó por orgullo y secreta presuncion de nuestras fuerzas que aleja este auxilio y mueve á Dios á abandonarnos á nosotros mismos; lo cual basta para perdernos. Pedimos á Dios que no nos deje caer en las tentaciones, ó apartandolas de nosotros por consideracion á nuestra flaqueza, ó si permite que seámos tentados dandonos un amor al bien mas fuerte que el incitamento del pecado, no dejandonos tentar mas de lo que alcanzan nuestras fuerzas, y permitiendo solo la tentacion para que la venzamos con provecho nuestro.

Mas para conseguir el efecto de esta peticion hay que creer firmemente que si no nos asistiera Dios, seriamos incapaces de resistir á las tentaciones: que su gracia es necesaria y es todo nuestro recurso para vencerlas: que todo lo podemos con su auxilio y nada sin él; y asi debemos pedirle con sinceridad y continuamente.

Por último pedimos á Dios que nos libre del mal: *Sed libera nos à malo*; es decir, lo que pidió el mismo Jesucristo á su padre para sus apóstoles la víspera de su

muerte: *Sed ut serves eos à malo*: preservalos del mal, es decir, de todo lo que perjudique á su salvacion. No se ha de limitar aquí la palabra *mal* para aplicarla al pecado, al demonio ó á cualquier otro objeto particular. El pecado es sin duda un mal y el mayor de todos los males; pero no pedimos aquí que nos libre Dios solamente de este mal: ya hemos pedido ser librados de nuestros pecados y aun de la tentacion que nos instigase á cometerlos. El demonio es tambien un mal y en la sagrada escritura se le llama el maligno: *Malignus non tangit eum* (*Job.*, V, 18); pero no pedimos solamente ser librados de los asaltos del demonio: hay otras causas que nos incitan al mal. Esta palabra se debe tomar generalmente por todo lo que nos aparta de los verdaderos bienes, ya haciendonos caer en nuevos pecados, ya renovando los funestos efectos que causaron en nuestra alma y corazon los pecados pasados. En una palabra pedimos á Dios que nos libre de cualesquier males que nos desvian de nuestra salvacion y ponen en nosotros obstáculos á su santa voluntad.

Esta peticion es la última de la oracion porque debe procurarnos el efecto y fruto de todas las demas; y la iglesia ordena que la diga el pueblo, para que este tome con el sacerdote toda la parte que debe tomar en la oracion dominical. Esta peticion es como si dijeramos: continuamente encontramos obstáculos para las disposiciones que suponen en nosotros todas estas peticiones. Nuestro único recurso es que nos preserveis no de algun mal en particular, sino generalmente de todo lo que puede perjudicar á nuestra salvacion. Libradnos pues del mal, Señor, para que siempre seais glorificado en nosotros y reineis solo, para que hagamos vuestra voluntad, alcancemos de vuestra bondad los bienes espirituales y temporales, merezcamos el perdon de nuestros pecados por el amor sincero de nuestros hermanos, y no esté expuesta nuestra flaqueza á las tentaciones.

El sacerdote responde *amen*. En todas las demas oraciones el pueblo es quien responde *amen* despues

que el sacerdote ha pedido en nombre de todos, y aquí le dice el sacerdote: ¿por qué esta costumbre diferente? El *amen* en su boca tiene ahora una significacion particular y diferente de todos los demas: el sacerdote le responde en voz baja porque representa á Jesucristo que es el *amen*, es decir, el sello, la verdad y el cumplimiento de todas las promesas, el mérito, el precio y la eficacia de las oraciones de la iglesia, el fundamento y basa firme de nuestra esperanza, por último el defensor, redentor y salvador de sus miembros, quienes lloran de verse subyugados á la corrupcion de la concupiscencia y esperan el efecto de la adopcion divina que será la redencion y la libertad de nuestros cuerpos.

El sacerdote que representa á Jesucristo, es en el altar como el mediador entre Dios y el pueblo y el intérprete de las intenciones del pueblo y de la voluntad de Dios, y habla á Dios en nombre del pueblo y al pueblo de parte de Dios. El es quien presenta al Señor los votos, peticiones y ofrendas del pueblo, y él tambien trae al pueblo la palabra de Dios y le comunica la voluntad de este. Por eso mientras el sacerdote dice esta oracion en alta voz, cada cual debe en particular unir su intencion á la de Jesucristo que ora por todos en la persona del celebrante, y levantando su corazon á Dios pedirle las gracias y auxilios de que necesita. Por eso el pueblo en vez de decir *amen* como cuando la reza en particular, responde aquí: *mas libranos de mal*, que son las últimas palabras; como queriendo decir que él es quien hace la oracion por boca del sacerdote y pide á Dios las gracias necesarias. Entonces empieza á hablar el sacerdote de parte de Dios y responde *amen*, como si dijera al pueblo: Dios atiende á tu fé y á la sinceridad de tus súplicas: tus oraciones son oidas, y Dios te concede lo que le pides en nombre de su hijo y por la virtud de su sacrificio.

¡Qué atencion, fervor y sentimiento de sus necesidades es preciso tener al hacer esta oracion para ser comprendido en el *amen*! Dios omnipotente, vos que-

reis oirnos y auxiliarnos pues que nos mandais que os pidamos y nos prescribís el modo de pediros: dadnos ademas las disposiciones necesarias para ser oidos y ese espíritu de oracion que solo puede venir de vos. Cuando nos hayais imbuido de él, indefectiblemente alcanzaremos el efecto, que es la gracia en el tiempo y la gloria en la eternidad.

PLATICA L.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

La oracion dominical que os expliqué el domingo anterior, es la primera para prepararse á la comunion. La ceremonia de tener el diácono en la misa solemne la patena elevada para que la vea todo el pueblo, es con el fin de advertir que se acerca el acto de la comunion: *In signum instantis communionis*, dice la rúbrica. Como se colocan los dones ofrecidos sobre los corporales, no se necesita la patena sino para partir la hostia ó distribuirla al tiempo de la comunion. Antiguamente era grandísima y se quitaba del altar despues de la oblacion guardandola un acólito para tenerla á mano y alargarla cuando fuese necesario.

Os he dicho que se rezaba la oracion dominical inmediatamente despues de la accion del sacrificio, porque contiene todo cuanto se puede y debe pedir á Dios. La iglesia para conseguir mas facilmente sus peticiones escoge la ocasion en que acaba de ofrecer la víctima santa, por cuyo mérito lo alcanzamos todo y sin la cual no podemos alcanzar nada. De todas las peticiones contenidas en esta oracion la iglesia se fija únicamente en la última, que es el compendio y recapitulacion de ellas. El sacerdote la repite solo y la amplifica á nombre de todo el pueblo.

Te rogamos, Señor, nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros: *Libera nos quæsumus, Domine, ab omnibus malis, præteritis, præsentibus et*

futuris. Los males pasados son nuestros pecados pasados. ¡Qué congojas deben causarnos! Son los malos efectos que han producido y de que somos responsables: son los rastros que han dejado en la imaginacion y los sentidos. La experiencia acredita demasiado qué huellas deja todo lo que ofende la pureza ó la caridad, la leccion de malos libros y las conversaciones pecaminosas. ¡Qué saludable temor deben infundirnos á pesar de haber recibido el perdon de ellos! Asi lo advierte el Espíritu Santo: No estés sin miedo por el pecado perdonado: *De propitiato peccato noli esse sine metu.* ¡Ah hermanos mios! ¿Hemos asegurado nuestra reconciliacion por las buenas obras? ¿Se ha acrecentado y aumentado en nosotros la gracia? ¿Es fecundo y fertil en nosotros el conocimiento de Jesucristo como dice san Pedro? ¡Ah! Si carecemos de virtud, de piedad y buenas obras, ¿no somos unos ciegos que andamos á tientas y nos hemos olvidado de qué suerte fuimos purificados de los pecados de la vida pasada? ¿No tenemos motivo de exclamar penetrados de dolor con aquellos judios cuyos sentimientos de compuncion refiere el profeta Ezequiel: Nuestras iniquidades y nuestros pecados estan sobre nosotros: *Iniquitatès nostræ et peccata nostra super nos sunt?* Señor, nos consumimos en ellos: *Et in ipsis nos tabescimus.* Pues ¿cómo podremos vivir? *Quomodo ergo vivere poterimus?* Libradnos pues, Señor, de todos estos males pasados.

Libradnos ademas de los presentes, *præsentibus.* Los males presentes son los que nos afligen actualmente, ya espirituales, ya corporales, como las tentaciones, enfermedades, desgracias y generalmente todos los que nos vienen de dentro y fuera, no solo los que sentimos, sino en especial los que no sentimos. ¡Cuántos males interiores nos aquejan, que no sentimos bastante á causa de la languidez de nuestra alma! Pensamientos mundanos, deseos é impulsos de concupiscencia, turbacion de las pasiones á las que somos insensibles. Pidamos ser librados de esta languidez y letargo como uno de los mayores males que pueden sobrevenirnos, porque por

no conocer nuestros peligros no pedimos la gracia de ser preservados de ellos y estamos expuestos á perecer.

En fin libradnos de todos los males futuros, *et futuris*; es decir, de todos los que pudieran en lo sucesivo afligirnos mas allá de donde alcanzan nuestras fuerzas y desviarnos de vos; pero en especial de los males que tememos para en adelante como resultas naturales de nuestros pecados y que son las penas temporales de ellos, como las aflicciones y desgracias, y sobre todo de las penas eternas reservadas á los malos, en una palabra de todo cuanto pudiera contribuir á nuestra eterna perdicion.

La iglesia no pide solo nos libre Dios del pecado, que propiamente hablando es el único mal, del cual no son mas que consecuencias y penas todos los demas males; sino que pide tambien la paz, que es el compendio de todos los bienes y á donde se encaminan todas las cosas del mundo: *Da propitius pacem*. Por esta paz se entendió en la iglesia primitiva la libertad de las persecuciones, que son el orígen de infinitos pecados tanto en los que las suscitan, como en los que las padecen. Siendo dada á pocas personas la gracia de perseverar en las persecuciones por la fé, la verdad y la justicia, tal vez con la mira de la mayor necesidad de la gracia, del amor de los tormentos y la cruz emplea singularmente la iglesia despues de los príncipes de los apóstoles la intercesion de san Andrés, porque en este fue mas vivo, solícito y ardiente que en ningun otro el amor de la cruz y de los padecimientos. Para alcanzar la paz que dan el odio del pecado y el amor de la justicia, la pide la iglesia por la mediacion de la Virgen santisima, la cual no cometió jamas pecado y amó perfectamente la justicia.

Llamabase esta oracion intercalacion ó adicion, porque esta peticion de la paz estaba hecha para el tiempo de persecucion ó guerra; pero desde el siglo IX nos manifiesta Floro que se continuó diciendo en todo tiempo y que se diria hasta el fin del mundo. Por esta oracion pedimos á Dios que nos libre de todas las turbulencias y movimientos exteriores y públicos, capaces de im-

pedir por el temor y desasosiego que le sirvamos con tranquilidad. Dios ordenaba á su pueblo que orase asi por la ciudad donde estaba cautivo. Pedid por la paz de la ciudad, dice Jeremías, porque en su paz la tendreis vosotros: *Orate pro pace civitatis..... quia in pace erit pax vobis.* Este es el motivo de las oraciones que queria san Pablo que hiciesen los fieles por los reyes y todos los que estan constituidos en dignidad, para que llevemos, dice, una vida quieta y tranquila en todo género de piedad y honestidad, porque es muy dificil vacar libremente al culto divino enmedio de los temores y agitaciones producidas por las guerras. ¿No son las discordias el fruto y secuela del pecado? ¿No son muchas veces un motivo de ruina para las almas flacas?

Esto obliga á la iglesia á decir: Danos la paz en nuestros dias, *in diebus nostris*, á ejemplo del rey Ezequías. Dios le habia predicho las calamidades de un cautiverio próximo, y el monarca lleno de compuncion respondió á Isaías: Me someto á la voluntad de Dios y solo pido que duren la paz y la verdad en mis dias: *Fiat tantùm pax et veritas in diebus meis.* El zeloso Ezequías sentia en el alma lo que padecerian la religion y el servicio de Dios en la turbacion de sus estados; y por eso deseaba morir antes que ver aquella alteracion y trastorno.

Mas la iglesia al pedir la paz exterior y la cesacion de todos los disturbios pide principalmente la paz del corazon, que es la disposicion mas esencial para la comunion que se va á dar; aquella paz con Dios, que consiste en nuestra reconciliacion completa con él, que es el fin del sacrificio de Jesucristo y por la cual se hizo este nuestra víctima; esa paz con nosotros mismos por la destruccion de las pasiones, de los deseos desordenados y de la concupiscencia, que solamente nos causan tribulacion, pena y afliccion de espíritu aun enmedio de la opulencia y los placeres; esa paz con el prójimo por el desprendimiento y renuncia de todos nuestros intereses y por una caridad llena de mansedumbre, que es el ejemplo que nos da Jesucristo en su sacrificio.

Ve aquí la paz que pedimos á Dios implorando los sufragios mas poderosos, la intercesion de la Virgen santísima, madre del Dios de paz y refugio ordinario de la iglesia: *Intercedente beata et gloriosa semper Virgine Dei genitrice Maria*; la de los tres primeros apóstoles que anunciaron la paz de Jesucristo á todos los pueblos de la tierra: *cum beatis apostolis tuis Petro et Paulo atque Andrea*; y la de todos los santos que en el seno de la misma bienaventuranza estan llenos de zelo para alcanzarnosla, *et omnibus sanctis.*

Ve aquí la paz que pide el sacerdote signandose con la patena al decir estas palabras: *Da nobis propitius pacem.* La patena es el símbolo ó instrumento de la paz, porque sobre ella va á poner el cuerpo de Jesucristo que debe ser partido y destruido en señal de paz: la besa por respeto y se signa con ella para darnos á entender que por la cruz destruyó Jesucristo (que es nuestra paz) todo lo que la turbaba, por esa carne que vamos á recibir: *Ipsi est pax nostra solvens inimicitias in carne nostra.*

Pedimos pues á Dios la paz del corazon y la paz de la iglesia en esta oracion, y esperamos conseguirla por su misericordia y por una gracia enteramente gratuita: *Ut ope misericordiæ tuæ adjuti.* Como la paz del corazon no puede subsistir con el pecado, la iglesia pide que estemos siempre libres de él: *A peccato simus semper liberi.* Y como la persecucion, las guerras y las disensiones no le quitan toda suerte de verdadera paz, y ordinariamente consiste su utilidad en no tener paz por parte del mundo, no pide absolutamente librarse de la vejacion, injusticia, aflicciones y calamidades, sino conservar enmedio de ellas la tranquilidad, confianza y firmeza que la hagan por fin victoriosa de sus enemigos: *Ab omni perturbatione securi.*

Ultimamente pide como siempre estas gracias por nuestro Señor Jesucristo hijo de Dios, que es nuestra paz y nuestro libertador: *per eumdem Dominum, nostrum Jesum Christum filium tuum.* Por él solo espera y pide

la misericordia divina: por él solo puede ser librada de todos los males pasados, presentes y futuros, es decir, de los pecados pasados de que somos deudores á la justicia divina, de la concupiscencia siempre presente que nos incita al pecado, y de las tentaciones á que estamos expuestos incesantemente, porque él solo satisfizo y podia satisfacer á la justicia de su padre. *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* dice san Pablo. *La gracia de Dios por Cristo nuestro Señor.* Todo lo que hay en nosotros nos condena á la muerte: por eso no debemos poner nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita á los muertos, nos ha librado de tantos peligros, nos libra aun ahora y nos librará en adelante como esperamos de su bondad.

Mientras se concluye esta oracion, el sacerdote parte la hostia segun la antigua costumbre de la iglesia, que no quiere omitir en la accion del sacrificio nada de lo que hizo Jesucristo en la última cena: en ella partió el pan, *fregit*; y cuando los apóstoles hablan de la comunion, la llaman la fraccion del pan: El pan que partimos, ¿no es la comunion del cuerpo del Señor? En el libro de los Hechos apostólicos se dice que partian el pan de casa en casa. En la iglesia latina se divide la hostia en tres partes: la una se echa en el caliz: el sacerdote comulgaba antiguamente y daba de comulgar á los asistentes con la otra; y la tercera se reservaba para el viático de los enfermos. Mas con el fin de evitar muchos inconvenientes que ocurrian al partir las hostias para la comunion del pueblo, se introdujo la costumbre de las formas.

El sacerdote al tiempo de la fraccion de la hostia desea la paz diciendo en voz alta: La paz del Señor sea siempre con vosotros: *Pax Domini sit semper vobiscum.* Desde la oracion que acabo de explicaros hasta la comunion, no cesa la iglesia de pedir á Dios la paz del alma con Dios y con nuestros hermanos por la caridad y la remision de los pecados, y la paz de la iglesia respecto del mundo por la cesacion de las disputas, discordias y persecuciones. La primera es la disposicion para el

sacrificio y la comunion, y la segunda es el fruto y efecto de ellos. Por esta oracion desea el sacerdote al pueblo no la paz del mundo, sino la paz del Señor, *pax Domini*, que consiste como os he dicho en la union con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos, y nos conduce á la de la eternidad. El sacerdote expresa este deseo teniendo en la mano el cuerpo de Jesucristo, que es nuestra paz: *Ipse est pax nostra*; y lo hace formando la señal de la cruz sobre la sangre de Jesucristo, por la cual fueron pacificadas todas las cosas: *Pacificans per sanguinem crucis ejus.* Hace tres signos de cruz en honor de las tres divinas personas que nos dan la paz en vista de los méritos de la cruz, y hace los signos sobre el caliz para que no caiga ninguna partícula fuera. En los diez primeros siglos de la iglesia se daban los cristianos la paz abrazandose al decir el sacerdote *pax Domini*, porque solo los pacíficos pueden participar de la carne del cordero sin mancilla; pero de seiscientos años á esta parte se da la paz despues del *Agnus Dei*. Pronto hablaremos de esta ceremonia.

Mientras el ministro responde *et cum spiritu tuo*, el sacerdote echa en el caliz la porcion de la hostia que partió. Esta costumbre es antiquisima y se halla indicada en todas las liturgias y en los concilios. Para entenderla bien conviene saber que en los primeros siglos se enviaba á las iglesias distantes una porcion de la Eucaristía, como observa san Ireneo en su carta al papa Victor tocante á las iglesias de Asia. Los obispos enviaban asimismo todos los domingos á los sacerdotes de las iglesias titulares una parte de la Eucaristía que habian consagrado en la misa. Tambien era costumbre reservar parte de la hostia para el sacrificio siguiente.

Las partículas enviadas á las iglesias y echadas en el caliz se llamaban *fermentum*, levadura, porque se consideraban como una levadura de comunion y caridad que denotaba que el papa, los obispos y los sacerdotes ofrecian un mismo sacrificio, y que todos ellos con los fieles participantes de este podian decir con san Pablo: Todos

los que participamos de un mismo pan, aunque somos muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo: *Unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus.*

Era costumbre antigua reservar al tiempo de la misa una parte de la hostia para el sacrificio siguiente, y esta partícula se echaba en el caliz para unir la consagracion de los dias anteriores con la del presente y mostrar asi la unidad y continuidad del sacrificio.

Ademas de las partículas enviadas y reservadas se echaba siempre en el caliz una porcion de la nueva hostia, que es la única que se echa ahora; y esta mezcla del cuerpo y sangre de Jesucristo consagrados bajo las especies del pan y del vino se hace por una razon importantisima. La iglesia quiere denotar por esta mezcla la reunion del cuerpo y sangre de Jesucristo y su gloriosa resurreccion. En efecto hasta este lugar de la misa no ha expresado mas que la pasion y muerte de Jesucristo por la consagracion de su cuerpo y sangre hecha separadamente. Con todo es de fé que esta separacion es solo misteriosa, y que en realidad ni el cuerpo, está sin la sangre, ni la sangre sin el cuerpo, porque el cuerpo de Jesucristo es verdaderamente un cuerpo vivo y glorioso. Asi es importante representar en el sacrificio la muerte de Jesucristo y su vida gloriosa, porque la misa es la renovacion del sacrificio que ofreció el Señor muriendo y que ofrece vivo en el cielo. El cuerpo y sangre consagrados separadamente son el signo de su muerte: el cuerpo y sangre reunidos son el signo de la vida que recobró en la resurreccion; porque penetrando la especie del vino en la del pan nos representa que el cuerpo y sangre existen juntos y estan reunidos como en un cuerpo vivo. Tal es la razon misteriosa que han dado todos los autores eclesiásticos.

Ve aquí pues el espíritu de esta oracion: *Hæc commixtio et consecratio corporis et sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam æternam.* Esta mezcla y consagracion del cuerpo y sangre de nues-

tro Señor Jesucristo sea para nosotros que le recibimos prenda de la vida eterna; y asi como es el símbolo de la union recíproca de su cuerpo y sangre para significar su resurreccion y vida gloriosa, sea al mismo tiempo una prenda de nuestra union para la bienaventuranza, la cual solamente se nos promete, dice san Agustin, por el cuerpo y sangre del redentor.

No nos contentamos con desear la paz del Señor para esta vida, sino que extendemos nuestros deseos mas allá, y por esta oracion deseamos aquella paz plena, perfecta y eterna, en donde los santos gozan del fruto de sus combates y victorias sin tener ya enemigos con quienes pelear, porque destruida enteramente la concupiscencia reina sola y triunfa para siempre la caridad. Esta paz de la vida eterna pide la iglesia por la presente oracion como efecto del sacrificio que se ha ofrecido por la consagracion y consumado por la comunion de su cuerpo y sangre, y cuyo signo es la mezcla de las especies consagradas, figurandonos la que se hará de Dios y del hombre por la comunion perfecta y eterna del cielo, en la que serán consagrados enteramente los santos, sacrificados á Dios y consumados en la unidad y paz.

¡Ah! hermanos mios, ¡cuán grandes deben ser las disposiciones para comulgar, pues que se hace una mezcla de Dios y del hombre por la participacion de esta santa víctima! ¡Cuán santas deben ser, pues que nos han de proporcionar por la comunion del cuerpo de Jesucristo que se hace en la tierra, unirnos con Dios algun dia en el cielo! Asi os lo deseo &c.

PLATICA LI.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la última plática os expliqué los deseos que manifiesta el sacerdote cuando dice: *Pax Domini sit semper vobiscum*: la paz del Señor sea siempre con vosotros.

¿Qué es esta paz tan distinta de la del mundo y que el mundo no conoce? La paz del Señor, *pax Domini*,

la union con Dios. Nosotros pedimos que nada nos separe de él, que nada le enoje con nosotros, y que no tengamos nada que temer de su justicia y su ira. ¡Qué temeridad y presuncion seria acercarse á él, querer unirse á él y formar un cuerpo con él, si viera en nosotros un corazon indigno! Es pues necesario que estemos en paz con él para merecer unirnos á él. ¿Y en qué consiste esa paz? En la expiacion del pecado, en la restauracion del reino de Dios en nosotros y en la sumision de nuestra alma á todos sus decretos. Esta paz asi entendida es el fundamento de la comunicacion y union inefable que quiere tener Jesucristo con nosotros por la Eucaristía.

Pero ¿cómo alcanzaremos esta paz tan apetecible, esta unidad divina? ¡Ah! Estamos cargados de iniquidades y somos indignos de tener ninguna sociedad con Dios: necesitamos de una víctima que nos reconcilie con él cargando con nuestros pecados y expiandolos por su sacrificio, que nos desvie de las criaturas por las cuales nos hace anhelar la concupiscencia, para llevarnos y unirnos á Dios solo por el vínculo de la caridad. Pues tal es la bondad de Jesucristo para con nosotros, que vino del cielo para traernos esta paz, nos quitó el peso de nuestras iniquidades, las cargó sobre sí, las expió en la cruz, y asi nos reconcilió con Dios. ¿A quién otro podriamos recurrir para alcanzarla? El está presente en el altar: acerquemonos con confianza. ¡Con qué instancias debemos, teniendole á la vista, implorar su misericordia, pedirle la gracia de recibirle dignamente y con él la prenda de la salud eterna al tiempo que vamos á participar de su sacrificio! ¡Cuán penetrados debemos estar entonces de nuestra indignidad! Dandonos golpes de pecho con sentimientos de dolor y arrepentimiento mezclados de confianza y gratitud exclamemos con la iglesia: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, apiadate de nosotros: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.* Reiteremos nuestros clamores y redoblemos nuestras súplicas,

hasta que reconciliandonos con Dios por su misericordia nos dé la paz: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.*

Cordero de Dios, *agnus Dei*: asi es llamado Jesucristo. De todas las víctimas antiguas ninguna figuraba mejor que el cordero la mansedumbre é inocencia del Señor: ninguna representaba mejor toda la importancia y eficacia de su sacrificio. Porque Dios queria cumplir en favor de los hombres estos designios de paz enviando á su hijo, quiso que se marcase la puerta de las casas de los israelitas con la sangre de un cordero mas bien que con la de otro animal en señal de la libertad de aquellos, porque era mas propia para figurar la sangre de Jesucristo, único que puede sacarnos del cautiverio del demonio y darnos la libertad de los hijos de Dios. Con esta idea dice san Juan en el Apocalipsis que el Señor es el cordero inmolado desde la constitucion del mundo: *Agnus occisus à constitutione mundi.*

Pero ¡qué diferencia entre este cordero y las víctimas antiguas! Todas las que se degollaban en tiempo de la ley no eran mas que signos exteriores para enseñar á los hombres lo que debian á Dios. Eran las víctimas de los hombres; pero Jesucristo que era inmolado invisiblemente en aquel signo, era el único objeto que miraba Dios con complacencia por ser único digno de él. Por eso es llamada la víctima de Dios, el cordero de Dios, *agnus Dei.*

Aquellas víctimas no quitaban por sí los pecados: es verdad que se reputaba que llevaban los pecados de aquellos por quienes se ofrecia; por cuya causa les ponian estos la mano en la cabeza para subrogarlas en su lugar y cargarlas de los pecados que ellos habian cometido y de las penas que merecian; pero todo era figurado, y la remision de los pecados se concedia únicamente en virtud de la fé en la víctima de Dios y por consideracion á sus méritos. Isaías habia representado al Mesias como un cordero cargado con nuestras iniquidades y destinado al sacrificio; pero las lleva solo

para expiarlas, y las expia ya sufriendo en su humanidad las penas debidas á aquellas, ya haciendo por su gracia capaces á los fieles de cumplir lo que les falta padecer para la entera expiacion. Jesucristo pues es el solo que borra los pecados, y para eso vino. Asi lo predijo Daniel cuando anunció que con la venida de este Salvador seria borrada la iniquidad y destruido el pecado; y asi dicen Isaías y san Pablo que la muerte es absorbida en la victoria: *Absorpta est mors in victoria.* Lo es en todos los que sean lavados en la sangre del cordero divino y le digan con perpetuo hacimiento de gracias: Tú fuiste inmolado y nos redimes por tu sangre. Es igualmente cierto que Jesucristo lleva, borra y quita los pecados del mundo, es decir, los que nos ha hecho cometer el amor de nosotros mismos y del mundo, porque por muy grandes que sean, quedan expiados absolutamente por su sacrificio: *Qui tollis peccata mundi.*

Esa divina víctima está actualmente en el altar donde la ha puesto por nosotros su amor. Digamosle, hermanos, penetrados vivamente de nuestra miseria y de la confianza que nos da en sus misericordias: Apiadate de nosotros, *Miserere nobis.* Si conocemos la necesidad que tenemos de su gracia, haremos contínuas instancias y redoblaremos nuestros clamores: *Miserere nobis.* Danos la paz del Señor, esa paz que siempre nos es necesaria, esa paz que nos reconcilia con Dios por la entera remision de nuestros pecados, esa paz que de tal modo sobrepuja nuestros méritos, que no podemos hacer otra cosa que confesar nuestra indignidad, admirar vuestra bondad y misericordia y participar de vuestros designios recibiendoos en nuestro cuerpo y nuestro corazon: *Dona nobis pacem.*

En las misas de difuntos la iglesia atenta á los tormentos de las almas del purgatorio dice: Dales el descanso, *dona eis requiem*, en vez de *Apiadate de nosotros*; y á la tercera vez pide el descanso eterno de que gozan los santos en el cielo: *Dona eis requiem sempiternam.* Y como no conviene á aquellos la paz que se pide

para la iglesia y los fieles, no se dice *dona nobis pacem*, ni la oracion siguiente que voy á explicaros.

La iglesia no cesa de pedir la paz que sabe ser su tesoro y su gloria, y se dirige á Jesucristo y le invoca de un modo particular: Señor Jesucristo, *Domine Jesu Christe*, divino Jesus que sois nuestro Señor, porque nos redimisteis con vuestra sangre, *Domine*; que nos fuisteis dado para ser nuestro Salvador y fuisteis ungido y consagrado por Dios vuestro padre para ponernos en libertad y darnos la vida, *Jesu Christe*; que mirando la paz como el mayor bien de la iglesia disteis á los apóstoles la víspera de vuestra muerte las señales mas expresivas de amor con estas palabras: Os dejo la paz, os doy mi paz: *Qui dixisti apostolis tuis*: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis.*

San Agustin nos enseña á hacer una diferencia entre la paz que deja Jesucristo y la que da. La que deja es la paz que podemos tener por la gracia en el discurso de esta vida, la que tenian los apóstoles la víspera de la pasion cuando les dijo el Señor: Vosotros estais limpios: *Vos mundi estis.* Este es un principio de paz que proviene de la reconciliacion con Dios, de la buena conciencia y del gozo que halla el hombre interior en la práctica de las buenas obras y el cumplimiento de la ley divina, como lo dice el real profeta: *Pax multa diligentibus legem tuam.* Este gozo forma nuestra paz; pero es una paz que no impide todas las tribulaciones, es una paz con la cual es preciso pelear todavia y decir muchas veces á Dios: Perdonanos nuestras deudas.

A mas de esta paz que deja Jesucristo á sus apóstoles, les dice: Os doy mi paz, *Pacem meam do vobis*; esto es, os la aseguro para la eternidad. Esta paz que da es la que excluye toda turbacion, es la paz estable, perfecta y eterna de que él mismo goza y que por esta causa llama con mas propiedad su paz; paz que destina á los fieles para que la gocen en el cielo, y quiere que la pidamos sin cesar. No pedimos nada cuando no pedimos esta paz, que nos librará de todo asalto y nos colmará

de pleno gozo. Hasta aquí, decia Jesucristo á sus discípulos, no habeis pedido nada: pedid y recibireis para que sea completo vuestro gozo: *Petite et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum.*

Ve aquí la idea que debeis tener de la paz de Jesucristo. La iglesia la pide con confianza, y esta confianza se funda en la fé de la misma iglesia y en la voluntad de Dios, porque sabe bien que la voluntad del Señor es darle la paz pues que aceptó el sacrificio de Jesucristo, *quien pacificó por la sangre de su cruz tanto lo que hay en la tierra como lo que hay en el cielo.* Mas tambien sabe que Dios que quiere darle la paz, la dará á su modo, segun sus designios y en los tiempos y ocasiones cuyo conocimiento se ha reservado como dueño que es de ella, y que los pecados de los hombres y sobre todo los de los ministros del altar son un obstáculo para la paz y un motivo de diferirla. Por eso el sacerdote temiendo que sus pecados sean un impedimento para la gracia que solicita, dice: No mires mis pecados, sino la fé de tu iglesia: *Ne respicias peccata mea, sed fidem ecclesiæ tuæ.* Yo soy pecador; pero ella es pura y santa y manifiesta por mi boca su anhelo por la paz.

La fé es la que ora, y siendo la iglesia sola la casa de la fé es tambien la única casa de oracion. Aun mas, la iglesia sola ha recibido el espíritu de oracion: solo esta paloma gime, y sus gemidos inefables son oidos de Dios, porque son formados por su espíritu. A la iglesia únicamente ha sido dado el espíritu para que la rija y gobierne, y en el corazon de ella habita el espíritu, y desea, gime, suspira y pide para los santos lo que es conforme á Dios. A ella sola da el espíritu testimonio de que sus hijos son los hijos de Dios y como tales los herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, si padecen con este para ser glorificados con él. En fin á ella sola da el espíritu de Dios la confianza de decirle de lo íntimo del corazon *Padre nuestro* para pedirle como á tal la conservacion de la caridad quebrantada muchas veces por las discordias que suscitan y fomentan las pa-

siones, la ignorancia y á veces el falso zelo de los hombres de bien; para pedirle la fortaleza y el valor de sufrir en este mundo las aflicciones, cruces y persecuciones que levantan los que viven segun la carne contra los que viven segun el espíritu: *Eamque secundùm voluntatem tuam pacificare*; para suplicarle que una á los hijos de su familia y los miembros de su cuerpo que se sustentan de un mismo pan, y no obstante suelen obrar unos con otros como si fueran miembros de varios cuerpos diferentes y no recibieran al mismo Jesucristo; y que les dé aquella paz estable de que goza él mismo, y que debe reunir á todos sus miembros en él en el seno de su padre: *et coadunare digneris*; segun se lo rogó á su padre despues de haber dicho á los apóstoles: Os doy mi paz: *Ut in nobis unum sint.*

El sacerdote pide esta gracia á Jesucristo, porque es Dios omnipotente que vive y reina por todos los siglos de los siglos: *Qui vivis et regnas Deus per omnia sæcula sæculorum.*

La caridad es la vestidura nupcial que debe uno ponerse para ser admitido á la mesa del esposo celestial. En efecto ¿cómo se ha de participar del sacramento de union, paz y amor, si no se renueva la unidad de espíritu en el vínculo de la paz que tantas veces nos fue recomendado? Sin esta unidad no solamente no se puede comulgar, sino ni aun unirse á la oblacion de los fieles, porque Jesucristo nos dijo: *Si ofrecieres tu don ante el altar y allí te acordares que tienes algo contra tu hermano; deja tu don ante el altar y ve á reconciliarte antes con tu hermano; y entonces volviendo ofrecerás tu don.* Para conformarse con esta expresion del Salvador las iglesias de Oriente daban el ósculo de paz al principio de la oracion. Esta costumbre se guardaba antiguamente en las iglesias de las Galias y España, donde se ponia antes del prefacio la oracion por la paz; pero en Roma y ahora en toda la iglesia latina se da el ósculo de paz inmediatamente antes de la comunion, para que como dice el papa Inocencio I, se confirme en este lugar

por el ósculo todo lo que se ha dicho y obrado durante el santo sacrificio.

El sacerdote antes de dar el ósculo al diácono besa el altar, porque este representa á Jesucristo, el verdadero altar de Dios; y este beso del altar se sustituyó al de la misma hostia consagrada, en la que adoramos á Jesucristo y de quien el sacerdote recibia inmediatamente el ósculo de paz para darle despues á todos los ministros del altar y á todos los fieles.

Besado el altar el sacerdote abrazaba al diácono y los fieles se abrazaban unos á otros. La paz dada por medio de un ósculo ha sido siempre la señal de una verdadera amistad entre personas iguales; y de este modo se la daban antiguamente los cristianos que se miran todos como hermanos. Todas la personas del mismo sexo se daban mutuamente el ósculo de paz, los hombres por un lado y las mujeres por otro; y esta era la principal razon por que ocupaban lugar separado los dos sexos, para que estos ósculos no pudiesen ser mas que señales de una caridad pura y santa. Esta costumbre que no varió hasta mediado el siglo XIII, y que se conserva todavia para el clero solo segun el rito romano, está fundada en la práctica de los apóstoles, los cuales recomendaban frecuentemente el ósculo de caridad ó el santo ósculo como dice san Pablo: *Salutate invicem in osculo sancto.* Por él se manifestaban los cristianos unos á otros la union, paz y caridad de sus corazones.

Pero desde el siglo XIII los fieles que asisten al santo sacrificio no se abrazan ya mutuamente antes de la comunion, y reciben la paz por un instrumento sagrado y simbólico, que se llama la paz, la imagen ó el símbolo de la paz. El sacerdote al besarle dice: La paz sea contigo, *pax tecum*; y lo mismo dice cada uno de los que le besan al presentarsele.

Pero ya se abracen mutuamente los fieles, ya besen un instrumento de paz, la iglesia por medio de esta ceremonia nos instruye de la disposicion esencial que debemos tener para participar del sacrificio por la comu-

nion sacramental ó espiritual: esa disposicion es el amor de nuestros hermanos. Para ser enteramente un mismo cuerpo y un mismo espíritu con Jesucristo por la comunion, es preciso que tengamos todos un solo corazon y una sola alma por la caridad y que seamos todos como un solo pan, en el cual estan de tal modo amasados y mezclados todos los granos de trigo unos con otros, que son ya una misma cosa. Esa es la paz que dejó y dió Jesucristo á sus discípulos, la union de espíritu y corazon, de la que dijo: *En esto se conocerá que sois mis discípulos si os amais unos á otros.* Este es el espíritu de la ceremonia de la paz como lo explica tambien san Agustin diciendo: *Despues de la oracion dominical añade el sacerdote: La paz sea con vosotros; y os dais unos á otros el santo ósculo. Este no es mas que un signo de paz: lo que manifiestan los labios, ha de efectuarse en la conciencia; es decir, que asi como vuestros labios se acercan á los de vuestro hermano, debe mantenerse unido vuestro corazon al suyo. Pacis signum est, sicut ostendunt labia, fiat in conscientia.* Por eso la iglesia pedia á Dios en una oracion que se decia antes de dar el ósculo de paz y que leemos en el antiguo misal gótico y galicano: Tengamos en lo íntimo de las entrañas la paz que proferimos con los labios: *Pacem quam in labiis proferimus, in intimis teneamus visceribus.*

Asi no tienen ninguna parte en el sacrificio los que no viven en perfecta paz y union con sus hermanos sin exceptuar uno solo, porque basta para hacerlos prevaricadores la exclusion de uno solo. ¡A cuántas reflexiones me podria yo extender aquí! Pero os remito á vuestra conciencia: escudriñad vuestros corazones y ved si conservais odio, resentimiento y envidia contra alguno..... ¿No vivís en disensiones, contiendas y discordias? ¿No sois inflexibles en la reclamacion de vuestros derechos, delicados en el punto de honor y apegados á vuestros propios intereses? ¿No teneis esa soberbia y arrogancia, ese desabrimiento y dureza, esos modales altaneros que son semillas de division y discordia y destruyen la paz,

la union y la caridad? Si se altera la paz por una sola pasion, un solo defecto de estos; os es inutil el sacrificio. Pero hacerse incapaz de tributar á Dios por el sacrificio el homenaje debido, renunciar voluntariamente la cualidad gloriosa de víctima del sacrificio en union con Jesucristo, despojarse del derecho de ofrecerle, privarse de las gracias que da Dios solamente por esta oblacion, secar el manantial de las bendiciones que de ella se derivan, excomulgarse á sí mismo, y todo por un tenue interés que se disputa, por una injuria que no se quiere olvidar, por un desprecio que no se quiere perdonar, por un ademan de altanería, tibieza ó indiferencia que no se quiere disculpar ó á lo menos tolerar, ¿no es renunciar los méritos del sacrificio de Jesucristo y correr á un precipicio eterno por una fruslería insignificante? ¿Qué reconciliacion no se hace facil y quién no se halla dispuesto á vivir en paz con los genios mas mal contentadizos, raros, fastidiosos y violentos, si se consideran las ventajas del sacrificio?

Asi mientras que el sacerdote dice la oracion por la paz, renovemos nuestro amor para con nuestros hermanos, y por él atraigamos en nosotros el de Jesucristo, en quien solo podemos vivir por el amor que tanto nos recomendó. Por esta caridad mereceremos tener parte en su sacrificio y estar unidos á él en el cielo &c.

PLATICA LII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Despues de las oraciones que quedan explicadas en las pláticas anteriores, se daba al punto la comunion: considerabanse aquellas como suficientes para prepararse á esta. Pero los fieles no podian ver tan próximo el momento de recibir el precioso cuerpo de Jesucristo sin sobrecogerse de un profundo respeto y de un santo temor, y asi pidieron de nuevo la remision de los pecados y las gracias que debe producir la sagrada comunion en una alma bien preparada.

De todas las oraciones que habia introducido la piedad, la iglesia ha escogido dos, que hace seiscientos ó setecientos años se miran como procedentes de una santa tradicion. Exhorto á los que han de comulgar á que las recen y se penetren de los sentimientos que inspiran, en lugar de otras muchas fórmulas tomadas de libros poco autorizados. ¡Cuán de temer es que se acostumbren los fieles á decir cosas que no entienden y que son desmentidas por el corazon! Rezando diversas oraciones que se leen en esta clase de libros para prepararse á la comunion, suelen hallarse elevaciones demasiado sublimes para que se interese el espíritu, y se hacen á veces protestas, votos y promesas que no convienen mucho á la flaqueza que han producido por desgracia las recaidas frecuentes. A ningun inconveniente de estos exponen las oraciones que voy á explicaros: son sencillas y enteramente adecuadas á nuestro estado y necesidades, expresan todas las disposiciones en que debemos hallarnos, y rezandolas tenemos el consuelo de saber que oramos como la iglesia y con la iglesia.

En la primera oracion de estas pide nuestra piadosa madre á Jesucristo que por la recepcion de su sacrosanto cuerpo y sangre nos libre de todas nuestras iniquidades y de todo género de males. Para que comprendais bien el espíritu de esta oracion es preciso poneros á la vista los principios en que se funda.

Primer principio. Nosotros no tenemos derecho de recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo mas que por su muerte, no solo porque esta nos reconcilia con Dios, purifica nuestros corazones de las obras muertas y nos pone en estado de recibir dignamente el pan de vida, sino porque recibimos su cuerpo por via de comunion del sacrificio y como la carne de la víctima de Dios, del cordero de Dios. La inmolacion de esta víctima que debe preceder á la comunion, se hizo en su muerte.

Segundo principio. Asi como no tenemos derecho á la comunion mas que por la muerte de Jesucristo; tam-

bien es verdad que no tenemos parte en el fruto de la muerte de Jesucristo sino por la comunion ó con relacion á ella; porque de la misma manera que los judios no tenian parte en los sacrificios de la ley si no comian la carne de las hostias y comulgaban por este medio de las víctimas ofrecidas á Dios; asi tampoco nosotros tenemos parte en todos los misterios de Jesucristo que constituyen su sacrificio y son partes de él, sino comulgando la carne de su sacrificio. Asi la comunion eucarística y sensible del cuerpo de Jesucristo se instituyó para hacernos participar interior é invisiblemente de la gracia y el espíritu de todos sus misterios. Este es el medio ordinario, como lo declara expresamente Jesucristo por estas palabras: *Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendreis la vida en vosotros.* Y aunque se reciba la gracia antes de la comunion, siempre es con relacion á esta: la recepcion de la gracia es una comunion interior de los méritos y el espíritu de Jesucristo. Por eso san Agustin creyó que esta comunion era necesaria hasta á los niños para salvarse, no porque creyese que eran privados de la salvacion los niños bautizados, si morian sin recibir en su boca el cuerpo de Jesucristo bajo las apariencias de pan, sino porque sabia haber una conexion tan grande y una dependencia tan firme entre el bautismo y la Eucaristía, que la necesidad del primero incluia la de la segunda; y que asi como es inseparable la necesidad del sustento de la vida de un recien nacido que no puede conservarla sin aquel y manifiesta deseos de recibirle por cuantos medios puede, asi estan incluidos en el bautismo el derecho, el deseo y la necesidad de la Eucaristía. En una palabra segun la conducta ordinaria de Dios la comunion es la consumacion de la gracia cristiana en esta vida. Por el bautismo recibimos la vida cristiana: se aumenta y fortalece por la confirmacion; pero se sustenta por la comunion eucarística. Recibanse las gracias antes ó despues, siempre es en consecuencia de la Eucaristía y con una relacion natural y necesaria á la comunion del cuerpo de Jesu-

cristo, medio y conducto establecido para recibir las bendiciones y gracias.

Por estos principios el sacerdote se dirige asi á Jesucristo al tiempo de la comunion: Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo: *Domine Jesu Christe, fili Dei vivi.* Le llama hijo de Dios vivo, hijo de Dios padre, que es el principio de la vida y la comunica á su hijo con soberana potestad de comunicarla á quien quiere. *Asi como el Padre tiene la vida en sí mismo*, nos dice Jesucristo, *asi dió al hijo el tener la vida en sí mismo, y el hijo la da á quien quiere.* Ahora siendo necesaria la vida de la gracia para recibir la divina Eucaristía que es el pan del alma, y no pudiendo alimentarnos de este sino viviendo aquella vida, ¿á quién mejor podemos recurrir que al que tiene la soberana potestad de comunicarla y vivificó ya el mundo por su muerte? *Qui per mortem tuam mundum vivificasti.* Sí, Jesucristo dió la vida al mundo como lo dice él mismo: *Dat vitam mundo.* Le dió esta vida por su muerte destruyendo el pecado y expiando en la cruz todas las penas debidas á este: *Affigens illud cruci*, segun el dicho de san Pablo.

La iglesia dirigiendose á Jesucristo interesa, por decirlo asi, á toda la beatísima Trinidad para alcanzar la vida de la gracia, y representa á Jesucristo que da la vida al mundo por la voluntad del Padre y con la cooperacion del Espíritu Santo: *Ex voluntate Patris cooperante Spiritu Sancto.* Por la voluntad del Padre; porque como dice san Pablo, habiendo muerto nosotros por el pecado, nos vivificó en Cristo por cuya gracia hemos sido salvados: *Cùm essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo, cujus gratiâ estis salvati.* ¿No cooperó el Espíritu Santo á la salud que recibimos de Jesucristo, formando su cuerpo en el casto seno de Maria para que fuese una hostia santa y agradable? ¿No coopera aun todos los dias contribuyendo sobre el altar á la transustanciacion del pan en el cuerpo adorable de Jesucristo, á fin de que sea ofrecido para dar la vida á nuestra alma?

Persuadida la iglesia á que Jesucristo tiene en su mano todo el poder de las personas divinas para darnos la vida, le pide con confianza que nos libre de todo lo que puede oponerse y dañar á la vida del alma, y lo pide por su cuerpo y sangre que se sacrifican en el altar y que vamos á recibir en la comunion para aplicarnos los méritos de su muerte y comunicar interiormente de la vida de la gracia que nos procuró por su pasion: *Libera me per hoc sacrosanctum corpus et sanguinem tuum.*

Lo que se opone á la vida de nuestra alma son nuestros pecados y todo lo que puede desviarnos de Dios. Digamos pues para estar en estado de comunicar del cuerpo de Jesucristo ó de las gracias que está pronto á derramar sobre nosotros como el fruto de su sacrificio: Señor Jesucristo, líbrame de todas mis iniquidades, *ab omnibus iniquitatibus meis;* de todo lo que procede de la malicia de mi entendimiento y corazon, de todos los pecados que cometo contra las luces que me da Dios, y que no sirven mas que para aumentar mi iniquidad. Líbrame de todos los males, *et universis malis*, que pueden inducirme al pecado, de todos los peligros que me rodean, de tantos pecados que cometo sin advertirlo, y de todas las culpas en que incurro por error, ignorancia ó precipitacion contra vuestra ley. Da á mi corazon una contricion fervorosa que acabe de santificarle y le ponga en el grado de pureza que debe tener para ser digno de ti. Confio, Señor, que me has lavado ya por el sacramento de la penitencia; pero lavame todavia mas: *Amplius lava me ab iniquitate mea*; y purificame de nuevo de todas las manchas de mi pecado, *et à peccato meo munda me.* Para que pueda presentarme delante de ti crea en mí un corazon puro y renueva hasta lo íntimo de mis entrañas ese espíritu de rectitud y justicia, sin el cual no seria mas que mentira é ilusion toda la devocion de que me siento movido al comulgar. Como el pecado es la única cosa que puede desagradarte en mí, Dios mio, le detesto y aborrezco porque te desagrada á ti. Aun cuando no me expusiese á los castigos

terribles y espantosos con que le castiga tu justicia; y aun cuando no mereciese el infierno; bastame para execrarle que me separe de ti é impida que te unas á mí por el sacramento de tu cuerpo.

O Jesus mio, hazme la gracia de que guarde enteramente tus mandamientos y no me aparte jamás de ellos: *Fac me tuis inhœrere mandatis.* Solo guardandolos se puede tener la vida, y el primer mandamiento de todos, el que debe ser el alma de ellos, es el de amar á Dios. ¿Y cuándo debemos dar muestras mas expresivas de este amor que al tiempo de acercarnos á un sacramento que es singularmente y por excelencia el sacramento del amor y caridad de Dios para con nosotros? Figuremonos que al recibir la comunion nos pregunta Jesucristo como á san Pedro si le amamos; y respondamosle con el mismo fervor que este apostol: *Señor, tú sabes que te amo.* La sincera protestacion que hago hoy es que quiero amarte con un amor sólido y efectivo, que no consiste solamente en palabras. Dame tú mismo ese amor que consiste en el cumplimiento de mis deberes, en la exacta observancia de tus mandamientos, en una adhesion inviolable á tu ley, en el temor de ofenderte, en el apartamiento de todo lo que te disgusta, en una renuncia eterna de las falsas máximas del mundo y de todo lo que es contrario á la santidad del sacramento que voy á recibir. No permitas que yo sea separado nunca de ti: *Et à te nunquam separari permittas.* ¿Cómo se han de evitar los males del alma y observar cristianamente los divinos preceptos sino permaneciendo siempre unidos á Jesucristo? Mas para estarlo de manera que no pueda uno ser separado de él es preciso que sea el principio de todos nuestros pensamientos, deseos y acciones. ¡Ah! Hermanos mios, si nuestro amor fuera tan ardiente como el de san Pablo, podriamos decir: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? *Quis nos separabit à charitate Christi.* Pero el conocimiento de nuestra miseria y la experiencia de nuestra inconstancia y fragilidad nos impiden responder con este apostol retando á todas

las criaturas á que nos separen de él. La vista de los peligros, el temor de las tentaciones y el conocimiento de nuestra flaqueza nos mueven á pedirte, Señor, que no permitas seamos separados nunca de ti y que desvies tanto nuestro corazon de todo lo que pudiera ser opuesto á ti, que podamos decir siempre con verdad: ¿Qué desecé sobre la tierra sino á ti, Dios de mi corazon y mi porcion, Dios, para siempre? *Et à te quid volui super terram, Deus cordis mei et pars mea, Deus, in æternum?*

Despues de haber pedido á Jesucristo las disposiciones necesarias para comulgar dignamente continúa asi el sacerdote en la segunda oracion: La recepcion de tu cuerpo, Señor Jesucristo, que presumo tomar yo, aunque indigno, no me redunde en mi juicio y condenacion: *Perceptio corporis tui, Domine Jesu Christe, quod ego indignus sumere præsumo, non mihi proveniat in judicium et condemnationem.* Por mas que uno se haya probado para asegurarse de que no se acerca á Jesucristo con una indignidad marcada, no se sigue que sea digno de recibirle. ¿Cómo no han de temer ser indignos de tal gracia unos miserables pecadores? ¿Quién somos nosotros, pobres gusanillos de la tierra, para acercarnos á un Dios de tan alta majestad y sentarnos á su mesa? ¿Quién puede ser digno de tener en sus manos y comer el pan de los ángeles, alimentarse de la carne de un Dios y poseer en su cuerpo la santidad misma? ¿No tenemos siempre motivo de temer que nos ceguemos y no veamos nuestro estado? El obispo de Laodicea se creia colmado de toda suerte de gracias y virtudes; sin embargo san Juan le escribió de parte de Dios que conocia su tibieza y que era verdaderamente pobre, desnudo y ciego no viendo sus culpas y flaquezas. ¿Quién pues se atreverá á recibir el cuerpo de Jesucristo sin temblar?

Llenense todos en aquel instante de un temor filial, que los haga decir á Jesucristo presente: O Salvador mio, ¿seré yo tan desgraciado que tenga un pecado oculto, el cual sea un impedimento para todas las gra-

cias que quereis concederme? ¿Seré yo otro Judas, que hoy os dé el ósculo de paz y mañana os venda? ¿Os recibiré como él con una conciencia criminal? ¿Vendreis á mí con horror é indignacion como á un enemigo oculto en vez de venir como á un discípulo fiel? ¡Ah! Si asi fuera, os diria como san Pedro: *Apartate de mí, Señor, porque soy un sacrílego é impío.* Mas la confianza que tengo en vos, Señor, me hace esperar que me habeis perdonado mi pecado, y que aunque tan indigno no me desechareis de vuestra presencia, ni incurriré en el juicio y condenacion de los que reciben indignamente vuestro cuerpo, sino que por vuestra piedad me aprovechará para la defensa del alma y el cuerpo y para recibir la curacion: *Sed pro tua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis, et ad medelam percipiendam.*

La iglesia señala por estas palabras tres efectos de la comunion: el primero es el valor y fortaleza que infunde en el alma este divino manjar para resistir á todas las embestidas de los enemigos de la salvacion: *tutamentum mentis.* De la Eucaristía viene la fortaleza del cristiano; y la iglesia nos enseña en sus oraciones que de ahí sacaban la suya los mártires: *De quo martyrium sumpsit omne principium.* Por eso san Cipriano y los demas santos obispos de Africa se creian obligados á abreviar el tiempo de la penitencia cuando se acercaba la persecucion, para que los penitentes no se expusiesen al combate sin el auxilio de la Eucaristía. *Guardemonos de exponerlos al combate sin armas ni defensa*, decia el santo obispo de Cartago: *fortalezcamoslos por la proteccion poderosisima del cuerpo y sangre de Jesucristo; y pues que la Eucaristía se consagra para ser nuestra defensa contra el enemigo, armemoslos de los auxilios que encontrarán en este divino manjar.*

Se esperaba que el cuerpo sagrado del cordero sin mancilla infundiese valor en el corazon. Jesucristo es el leon de Judá, y la participacion de su adorable carne debe hacernos leones terribles al diablo, como dice san Juan Crisóstomo, *tanquam leones diabolo terribiles*, y forta-

lecernos contra las tentaciones del pecado, las ilusiones del espíritu maligno y la corrupcion del siglo.

El segundo efecto de la comunion que pide la iglesia, es que nos aproveche para la defensa del cuerpo, *tutamentum corporis*: que la carne ensangrentada del cordero inmolado infunda en él fortaleza contra el regalo de la carne, que no busca mas que las delicias, se abate en el dolor, teme la mas leve incomodidad, tiene tanta repugnancia á la mortificacion y sujecion, y tiembla hasta de la palabra penitencia: que aquella carne virginal infunda en nuestro cuerpo pureza y castidad contra el fuego de la concupiscencia y le amortigüe: que nos inspire sentimientos de horror y execracion hácia el pecado de impureza: que nos fortalezca en el combate que tiene que sostener el espíritu contra la carne: en una palabra que consagre nuestro cuerpo y le haga templo vivo del hijo de Dios y del Espíritu Santo.

Por último el tercer fruto que espera la iglesia de la recepcion del cuerpo de Jesucristo, es que sea una medicina saludable para nosotros: *et ad medelam percipiendam.* ¡Ah! ¿Cómo podemos prometernos estar sanos y sin heridas? ¿Cómo estando flacos y descaecidos no hemos de cometer culpas á menudo? Asi pedimos á Jesucristo que su precioso cuerpo sea un preservativo contra el pecado y una medicina de todos los males que no conocemos: que repare las fuerzas perdidas diariamente: que sane las heridas que recibe nuestra alma sin cesar; y que asi como restablece nuestro cuerpo y alma en el derecho de la inmortalidad que perdieron por el pecado, sea una semilla y un principio de vida para una bienaventurada eternidad.

¡Cuán raras son estas gracias, supuesto que la conducta de los mas de los fieles que comulgan, no suele ser mas cristiana ni edificante despues de la comunion! Deberia vivir y obrar en ellos Jesucristo de suerte que nada en su conducta fuese indigno de él; y despues de la comunion viven como antes en el desorden de una vida relajada y mundana. Dios mio, cure eficaz-

mente vuestro sacramento todas mis debilidades; para lo cual le diré con san Agustin: O virtud y fortaleza de mi alma, entra en ella y unela á ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga: *Virtus animæ meæ, intra in eam et coapta tibi, ut habeas et possideas sine macula et ruga.* Esta es mi esperanza y por eso hablo: *Hæc est mea spes: ideo loquor.* Apiadaos pues de mí, Señor: ya veis que no os oculto mis llagas: estoy enfermo; pero vos sois el médico soberano: estoy cargado de miseria; pero vos sois el Dios de misericordia: *Medicus es, ægèr sum: misericors es, miser sum.*

¡Cuán grande es esta gracia! Por eso la pide el sacerdote á Jesucristo, que es omnipotente y vive y reina con Dios padre en unidad del Espíritu Santo, con quien es un mismo Dios por los siglos de los siglos. Amen.

PLATICA LIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Cuanto mas se aproxima el instante de la consumacion del sacrificio y participacion de la víctima inmolada, mas perfectas deben ser las disposiciones. Despues de dichas las oraciones que quedan explicadas, el sacerdote se expresa asi: Tomaré el pan celestial: *Panem cœlestem accipiam.* Expliquemos el sentido de estas tres palabras.

El sacerdote expresa el ardiente y solícito anhelo con que desea recibir el pan celestial. Si Jesucristo manifestó por amor nuestro vivisimos deseos de comer la última Pascua con sus discípulos; ¿con cuánta eficacia no debemos desear nosotros participar de esta Pascua tan preciosa y tan necesaria para la vida de nuestra alma? ¿Qué significaria el no sentirse con hambre de este divino manjar y comerle sin gusto y sin afan? Si el hastío es una señal de la enfermedad corporal, ¿no puede decirse que está enferma el alma cuando recibe el pan vivo con indiferencia, insensibilidad y sin sentir gusto ni hambre?

¿Y qué hambre es esta? Un vacío del corazon, una

inanicion saludable, una necesidad interior que pide llenarse de Dios: esta hambre espiritual es la que debe preceder á la recepcion de este manjar divino. Asi hizo Dios sentir el hambre á los israelitas en el desierto antes de enviarles el maná: *Afflixit te penuriâ, et dedit tibi cibum manna.* Con esta hambre espiritual el corazon ve con santa impaciencia acercarse la hora de recibir al Dios vivo; y cuanto mas se va llegando, se estremece de júbilo como el real profeta: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* El que no siente nada de esto, muestra un síntoma infalible de plenitud de defectos, imperfecciones y amor propio. Abstengase pues hasta que haya mortificado sus pasiones, combatido sus hábitos pecaminosos y purificado su corazon; porque como dice san Agustin, los ricos no se hartan porque no estan hambrientos; es decir, los que tienen el corazon henchido de sí mismos y no aman mas que el mundo, los placeres y los bienes terrenos, los que no estan hambrientos de este pan celestial, no se hartan: *Qui divites sunt, non satiantur, quia non esuriunt.*

¡Dichoso aquel que estando próximo á recibir el pan de vida siente verdadera hambre, y exclama penetrado de su necesidad y con la avidez, el anhelo y la impaciencia de un hombre enhambrecido: *Panem cœlestem accipiam*: Tomaré el pan celestial! Pero todavia mas dichoso aquel cuyo pan es Jesucristo de tal modo, que él mismo es el pan de Jesucristo; porque el Señor se llena de nosotros como nosotros nos llenamos de él, supuesto que segun san Pablo somos su cuerpo y su plenitud y permanece en nosotros como nosotros en él: *In me manet et ego in eo.* Se alimenta de nosotros y nos convierte en él: de nosotros se forma su cuerpo y crece para llegar al estado del hombre perfecto y á la medida de la plenitud que debe tener Cristo entero, compuesto de la cabeza y de los miembros. Por la comunion se cumple el misterio por el cual nos hacemos sus miembros perfectos y somos transformados en él, penetrandonos de tal suerte de sus disposiciones y espíritu

y recibiendo tan bien la semejanza é imagen de su interior, que posea nuestro corazon, obre, hable y viva en nosotros y nosotros en él, y podamos decir con el Apostol: *Vivo, ó mas bien no soy yo quien vivo, sino Jesucristo vive en mí.*

La segunda disposicion que manifiesta el sacerdote al decir: *Panem cœlestem accipiam*; es una firme confianza en la omnipotencia de Jesucristo para santificar su corazon por la comunion. Porque si Jesucristo se complace y aun se tiene por honrado de que confie uno en él, es particularmente en este misterio donde se nos comunica sin limitacion. Y si se da á sí mismo, dice admirablemente san Pablo, ¿cómo no nos dará todo lo demas? ¿Podria negarnos algo cuando se entrega á nosotros? El altar en que está presente es el trono de la misericordia, y tenemos derecho de presentarnos en él: expongamosle nuestras necesidades, solicitudes y deseos, y no vacilemos en recibir este pan celestial. Por su virtud nos fortificará, nos iluminará, calmará la violencia de nuestras pasiones y nos hará moderados, fervorosos y cristianos. Acerquemonos á Jesucristo con esta confianza fundada en su poder y bondad infinita. Dios mio, vos sois el dueño de mi corazon: venid á tomar posesion de él y henchirle enteramente de vos: por eso suspira mi alma: *Panem cœlestem accipiam.*

¡Cuántas ventajas se perciben de la participacion del pan celestial! No se necesita mas para infundir confianza en nosotros y aumentar nuestro deseo y afan. Pues bien unamos nuestros intereses á los de Dios, deseemos recibir á Jesucristo por Dios mismo, y tengamos una santa impaciencia de comulgar para poder glorificarle mas. Tomaré el pan celestial é invocaré el nombre del Señor: *et nomen Domini invocabo.*

El sacerdote al decir las palabras que estoy explicando, toma en las manos el cuerpo de Jesucristo; pero cuanto mas cercano ve el momento de unirse á él, mas tiembla y se sorprende de la infinita distancia que existe entre un pecador como él y la santidad misma. Se

anonada profundamente, se asombra de que un Dios de tan sublime majestad se digne de descender del cielo para darse á él en alimento, y penetrado de los sentimientos de Job exclama: ¿Qué es el hombre para que le engrandezcas? ¿Y quién soy yo, pecador y vil gusano, para llegarme á un Dios tan santo y sustentarme de una carne tan divina? El sacerdote no puede menos de confesar su indignidad y dice tres veces dandose otros tantos golpes de pecho: Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; pero dí tan solo una palabra y sanará mi alma: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantùm dic verbo, et sanabitur anima mea.* ¡Cuán respetables son estas palabras, pues que Jesucristo las admiró y alabó en boca del centurion! Asi es que segun el testimonio de Orígenes y san Juan Crisóstomo siempre las ha usado la iglesia. Mas cuando se digan, ha de ser con una fé tan viva y ardiente como la del centurion, con una humildad tan profunda y una confesion tan sincera de nuestra nada é indignidad.

Esta confesion debe preceder siempre á la recepcion de los dones de Dios, que es zeloso de su gloria; y es arrebatarsela el arrogarse algun derecho á sus gracias: en cuanto uno cree merecerlas y ser digno de ellas, ya no se consideran como gracias. Por eso manifiesta san Pablo á los de Efeso que Dios nos predestinó segun el propósito de su voluntad para alabanza y gloria de su gracia; es decir, para que seamos la gloria y el motivo de las alabanzas de Jesucristo, cuyos méritos pierden mucho de lo que debemos darles, si tenemos sin él algunos de que podamos gloriarnos: *Prædestinavit nos secundùm propositum voluntatis suæ in laudem et gloriam gratiæ suæ.* ¿Y cuándo necesitamos mas confesar nuestra indignidad que al tiempo de ir á recibir el don de los dones? ¡Ah! ¡Cuántas indignidades hay en nosotros para decir estas palabras no tres veces, sino todo el tiempo de nuestra vida sin intermision! Indignidad de parte del hombre animal y terreno por todos los pecados de los sentidos; indignidad de parte del hombre racional, que

en la vida civil y en todas las relaciones con sus semejantes ha quebrantado tantas veces la justicia y la caridad que mutuamente nos debemos; indignidad de parte del hombre espiritual é interior, que tantas veces ha ocultado dentro de su corazon tantos pensamientos de soberbia, vanidad, presuncion, envidia, ambicion y otros vicios.

A vista de tantas indignidades ¿cómo no ha de penetrarse uno de un santo horror hallandose tan cerca de un Dios que es *un fuego voraz*? Si vuestros pecados os impiden comulgar y os obligan á decir á Jesucristo como san Pedro: *Apartate de mi, Señor, porque soy pecador*; salgan estas palabras de un corazon sincero y eficazmente arrepentido, y expresen un amargo dolor de veros separados del cuerpo de Jesucristo y un deseo ardiente de abrazar la penitencia y de adoptar con generoso fervor todos los medios de reconciliaros con Dios y abreviar los dias fatales de la separacion. Porque ¿de qué serviria absteneros de la comunion por respeto y humildad, si no obraban nada en vosotros este respeto y humildad, si conservabais el mismo apego al mundo, si continuabais viviendo en los mismos pecados de costumbre y os mostrabais tibios é indiferentes hácia el acto de mas consuelo que hay en la religion? Entonces no seria mas que un vano respeto, porque encubriria un amor del mundo de que no querriais desprenderos, y que os haria apartar del sacramento: seria un respeto falso, pues que solamente serviria para disminuir y extinguir en vosotros el deseo de la comunion; un respeto nada conforme con el de los primeros fieles, porque en los siglos florecientes del cristianismo mientras permanecia un pecador separado del cuerpo de Jesucristo, se condenaba á los ejercicios de una trabajosa penitencia, en vez que toda la vuestra viene á parar en no comulgar y no hacer nada para salir de ese estado de indignidad.

Tocante á nosotros, hermanos, que tenemos la dicha de comulgar, ¡qué sentimientos deben infundirnos estas palabras: *Señor, yo no soy digno de que entres en*

mi morada! Es menester comprender bien la infinita distancia que hay entre la santidad de Jesucristo y unos pecadores como nosotros: deberiamos postrarnos penetrados de nuestra indignidad, y segun el consejo que daba Isaías á Jerusalem en el tiempo de la humillacion y penitencia de esta ciudad, pronunciar dichas palabras debajo de tierra, por decirlo asi, y como si salieran en cuanto pudiesen oirse: *De terra loqueris, et de humo auditur eloquium tuum.* Debemos bajar al profundo abismo de nuestra miseria y vileza para acercarnos con menos temeridad al altar y desde allí clamar hácia el que nunca está tan cerca como cuando uno se humilla: Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.* ¿No tengo motivo para temer que atreviendome á acercarme á vos os obligue á acordaros de mis pecados, que la penitencia hubiera hecho perdonables y que la temeridad hace tal vez indisculpables? ¿No tengo mas motivo para deciros lo que la viuda de Sarepta decia al profeta Elías: *Quid mihi et tibi, vir Dei? Ingressus es ad me ut rememorarentur iniquitates meæ?* ¿Qué tengo yo que ver contigo, varon de Dios? ¿Has entrado en mi casa para renovar la memoria de mis iniquidades? Yo pudiera acaso ocultarme entre la multitud de los pecadores; pero en la luz de los santos, ante el trono del cordero y teniendo la santidad en mis manos reviven, por decirlo asi, todos mis pecados, se renuevan á mi memoria y se presentan á mi vista.

Para tranquilizarnos y calmar nuestra congoja demos gloria á Dios por la verdad: repitamos todo lo que esta dice contra nosotros, acusemonos de todo lo que nos acusa y juzguemonos como nos juzga. El convenir en todo lo que dice es habernos reconciliado ya con ella; y se desarma su ira conviniendo en que la hemos merecido. Si me juzgais, Señor, separadamente de vuestros dones, decia san Agustin, y me considerais tal como soy; ¿qué mal no hallareis en mí? *Quid non mali ego*? Vuestra misericordia me ha perdonado los

pecados que no he cometido porque los hubiera cometido sin vuestra proteccion, y me ha perdonado otros de que debo siempre acordarme y que son grandes á proporcion de los beneficios recibidos y de mi ingratitud. ¿Y qué seria yo sin vos ahora que me colmais de bienes, me consentís á vuestra mesa, os haceis el pan que me sustenta en la Eucaristía, y quereis ser vos mismo el alimento inmortal de un pecador que no merecia mas que la muerte? Conviene pues que en espíritu nos pongamos en el último lugar que hemos merecido antes de obedecerle subiendo al primero: que nos consideremos en la miseria, ignominia é indignidad en que hubiera podido dejarnos Dios y en que quedan para siempre otros muchos formados del mismo barro que nosotros: *Domine, non sum dignus.*

Con todas estas distinciones de gracia y misericordia ¿qué proporcion hay entre el rey de la gloria y tan viles criaturas como nosotros? El cielo y la tierra no pueden contenerle, y quiere aposentarse en nuestro cuerpo, en esta casa de barro que tantas veces ha merecido ser reducida á polvo. ¡Cuánto falta en esta miserable morada para que sea digna de recibirle! Salomon contemplaba atónito y aterrado la empresa que habia acometido de levantar un templo á Dios, y se proponia ostentar toda su magnificencia y agotar sus tesoros, porque no se prepara habitacion para un hombre, sino para Dios, decia el rey sabio: *Opus grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.* Pero ¿qué tiene de comparable con mi cuerpo aquel templo tan suntuoso y magnífico? Allí no debia haber mas que sombras y figuras: yo voy á recibir dentro de mí á Jesucristo, la verdad y el cumplimiento de todas las figuras. A vista de todo lo que falta á la morada donde quiere entrar, á vista de todo lo que me falta de pureza, vigilancia, fervor, penitencia y amor, ¿cómo no he de confesar que esta morada de mi cuerpo y alma no es digna de recibirle? *Ut intres sub tectum meum.* Sintamos su estado ruinoso, su estrechez, su pobreza y

sobre todo sus manchas: lloremoslo de todo corazon; y no contemos con otro remedio que la bondad y munificencia del dueño que se digna de hospedarse en ella y consuela á los humildes cuando trabajan y solo de él esperan la victoria.

Jesucristo nos declara que si no le recibimos no tendremos en nosotros aquella vida sobrenatural que hace la santificacion y la felicidad de nuestra alma; y nos dice que si no comulgamos, seremos homicidas de ella privandola de lo único que puede alimentarla y hacerla vivir. Digamosle pues con san Agustin: Estrecha es la morada de mi alma para que vengas á ella; pero ensanchala tú, ya que te dignas de escogerla por aposento siendo mi Dios y Señor: *Angusta est domus animæ meæ, quo venias ad eam: dilatetur abs te.* Está ruinosa; pero reparala: *ruinosa est, refice eam.* Confieso y sé que tiene cosas que ofenden tu vista; pero ¿quién la ha de limpiar? ¿O á quién otro he de clamar sino á ti? *Habet quæ offendant oculos tuos, fateor et scio; sed quis mundabit eam? Aut cui alteri præter te clamabo?* Yo no puedo nada sobre mí, y vos lo podeis todo: no dependeis de ningun medio ni estais ligado á nada para hacer misericordia con nosotros: decid pues una sola palabra que convierta mi corazon y me reconcilie con vos: *sed tantùm dic verbo;* y dareis la salud á mi alma, la colmareis de todo género de bienes é introducireis en ella las disposiciones necesarias para comer dignamente este pan vivo, que será para mí un pan saludable y vivificante: *et sanabitur anima mea.*

Estas palabras pronunciadas con tales sentimientos obrarán en nuestra alma segun san Agustin un milagro enteramente opuesto á lo que significan. Al mismo tiempo que las profiramos, harán cesar la indignidad que nos atribuimos, y nos darán un caudal de mérito respecto de Jesucristo y su sacramento que no tendriamos sin ellas. Por un secreto maravilloso de la gracia nos conducirán al término mismo de que parecen alejarnos, porque en la doctrina de todos los santos padres la dispo-

sicion mas esencial para recibir dignamente el cuerpo de Jesucristo es creernos y confesarnos indignos de él. Por fin estas palabras mostrarán nuestra humildad al hijo de Dios sin poner un obstáculo á su caridad, y lejos de desviarle de nosotros le servirán de atractivo para venir á nosotros, colmarnos de sus gracias y darnos la prenda de la vida eterna &c.

PLATICA LIV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En las oraciones que van explicadas, expresa la iglesia los sentimientos mas perfectos que debe inspirar la comunion, y pide las disposiciones mas santas para acercarse dignamente y recibir los frutos saludables de ella. El sacerdote sobrecogido de un temor respetuoso por la suma desproporcion que hay entre la majestad del Dios á quien va á recibir y su miseria, bajeza y nada, confiesa humildemente su indignidad, teniendose por muy dichoso si Jesucristo quisiera decir una sola palabra para dar la salud á su alma. Pero se acuerda que este divino Salvador nos mandó recibirle y declaró que si no le recibiamos no tendriamos en nosotros la vida sobrenatural que hace la santificacion y felicidad de nuestra alma. Asi diciendo al Señor que puede purificarle y prepararle en un instante porque es omnipotente, y contando con esta omnipotencia de la gracia añade: El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam æternam*; é inmediatamente le recibe.

¡Qué maravilla! ¡qué prodigio! El cuerpo de Jesucristo, el mismo que fue inmolado en la cruz para gloria de su padre (porque esto es lo que expresa el signo de cruz hecho por el sacerdote con la hostia antes de comulgar), el cuerpo de Jesucristo, repito, es el alimento de nuestras almas. Aunque esta carne del hijo de Dios

que es la víctima de nuestro sacrificio, no sea mas que una sustancia terrena y material; tiene la virtud de vivificar nuestras almas: siendo asi que naturalmente el espíritu es el que debe vivificar la carne, aquí por un prodigio sorprendente la carne vivifica el espíritu, le sostiene, le anima y le sirve de alimento para conservarle. No es el alma ni la divinidad de Jesucristo la que nos alimenta en la comunion, sino su cuerpo, su carne, porque en ella se hallan el alma y la divinidad. Lo que nos sustenta y se nos da directamente en calidad de manjar, es la carne del hombre Dios, *corpus Domini nostri Jesu Christi.* Este solo milagro ensalza la carne de Jesucristo á un orden sobrenatural y divino, porque solo la carne de un Dios puede obrar tales maravillas; y la iglesia expresa tan inestimable prerogativa del cuerpo de Jesucristo por las palabras que estoy explicando. En el orden de la naturaleza corresponde al alma conservar el cuerpo; pero en el orden de la gracia el cuerpo de Jesucristo conserva nuestra alma; y este orden que para nosotros es un orden de gracia es de gloria y de la gloria mas eminente y sublime para el cuerpo de Jesucristo: *Corpus Domini nostri Jesu Christi.*

Pero esta gloria del cuerpo de Jesucristo en la comunion es toda para nosotros, porque se nos da aquel como una prenda de la gloria celestial, como arras de la vida bienaventurada y como un viático para ayudarnos á pasar del lugar de destierro á nuestra patria. Este cuerpo es una sal divina, que preserva nuestra alma de la corrupcion del siglo y del pecado, consume lo que tiene de carnal y terreno, la hace agradable á Dios, y le da, por decirlo asi, el gusto del cielo: es tambien como la sal que se echaba sobre las víctimas, y pone nuestra alma en estado de ser ofrecida á Dios como una víctima santa y agradable: *Custodiat animam meam in vitam æternam.*

¡Qué enseñanza en estas pocas palabras! La víctima del sacrificio á que asisto, es una prenda de la vida eterna para mí que la recibo y como; y solamente se me

da para guiarme á la vida del siglo futuro. Asi la vida presente no es mas que un sacrificio por el cual debo ser consumido para que me reciba Dios como una hostia razonable. La tierra es para mí un destierro; luego debo suspirar contínuamente por la vuelta á mi patria que es el cielo, odiando y aborreciendo el siglo y las concupiscencias que reinan en él. Ve aquí los sentimientos que nos enseñan é infunden esas palabras, pues nos hacen comprender que el cuerpo de Jesucristo no se nos da para mantener la vida presente sino para ponernos en disposicion de pasar á la eterna.

Despues de consumir la sagrada hostia medita el sacerdote un rato sobre la grandeza del misterio, hasta que haya tragado aquella y pueda rezar las oraciones siguientes, porque todas las de la misa estan prescriptas, y la accion del sacrificio no admite ninguna particular: en seguida de esta breve meditacion el sacerdote recoge cuidadosamente con la patena los fragmentos que pueden haber quedado en los corporales para echarlos en el caliz y consumirlos. ¡Qué esmero y diligencia ha puesto siempre la iglesia para que no se perdiese ó cayese al suelo ninguna partícula de la sagrada Eucaristía! San Cirilo de Jerusalem decia á los recien bautizados que debian temer mas la pérdida de alguna partícula de estas que la del oro, los diamantes y un miembro suyo. Los griegos llaman *perlas* los fragmentos de la Eucaristía. En la antigüedad todo hasta las menores acciones y palabras anuncia la fé de la presencia real y la transustanciacion.

Mientras el sacerdote recoge estas partículas, dice: ¿Qué pagaré yo al Señor por todos los beneficios que me ha concedido? Tomaré el caliz de la salud é invocaré el nombre del Señor: invocaré al Señor cantando sus alabanzas y me libraré de mis enemigos: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo: laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero.*

¡Cuán penetrado es preciso estar de gratitud, amor

y fervor para explicar esta oracion como conviene! ¡Cuán enternecido debe tener uno el corazon por la piedad para comprender el espíritu y sentido de ella! Una alma cristiana no puede en la comunion contener los sentimientos de su reconocimiento por un don tan grande y excelente. Atónita y admirada de verse colmada de una gloria tan inesperada como la de unirse é incorporarse á su Dios y agitada por el anhelo de darle gracias no sabe qué decir ni qué hacer, y estos diversos impulsos casi le quitan conocer los medios de mostrar dignamente su gratitud: *Quid retribuam Domino?* ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que me ha dado, *pro omnibus quæ retribuit mihi?* ¡Cuánto fuego hay en esta expresion! El sacerdote acaba de recibir á Jesucristo nada mas, y no obstante dice que todo lo ha recibido, *pro omnibus.* ¡Ah! Hermanos mios, Jesucristo es un don universal que encierra todos los demas dones, porque ¿qué no nos dió Dios dándonos su hijo, y qué no nos dará despues de habernos hecho este don inefable? *Cum ipso omnia nobis donavit.* ¡Qué ingratitud seria, si llenos de sus dones y de él mismo no le mostrasemos ningun reconocimiento! ¿No mereceriamos ser mirados como unos monstruos, si un amor tan perfecto como el suyo no hallase en nuestra alma correspondencia? ¡Ah! Señor, debemos decirle con el real profeta, olvídese mi mano derecha de sí misma si yo me olvido jamas de vos, y quede mi lengua pegada al paladar si no me acuerdo eternamente de vos. He sido infiel, cobarde y prevaricador; pero no quiero ser ingrato; y una vez que el sacramento de vuestro cuerpo es una verdadera eucaristía, es decir, de hacimiento de gracias, no solo quiero manifestaros por toda la serie de mi vida cuán agradecido estoy de haberle recibido, sino que quiero que me sirva para daros gracias de todos los demas beneficios que me habeis hecho y continuais haciendome. Porque ¿qué os daré yo, mi Dios, por haber usado conmigo de tantas misericordias? ¿Cómo os pagaré las infinitas obligaciones que tengo con vos, las gracias de que me habeis colmado, y las señales

singulares de proteccion con que me habeis distinguido, sino participando de este caliz misterioso? *Calicem salutaris accipiam.*

El caliz que va á tomar el sacerdote, es el caliz de la salud, porque contiene á nuestro Señor Jesucristo, autor de ella. El caliz de su sangre es el caliz de bendicion que fue ofrecido por el divino Salvador en accion de gracias. Asi en este caliz halla el sacerdote con qué darselas dignamente á Dios; porque ¿qué podemos ofrecerle en reconocimiento de todos sus dones, pues que nada tenemos que no hayamos recibido de él? El don mismo que recibimos es toda la alabanza y hacimiento de gracias que podemos tributarle. Jesucristo solo es quien agradece á su padre lo que ha dado á los hombres, ofreciendose á él de nuevo por manos de los hombres en el sacrificio y dándose de nuevo á estos en la comunion, por la cual hinche sus corazones para que alaben á Dios. El es el tesoro de los pobres, y cuando estos le tienen dentro, pueden decir á Dios para darle gracias: *In me sunt, Deus, vota tua, quæ reddam laudationes tibi*: En mí tengo, Dios mio, todo lo que se os puede ofrecer para tributaros gracias y alabanzas: *Et nomen Domini invocabo.*

¡Qué consuelo para un cristiano que comulga! Tiene en su corazon con qué adorar á Dios en todas sus grandezas, darle gracias por sus dones y misericordias, satisfacer á su justicia por todos los pecados y pedirle y alcanzar nuevos beneficios. Con este intento recibe el sacerdote la sangre de Jesucristo bajo las apariencias de vino y toma el caliz saludable para dar todo el culto debido á Dios, quien prometió llenar á su pueblo de bienes y saciar el alma del sacerdote de grosura, es decir, de las mayores gracias: *Inebriabo animam sacerdotis pinguedine, et populus meus bonis meis adimplebitur.*

Por las palabras que la iglesia toma del salmo CXV y la voz *caliz* que se usa en esta oracion y significa de ordinario los dolores y penas, nos advierte que todo el que se une á Jesucristo en la comunion y quiere ofrecer-

le algo en reconocimiento de los grandes beneficios recibidos, despues que ha dicho: *Quid retribuam Domino?* debe añadir: *Calicem salutaris accipiam*: Tomaré el caliz de la salud, es decir, participaré de los tormentos de mi Salvador. La iglesia pues nos enseña que el modo mas agradable con que podemos dar gracias á Dios y á Jesucristo por este don inefable, es hacer un santo uso de él é imitar al cordero que recibimos, estando prontos á padecer con él y derramar nuestra sangre por él, asi como él derramó la suya por nosotros. Asi decia san Cipriano: Ofrecemos la Eucaristía y celebramos cada dia el divino sacrificio para disponer el martirio de los que la reciben de nuestra mano, y para hacerlos hostias y víctimas admitiendolos á la sagrada mesa: ¿porque cómo los haremos idoneos para beber el caliz del martirio, si antes no los admitimos á beber el caliz del Señor en la iglesia por el derecho de comunion? *Quomodo ad martyrii poculum idoneos facimus, si non eos priùs ad bibendum in ecclesia poculum Domini jure communionis admittimus?*

Ve ahí el efecto de la comunion y el fruto de la sangre de Jesucristo: preparar al martirio y disponernos á dar nuestra sangre á Jesucristo por aquella con que nos alimenta. Tranquilizaos, porque no se trata de sufrir el martirio: lisonjeese cada uno de vosotros del valor que tendria para padecerle si se ofreciera la ocasion; pero si el fruto de la comunion no es siempre una disposicion al martirio actual, lo es siempre para sufrir con paciencia todas las calamidades, aflicciones y pruebas con que quiera Dios experimentarnos. Porque ¿qué sabemos? Quizá no nos pedirá mas que una sola obra importante, pero decisiva de la salvacion, en que habrá que sacrificarlo todo para asegurarla. Quizá nos ejercitará con una enfermedad larga y penosa que atribuirán los hombres á diversas causas; pero que la fé nos hará mirar como un martirio, cuya corona tiene preparada aquel que por nosotros estuvo pendiente de la cruz: *Fit martyr in lecto, coronante illo qui pro illo pependit*

in ligno. Mas aun cuando el mismo Jesucristo nos hubiera asegurado como á san Juan que moriremos en paz; no estariamos exentos de beber su caliz y tener parte en su bautismo, como no lo estuvo este apostol, ni por eso dejariamos de ser de él en cuanto á la vida y la muerte. Por su sacrificio adquirió un derecho de disponer de nuestra vida y muerte como de una cosa que compró á mucha costa: *empti enim estis pretio magno.* El no estar preparados para sacrificarle cuanto somos, tratandose de su gloria, es arrebatarle el fruto de su pasion y su triunfo, como se expresa san Pablo: *Magnificabitur Christus in corpore meo sive per vitam, sive per mortem.*

Pues ve aquí la obligacion que se renueva comulgando: une uno la inmolacion de su vida con la de Jesucristo y se regocija segun la expresion del mismo apostol *Sed si immolor supra sacrificium, gaudeo.* Se jura en nombre del Dios vivo al tomar el caliz de su hijo que se cumplirán los votos que se le han hecho. ¡Ah! ¡Qué verdad tan instructiva y tan propia para hacernos temblar, hermanos! Cuanto mas frecuentemente recibo á Jesucristo en la comunion, mas obligado estoy á la mortificacion, á la penitencia y al amor de la pasion y la cruz, y mas dispuesto debo estar á dar mi vida por Jesucristo, la verdad, la justicia y la salvacion de mis hermanos. ¿Creereis en vista de esto que consista toda la piedad en acercarse á menudo al altar con sentimientos tiernos y pensamientos de consuelo sin examinar nunca la obligacion solemne que contraeis, ni la poca proporcion que hay entre vuestra delicadeza y el martirio, sin estremeceros delante del caliz de la sangre de Jesucristo que os reprende vuestra flojedad, impenitencia, amor propio, vanidad y anhelo por las comodidades y conveniencias, y sin deshaceros en llanto porque os cuestan los mas leves sacrificios y subís tantas veces al Calvario sin considerar lo que habeis visto en este monte ni estar prontos á imitarlo? ¡Ah! ¿No sabeis que el Señor dijo á Moisés: Mira y obra segun el modelo que

se te ha mostrado en el monte? *Inspice et fac secundùm exemplar quod tibi in monte monstratum est.*

Haced una ofrenda entera de vosotros mismos á Jesucristo al tiempo de la comunion del caliz, y á vista de su sangre derramada por nosotros protestad que no quereis vivir sino para él, ni quereis emplear vuestra salud, talento, dotes corporales é intelectuales, hacienda y en fin todo cuanto sois sino por el interés de su gloria, sujetandole todas las potencias de vuestra alma de suerte que él reine en ella como dueño absoluto; y para que no sea vana y puramente especulativa esta oblacion, reducidla á práctica por el examen de vosotros mismos, es decir, que si sois tan desgraciados que tengais alguna aficion al mundo, hagais ahora el sacrificio á Jesucristo diciendole: Señor, despues de la gracia singular que me dispensais, no dividiré jamas mi corazon entre vos y ninguna criatura.

Asi penetrados de agradecimiento por el don inefable de su cuerpo y sangre invocareis al Señor alabandole: *Laudans invocabo Dominum.* Porque despues de la comunion de tal suerte debemos pensar en nuestras necesidades para ofrecerlas á Dios por Jesucristo, que pensemos todavia mas en Dios mismo, su gloria, su bondad, su misericordia y sus intereses: la alabanza y la peticion deben estar como confundidas. No expone uno solamente á Jesucristo los males que estan por curar, sino que le cuenta tambien sus misericordias, le dice lo que falta, le da gracias por los bienes recibidos, se aflige porque es infeliz, y se consuela porque espera no serlo siempre. El descaecimiento que queda hace temblar, y la salud que se afirma aumenta la confianza. Cuanto mas se disgusta uno á sí mismo, mas admira la clemencia de un Dios que se muestra cada dia mas amable. Asi se une el sacrificio de alabanzas al de peticion: no se cesa de alabar y gemir; y al tiempo que se deshace uno en tributar accion de gracias, deposita en el seno del Señor todas sus congojas y se asegura de hallar en el sacrificio un auxilio necesario para triunfar del demonio

que nos tienta sin tregua por sus astucias, del mundo que nos seduce por sus pompas, máximas y ejemplos, y de la carne que nos corrompe por su delicadeza y deseos desordenados: *et ab inimicis meis salvus ero.* Asi se promete uno por la gracia inefable de Dios el dichoso estado que pedia san Agustin con tanto anhelo diciendo: ¿Quién me dará que vengas á mi corazon y le embriagues, para que olvide mis males y abrace mi único bien? *Quis mihi dabit ut venias in cor meum et inebries illud, ut obliviscar mala mea, et unum bonum meum amplectar?*

Solo resta al sacerdote pedir que la sangre de Jesucristo guarde su alma para la vida eterna: *Sanguis Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam æternam.* Ahora que voy á beber vuestra preciosa sangre para consumar el sacrificio, dadme la perseverancia cristiana que es el fruto de él. Conozco mi debilidad y miseria, y sé que si me abandonais un instante á mí mismo, pronto volveré á caer en el abismo de mis desórdenes; pero uniendome á vos tan estrechamente como voy á estarlo al tomar el caliz de la salud, tengo derecho para prometerme que aunque tan inconstante y fragil perseveraré en vuestro amor y en la posesion de vuestra gracia, vuestra sangre me lavará de mis pecados, me conservará en medio de los peligros, me defenderá de los enemigos de mi salvacion y llevará mi alma á la vida eterna.

PLATICA LV.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

El domingo anterior expliqué la comunion del sacerdote y las oraciones que la acompañan: hoy voy á hablar del interés que teneis en esta importante parte del sacrificio.

Por todo lo dicho hasta aquí habeis comprendido que la misa no era el sacrificio del celebrante solo, sino del pueblo que asiste á él. Todas las oraciones son comunes,

y excepto la consagracion que hace el sacerdote en nombre de Jesucristo á quien representa, todas las acciones del sacrificio son comunes al sacerdote y á los asistentes. Y siendo la comunion la consumacion de él y por consiguiente una parte suya debe ser comun tambien al pueblo. De ahí proviene que en los primeros siglos de la iglesia los que eran excluidos de la comunion lo eran tambien del sacrificio. Si en el discurso de los tiempos relajó algo esta antigua disciplina por condescendencia, permitiendo á los fieles asistir á misa, aunque no se hallen en estado de comulgar, desea que se comulgue á lo menos espiritualmente para no separarse del sacerdote en esta accion mas que en las otras; acerca de lo cual se explica clarísimamente el concilio de Trento. Primero protesta que desearia que los asistentes comulgasen sacramentalmente en cada misa; y luego censura á los que condenaban como particulares las misas en que solo comulga el sacerdote. Y la razon que da es que no se ha de considerar la misa en que el sacerdote solo recibe el sacramento, como una accion particular, sino como un sacrificio público, no solamente porque es ofrecido por todo el cuerpo de Jesucristo, es decir, por todos los fieles, sino porque todos los presentes participan de él á lo menos por una comunion espiritual. Distingamos pues dos especies de comunion: la primera es la sacramental, en que recibís el cuerpo de Jesucristo con el sacerdote y como el sacerdote; y la segunda es la espiritual, en que uniendoos en espíritu al sacerdote que comulga, participais de las gracias y fruto del sacrificio en proporcion de vuestras disposiciones: la una ó la otra es parte necesaria y esencial del sacrificio. La comunion sacramental es un precepto para el sacerdote que ofrece, y le está prohibido expresamente celebrar sin comulgar. Al pueblo que asiste se le recomienda la comunion espiritual á lo menos, porque quedaria imperfecto por su parte el sacrificio, que se consuma por la comunion. Asi el sacerdote y el pueblo no deben separarse en esta parte como no se separan en todas las demas.

Acerca de la comunion sacramental no os hablaré de las disposiciones que hay que traer, porque seria desviarme del asunto y quedan todas explicadas en las primeras partes de la misa. Tampoco os diré nada de los sentimientos que os deben animar, porque se contienen en las oraciones que preceden á ella y son comunes á vosotros y al sacerdote. Solo os hablaré de lo que es peculiar de vosotros y os distingue de este: 1.º cuándo debe hacerse la comunion: 2.º qué oraciones la acompañan: 3.º el *Amen* que la iglesia ha mandado siempre responder á los que comulgan; cuya práctica se ha restablecido en esta diócesis.

La comunion sacramental se debe hacer en la misa inmediatamente despues de la del sacerdote en cuanto se puede. Tal ha sido siempre la disciplina de la iglesia: despues que consumia el sacerdote, se daba la comunion al clero, y luego todos los sacerdotes asistentes distribuian el cuerpo de Jesucristo al pueblo de fila en fila juntamente con el celebrante para abreviar el tiempo de la comunion: los hombres comulgaban los primeros y en seguida las mujeres. Todos los autores eclesiásticos ponen la comunion del pueblo en este lugar y recomiendan cuidadosamente que no se difiera para despues de la misa. Esto obligó á san Carlos Borromeo á decretar en el quinto concilio de Milan que los curas párrocos observasen con cuidado la antigua práctica de distribuir la comunion al pueblo inmediatamente despues de consumir el celebrante. El ritual romano que está hoy en uso y fue publicado por los sumos pontífices Paulo V y Urbano VIII, marca tambien que la comunion del pueblo debe hacerse al punto despues de la del sacerdote.

Todo lo que os he dicho del sacrificio, de la parte que teneis en él, del derecho de hacer lo que hace el sacerdote y participar con él de la víctima que os es comun, ¿no os obliga á comulgar en la misa y teneros por honrados de uniros al sacerdote en esta accion? El que dilata sin causa la comunion para despues de la misa, no conoce bien la intencion de Jesucristo y el es-

píritu de la iglesia. Este, segun se colige de las oraciones de la misa, es que los que comulgan ya sacramental, ya espiritualmente, lo hagan con el sacerdote y no dilaten sin necesidad parte del sacrificio para despues de celebrado. ¿Cómo podrán responder: Gracias á Dios, *Deo gratias*, al sacerdote que los despide con el *Ite, missa est*? Si no han comulgado, podrian decirle: la misa se ha acabado para vos; pero aun no se ha acabado para nosotros, porque no hemos recibido la comunion que es parte esencial de ella. ¿Cómo podrán rezar la postcomunion, que es una oracion de hacimiento de gracias despues de la comunion y es comun al pueblo y al sacerdote? Si no han comulgado aun, ¿podrán unirse al sacerdote como deben para dar gracias? Todas estas oraciones que suponen la comunion comun, muestran de un modo evidente que el comulgar (en cuanto se puede) inmediatamente despues del sacerdote y consumar con él el sacrificio ofrecido con él es seguir el espíritu de la iglesia y entrar en el fin para el cual instituyó Jesucristo su sacrificio.

Digo en cuanto se puede, porque á veces la muchedumbre de comulgantes ha sido causa de diferir la comunion hasta despues de la misa para no interrumpir por tanto tiempo la accion del misterio. Por esta razon se dejó de dar la comunion en la misa mayor en las parroquias dilatadas, y se introdujo poco á poco la costumbre de darla despues; pero esta práctica establecida á causa de la muchedumbre no se ha de seguir cuando hay pocas personas para comulgar, como dice un excelente autor explicando las ceremonias de la misa.

Bien sé que en las comuniones que se dan fuera de esta se recibe el mismo Jesucristo: que en los primeros siglos comulgaban muchas veces los fieles sin asistir al santo sacrificio; y que en los tiempos de persecucion los que querian tener el consuelo de participar todos los dias de la sagrada Eucaristía, la llevaban á sus casas y comulgaban. Tambien nos dice san Basilio que lo mismo hacian todos los monjes en la soledad, donde no tenian

proporcion de que un sacerdote les dijese misa. Pero fuera de estos casos de necesidad el orden y la costumbre de las iglesias de Oriente y Occidente manifiestan que se debe comulgar en la misa inmediatamente despues del sacerdote. En nuestro tiempo en que se dicen tantas misas, no conviene imitar lo que obligaba á hacer la necesidad cuando era imposible ó muy difícil asistir al santo sacrificio; y si no se puede comulgar en la misa mayor, se debe hacer en las rezadas.

La condescendencia que se tuvo de dar la comunion á los fieles fuera del sacrificio, introdujo hará unos quinientos años la costumbre de decir la confesion durante la misa inmediatamente antes de comulgar: se creyó que en esta ocasion debian los comulgantes hacer una especie de confesion general de sus pecados, despues de la cual dice el sacerdote las preces de la absolucion como se practica con los enfermos que comulgan sin poder asistir á misa. Tal vez se introdujeron en las misas solemnes todas estas preces, el *confiteor*, la absolucion y el *Domine, non sum dignus*, porque en ellas no oye el pueblo la confesion que hacen el sacerdote y los ministros al pie del altar mientras que el coro canta el *introito*, y porque se está acabando de cantar el *Agnus Dei*, cuando el sacerdote dice el *Domine, non sum dignus*. De la misa solemne pasaron estas oraciones á las rezadas. Sea lo que quiera de este uso debeis apreciarle mucho, porque nunca puede uno confesar bastantemente sus pecados y debe á cada instante conocer la necesidad que tiene de la indulgencia y misericordia divinas. Cuando nos acercamos á la sagrada mesa, debemos renovar los sentimientos de dolor con que hemos confesado ya nuestras culpas, para no parecernos á aquellos de quienes se lamenta san Cipriano, que se atreven á acercarse al altar sin haber expiado sus pecados, sin haberlos confesado ni purificado su conciencia por el sacrificio y la imposicion de la mano del sacerdote; ó que tienen la temeridad de recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo sin haber expuesto sus pecados, como dice Firmiliano.

En cuanto al modo de recibir la comunion tambien varió la disciplina de la iglesia hasta fin del siglo VI. Los hombres comulgaban los primeros y tomaban el cuerpo de Jesucristo en el hueco de la mano de donde le llevaban á la boca: despues comulgaban las mujeres y recibian el cuerpo de Jesucristo en la mano desnuda como los hombres; pero en varias iglesias y sobre todo en Occidente se la cubrian con un lienzo blanco llamado dominical. Esto es lo que recomiendan san Cesareo de Arlés y el concilio de Auxerre en su canon 36. Los sacerdotes al poner la sagrada hostia en la mano de los fieles les decian como observan san Agustin y san Fulgencio: *Corpus Christi*: este es el cuerpo de Cristo; y ellos respondian *amen*, es decir, es verdad, lo creo, lo confieso: *Audis ergo corpus Christi, et respondes amen.*

Pero desde el siglo VI acá no se pone la Eucaristía en la mano de los fieles en la iglesia latina por evitar muchos inconvenientes. En tiempo de san Gregorio el Grande el sacerdote la ponia en la boca del comulgante, no decia *Corpus Christi* al darla, y no se respondia *amen*. Se pronunciaba poco mas ó menos la misma fórmula que usamos hoy, tal como la trae Juan Diácono en la vida de san Gregorio; de suerte que en la iglesia latina hace mas de mil años que el pueblo no responde *amen* al recibir la Eucaristía. No se ha creido que fuese necesaria la profesion de fé expresada por el *amen*, porque la postura con que uno se acerca al altar y se presenta á recibir la sagrada comunion, es una profesion de fé bastante solemne de la presencia real de nuestro Señor Jesucristo.

Mas san Cárlos Borromeo para recordar alguna cosa de la antigua costumbre hizo decretar en el concilio V de Mílan que despues que el sacerdote dijese la fórmula ordinaria: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam æternam*; respondiera el comulgante *amen* antes de recibir la Eucaristía. Esta misma costumbre practicada en los seis primeros siglos se ha renovado en esta diócesis cerca de ochenta años hace.

El ceremonial de la iglesia de Paris para los seglares, impreso en 1658 de orden de los vicarios generales del cardenal de Retz, prescribe á los fieles que respondan *amen* despues que el sacerdote haya dicho toda la fórmula; lo cual se confirma por el ritual impreso despues. Asi segun esta disciplina tan respetable por su antigüedad todos deben estar atentos á responder *amen* antes de comulgar.

¡Cuán expresivo es este *amen* en la ocasion que se dice! Segun san Ambrosio es el acto de una fé viva de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: es decir interiormente con el ciego de nacimiento del Evangelio: *Sí, Señor, creo.* Creo que el que voy á recibir en este sacramento es el mismo que habiendo nacido por mí en un pesebre quiso morir en una cruz, y que estando glorioso en el cielo no deja de estar oculto bajo de las especies sacramentales. Lo creo, Dios mio, y estoy mas seguro de ello que si lo viera con mis ojos, porque estos me podrian engañar y vuestra palabra es infalible. Aunque mis sentidos y mi razon me digan lo contrario, renuncio á mis sentidos y á mi razon para cautivarlos bajo la obediencia de la fé; y si fuera preciso sufrir mil muertes por confesar esta verdad, las sufriria ayudado de vuestra gracia antes que desmentir mi creencia y religion sobre este punto: este es el acto de la adoracion mas respetuosa y del homenaje que le debeis como á vuestro soberano y Dios. Este *amen* es la señal de la viva impresion que os hacen las palabras del sacerdote cuanro os presenta el cuerpo de Jesucristo y os dice: El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna. Participais de este deseo, comprendeis el fin por que comulgais que es perseverar en la gracia, y respondeis *amen*, que es como decir: No permita Dios que yo comulgue simplemente para observar cierta conducta regular por algunos dias: quiero ser constantemente fiel á Dios y mantenerme en el estado en que me haya puesto el sacramento de Jesucristo, de suerte que sea ahora para mí una prenda de la vida eterna.

Pero solo los que comulgan sacramentalmente, ¿participan del sacrificio? El concilio de Trento, justificando la doctrina de la iglesia contra los herejes que condenaban las misas privadas donde comulga el sacerdote solo, nos enseña que los fieles asistentes á ellas participan del fruto del sacrificio porque comulgan espiritualmente. Dejo la explicacion de esto para la plática inmediata.

PLATICA LVI.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la plática anterior os expliqué el gran principio de que siendo comunes las oraciones y acciones del sacrificio de la misa al sacerdote que celebra y al pueblo que asiste, y siendo la comunion una parte esencial del sacrificio no es particular del sacerdote, de quien no debe separarse el pueblo en esta accion mas que en las otras, porque sin la comunion, que es la consumacion del sacrificio, quedaria este imperfecto para él y de su parte. Mas esta comunion tan necesaria á los que asisten á misa, ¿debe ser siempre sacramental para participar del sacrificio? En los primeros tiempos de la iglesia no habia otra. Luego que sus hijos se fueron haciendo indignos de comulgar cuantas veces asisten al santo sacrificio, no ha cesado de manifestar sus deseos para el restablecimiento de tan piadosa costumbre: y hasta que sean dignos quiere á lo menos que participen de él por la comunion espiritual, sin la cual asistirian inutilmente, porque no habria sacrificio para ellos.

Ahora bien ¿qué es la comunion espiritual? La union de nuestro espíritu y corazon al cuerpo de Jesucristo que no estamos en estado de recibir, ó al que no nos atrevemos á acercarnos por un temor respetuoso: es la recepcion del espíritu de Jesucristo por la participacion de las gracias que nos merece mediante su sacrificio y el conducto de la Eucaristía. La comunion sacramental es una union real y sustancial de cuerpo á cuerpo, y la espiritual es una union de espíritu, afecto,

voluntad y deseo del cuerpo de Jesucristo con la confianza de recibir las gracias que pedimos; porque una carne tan vivificante por su naturaleza ¿no ha de tener la virtud de vivificar mas que á los que la comen? ¿No debe tener la virtud de vivificar á los que desean ardientemente comerla si no los hicieran indignos sus imperfecciones? En la comunion sacramental no pensamos mas que en el amor de Jesucristo, que viene y se da á nosotros y nos quiere servir de manjar: en la comunion espiritual no pensamos mas que en su poder que no necesita de nada para salvarnos. Por la comunion sacramental tenemos la dicha de Zaqueo que recibió á Jesucristo en su casa: por la espiritual tenemos la ventaja del centurion, que no se creyó digno de recibirle en su casa y se reputaba por muy dichoso si el Señor queria decir una sola palabra, con la cual sanaria su criado.

Tal es la idea que debeis formaros de la comunion espiritual para participar del sacrificio de la misa. Mas no todos los que asisten á él, hacen la comunion espiritual del mismo modo. Aquellos que por un temor respetuoso y por una sincera humildad se abstienen algun tiempo de la comunion sacramental, se anonadan en presencia del Señor, y penetrados de la grandeza del misterio dicen con san Pedro: *Señor, apartate de mí, que soy hombre pecador*: en una palabra los que no son reos de pecados que los aparten de la sagrada mesa, comulgan espiritualmente de otra manera que los pecadores excluidos de ella por su indignidad y en justo castigo y para remedio de sus culpas.

Los primeros comulgan espiritualmente el cuerpo de Jesucristo por el amor que le tienen: se excitan al comulgar el sacerdote á un amor mas perfecto: se acusan de sus faltas, imperfecciones, tibieza y flojedad para merecer recibirle en adelante sacramentalmente con disposiciones mas puras y santas; y como es propiedad del amor unir y fijar el corazon en el objeto amado, el efecto de este amor es unirlos mas íntimamente á Jesucristo y unir Jesucristo mas firmemente á ellos. El Se-

ñor permanece en ellos y los hace permanecer en él, porque segun la máxima de los santos padres la Eucaristía es un banquete de amor en que el que mas ama mas come: es una mesa de caridad: la caridad nos convida á ella, nos alimenta y es alimentada: *hunc cibum plus manducat qui plus amat.* De donde se sigue que amandole permanecen unidos á su espíritu; y por el espíritu de Jesucristo del que participan, se hallan unidos á su cuerpo que es inseparable, y asi comulgan espiritualmente. La diferencia que hay entre esta recepcion espiritual del cuerpo de Jesucristo y la recepcion real, es que en esta separacion actual del cuerpo de Jesucristo comen el cordero pascual con lechugas silvestres, es decir, con el dolor de estar separados de él á causa de sus imperfecciones, en vez que cuando estan sentados á esta sagrada mesa, le comen con gozo. Pero reciben sin comulgar unas gracias que son fruto del sacrificio y que recibirian mas copiosamente comulgando.

Pero el amor no es el solo medio de comulgar espiritualmente el cuerpo de Jesucristo. Este mismo cuerpo que habeis recibido os facilita los medios de participar de él en adelante sin recibirle sacramentalmente. ¿No os da la última comunion sacramental los principios y fundamentos de todas las comuniones espirituales que la siguen? ¿No tiene este manjar divino una virtud infinita? Jesucristo no envejece, y el pan de la vida eterna no se consume ni aniquila. Si el pan que comió Elias le dió fuerza para caminar cuarenta dias y cuarenta noches sin necesitar de otro alimento; no dudeis, dice san Ambrosio, que si nos hemos saciado de ese manjar incorruptible como conviene, nos bastará para caminar no solo cuarenta dias, sino cuarenta años. Resucitad pues en vosotros la gracia de la última comunion al tiempo de comulgar el sacerdote, como san Pablo ordenaba á su discípulo que resucitara la gracia que se le habia conferido por la imposicion de las manos. ¡Qué inagotable caudal de gracias hallareis, al que no habeis tocado aun! ¿Recibiriais este pan de la in-

mortalidad como el comun y ordinario que no puede sustentaros mas que un dia? ¡Ah! ¿Qué idea mas baja podriais formar de su virtud? ¿No basta una sola migaja de este pan para alimentar á un mundo entero?

Asi, hermanos, cuando no comulgais sacramentalmente en la misa, suplid esta comunion con una oracion fervorosa y dictada por la fé y el amor. Esta oracion atraerá el espíritu de Dios á vosotros y extenderá de tal modo el fruto de la comunion anterior, que baste para santificaros. Ensanchad el corazon, y esta gota se convertirá en un torrente de bendiciones que le inunde. No se necesita mas que tener muchas vasijas vacías, y este poco aceite bastará para llenarlas todas.

¿Qué es lo que nos santificó en la comunion precedente? ¿Por ventura el cuerpo solo de Jesucristo, separado de su espíritu y prescindiendo de las disposiciones de vuestra alma? Aunque sea muy santificante por sí, nos dice Jesucristo que no aprovecha nada su cuerpo asi considerado: *Caro non prodest quidquam.* Lo que os santificó en la comunion sacramental que hicisteis, fue la fé, fueron los sentimientos de humildad y los impulsos de caridad con que os acercasteis al altar: por medio de todas estas disposiciones participando de la carne de Jesucristo participasteis de su espíritu. Pues renovad y excitad todos esos sentimientos en vosotros, y comulgareis, aunque no recibais realmente la Eucaristía. El espíritu suple bien al cuerpo; pero el cuerpo no puede suplir al espíritu: esta participacion del espíritu de Jesucristo os hará veces de la participacion de su cuerpo. Y ve aquí cómo la comunion precedente es la causa y el principio de las comuniones espirituales que haceis en la misa.

¿Quién podria limitar las gracias que recibisteis en vuestra última comunion al instante solo de aquella participacion sagrada? Solo pudieron serlo por vuestra mediana fé y por el poco uso que habeis hecho de ellas. La Eucaristía es un pan que tiene una fortaleza infinita y alimenta tanto como podemos serlo: por su natura-

leza y eficacia puede hacerlo mas de lo que nosotros experimentamos. Traed pues á la memoria la comunion pasada, porque Jesucristo no pasa segun el Apostol: examinad vuestra conciencia: escudriñad lo íntimo de vuestro corazon; y encontrareis aun ese pan tan sólido que no habeis acabado de digerir. Digeridle de nuevo por una fé nueva, y os dará nuevo sustento; y si le digeris todos los dias en la misa, no perdereis todo el fruto de las comuniones que no hiciereis.

Acaso inferireis de este principio que no es necesario comulgar con frecuencia, pues que podria bastar una sola comunion sacramental. Sí podria; pero Jesucristo y la iglesia no han querido que nos contentemos con una sola comunion. No ha de ser nuestra regla lo que puede bastar, sino la voluntad de Jesucristo, la doctrina de los padres y el ejemplo de los santos. Obligandonos á tomar á menudo este pan que se llama cuotidiano y que bastaria tomar una vez, se nos ha querido dar á conocer el fondo inagotable de enfermedad y descaecimiento que hay en nosotros y solo puede curarse con este pan. Ademas lo que basta para nosotros no basta á la infinita caridad de Jesucristo. El misterio de la Eucaristía es no solo un misterio de amor, sino un misterio de fé, un misterio de su magnificencia. Nos amaba el Señor demasiado para contentarse con que le recibiesemos una sola vez, y nosotros no le amamos bastante si nos contentamos con eso. El nos muestra su magnificencia y amor queriendo que le recibamos á menudo; y nosotros mostramos el nuestro y procuramos corresponder al suyo manifestandole nuestros deseos y anhelo para recibirle tan frecuentemente como nos es posible. Pero de que podria bastar una sola comunion he sacado las consecuencias mas útiles para enseñaros á hacer la comunion espiritual en la misa, siempre que no la hagais sacramental.

Veamos cómo pueden comulgar espiritualmente los que han tenido la desgracia de incurrir en pecado mortal y perder las gracias de la última comunion

sacramental que hicieron. Cuando la iglesia usó de condescendencia con ellos, relajó la severidad de su disciplina y les dió derecho de asistir al santo sacrificio del altar, juzgó que les seria util esta asistencia. Esta utilidad solo puede hallarse en la parte que pueden tener y el fruto que pueden sacar del sacrificio; y este fruto es para ellos una comunion espiritual, muy diferente de la de los que han conservado la gracia. En estos la participacion del espíritu de Jesucristo que habita en ellos como en un templo, suple en cierto modo la participacion del cuerpo del Señor; pero en aquellos no hay mas que una participacion bien lejana, imperfecta é incoada del espíritu de Jesucristo que no habita aun en ellos: solo los excita y convida á la penitencia y no les da todavia ningun derecho á la comunion del cuerpo del Señor. Los unos no hacen mas que una misma víctima con Jesucristo ofrecida por y con Jesucristo; y el amor que es el fuego que los anima, hace de ellos un mismo holocausto con él. Los otros, indignos por sus pecados de unirse á él, no pueden ser ofrecidos con él á Dios su padre, que desecha toda víctima impura y manchada.

Pero el sacrificio de la misa no es solo holocausto, sino un sacrificio propiciatorio, en el cual continuando Jesucristo el de la cruz pide gracia y misericordia á su padre para los pecadores, y le ofrece su muerte y la sangre que derramó en el madero santo como el precio de los pecados de los hombres. Allí se muestra á su padre tal como en el Calvario, y solamente baja á nuestros altares para representarle todos sus dolores y ofrecerle todas las gotas de sangre que derramó en otro tiempo por la reconciliacion de los pecadores, y para consumar su obra con la aplicacion de su pasion y muerte. ¡Ah! ¡Qué parte tienen los pecadores en un sacrificio en que Jesucristo aparece invisiblemente en el altar delante de su padre como un criminal cargado de nuestros pecados, los expia por su penitencia, trata de nuestra reconciliacion como mediador, y defiende nuestra causa como abogado!

Pero ¿cuál es la parte del pecador en el sacrificio? Ver aplacada la ira de Dios por las humillaciones del cuerpo de Jesucristo y recibir las gracias y disposiciones necesarias para acercarse con fruto al sacramento de la penitencia, en virtud del cual le serán perdonados sus pecados. Ve aquí la parte que tiene en el sacrificio de la misa y la especie de comunion espiritual que puede hacer; pero esta comunion requiere grandes sentimientos. Considerese el pecador como un criminal que despues de tantas infidelidades no se atreve á levantar la voz ni los ojos al cielo para pedir perdon de ellas: echese en los brazos de la iglesia su madre, como dice san Ambrosio, para que esta llore por él, y con sus lágrimas y súplicas consiga la misericordia de que es indigno: tenga un verdadero espíritu de penitencia y ofrezca á Dios el sacrificio de un corazon contrito y humillado, al mismo tiempo que la iglesia le ofrece Jesucristo como una víctima de propiciacion por los pecados. Porque Dios que no gusta de los holocaustos, no desprecia jamas un corazon contrito y humillado: *Cor contritum et humiliatum non despicies*; al contrario ese es el sacrificio que exige: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Solo recibe en su gracia al pecador, cuando ve que tiene el corazon quebrantado por un sincero dolor de sus culpas pasadas. Si el pecador no se siente todavia con una perfecta contricion, á lo menos pida á Dios durante la comunion la gracia de una verdadera penitencia y una perfecta conversion que le haga mudar de vida; y para eso juntese á los demas fieles no para participar del sacrificio como ellos, de lo cual debe reconocerse indigno, sino con la esperanza de alcanzar su curacion como la Cananea por las súplicas de la iglesia y poder recoger algunas migajas del pan de la gracia que se caigan de la mesa de los hijos de Dios.

¿Y cuándo deben ser mas vivos estos sentimientos que al tiempo de la comunion? ¿No es esta la ocasion de llorar nuestra indignidad, acercarnos á la sagrada mesa, detestar los pecados que nos alejan de ella, y abor-

recer todos los cuidados de la vida que nos privan del manjar celestial? ¡Ah! Si tenemos aun fé, mirando como el sumo bien en esta vida estar unidos á él, en especial por el sacramento que instituyó para mantener una santa é inefable union entre él y nosotros, por la misma regla miraremos como el sumo mal estar separados del sacramento cuya participacion es la prenda de la bienaventuranza ó mas bien una fruicion anticipada de esta. ¡Qué bien lo comprendia esto san Juan Crisóstomo, cuando hablando de la comunion decia: *Unus sit vobis dolor hac esca privari*: Sea vuestro único dolor el estar privados de este manjar! Sí, vuestro único dolor, *unus dolor*, porque ¿qué son en comparacion de este todos los dolores que pueden afligiros? La idea de que estoy separado de mi Dios debe, si tengo fé, desconsolarme y consternarme, sobre todo si debo acusarme de que yo soy quien me separo de él por mi infidelidad y tenaz apego á las pasiones cuyo esclavo me he hecho, y por no ofrecer á Jesucristo los sacrificios que espera de mí. Apartado de mi Dios, privado de su gracia y despojado de todas las riquezas espirituales no experimento mas que pobreza, miseria é indigencia á la manera del hijo pródigo. ¡Qué vacío mas horrible no tener ya el pan de la verdad! ¡Qué hambre mas extremada no ser alimentado de la caridad! ¡Qué dolor ver en la iglesia, que es la casa de mi padre, tantas almas que acaso han recibido menos gracias que yo; pero han sabido aprovecharlas mejor y emplearlas en tener pan en abundancia, mientras yo me muero de hambre: *hîc fame pereo.*

Si vuestro dolor es sincero y os aflige vuestro estado, comprendereis toda la magnitud de vuestras miserias al tiempo de la comunion, y Dios os inspirará la gracia de resolveros á dejar el pecado, apartaros del mundo en que os habeis perdido, y absteneros de sus placeres que os han corrompido: os volvereis hácia Dios, mirareis la víctima de propiciacion y os humillareis como indignos de las gracias y misericordias que

os proporciona. Por esta confesion de vuestra indignidad aceptareis la humillacion merecida y os sujetareis á la penitencia, cuyo caracter es ser tratado como pecador por la privacion de los beneficios que solamente se deben á los inocentes. ¡Qué ejercicios os inspirará capaces de sostener vuestra alma enmedio de la privacion del manjar celestial! Una oracion fervorosa, un retiro riguroso, una meditacion contínua de la palabra de Dios, la leccion de buenos libros, las limosnas, una vida trabajosa y mortificada, que os reconciliarán con el Señor y os pondrán en estado de alimentaros de la carne de Jesucristo, que es el sello de la reconciliacion. Pues todas esas inspiraciones, mociones de la gracia y pensamientos saludables se os dan solo en virtud del sacrificio de la misa á que asistís, y son el fruto de él. Ve ahí cuál es vuestra participacion y la comunion espiritual que podeis hacer. Porque el privarse de la comunion sin cuidar de nutrir su alma con otros ejercicios piadosos es imitar á aquellos enfermos que no quieren tomar alimento proporcionado á su debilidad, cuando no son capaces de digerir manjares sólidos.

¿Asistís vosotros, hermanos mios, al santo sacrificio con estos sentimientos? Fijandoos quizá únicamente en vuestra indignidad perseverais en el término de una vida criminal sin resolver nada á favor de vuestra salvacion, ni dar ningun paso para volver pronto á Dios: vivís sin regla al antojo de vuestras pasiones y segun vuestro capricho: no pensais mas que en las cosas temporales que secan y endurecen el corazon para con Dios; y mirais la comunion con una indiferencia é insensibilidad que debieran espantaros. Cuando el centurion del Evangelio se juzgó indigno de que Jesucristo fuese á su casa y aun de ir él á buscarle, envió sus amigos; lo cual nos manifiesta que no pudiendo acercarnos á Jesucristo por la comunion debemos á lo menos acercarnos por otros medios. Si os creeis indignos de participar de su sacrosanto cuerpo ya por la comunion sacramental, ya por la espiritual: mereced á lo menos participar de

sus gracias por vuestra contricion y humillacion. Sin estas disposiciones ¿qué parte podeis tener en el sacrificio de la misa á que asistís? Para vosotros no hay ni comunion sacramental, porque vuestros pecados os hacen indignos de ella, ni comunion espiritual, porque os hacen incapaces vuestra impenitencia y empedernimiento. Siguese pues que siendo la una ó la otra una parte esencial del sacrificio no le hay para vosotros.

¡Qué estado mas terrible y espantoso á los ojos de la fé! Para levantaros de él confesad vuestra indignidad mientras comulga el sacerdote, humillaos profundamente y pedid á Jesucristo que ya que teneis la desgracia de no poder comulgar su cuerpo, os conceda por los méritos de este gracias de penitencia y sentimientos de conversion. Señor, confieso con toda la amargura de mi corazon que no soy digno de que entreis en mí; pero decid una sola palabra, y sanará mi alma. Vuestro poder puede vencer mi resistencia, y vuestra misericordia no está ligada única y necesariamente á vuestros sacramentos: concededme gracias que me acerquen á vos: el real profeta dice que tomará el caliz de la salud sin añadir que le beberá, y que invocará el nombre del Señor: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* Haced, Señor, que este divino caliz produzca en mí su efecto, aunque no le beba por mi desgracia. Confiado en vuestra infinita misericordia para con los pecadores tomo este caliz en mis manos, y sin tener la temeridad de aplicarle á mis labios os le presento: él contiene vuestra sangre derramada por mí, y clama y pide gracia en mi favor. ¿No le habeis escuchado siempre, Señor?

Hermanos mios, con estas disposiciones formadas por un amor penitente participareis espiritualmente del sacrificio, y recibireis gracias en el tiempo que os hagan dignos de la comunion sacramental, obren vuestra salvacion y os guien á la vida eterna &c.

PLATICA LVII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Restame explicar dos breves oraciones que reza el sacerdote al hacer la ablucion y purificar el caliz. Purificar un vaso en estilo eclesiástico es quitar lo que no es de él. Por eso se llama purificacion la ablucion del caliz y de la boca del sacerdote que se hace despues de la comunion, para que no quede nada del cuerpo y sangre de Jesucristo. Antiguamente se echaba en la piscina el agua que habia servido para purificar el caliz y las manos del sacerdote; pero desde el siglo XII juzgaron los sacerdotes conveniente por mayor respeto y precaucion beber la ablucion, en la cual puede haber alguna partícula del cuerpo y sangre de Jesucristo.

La iglesia pone aquí en boca del sacerdote algunas oraciones para continuar la comunion espiritual, que debe tener el alma unida con Dios por un vivo reconocimiento de su gracia y una atencion suma á todo cuanto puede conservarla. Luego que el sacerdote ha consumido la preciosa sangre, dice: Recibamos, Señor, con espíritu puro lo que hemos tomado por la boca, y de un don temporal se nos haga un remedio eterno: *Quod ore sumpsimus, Domine, pura mente capiamus, et de munere temporali fiat nobis remedium sempiternum.* ¡Cuántas cosas en pocas palabras! ¡Cuán grandes y preciosas son las gracias que se piden! ¡Qué sentimientos encierran! Penetraos, hermanos mios, del espíritu de esta oracion, que os interesa tanto como al sacerdote, pues que debeis haber comulgado con él, á lo menos espiritualmente. La iglesia en el siglo IX no prescribia otra al pueblo y en especial á todos los que habian comulgado.

Quod ore sumpsimus, Domine, pura mente capiamus. Recibamos, Señor, con espíritu puro lo que hemos tomado por la boca. Luego se puede recibir el cuerpo de Jesucristo en la boca sin recibirle en el corazon. ¡Qué diferencia hay entre estas dos especies de comunion! Co-

mulgar de corazon es alimentarse y saciarse de Jesucristo, es sacar un provecho espiritual de la comunion, un aumento de gracias, una pureza mas perfecta, un desprendimiento mas completo de sí mismo, en una palabra una satisfaccion mayor. El cuerpo de Jesucristo es un pan dispuesto para alimentar nuestra alma, que engorda con él segun la expresion de la Escritura, crece y se mantiene en estrecha union con Dios: es un alimento sólido para sostenernos en el camino de la perfeccion y ayudarnos á adelantar en él continuamente. Asi á cada comunion debemos recibir nuevas luces para conocer nuestros deberes, sentir nuevo pesar de nuestras tibiezas é infidelidades y cobrar nuevas fuerzas para levantarnos y redoblar el paso en el camino santo por donde Dios nos llama. Ve aquí los efectos que debe producir en nosotros la comunion y que pide el sacerdote.

¿Y los produce en vosotros, hermanos mios, siempre que comulgais? ¿No vivís despues de la comunion lo mismo que antes, con la misma flojedad y tibieza? ¿Habeis muerto mas para el pecado, el mundo y vosotros mismos? ¿Vivís para Dios? ¿Vive Jesucristo en vosotros? Pues si la comunion os deja siempre lo mismo, ha sido inutil. ¡Ah! No os engañeis, no puede ser inutil sin ser perjudicial: debilita la gracia, aunque no la destruya, y hace reo del cuerpo y sangre del Señor no por haberle profanado enteramente, sino por no haberle honrado bastante. Se come y se bebe su propio juicio, no un juicio de reprobacion y muerte, sino un juicio de desvio y descaecimiento; lo cual es siempre muy temible. En una palabra la comunion inutil prepara á la comunion indigna: la comunion indigna conduce á la impenitencia; y la impenitencia precipita en el fuego eterno del infierno.

¡Cúan comunes son estas comuniones inútiles! ¡Cúan pocos cristianos se aprovechan de la comunion! porque ó se acercan á recibirla por costumbre, sin gusto, con negligencia y tibieza, ó porque tienen afecto voluntario al pecado venial y no trabajan como cumple para purifi-

carse de sus culpas, combatir sus pasiones, llenar fielmente todos sus deberes y separarse del mundo y sus máximas. Porque el incremento de la gracia que es el fruto de la comunion, no consiste en tener mas consuelos en la oracion ni mas devocion sensible, sino en ser mas humilde, mas firmemente adherido á la justicia, mas desconfiado de sí propio y mas mortificado. Ahora bien segun el principio de san Agustin aunque el sacrificio de que participamos sea santo por sí y vivificante por su naturaleza; sin embargo para los que participan de él por la comunion lo es en proporcion de las disposiciones del corazon que llevan: *Tale cuique fit, quali corde ad accipiendum accesserit.* Vé ahí lo que pide la iglesia cuando dice por el sacerdote: Recibamos, Señor, con un corazon puro lo que hemos tomado por la boca: *Quod ore sumpsimus, Domine, pura mente capiamus.* ¿Qué peticion mas importante que la de no hacer una comunion inutil, pues que puede tener tan fatales resultas? ¡Ah! Acerquemonos, hermanos, á la sagrada mesa con intenciones puras y fines rectos: *Pura mente capiamus*; y la comunion producirá grandes efectos en nosotros.

La iglesia pide tambien que recibamos la comunion con un corazon puro. ¿Qué es esta pureza? No es solo la exencion de pecado de que tantas veces os he hablado, y que se halla en las oraciones que preceden á la comunion, sino la pureza de motivos y la rectitud de intencion. Se puede comulgar por el bien parecer y por fines humanos; mas la iglesia quiere que se comulgue únicamente con la mira de glorificar á Dios, darle gracias, unirse á Jesucristo, afirmarse en su gracia y amor, santificarse y prepararse á la vida eterna: quiere que se proponga uno alcanzar de Dios en la comunion y por la comunion la gracia ya de practicar mejor tal virtud ó sufrir mejor tal trabajo, ya de fortificarse contra tal flaqueza, reanimarse en el ejercicio de la oracion y mantenerse en una regularidad mas fervorosa, ó en un espíritu mas interior, ó en una union mas íntima con Jesucristo. Mas si solo se llevan fines humanos, solo se

tiene de ordinario una idea vaga, sin motivo y que no se refiere á nada. Asi sucede que no se saca ningun fruto de la comunion y que despues de tantas reiteradas no se nota ningun adelantamiento, ni se ven mas que imperfecciones é infidelidades, y enmedio de las inagotables riquezas que trae Dios consigo y quiere repartir, se queda uno en la misma pobreza é indigencia.

No contentos con pedir á Dios que nos aproveche la comunion para la vida presente le suplicamos que de este don temporal se nos haga un remedio eterno: *Et de munere temporali fiat nobis remedium sempiternum.*

La Eucaristía es verdaderamente un remedio para los que recibiendo por la boca el cuerpo de Jesucristo comunican de su espíritu por el corazon. Este pan es un principio de la vida eterna no solo para el alma, sino hasta para el cuerpo. Para el alma sacando de este divino manjar la fortaleza que necesitamos contra nuestras flaquezas naturales, nuestros pecados y todas nuestras miserias: en él hallamos una medicina que nos sostiene durante esta vida hasta la eternidad: nos excitamos á la perseverancia cristiana que debe ser uno de los frutos principales de nuestra comunion; y nos preguntamos como san Pablo: *¿Quién podrá de aquí adelante separarme de Jesucristo despues de haberme unido á él tan estrechamente?* Nos decimos usando de las palabras del mismo apostol: *No, estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni la prosperidad, ni la adversidad, ni la grandeza, ni la humillacion, ni ninguna criatura no me separarán jamás de él.* No hablo asi, Dios mio, por un espíritu de presuncion: conozco mi miseria y mi nada, y sé que si me abandonaseis á mí volveria á caer en el abismo de todos mis desórdenes; pero estando unido á vos como lo estoy por vuestro sacramento, tengo derecho de levantarme sobre mí y prometerme que aunque tan inconstante y fragil perseveraré hasta la eternidad en vuestro amor y en la posesion de vuestra gracia.

La comunion es tambien un principio de la vida eterna para el cuerpo sembrando en nuestros cuerpos mor-

tales una semilla de vida é inmortalidad, por la cual serán inmortalizados y glorificados algun dia; porque como dice san Pablo *Si habita en nosotros el espíritu del que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, tambien dará la vida á nuestros cuerpos mortales el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos por su espíritu que habita en nosotros.* Este fruto de la comunion es el que ponderaron tanto los santos padres y estriba en los primeros principios de la fé. Sí, esta participacion del cuerpo de Jesucristo os da un derecho á la resurreccion gloriosa. ¿No conviene que el hombre sea reparado de una manera correspondiente á aquella con que fue corrompido? Y como la mortalidad entró en la naturaleza por el fruto vedado que la corrompió, del mismo modo la vida se comunicó á esta misma naturaleza por otro alimento, es decir, por la carne inmortal de Jesucristo, que la union con el Verbo hace vivificante y un remedio sempiterno: *fiat nobis remedium sempiternum.*

El sacerdote al tomar vino y agua para la ablucion del caliz y de sus dedos añade una oracion, que se decia antiguamente en nombre de todos los fieles cuando comulgaban bajo de ambas especies, y que ahora dice por sí solo: Adhiera á mis entrañas tu cuerpo, Señor, que he tomado, y tu sangre que he bebido, y haz que no quede mancha de los pecados en mí, á quien han reparado los sacramentos puros y santos: *Corpus tuum, Domine, quod sumpsi, et sanguis quem potavi, adhœreat visceribus meis, et præsta ut in me non remaneat scelerum macula, quem pura et sancta refecerunt sacramenta.*

Despues de haber pedido á Jesucristo en la oracion anterior que su cuerpo y sangre sean para él un remedio eterno le suplica en esta que se adhieran á sus entrañas: *Adhœreat visceribus meis.* Asi como los alimentos naturales que tomamos para sustentar nuestros cuerpos, no nos servirian de nada si no hicieran mas que pasar, y no se detuviesen en el estómago, se digiriesen y produjesen jugos que se distribuyen en todas las demas partes del

cuerpo; asi tambien es necesario que el cuerpo y sangre de Jesucristo, que son el sustento de nuestras almas, se adhieran á nuestras entrañas espirituales que son nuestros afectos: que por nuestro amor se distribuya y comunique ese divino manjar á todas las facultades de nuestra alma para hacerlas vivir la vida de la gracia; y que nos portemos de tal suerte, que despues de comulgar podamos decir como san Pablo: Vivo; mas no vivo yo, sino que Jesucristo vive en mí. Porque al que ha recibido á Jesucristo, ¿qué le resta que desear sino que este permanezca en lo íntimo de su corazon y no sea echado de allí por el pecado? La vigilancia y la fidelidad en hacer el uso que se debe del sacrificio y de la comunion, no son menos necesarias que la preparacion para acercarse dignamente á ella: examinaos pues un rato. ¡Cuánto debe desconfiarse de las preparaciones del que comulga con frecuencia, y cuán ambiguas son por no decir falsas, cuando se ve que despues de la comunion no vela mas que antes sobre sus costumbres, sus inclinaciones y su corazon: que se deja llevar de los mismos desórdenes y disipacion que antes de acercarse al altar habiéndose lisonjeado de que tenia un dolor sincero y una verdadera confusion! ¡Ah! Acordaos, hermanos mios, que el mayor escándalo hasta segun el juicio del mundo es ver que un cristiano comulga y no por eso observa una conducta mas arreglada ni edificante.

Pues que Jesucristo vive en vosotros por la comunion, es preciso que de aquí adelante obre él en vosotros, es decir, que os haga pensar, obrar y hablar y que nada desdiga de él en vuestra conducta; porque si despues de la comunion vivierais como antes en el desorden de una vida relajada ó libertina, si vuestros pensamientos fueran tan mundanos, vuestras palabras tan libres y vuestras acciones tan desarregladas como antes de comulgar, se cumpliria en vosotros al pie de la letra lo que decia Salviano; á saber, que Jesucristo se avergonzaria y confundiria de estar dentro de vosotros, porque le seria vergonzoso que una lengua santificada por el

sacramento de su cuerpo profiriese aun palabras impuras, mentiras y detracciones: que un corazon de que ha hecho su morada estuviese todavia poseido de malos deseos y afectos terrenos; y que un espíritu que él ha vivificado, estuviese dominado aun de la envidia y la ambicion.

Despues de habernos alimentado con sacramentos tan puros y santos hay que pedir á Dios que por su gracia no quede en nosotros ninguna mancha del pecado: *Præsta ut in me non remaneat scelerum macula, quem pura et sancta refecerunt sacramenta*: porque como el alimento corporal bien digerido repara las fuerzas de tal modo que no queda ningun vestigio de enfermedad despues de los males mas graves, hay que pedir á Dios que nuestras fuerzas espirituales se reparen de tal suerte por la virtud de la sagrada carne de Jesucristo, que no quede en nosotros ninguna señal de pecado ni de delitos, que son los males de nuestra alma.

Ve aquí el efecto que atribuyen los santos padres á la comunion. La Eucaristía es el medio de que Dios se vale para vivificar nuestras almas. Así nos lo enseña Jesucristo cuando dice: *Si no comiereis la carne del hijo del hombre, no tendreis la vida en vosotros.* Pues esta carne vivifica nuestras almas por la remision de los pecados: remite los mortales que no conocemos, dice santo Tomás, y á los cuales no tenemos afecto: remite los que estan ya perdonados por la absolucion del sacerdote acabando de destruir y borrar todas las reliquias de ellos: remite particularmente los veniales que cometen los justos: vivifica nuestras almas por la infusion de un vigor y una fortaleza espiritual, sin la cual creyeron los santos padres que no se podia resistir á las grandes tentaciones; y las vivifica por la diminucion de la concupiscencia y de toda la corrupcion que traemos de Adam. Estando en nosotros el cuerpo de Jesucristo, dice san Cirilo, reprime la ley de la carne que ejerce su furor en nuestros miembros: despierta la piedad y mortifica las pasiones; pero no destruye el pecado y las reliquias

de él sino aumentando la caridad, que es la salud y la vida de nuestra alma.

Asi lo que debemos pedir á Jesucristo despues de la comunion, es el aumento del amor de Dios, un amor casto y sincero que no consista en palabras ni termine en sentimientos tiernos, pero poco profundos, sino que convierta y renueve el corazon, le haga amables todas las disposiciones de Dios, le prepare á todo bien, le fortalezca contra todos los peligros, y reuniendo todos los afectos le haga firme y valeroso, le consuele, le eleve y le llene de gozo quitándole todo el peso de sus concupiscencias y librandole igualmente de los vanos temores y deseos. ¡Ah! hermanos, ahora que poseemos el manantial del amor por la comunion, ahora que se han abierto los cielos y han llovido el justo, ¿por qué no se parten los montes delante de él? ¿Por qué el yelo no abrasa? ¿Por qué el fuego que ha enviado el cielo á la tierra no la consume? Muchas veces cayó sobre los sacrificios que Dios tenia por aceptables, y á ruego de Elías no solo abrasó la víctima y el altar, sino que devoró todas las inmediaciones y hasta el agua de que estaban llenos los fosos abiertos en torno del altar. Aquello era una figura de lo que sucede entre nosotros y se cumple siempre con respecto á Jesucristo: el Espíritu Santo como una llama invisible convierte y diviniza los dones. Pero ¿se cumple esta figura respecto de nosotros? Por la comunion bajó á nosotros, y permanecemos frios é inmóviles: por un prodigio inaudito llevamos oculto el fuego en nuestro corazon sin sentir su efecto.

No permitais, Señor, que dejemos de tener parte en el fuego que vinisteis á difundir, y pues que sois tambien un fuego voraz, hacednosle experimentar por misericordia, brillad á nuestra vista, quebrantad nuestra sordera, tocad la cuerda mas interior y sensible de nuestro corazon, y que conozca por estas señales que solo vos sois digno de poseerle y capaz de llenarle. O amor que siempre ardes y nunca te apagas, exclamaba san Agustin, caridad, Dios mio, abrasame: *O amor,*

qui semper ardes et nunquam extingueris! charitas, Deus meus, accende me. Ahora que acabo de recibiros y os poseo en lo íntimo de mi corazon, hacedme probar vuestra dulzura y decid á mi alma que sois su salud: *Dic animæ meæ: Salus tua ego sum*; pero decidlo de modo que yo lo oiga: *Sic dic, ut audiam.* El consuelo de haberlo oido me sostendrá en todas las épocas de mi vida y me llevará á amaros todavia mas, hasta que logre amaros por toda la eternidad.

PLATICA LVIII.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

Sexta parte.

Voy á explicar la última parte del santo sacrificio que es la accion de gracias. San Agustin queria que los fieles estuviesen tan atentos á esta parte como á todas las demas, y da á entender bien la necesidad é importancia de ella cuando dice: Despues de haber participado de tan gran sacramento lo concluye todo la accion de gracias: *Participato tanto sacramento, gratiarum actio cuncta concludit.* Esta parte contiene la antífona de la comunion y la postcomunion, que encierran motivos de admirar las gracias recibidas para mantener en el alma una gratitud viva y un gran deseo de aprovecharlos: despues se despide á los fieles, se les da la bendicion y se lee el Evangelio.

La antífona llamada comunion es un versículo tomado ordinariamente de los salmos, y se le da aquel nombre porque debe cantarse mientras se administra la comunion. Se llama antífona para la comunion, porque en lo antiguo se repetia alternativamente despues de cada versículo del salmo de donde se sacaba, y se continuaba este hasta que el celebrante hacia señal á los cantores de decir el *Gloria Patri*, concluida que era la comunion del pueblo.

El uso de cantar un salmo ó algun versículo duran-

te esta comenzó en Oriente. Así nos lo manifiesta san Cirilo de Jerusalem en la explicacion de la liturgia: mientras se distribuia la Eucaristía se cantaban estas palabras: *Gustad y ved cuán suave es el Señor.* Las constituciones apostólicas marcan que se diga el salmo XXXIII, del cual está sacado este versículo. San Juan Crisóstomo nos dice que se solia cantar el salmo CXLIV á causa de estos versículos que repetian los fieles: *Los ojos de todos esperan en ti, Señor, y tú les das el sustento en tiempo oportuno.* Bien pronto se siguió este uso en Occidente. San Agustin nos dice que en su tiempo se introdujo en la iglesia de Cartago la costumbre de cantar himnos sacados de los salmos durante la oblacion y distribucion de la Eucaristía. Este uso de cantar un salmo entero con el *Gloria Patri* y la antífona mientras la comunion duró hasta el fin del siglo XI; pero despues se miró esta antífona como un himno de accion de gracias que se debia decir despues de la comunion para continuar la espiritual.

Dicha esta antífona el sacerdote saluda al pueblo con las palabras *Dominus vobiscum.* Al principio de cada accion que forma una nueva parte de la misa, acostumbra saludar así al pueblo; y esta salutacion tan reiterada hace ver admirablemente la perpetua conformidad que debe haber entre el pueblo y el sacerdote en todas las oraciones, y que aquel ha de seguir á este en todo y orar con él. El sacerdote repite aquí dichas palabras porque se trata de cumplir un gran deber: dar dignamente gracias á Dios por el sacramento que se acaba de recibir y el sacrificio que se acaba de ofrecer, y pedir que produzca en nosotros los efectos para que fue instituido. ¿Y cómo se ha de cumplir esta obligacion sin un nuevo auxilio de Dios? Pues este es el que se desean mutuamente el sacerdote y el pueblo. A vosotros se os advierte la importancia de esta oracion por la exhortacion que os hace el sacerdote para que oreis: *Oremus*, oremos. ¡Ah! Quizá no habeis fijado nunca la atencion en las interesantes peticiones que dirige á Dios el celebrante por nosotros.

En estas oraciones llamadas *postcomunion* porque se dicen despues de la comunion, damos gracias á Dios por la inefable dicha de haber participado de los divinos misterios, y pedimos la gracia de conservar los frutos de este santo y excelente sacrificio, que son la remision de los pecados, una vida cristiana, todo lo que puede obrar nuestra santificacion, y en fin el mérito de la vida eterna. Ve aquí en pocas palabras el resumen de todas las postcomuniones: expliquemoslas.

El sacerdote lleno de un profundo respeto á la presencia de Jesucristo que está en su corazon y en el de los que han comulgado con él, pudiendose decir con verdad que en aquel instante habita corporalmente en ellos la plenitud de la divinidad del Señor; sobrecogido de admiracion de las cosas que acaban de cumplirse en él, y considerandose como el tabernáculo vivo donde reside entonces el santo de los santos, no se contenta con manifestarle su reconocimiento por el inestimable beneficio recibido, sino que protesta querer mostrarle con la santidad de su vida, y le pide que lleno sin cesar de su amor no deje nunca de publicar sus alabanzas, *á tua laude nunquam cessemus*, para permanecer siempre en hacimiento de gracias, *ut in gratiarum semper actione maneamus.*

Sea sincera la gratitud y viva la fé. ¡Ah! ¡Qué sentimientos inspiran despues de haber tenido la dicha de participar de los santos misterios! Se penetra uno del espíritu de la iglesia tan bien expresado en estas postcomuniones: se gusta la felicidad de poseer á Jesucristo: se llena uno de gozo y admiracion de tener por prenda de la bienaventuranza á aquel que debe ser objeto de ella por toda la eternidad: *Cœlestis remedii plenitudine gloriemur.* Se gusta y ve con el real profeta cuán suave es el Señor. Está glorioso en el cielo, es omnipotente en la tierra y terrible en los infiernos; pero suave en este sacramento, y el caracter de su divina presencia es la dulzura y suavidad de que llena á las almas justas. Señor, debemos decirle, las santas delicias que me haceis sentir ahora, *cœlestibus pasti deliciis*, me quiten para siempre

el gusto de las delicias criminales y de los placeres del mundo, que no hacen mas que emponzoñar mi corazon y corromper mi razon: *A delectationibus terrenis expediant.* Esta fruicion anticipada que me dais de vuestra bienaventuranza en la adorable Eucaristía, corrija en mí todos los gustos depravados de mis pasiones que me hacen amar lo que deberia sumamente aborrecer, y que son causa de que prefiera como el hijo pródigo lo que halaga mi sensualidad, á los verdaderos bienes que comunicais á los que se unen á vos: *cujus lœtamur gustu, renovemur affectu.*

Ahora que Jesucristo está en vosotros, haced lo que practicaba tan santamente David cuando decia: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus.* Si poneis atencion, hablará en secreto á vuestro corazon. ¡Cuántas cosas os dirá en que no pensais y que os ocultais á vosotros mismos; pero en que os hará convenir si sois humildes y dóciles! *Loquetur pacem in eos qui convertuntur ad cor.* Os reprenderá esas infidelidades en que caeis, esos desórdenes en que vivís, esa cobardía que no procurais vencer, y os dirá en qué quiere que mudeis de conducta y lo que quiere que le sacrifiqueis y renuncieis por él. En una palabra explicandose inmediatamente á vosotros y tocando todos los resortes de vuestra conciencia os declarará su voluntad; pero de un modo que sea imposible no quedeis tan persuadidos como convencidos. Mas para oir una respuesta clara y precisa sobre lo que le ofende en vosotros, retarda sus misericordias y pone obstáculo á los beneficios que nos prepara, es menester tener un corazon recto y sincero. ¡Cuán ordinario es aun en los que hacen profesion de piedad no ofrecer á Dios otra cosa que palabras que deniega el corazon, tratar mas de ocultarse á sus propios ojos que de descubrir la voluntad divina, gustar mas de estar tranquilo que de agradarle, y tener la resolucion de no variar en nada su conducta, respondales lo que quiera! ¡Ah! Con semejantes disposiciones ¿qué parte se puede tomar en las oraciones despues de la comunion? Preparaos sinceramente á escu-

char á Dios y seguirle, y haced estas oraciones con un corazon puro. ¡Con qué fervor y ardiente anhelo pedireis á Jesucristo las gracias que necesitais, mientras está todavia en medio de vosotros! Forzadle con una amable y santa violencia á que os las conceda, y decidle como Jacob al angel: *No te dejaré marchar sin que antes me des tu bendicion.* No os pido, Señor, gracias temporales, fama, honras, dichas y riquezas, porque todo esto no serviria tal vez mas que para perderme. Os pido las gracias de mi salud: *Crescat nostræ salutis effectus*; el perdon de tantos pecados ocultos que mi poco conocimiento y la debilidad de mi amor me impiden descubrir: *A peccatis mundemur occultis.* Os pido verme libre de tantas faltas notables y tantas costumbres viciosas, ser mas regular y exacto en los deberes de cristiano, tener mas caridad para con mi prójimo, reprimir la libertad con que hablo de otros, contener mis ímpetus, moderar el genio, mortificar los caprichos y antojos, humillar la altivez, renunciar el amor propio y sacrificar la sensibilidad: *A nostris perversitatibus clementer expediat.* Os pido la curacion de mis enfermedades y descaecimiento. ¡Ah! ¡Cuán debil estoy para el bien! Todo está enfermo en mí: mi espíritu no piensa en vos sino con esfuerzo y violencia: tedio en los ejercicios de piedad, contínuas distracciones en la oracion y fastidio en los oficios solemnes: mi corazon está dominado y agitado de mil afectos que le unen á la tierra y le ocupan todo entero, aunque no tengan objetos criminales: mi cuerpo no quiere oir hablar de penitencia ni mortificacion, y todo atento á lo que halaga los sentidos y la ley de los miembros, se rebela contra la del espíritu. Reparad pues por vuestro sacrificio celestial nuestras fuerzas corporales y espirituales: *Sit nobis reparatio mentis et corporis cœleste mysterium.* Os pido la fortaleza y valor que necesito para preservarme de la corrupcion del mundo, no dejarme arrastrar del torrente de la costumbre, resistir á la tentacion y escándalo del mal ejemplo, sobreponerme á los respetos humanos, defenderme del veneno de la lisonja,

no ser esclavo de la ambicion ni ceder al interés: *Mysteria sumpta purificent et suo munere tueantur. Pariter nobis expiationem tribuat et munimen.* Os pido auxilios para evitar los lazos funestos que me tiende por todas partes el demonio de la carne: *Ab hostium liberemur insidiis*; para conservar la libertad y pureza de mi religion enmedio de los peligros á que mi condicion me expone: *Humanis non sinas subjacere periculis*; por último para poder ser á un tiempo lo que soy por disposicion de vuestra providencia sin cesar de ser cristiano, antes bien cumpliendo en mi estado todos mis deberes con el fin de agradaros, refiriendoos todas mis acciones y protestando que despues de haberos recibido en la comunion no quiero vivir sino para vos á fin de cumplir vuestra palabra: *El que come mi carne, vivirá en mí.* No quiero ya tener pensamientos, formar planes ni llevar á cabo empresas sino en el orden de la entera sumision que os debo: no quiero ya emplear mi salud, mis fuerzas, talento, autoridad, valimiento, hacienda, en fin cuanto depende de mí, sino por interés de vuestra gloria, sujetandoos todas las potencias de mi alma, de suerte que reineis en ellas como dueño absoluto: *Quos tuis refícis sacramentis, tibi etiam placitis moribus dignanter deservire concedas.*

Dadme el zelo y fervor necesarios para cumplir todos los deberes de la piedad: *Præbeant nobis, Domine, divinum tua sancta fervorem.* Vos me inspirasteis los primeros deseos de agradaros: á vos os debo el principio de mi justicia: vos pusisteis la primera piedra del edificio que todavia está sin concluir: yo no puedo nada en mí, y vos lo podeis todo. Haced, Señor, que yo obedezca siempre tus preceptos: *fac me tuis semper obedire mandatis.*

Confiesa uno á Jesucristo con un santo gozo que no ama ya el siglo, ni aspira á nada en él, que empieza á conocerse mejor y despreciarse, que se afirma en la fé y que se consuela solo por la esperanza: le representa que todo esto es obra suya y que él solo puede perfeccionarla: le dice que confia en su bondad como un depó-

sito que únicamente está seguro en su mano: le declara que mas todavía se teme á sí mismo que á sus enemigos, porque está inclinado á disiparlo todo por la negligencia y corrromperlo por la vanidad: le da cuenta de los adelantamientos y atrasos en la virtud: lleva la mano vivificante del Señor por todas las partes enfermas; y Jesus fortalece por este saludable contacto á todos los que ha curado ya: *Quidquid in nostra mente vitiosum, est ipsorum medicationis dono curetur.* Se regocija uno de poseerle y teme perderle: se le conoce cada dia mas claramente, y se tiembla de miedo de ser sumergido otra vez en las tinieblas: le expone uno el grado de fortaleza y debilidad que tiene; y al tiempo que se deshace en hacimiento de gracias, siente vivas congojas que se calman en el seno del Señor: *Fideles tui, Deus, per tua dona firmentur, ut eadem et percipiendo requirant, et quærendo sine fine percipiant.*

Pero, hermanos, la gracia que hay que pedir sobre todo, es el amor de Dios, que es la salud y la vida: sin él todo es inutil: con él no puede faltar nada esencial. Digamosle pues con san Agustin: *Señor, si no os amo bastante, haced que os ame mas. Yo no puedo juzgar cuánto amor me falta para tener bastante: lo único que sé es que fuera de vos no hallo mas que disgusto y miseria, y no solamente fuera de mí mismo, sino tambien dentro; y toda abundancia que no es mi Dios, es una verdadera indigencia para mí.* Vos habeis querido descansar en mi corazon; pues permitid que yo me eche en el vuestro: vos habeis querido uniros á mí; pues haced que yo me una á vos como mi único bien, y de un modo tan estrecho y firme, que no me separe jamas. Tocad la cuerda mas sensible y honda de mi corazon: venced por un sentimiento mas vivo y penetrante las falsas delicias que le seducen y corrompen: arrojad á todos los usurpadores de vuestro templo: ocupad el lugar de la mentira vos que sois la verdad: reducid el amor injusto que nos profesamos, á los saludables límites prescriptos por vuestra ley. Haced que en vez de

amarnos hasta despreciar vuestra voluntad os amemos hasta despreciarnos á nosotros mismos: persuadidnos á que aun cuando estuvieramos sin bienes y privados de todo, si vive vuestro amor en nuestro corazon, lo tenemos todo, porque dais con magnificencia á los que amais todo lo que sacrifican en vuestro servicio. Negadme pues todo excepto esta gracia señalada de vuestro amor: no escucheis ningun otro deseo mio, ni me concedais ningun otro consuelo: guiadme á tan dichoso término por el camino que querais escoger, sin atender á mis resistencias ni á mis quejas que deniego para siempre, y os conjuro no escucheis jamas.

Pero ¡cuán vivo y perfecto debe ser el amor de Dios para pedir ademas con la iglesia que se manifieste Jesucristo, la verdad misma, que está oculta y cubierta bajo signos segun la condicion de esta vida: que los sacramentos se conviertan en la clara aparicion de su gloria: que le veamos manifiestamente; y que por su humanidad que es el medio, poseamos su divinidad que es el fin á donde se encaminan todos nuestros deseos! La Eucaristía no sacia á un corazon que ama, y no hace mas que irritar su deseo: él quiere ver y no le satisface ninguna presencia, por real que sea, sino la vision clara. Esto es lo que pide la iglesia en una postcomunion cuando dice: Señor, obren tus sacramentos en nosotros lo que contienen, para que recibamos con la verdad de la realidad lo que ahora llevamos bajo apariencias: *Perficiant in nobis tua sacramenta quod continent, ut quod nunc specie gerimus, rerum veritate capiamus.* Ve aquí las diferentes gracias que pide la iglesia á Dios en todas las postcomuniones del año y yo he reunido en esta plática, para que os penetreis de su espíritu, sentimientos y peticiones. Mas al mismo tiempo que pedís á Jesucristo obre en vosotros todos los efectos que esperais de su presencia, formad santas resoluciones sobre los puntos particulares en que hayais reconocido que Dios os exige alguna mudanza y reforma, sobre el defecto mas notable que teneis que corregir, el hábito mas vicioso que debeis combatir, y la ocasion

mas próxima de pecado de que quereis salir. Y para que sean mas firmes estas resoluciones, hacedlas en presencia de Jesucristo, que estando aun dentro de vuestro corazon las ratificará y aceptará; como si le dijerais: Señor, á vos mismo me obligo, y consiento que os levanteis contra mí si no son sinceras y verdaderas las promesas que hago. He jurado y determinado guardar los juicios de vuestra justicia: *Juravi et statui custodire judicia justitiæ tuæ.* He jurado ser mas exacto y puntual en los deberes de cristiano, tener mas caridad para con mi prójimo, moderar mis ímpetus y combatir mis inclinaciones: lo he jurado, y os pongo á vos mismo por testigo de este juramento para que le confirmeis, y el adorable sacramento que acabo de recibir sea como el sello que no pueda jamas violar á no pasar por perjuro y anatema delante de vos.

A fin de que no sean efímeros é inútiles estos sentimientos afectuosos y tiernos de que estais animados ya en la sagrada mesa, ya en el santo sacrificio, traedlos á la memoria con la mayor frecuencia que podais en el discurso del dia, para que si os acontece caer en la flojedad y la tibieza, podais reanimaros con el recuerdo de las cosas que os hicieron mella. Este es el consejo saludable que da el real profeta en aquellas palabras del salmo: Las reliquias del pensamiento harán para ti un dia festivo: *reliquiæ cogitationis diem festum agent tibi.* Estos recuerdos de los pensamientos santos os excitarán á la perseverancia cristiana, que es uno de los principales frutos de la comunion; y por esta perseverancia mereceréis poseer á Jesucristo y gozar de él cara á cara en el cielo como os deseo &c.

PLATICA LIX.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA MISA.

En la plática anterior os expliqué el espíritu y los sentimientos de la iglesia contenidos en las oraciones que reza despues de la comunion. Dicha la postcomunion se

concluyó el sacrificio; pero los cánones de los concilios nos enseñan que no es lícito salirse del templo sin la despedida de la iglesia que da el diácono anunciando de parte del sacerdote que pueden marcharse los fieles: *Ite, missa est.* Esta es la fórmula antigua para anunciar el fin de las juntas ó congregaciones y despedir al pueblo; la cual se usaba, como dice san Avito, arzobispo de Viena, no solamente en las iglesias, sino en los palacios para despedir á los concurrentes: *In ecclesiis palatiisque missa fieri pronuntiatur cùm populus ab observatione dimittitur.*

¡Cuán respetable es esta despedida por su antigüedad! Tertuliano y san Cipriano hablan de ella despues de las solemnidades, es decir, despues del sacrificio; y la marcan todas las liturgias antiguas. En la de las constituciones apostólicas dice el diácono: *Id en paz*: en las de Santiago, san Basilio y san Juan Crisóstomo: *Vamos en paz, salgamos en paz*; y san Avito refiere que se decia á fin del siglo V en las iglesias latinas.

¡Cuán venerable es esta despedida por su solemnidad! Si durante los siglos de persecucion se hacia con cautela para evitar el ruido y el tropel, luego que los fieles se congregaron en paz y con libertad, se hizo con cierta solemnidad al principio del siglo IV, y todavia se advierte en las misas en que celebra un obispo de pontifical: el diácono da la despedida con el báculo episcopal en la mano. En vista de esto ¿qué extraño es que se haya dado el nombre de misa, es decir, despedida al santo sacrificio? Los protestantes se burlan de este nombre y se admiran de que un misterio tan grande se haya llamado por una parte de las menos principales; pero adviertan que esta despedida tenia algo de augusto. No se hacia una sola vez, sino que se anunciaba solemnemente tres ó cuatro durante el sacrificio. Al principio de la oblacion se despedia á los catecúmenos, penitentes y energúmenos ó posesos, gritando en alta voz el diácono: *Salgan los catecúmenos.* En seguida iban estos á recibir la bendicion del obispo por la imposicion de las manos y una oracion adecuada á su estado, y se retiraban con

humildad y en silencio. Lo mismo hacian los penitentes despues que se les anunciaba que se retirasen. Tambien eran despedidos y separados del pueblo fiel los posesos, ya porque su estado que los sujetaba al demonio, tenia algo de humillante ó sospechoso para que mereciesen ver los santos misterios, ya tambien porque se temia que turbasen la augusta y silenciosa ceremonia por algun grito ó ademan indecente.

La exclusion solemne de estas tres clases de personas daba al pueblo una elevada idea de los santos misterios, y le hacia ver con cuánta pureza se debia asistir y con mayor razon participar de ellos.

No menos venerable era la despedida del pueblo fiel despues de concluida la solemnidad: la iglesia daba á entender que antes de despedir á sus hijos los habia llenado de respeto y veneracion hácia la majestad de los misterios; de suerte que volvian á sus tareas ordinarias embebecidos en estos pensamientos edificantes para continuarlos de nuevo con el espíritu de la religion. Asi no habia una cosa en el sacrificio que mas chocase al pueblo que estas despedidas; y como el pueblo es quien da los nombres y los da por aquello que mas llama su atencion, esa es la causa de que se llamase misa ó despedida el sacrificio, durante el cual y al fin del cual se practicaba varias veces una ceremonia que sobrecogia á los asistentes de temor y terror.

¿Y qué significan estas palabras: *id, es la despedida*: *ite, missa est*? ¿Se quiere decir simplemente que se acabó el sacrificio y que salgan los fieles? La iglesia al despediros os da á entender que el embajador por excelencia Jesucristo fue enviado por nosotros á Dios padre, ante el cual lleva las señales de su pasion. Os anuncia que estan concluidos los misterios: que la víctima ha sido llevada hasta el altar de Dios: que el sacrificio de Jesucristo y de su iglesia ha sido recibido del Padre en olor de suavidad; y que vuestras súplicas han sido elevadas al cielo hasta el altar sublime por mano del angel del gran consejo. ¡Con qué gozo y paz debemos

retirarnos! El *Ite, missa est* se considera como una señal de júbilo, de modo que no se dice en toda la cuaresma, y la rúbrica del siglo XI prescribe en general que solo se diga en las misas en que se dice el *Gloria in excelsis*, que es un himno de alegria. ¡Ojalá que cuando oigais decir al diácono: *Ite, missa est*; se vuelva vuestro espíritu hácia la patria celestial á donde nos precedió nuestro caudillo, y esteis con el deseo donde os espera el deseado de las naciones con sus trofeos. Estos son los sentimientos que desea el sacerdote tengais, cuando dice *Dominus vobiscum*, que en este lugar no significa: *El Señor sea con vosotros*; sino que el Señor permanezca con vosotros: que no sean inútiles y efímeros los sentimientos de piedad de que os habeis penetrado en el santo sacrificio: que os impidan caer en la flojedad y tibieza; y que os sostengais y reanimeis con el recuerdo de las cosas que mas mella os hicieron durante la celebracion de los santos misterios.

A esta despedida del diácono responde el pueblo *Deo gratias*, gracias á Dios. Esto hicieron los apóstoles, que despues de haber recibido la bendicion de Jesucristo cuando se subia á los cielos, se volvieron llenos de gozo alabando, bendiciendo y dando gracias á Dios sin cesar. ¿De qué modo mejor puede concluirse el misterio mas grande de todos y la accion mas maravillosa de Dios que por el hacimiento de gracias? Esto es observar lo que recomienda la Escritura: Magnificad á nuestro Dios, decia Moisés: las obras de Dios son perfectas: *Date magnificentiam Deo nostro: Dei perfecta sunt opera.* Es tan santa, tan perfecta y digna de Dios esta breve oracion *Deo gratias*, que no puede terminarse mejor el misterio mas augusto de todos que con una expresion misteriosisima y divina. Porque dice san Agustin: *¿Qué cosa mejor podriamos pensar, decir y escribir que* Deo gratias, *á Dios gracias? No, no se puede decir cosa mas breve, ni oir cosa mas agradable, ni concebir nada mas grande, ni hacer nada mas util y de mayor provecho.* Es tan propia de Dios

esta expresion, que sin blasfemar no se puede dirigir á las criaturas, ni asociarle ninguna de estas en el sentido que la han tomado siempre la iglesia, la sagrada escritura y la tradicion: porque ¿qué es decir *Deo gratias* ó dar gracias á Dios? Es conocer que todos los bienes han sido dados por Dios, alabarle por ellos y creer en él de palabra y de obra como dice san Agustin: *Deo gratias agere est sentire omnia bona à Deo data esse, et pro ipsis Deum laudare, in ipsum credere ore et opere.* Pues ¿qué cosa mejor puede decir el cristiano que *Deo gratias*, cuando el sacerdote al despedirle le anuncia que se han concluido los misterios y que la víctima ha sido recibida de Dios por el sacrificio y de los hombres por la comunion y la Eucaristía, que es un compendio y memorial de todos los beneficios de Dios? Alabado sea eternamente el autor de todos esos dones, y gracias por las misericordias que dispensa á su iglesia. Gracias al Padre que nos dió su Hijo, gracias al Hijo que tomó nuestra naturaleza, gracias al Espíritu Santo que nos santifica en Jesucristo, gracias al Verbo encarnado, al divino cordero que acaba de ofrecerse é inmolarse por nosotros y darse á nosotros en alimento, gracias á Dios por todos sus dones y misericordias infinitas.

La misma respuesta damos cuando el sacerdote en lugar del *Ite, missa est*, dice: *Benedicamus Domino*, bendigamos al Señor. Recobremos nuevas fuerzas y nuevo espíritu para bendecir á Dios y cantar sus alabanzas. Nada mas justo, oportuno é instructivo que la respuesta *gracias á Dios*; porque bendecir á Dios significa alabarle con efusion de corazon por los beneficios recibidos. Asi cuando dice el sacerdote: Bendigamos al Señor; le respondeis bien: Sí, le alabamos con reconocimiento por las gracias que hemos recibido de su bondad, dejandonos asistir á los santos misterios y participar de ellos.

Hasta el siglo X concluia absolutamente la misa en el *Ite, missa est*; pero luego se hicieron varias adiciones. La primera es la oracion *Placeat*, que debia decir

el sacerdote en particular despues de acabado todo y al tiempo de desnudarse. En ella hace una especie de recapitulacion de todas las peticiones de la misa: suplica á Dios que se sirva tener por aceptable su ministerio y el testimonio que acaba de darle de su servidumbre y dependencia: que el sacrificio que ha ofrecido á la majestad divina no obstante su indignidad, sea recibido propiciamente del Señor y aplicado á su salvacion y á la de aquellos por quienes se ofrece: en fin que bendiga sus dones y aquellos á quienes los ha hecho, sabiendo que el hombre por sí no es á propósito mas que para abusar de ellos, y que cuanto mas grandes son estos dones, mas criminal tambien es su abuso. Como en la serie de estas pláticas quedan explicados todos los términos de esta oracion, no me detendré en ella.

La segunda adicion es la bendicion. Hasta este instante se habia mirado como inutil, porque todas las oraciones que dice el sacerdote durante la misa son otras tantas bendiciones para los asistentes, y continuamente se pide que derrame Dios sobre ellos sus bendiciones y gracias. Este principio debe instruiros y daros el discernimiento necesario en vuestras prácticas de piedad enseñandoos cuál es el origen de las gracias; porque es muy comun ver todos los dias algunos cristianos que se determinan á ir á misa porque al fin de ella se da la bendicion con el santisimo sacramento, y antes faltarian á misa que á esta bendicion: eso es carecer de instruccion ó no tener reflexion.

El sacrificio de la misa es por sí el medio principal de conferir las gracias y para eso fue instituido. En él se ofrece Jesucristo por la santificacion de los fieles, y el sacerdote pide para ellos todas las bendiciones celestiales. Cuando ofrece la hostia, dice que es por todos los circunstantes á fin de que les aproveche para la vida eterna: *Pro omnibus circumstantibus..... ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam æternam.* Le pide que nos haga vivir eternamente entre sus escogidos: *Diesque nostros in tua pace disponas.* Esta paz es el ver-

dadero manantial de las bendiciones: el sacerdote la pide de nuevo al fin del *Pater noster*, cuando haciendo un signo de cruz con una partícula de la hostia que tiene entre los dedos, dice en alta voz á todos los fieles: La paz del Señor sea siempre con vosotros: *Pax Domini sit semper vobiscum.* Ve aquí la bendicion del santisimo sacramento á que se debe tener mas devocion, porque hace parte del sacrificio de donde se derivan todas las gracias. No hay cosa mas laudable que el zelo de asistir á las iglesias donde está expuesto el Santisimo, y es lamentable que estando expuesto para la adoracion se le deje tantas veces sin adoradores. Sin duda Dios bendice allí á los verdaderos adoradores que adoran en espíritu y en verdad. Nada mas piadoso que la última bendicion de la misa, y aunque no forme parte del sacrificio, deben los fieles anhelar por recibirla, porque la da un sacerdote que acaba de consumar los santos misterios y de unirse tan particularmente á Jesucristo por la sagrada comunion; pero la bendicion que se da durante el sacrificio, es de un orden muy superior, porque es la bendicion del sacrificio mismo, que es eficaz por sí y nos merece todas las gracias por su propia virtud.

Volvamos á la última bendicion de la misa. Los fieles tuvieron siempre mucha devocion para recibirla. Segun el cuarto concilio de Toledo debia darse entre la oracion dominical y la comunion; y san Agustin dice que en este lugar bendecian los obispos á los fieles extendiendo la mano sobre ellos. Lo mismo se hacia en las Galias, y esa es la bendicion solemne de los obispos cuando ofician de pontifical. En los rituales romanos se ve que cuando el papa ó el obispo concluida la misa iban desde el altar á la sacristía, todo el coro pedia la bendicion, y el celebrante respondia: El Señor os bendiga; y el coro cantaba *amen*; lo cual se repetia á la entrada de la sacristía. En el siglo XI daban tambien los sacerdotes la bendicion segun un canon del concilio de Orleans, que decretó que el pueblo no saliese de la iglesia hasta que

se acabara la misa y se recibiese la bendicion sacerdotal. Desde entonces se ha hecho una costumbre universal con algunas variaciones ya en las palabras, porque los unos dicen: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*; y los otros simplemente: *Benedicat vos omnipotens Deus*; ya en los signos de cruz, porque unos no hacen mas que uno y otros tres. Pero bien se dé la bendicion con tres signos de cruz en honra de las tres divinas personas que se nombran, ó con una sola para expresar la cruz de Jesucristo, que como dice san Cipriano es la fuente de todo lo que debe contribuir á la santificacion; siempre se ha de recibir con mucho respeto.

El sacerdote toma la bendicion de Jesucristo besando el altar que le representa, y levanta los ojos y las manos al cielo para mostrar que al pontífice que está sentado en el cielo á la diestra del trono de Dios como el ministro del santuario divino y el verdadero Melquisedech, corresponde bendecir al pueblo fiel y á los hijos del verdadero Abraham y bendecirlos para el cielo y la eternidad por los méritos de sus misterios y de su cruz. Despues de levantar los ojos y las manos al cielo dice el sacerdote: *Benedicat vos omnipotens Deus*; y volviendose al pueblo le echa la bendicion con estas palabras: *Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.* No es el sacerdote quien bendice, sino que pide á Dios que eche él mismo su bendicion y colme á los asistentes de sus bendiciones y gracias, como decia san Pablo á los filipenses: *La paz de Dios que sobrepuja todo pensamiento, guarde vuestros corazones y espíritus en Jesucristo, y satisfaga todas vuestras necesidades segun las riquezas de su bondad.* ¡Con qué disposicion debeis recibir esta bendicion del sacerdote, humillaros delante de Dios, suplicarle que os bendiga él mismo y pedirle que esta bendicion os prepare para la bendicion gloriosa que dará á todos sus escogidos en el dia del juicio!

La última adicion es el evangelio de san Juan. Hace unos quinientos años que los sacerdotes le rezaban en voz baja por devocion al tiempo de desnudarse. Se es-

cogió este evangelio por aquellas palabras *el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros*, que tan bien terminan el sacrificio. Jesucristo ha bajado realmente á nuestros altares y habita en nosotros por la comunion. Mas los fieles llenos de veneracion á este evangelio desearon oirle rezar. Sabian lo que san Agustin habia oido muchas veces á san Simpliciano, sucesor de san Ambrosio: que un filósofo platónico decia que el principio de este Evangelio debia estar escrito en letras de oro en todos los lugares de concurrencia, para que le leyese todo el mundo. Veian que este evangelio se rezaba sobre los recien bautizados despues de la solemne administracion del bautismo: que se ponia sobre la cabeza de los enfermos y se les leia despues de darles el viático: que en los grandes actos que iban acompañados del juramento le rezaba el sacerdote al fin de la misa y luego se prestaba aquel: asi pedian con afan oirle todos los dias esperando alcanzar de Dios las gracias espirituales y temporales por la virtud de las divinas palabras que encierra. Las mas de las fundaciones de los siglos XIV y XV lo exigen expresamente; pero poco despues no hubo ya necesidad de recomendarle, porque los sacerdotes se acostumbraron insensiblemente á rezarle en alta voz antes de separarse del altar; y desde el siglo XVI esta piadosa costumbre se convirtió en una obligacion.

¡Qué bien concluye el sacrificio con este evangelio, que es como un suplemento de la vida de Jesucristo! Acaba de ser representada esta en el sacrificio que comenzó en su encarnacion; pero para tener cabal conocimiento de ella hay que subir hasta su nacimiento eterno en el seno del Padre, descender luego á la creacion del mundo que formó Dios en el tiempo por su Verbo eterno, hacer ver que no habiendo conocido el hombre á Dios en la sabiduría de la obra divina, sino por el contrario ofendídole, su pecado dió ocasion al anonadamiento del Verbo en la carne, *Verbum caro factum est*, y al sacrificio por el cual adora tan perfectamente á Dios, que Jesucristo para hacer á los hom-

bres capaces de adorar á Dios con él los santifica de un modo divino constituyendolos miembros suyos é hijos de Dios y comunicandoles la gloria que posee como hijo único del Padre. Asi los hace un mismo sacerdote y una misma víctima con él en el tiempo y para el sacrificio de la eternidad.

¡Ah! Concluyamos con la accion de gracias, *Deo gratias.* Los beneficios de Dios son inefables é infinitas sus misericordias: acaba de habitar en nosotros por la comunion; y esta es una prenda preciosa de que habitaremos en él por toda la eternidad. Asi os lo deseo &c.

PLATICA LX.

CONCLUYE LA EXPLICACION DE LA MISA.

Hermanos, salís del sacrificio de la misa atónitos de las maravillas que se han obrado en nuestros altares á vuestro favor, y penetrados de reconocimiento por las gracias recibidas. La iglesia al despediros para que vayais á continuar vuestras faenas ordinarias, ha suplicado al Dios omnipotente que os colme de bendiciones. Estos sentimientos de fé, amor, anonadamiento y gratitud que han debido animaros durante la celebracion de los santos misterios, ¿no durarán mas que el breve espacio de tiempo en que se celebra el sacrificio? ¡Ah! ¡Cuán temible es que no sean sinceros si son tan efímeros! Cuando Jesucristo próximo ya á subir al cielo dió su última bendicion á los apóstoles, nos dice san Lucas que estaban estos sin cesar alabando y bendiciendo á Dios: *Erant semper laudantes et benedicentes Deum.* Aquella última bendicion causó en ellos un efecto de respeto y los dejó en un espíritu de adoracion que no los abandonó en toda la vida. La paz, la tranquilidad y el contento que sintieron enmedio de sus afanes y trabajos y de las persecuciones, fue una resulta del gozo que les dió el Señor al tiempo de separarse de ellos.

Tales deben ser vuestras disposiciones despues de asistir al santo sacrificio de la misa: lo restante de aquel

dia y los siguientes deben ser dias santos: todo lo que decís y haceis ha de ser grave, modesto, ordenado, religioso y piadoso: todo debe sentirse de la comunion espiritual que habeis hecho, y de la parte que habeis tenido en tan inefables misterios. Moisés tenia el rostro resplandeciente de luz al salir de la presencia del Señor y de la plática que habia tenido con él en el monte santo. Los discípulos que conocieron á Jesucristo en la fraccion del pan, conversaban entre sí luego que se hubo separado de ellos, del fuego que habian sentido cuando les hablaba por el camino. Ve ahí las disposiciones que debeis tener al salir de misa. Porque ¿qué ha pasado en la celebracion de los santos misterios. ¿No habeis adorado á Jesucristo realmente presente en nuestros altares? ¿No habeis sido testigos de la continuacion del sacrificio de la cruz que no cesa de ofrecer á su eterno Padre, de esa especie de estado de muerte en que se ha puesto, aunque está tan glorioso, para aplacar en vuestro favor la justicia divina? ¿No habeis oido el grito de su sangre, mas fuerte y eficaz que el de la de Abel, pidiendo misericordia por vosotros? ¡Ah! Si vuestra fé ha sido sincera, la vista de aquella víctima moribunda ha debido dejar en vuestro corazon una compuncion tan viva y religiosa como fue el dolor del centurion y de aquellos judios que se volvian á Jerusalem dandose golpes de pecho, despues que le vieron espirar en la cruz. Pero hay mas: no habeis asistido á su sacrificio como simples espectadores, sino que habeis tenido parte como ministros, sacerdotes y sacrificadores. Sin estar revestidos del caracter de orden como el sacerdote, diputado especialmente por Dios para presentar por sus manos el sacrificio, os habeis asociado á él en este terrible misterio ofreciendo esa hostia inmaculada. Ademas habeis asistido como víctimas y unidoos á Jesucristo como miembros suyos, y formando un mismo cuerpo con él habeis hecho tambien con él una misma víctima. Por todas estas cualidades en virtud de las cuales habeis asistido al sacrificio, habeis contraido la obligacion de

vivir en la piedad; obligacion tanto mas estrecha cuanto que mas inefable es el misterio y mayores las gracias que habeis recibido.

Para conservar el fruto de esta accion importante recordad con la mayor frecuencia posible en el discurso del dia los sentimientos tiernos y afectuosos de que estuvisteis animados; y si os veis tentados de apartaros de ellos y os acontece caer en la tibieza y la flojedad, reanimaos con la memoria de las cosas que os hicieron mas mella. Este es el consejo saludable que da el real profeta en aquellas palabras del salmo: Las reliquias del pensamiento harán para ti un dia festivo: *Reliquiæ cogitationis diem festum agent tibi.* Estos pensamientos os excitarán á la perseverancia y harán mas firmes y constantes nuestras resoluciones. Y ve ahí cómo la misa bien entendida puede ser suficiente para santificar todas vuestras obras y vuestra vida.

Mas, hermanos mios, no basta para aprovecharse del sacrificio de la misa representarse todo lo que pasó en él: hay que continuar interiormente la oblacion y la comunion espiritual de la víctima. Para que comprendais este medio de aprovecharse de la misa conviene recordar los primeros principios sobre el sacrificio.

¿Para qué fines le habeis ofrecido? ¿No es para rendir á Dios el homenaje que se debe á su soberana majestad, darle un testimonio exterior y auténtico de vuestra dependencia y servidumbre, reconocer los beneficios que habeis recibido de él, expiar todo el mal que habeis cometido, pedirle las gracias que necesitais y satisfacer vuestras necesidades? Esos son los fines é intenciones que habeis debido tener, y no hay otros. Y porque nada en la naturaleza es digno de ser ofrecido á Dios, y despues del pecado vosotros mismos sois indignos de acercaros á él, incapaces de pagarle lo que le debeis y de cumplir todas estas obligaciones esenciales, habeis tomado en las manos á Jesucristo, la hostia inmaculada, os habeis unido á él, os habeis ofrecido con él, y él mismo os ha ofrecido como parte de su cuerpo

y una misma víctima con él: por este medio habeis cumplido dignamente todas esas importantes obligaciones.

Pero os ruego advirtais que todos estos deberes no son transitorios, sino que han de ser continuos y subsistentes. Debeis siempre adorar á Dios, anonadaros en su presencia, darle gracias de sus beneficios, pedirle perdon de vuestras culpas é implorar sus misericordias; y como estos deberes siempre presentes y subsistentes no pueden cumplirse sino ofreciendo Jesucristo á su padre, se sigue que debeis siempre ofrecer á Jesucristo y uniros á Jesucristo que se ofrece por vosotros. ¿Habia de bastar el tiempo de media hora que ordinariamente dura el sacrificio de la misa, para dar á Dios lo que le debemos á cada instante? Un Dios eterno ¿ha de tener por agradable una adoracion que cesa al momento? Un hacimiento de gracias que dura tan poco, ¿no es demasiado breve por unos beneficios que duran siempre? Luego concluida la misa debe continuar el sacrificio interior: no quiere decir esto que esteis obligados á oir misa sin interrupcion, sino que asi como se comulga espiritualmente cuando no se puede hacer sacramentalmente, se continue ofreciendo á Jesucristo espiritualmente cuando no se ofrece exteriormente.

Si Jesucristo no se ofrece por nosotros mas que durante media hora, no le ofrezcamos tampoco mas que por ese espacio de tiempo; pero si se está ofreciendo continuamente, ¿por qué no le hemos de ofrecer sin cesar? ¿Es justo que la cabeza esté casi siempre separada de la mayor parte de sus miembros? ¿No está diciendo siempre Jesucristo á su padre: Aquí estoy yo y mis hijos que me diste? *Ecce ego et pueri mei, quos dedisti mihi.* ¡Ah! ¡Cuán de temer es que no seais vosotros de aquellos que le fueron dados, si no permaneceis siempre unidos con él, si despues de la misa os separais de él por un olvido voluntario, por afectos que ocupan enteramente vuestro corazon, y por pasiones que os dedicais á satisfacer! Jesucristo continúa todavia ofreciéndose despues de haber sido ofrecido en el altar por mano de

los sacerdotes, y como dice san Pablo, siempre vive para interceder por nosotros: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Si quereis saber cuánto duran su oblacion é intercesion, ved cuánto dura su vida. El vive siempre; luego se ofrece é intercede siempre: *Semper vivens ad interpellandum.* Y asi como convenís en que el efecto del sacrificio y de la comunion, ya espiritual, ya sacramental, es unirnos á Jesucristo, á lo menos mientras dura el sacrificio, y por esta union hacernos vivir en él; es menester para continuar viviendo continuar estando unidos á él, ofreciéndole y participando de su oblacion. ¿Por qué hemos de morir en cierto modo todo el tiempo que queda despues de la misa, interrumpiendo esta union y cesando de alimentarnos de él? ¿Y no es morir permanecer en un estado semejante al de la muerte, sin sentido ni movimiento? ¿Bastaria para vivir respirar media hora y permanecer lo restante del dia sin dar ninguna señal de vida?

Esta oblacion de Jesucristo y la parte que tomamos en ella por la comunion espiritual, es la causa y el principio único de la asistencia que nos da. Ahora bien, hermanos mios, ¿no necesitaremos de Jesucristo mas que media hora sola? ¿Limitará él su asistencia á tan poco tiempo? ¡Ah! Nuestra necesidad es contínua y su misericordia tan grande que no cesa de otorgarnosla. No nos contentemos pues con ofrecerle y sustentarnos de él por media hora. La necesidad es la regla y medida natural por donde graduamos la cantidad de alimento que debemos tomar. Pues desde el primer pecado quedó en nosotros un vacio infinito, consecuencia de aquella enfermedad mortal que no solo nos puso á las puertas de la muerte, sino que realmente nos la dió: asi no hay sustento para nuestra alma que pueda bastarnos si es limitado ó discontinuado. En primer lugar todo lo que es finito y temporal no puede alimentarnos, porque tenemos dentro de nosotros un vacio infinito que solo puede llenarse por una cosa infinita: luego no hay alimento ni medicina para nosotros en la naturaleza: solo Jesucristo

puede curarnos y sustentarnos; y este manjar con ser divino é infinito no nos basta si le tomamos de paso. Necesitamos alimentarnos incesantemente de Jesucristo, si queremos vivir siempre. Ve ahí por qué andan tan flacos y descaecidos los mas de los cristianos: porque contra la orden de Dios y por su culpa no hacen uso contínuo del alimento dado para sustentarlos: no se emplea mas que el tiempo de una misa para alimentarse de Jesucristo, y deberia emplearse toda la vida sin interrupcion.

Es una accion santisima el oir misa; pero ¿bastará para santificaros si despues de haberla oido no pensais mas en Jesucristo, el cual continúa ofreciendose por vosotros despues de la oblacion hecha en el altar? No se agrada á Dios sino por Jesucristo; y como se le debe agradar en todo tiempo y ocasion, es preciso que estemos sin cesar unidos á Jesucristo para ofrecernos á Dios con él. Es pues muy temible que reflexionando tan poco sobre las gracias recibidas en el santo sacrificio y no teniendo ningun cuidado de conservarlas enmedio de tantos enemígos que nos rodean, vengamos á perderlas al punto y quedemos tan pobres y desnudos como estabamos antes. ¡Ah! Para sentir las ventajas de la asistencia á la misa es menester pensar en ella despues de acabada; ¿y cómo? Continuando uniéndonos á Jesucristo no solo en nuestras oraciones, ejercicios de piedad y buenas obras, sino en nuestro trabajo, en las faenas ordinarias de nuestro estado y en los actos mas comunes de la vida, continuando ofreciéndonos á Dios con él, pues que él continua ofreciéndose por nosotros. ¡Qué confianza debe darnos esa contínua oblacion de sí mismo! Quiso que estuviese unida á la vida gloriosa que tomó en el sepulcro, para que estando nosotros seguros de que no puede morir desde que está sentado á la diestra de su padre, no lo estuviesemos menos de que no puede olvidarnos, aunque parezcamos estar tan distantes.

Este es el deber que teneis que cumplir continuamente despues de haber oido misa: continuar ofreciendo á Jesucristo, ofreciendoos con él y alimentandoos

de él: para cumplir esta oblacion os hizo sacerdotes al haceros sus miembros. Este es el *regale sacerdotium*, sacerdocio real, de que habla san Pedro. El ministerio sacerdotal que teneis que ofrecer es tan continuo como el suyo, y consiste en dar á Dios con él el culto de vuestro amor no en los altares visibles de nuestras iglesias, sino en el altar invisible de vuestros corazones. Ahí debeis sacrificar Jesucristo á su padre sacrificandoos vosotros mismos con él como dice san Agustin: *Cujus ipsi invisibile sacrificium in cordibus nostris esse debemus.* Ahí debeis ofreceros con él al mismo tiempo que él se ofrece por vosotros; pero no quiere ser vuestra hostia si vosotros no sois la suya, como dice san Gregorio: *Tunc verè pro nobis hostia erit Deo, cùm nos ipsos hostiam fecerimus*; y para ser su hostia es necesario estar unidos con él. Para participar de este gran sacrificio que el Padre recibirá eternamente de su hijo en el cielo, es preciso, dice el mismo san Agustin, haber adquirido un lugar en el cuerpo del sumo sacerdote por una continuacion del sacrificio. Ve ahí tambien el sacrificio interior que debeis ofrecer á Dios sin interrupcion, no siendo mas que el signo de este el sacrificio exterior á que habeis asistido y que habeis ofrecido por manos del sacerdote.

La oblacion continua de vuestro corazon, amor y acciones, unida á la oblacion continua que Jesucristo hace de sí mismo á su padre, santificará todas vuestras obras. ¿Qué cosa debe cubriros mas de confusion delante de Dios que estar honrados con tan distinguida cualidad como la de sacerdotes suyos y hacer tan poco uso de ella? ¿Qué disculpa podeis dar de que os acercais tan rara vez á ese altar espiritual, del que no deberiais apartaros jamas? Asi os privais de tantas ventajas. Vuestros hábitos pecaminosos que os causan un descaecimiento mortal, cederian á la eficacia de esa oblacion contínua; y este divino manjar tomado continuamente os haria vencer las pasiones mas violentas y os alcanzaria el perdon de vuestros pecados. Siendo deudores como lo

sois á la justicia divina, ¡cuántas deudas pagariais si os ofrecierais sin cesar juntamente con Jesucristo, nuestro rescate y el precio de nuestra salvacion! ¡Qué tesoro de gracias y qué caudal de riquezas espirituales granjeariais si le ofrecierais continuamente á Dios! Vuestro hacimiento de gracias le seria siempre agradable, porque se las dariais por Jesucristo: vuestras súplicas serian siempre oidas, porque pediriais en nombre de Jesucristo: vuestras aflicciones, trabajos y desgracias serian siempre meritorias, porque sufririais como Jesucristo y con Jesucristo; y cuando vinieseis á asistir al santo sacrificio, lo hariais en adelante con mas fruto y mérito, porque traeriais el espíritu de Jesucristo.

Esta oblacion interior que contiene el sacrificio de la misa, tiene algo de grande y divino. En ella encuentro yo una proporcion y semejanza con la oblacion que hace Jesucristo de sí mismo en el cielo juntamente con sus escogidos. En este sacrificio interior y en esta comunion espiritual que pasa en el corazon, no hay como tampoco en el cielo especies ni altar material, y se ofrece sin templo, sin ministro y sin nada sensible. No se necesita mas que Jesucristo para ofrecerle bien, y su amor solo basta para esta oblacion augusta.

Sea pues Jesucristo el alma de nuestra alma: procedan de él y de su espíritu todos nuestros pensamientos, movimientos y afectos, como las acciones naturales del cuerpo proceden del alma, sin la cual no obraria ni viviria: permanezca en nosotros despues de la misa por la presencia de su espíritu, si ya no lo está por su cuerpo, y continuaremos ofreciendole. Tengamosle siempre en el corazon, en todas nuestras palabras, deseos y acciones, y ofreceremos este sacrificio siempre subsistente, en el cual comunicaremos sin cesar de Jesucristo dando gracias á su eterno Padre por los beneficios de que nos colma para el cumplimiento de nuestra salvacion, y mereceremos continuar su oblacion y comunion en el cielo en compañía de los santos por toda la eternidad. Asi os lo deseo &c.

TABLA

DE LAS PLÁTICAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO CUARTO.

Pág.

PLATICA XXVI. — *Continúa la explicacion de la tercera parte de la misa*..... 5
PLATICA XXVII. — *Continuacion del mismo asunto.* 15
PLATICA XXVIII. — *Continuacion del mismo asunto*..... 25
PLATICA XXIX. — *Continuacion del mismo asunto.* 33
PLATICA XXX. — *Continuacion del mismo asunto.* 40
PLATICA XXXI. — *Continuacion del mismo asunto.* 49
PLATICA XXXII. — *Continuacion del mismo asunto*..... 39
PLATICA XXXIII. — *Continuacion del mismo asunto*..... 68
PLATICA XXXIV. — *Continuacion del mismo asunto.* — Cuarta parte..... 78
PLATICA XXXV. — *Continuacion del mismo asunto*..... 87
PLATICA XXXVI. — *Continuacion del mismo asunto*..... 97
PLATICA XXXVII. — *Continuacion del mismo asunto*..... 107
PLATICA XXXVIII. — *Continuacion del mismo asunto*..... 116
PLATICA XXXIX. — *Continuacion del mismo asunto*..... 125
PLATICA XL. — *Continuacion del mismo asunto.* 134
PLATICA XLI. — *Continuacion del mismo asunto.* 145
PLATICA XLII. — *Continuacion del mismo asunto.* 156
PLATICA XLIII. — *Continuacion del mismo asunto.* 166
PLATICA LXIV. — *Continuacion del mismo asunto.* 174
PLATICA XLV. — *Continuacion del mismo asunto.* 183

PLATICA XLVI. — *Continuacion del mismo asunto.* 192
PLATICA XLVII. — *Continuacion del mismo asunto.* 199
PLATICA XLVIII. — *Continuacion del mismo asunto.* 209
PLATICA XLIX. — *Continuacion del mismo asunto.* — Quinta parte. 218
PLATICA L. — *Continuacion del mismo asunto.* .. 231
PLATICA LI. — *Continuacion del mismo asunto.* . 239
PLATICA LII. — *Continuacion del mismo asunto.* . 248
PLATICA LIII. — *Continuacion del mismo asunto.* 257
PLATICA LIV. — *Continuacion del mismo asunto.* 265
PLATICA LV. — *Continuacion del mismo asunto.* 273
PLATICA LVI. — *Continuacion del mismo asunto.* 280
PLATICA LVII. — *Continuacion del mismo asunto.* 290
PLATICA LVIII. — *Continuacion del mismo asunto.* — Sexta parte. 298
PLATICA LIX. — *Continuacion del mismo asunto.* 307
PLATICA LX. — *Conclusion de la explicacion de la misa.* 315

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.



